Diario rural

Apuntes de una naturalista

PRIMAVERA · VERANO

Susan Fenimore Cooper



[p e p i t a s   e d .]

Diario rural

Edición original:
Rural hours,
New York:
George P. Putnam,
1850

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

Fotografía de cubierta: © Teresa Rodríguez

Grafismo: Julián Lacalle

ISBN: 978-84-17386-14-6
Dep. legal: LR-1.267-2018

Primera edición, noviembre de 2018

SUSAN FENIMORE COOPER

Diario rural

Primavera
Verano

Traducción de
ESTHER CRUZ SANTAELLA

Prólogo de
MARÍA SÁNCHEZ

LA PRIMERA MUJER

¿QUÉ SERÍA DE ESTE libro si no lo hubiera escrito una mujer?

Esta es una de las cuestiones que más me planteo últimamente acerca de los libros escritos por mujeres que suelen ocupar los lugares más lejanos de las bibliotecas, que se encuentran perdidos, descatalogados, olvidados. *Diario rural*, de Susan Fenimore Cooper, es uno de estos libros. Publicado por primera vez en 1850 —y con apenas diez ediciones repartidas en el tiempo durante dos siglos—, es un ejemplo de cómo, por el simple hecho de ser su autora mujer, un libro no recibe la atención ni el reconocimiento justo que merece. Susan no era una escritora cualquiera; de hecho, no solo era escritora. Tenía formación en historia y arte, sabía idiomas y llegó a estudiar botánica y zoología. Pero también era «hija de». Su padre, James Fenimore Cooper, fue uno de los escritores americanos de aventuras más reconocidos, autor de libros como *El cazador de ciervos* y *El último mohicano*. Es importante traer este pequeño detalle hasta aquí porque los que nos preceden a veces nos sustentan y enseñan, pero también a veces eclipsan, y sin querer, aunque nunca lo sabremos, dejan a la sombra.

Un dato curioso acerca de muchas autoras que escriben sobre naturaleza es que heredan este vínculo al medio, y a los animales, por el padre o por el abuelo. Siguen el camino que marcan los hombres de la familia, pero se convierten en las primeras mujeres en escribir sobre el terreno de una manera diferente, con un estilo totalmente renovador y nuevo. Es el caso de Susan Fenimore Cooper con este libro, y de obras que se han editado re-

cientemente en nuestro país como *La memoria secreta de las hojas*, de Hope Jahren, y *El ingenio de los pájaros*, de Jennifer Ackerman. Mujeres que, siguiendo la estela de las profesiones o aficiones de los padres, prosiguen con ellas a través de la escritura. También todas comparten una admiración y un sentimiento de amor profundo hacia ellos. En el caso de Susan: es tan grande el apego y el amor hacia el padre, que no llega a casarse porque él consideraba que ningún pretendiente estaba a la altura de su querida hija y, cuando este muere, ella deja de escribir y se dedica por completo a salvaguardar la obra del padre, y a la beneficencia. Su obra literaria desaparece con el padre, lo que nos lleva irremediablemente a preguntarnos: ¿cómo hubiera sido la carrera literaria de Susan Fenimore Cooper sin la figura de su padre? ¿Habría ido a más? ¿Y si se hubiera casado? ¿Habría pasado de ser eclipsada por el padre a convertirse en una sombra atenta y obediente al marido? ¿Habría crecido su escritura sin la figura masculina?

Consideramos a Henry D. Thoreau el padre por excelencia de dos términos que hoy en día han vuelto a estar en boga: *Nature Writing* y *Environmentalist*. Tenemos a *Walden* como una obra sin precedentes, un manual único de defensa de la naturaleza y una crítica feroz que cuestiona los modelos de producción y la sociedad. Un ensayo que termina convirtiendo a su autor en uno de los padres fundadores de la literatura de Estados Unidos, y que lo presenta como un tótem imprescindible de la literatura. Es imposible no relacionar a Susan Fenimore Cooper con Thoreau al leer *Diario rural*, tras celebrar tanto a *Walden* y a su autor. Aunque parten de premisas y lugares diferentes, comparten muchos puntos en común: ambos escriben sobre lo que les rodea. Siendo el medio natural esencial en su obra, reflexionan, contemplan, narran a partir de lo que ven de una forma que se deja mecer a veces por

la ficción, y que también llega a ser, a menudo, poética. Y por supuesto, cada uno —a su manera— apuesta por la conservación de la naturaleza y advierte sobre el peligro que supone para el medio la acción del hombre sin medida. Dos escritores que brillan por su conciencia ambiental como nunca antes había sucedido en la historia de la literatura de su país. Pero esto nos lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué reconocemos y nos es tan familiar *Walden*, y no ocurre así con *Diario rural*?

Sí, *Diario rural* se publicó cuatro años antes que *Walden*. ¿Qué curioso, verdad? Sabemos que Thoreau leyó *Diario rural*, y que en uno de los medios en los que colaboraba hizo alguna mención sin pena ni gloria al libro de Susan. Hoy sabemos que lo leyó. Vuelve el género a marcar la escritura y a cuestionarnos una vez más: ¿y si *Diario rural* hubiera sido escrito por un hombre? ¿Se habría cuestionado a Thoreau? ¿Se habría hablado de una obra fundamental que lo precedía y que claramente había sido influencia y semilla?

Con *Diario rural*, Susan Fenimore Cooper se convierte sin saberlo en una pionera de la conservación y la ecología. En estas páginas encontramos pasajes llenos de una fuerza arrolladora que podrían ser perfectamente partes de poemas. Es imposible no acordarse de Emily Dickinson conforme crece la lectura. La Susan narradora no habla, no ordena, no dicta. Nos incluye a todos nosotros en su cuaderno. Nos apela, con una escritura llena de sensibilidad y luz. Su palabra incisa, pero calma, serena, está llena de tonos, ritmos, colores, murmullos. Aquí los árboles y los animales se dejan mecer por una escritora naturalista que, atenta, describe como nadie los cambios de estación, las migraciones de las aves, la llegada del frío, el orden natural de las cosas, las canciones que suceden día tras día en su entorno. Susan, como espectadora, no solo escribe sobre el medio que la rodea, sino que involucra a los habitantes y los mezcla con pasajes de literatura, con cuentos populares y costumbres. Su conciencia ambiental inunda cada una

de las páginas de *Diario rural*, convirtiéndola a ella, y no a Thoreau, en la primera persona en Estados Unidos en escribir un ensayo sobre la naturaleza. Porque Susan no solo describe: aboga por la conservación de la vida vegetal y animal que la rodea, advierte de las consecuencias de la industrialización y del uso de recursos naturales por parte del hombre sin mesura. Se aventura, incluso, observando a los pájaros que llegan con el cambio de estación, a predecir la desaparición de especies por culpa de la actuación del hombre sobre la tierra. Y aboga, como no se había hecho, por una acción medida del hombre sobre medio. Susan Fenimore Cooper utiliza por primera vez una palabra que no para de repetirse en nuestro día a día: sostenibilidad. Y escribe también para un mañana, porque no deja de pensar en lo que dejaremos para las generaciones futuras si no cuidamos nosotros, con nuestras acciones en el día a día, la naturaleza.

PERO LAS sombras no son permanentes: siempre llega el día que les toca marcharse y dar paso a la luz. Aunque tarde, al fin se reconoce a Susan Fenimoore Cooper como la primera en escribir sobre el medio ambiente que le rodeaba, aunando territorio, persona y naturaleza como nadie. Plantando sobre el papel de manera clara y concisa los problemas ambientales que empezaban a traslucir en su época, y cuestionando la huella del hombre sobre el territorio, apostando por la conservación del medio rural y de lo salvaje como clave para el futuro.

Diario rural no fue su único libro. Escribió primero una novela de carácter social, *Elinor Wyllys*, y numerosos artículos y colaboraciones. Cooper fue una visionaria que también alcanzaba con su escritura la posición de la mujer en la sociedad. En 1870, en una carta que se publica en *Harper's New Weekly Magazine*, se posiciona en contra del voto femenino porque piensa que con ello no

está poniendo sobre la mesa algo fundamental para las mujeres de su época: tener el mismo acceso a la educación y a los puestos de trabajo que ocupaban los hombres y cobrar lo mismo que ellos. «El aspecto verdaderamente crucial en lo que respecta a la actual posición de las mujeres en Estados Unidos es la cuestión del trabajo y de los salarios. Es eso lo que afecta al bolsillo del hombre. Y el bolsillo es la parte más sensible de muchos hombres, aunque no solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. No cabe duda ninguna de que las mujeres, ahora mismo, se están viendo apartadas de ciertas ocupaciones, para las que están bien adaptadas, por el egoísmo de algunos hombres».

Podemos afirmar que Susan Fenimore Cooper, atendiendo a su posición y a su época, era una mujer con conciencia de género, feminista y ecologista. Una escritora que atravesaba el paisaje con una voz personal y brillante, adelantándose a sus contemporáneos de género masculino que le arrebataron a ella el lugar de madre de la escritura de la naturaleza y de textos-germen por el conservacionismo, la biodiversidad y la conciencia ambiental colectiva. La primera mujer que, como tantas, se queda a la sombra, en silencio, dejando suceder por el tiempo y la sociedad de la que formaba. En *Diario rural*, escribe: «Los prados que nos rodean [los talaron] nuestros padres».

Me reconforta pensar que quizás a Susan le gustaría saber que hoy, al fin, volvemos la vista atrás y renombramos, buscamos, sacamos a la luz y recuperamos la voz de tantas mujeres. Tantas mujeres que fueron las primeras en abrir el campo a otras formas de mirar y permanecieron, injustamente, demasiado tiempo silenciadas y apartadas en la sombra.

MARÍA SÁNCHEZ

Diario rural

POR
UNA DAMA

Y probaremos los placeres todos
que brinden valles, montes y campos,
cultivos, bosques o abruptas montañas.

Marlowe[1]

---

1 Versos extraídos del poema *The Passionate Shepherd to His Love* (El pastor apasionado a su amor) de Christopher Marlowe, autor y traductor inglés de finales del siglo XVI.

Todas las citas recogidas en el presente libro aparecen en versión de la traductora de esta obra. *(N. de la T.)*

ESTAS NOTAS
ESTÁN ESCRITAS POR SU AUTORA
CON TODO EL RESPETO, LA GRATITUD
Y EL MAYOR DE LOS AFECTOS
HACIA EL ESCRITOR DE
EL CAZADOR DE CIERVOS.[2]

2 El autor al que se refiere es su padre, James Fenimore Cooper, novelista estadounidense cuya obra más reconocida es *El último mohicano. (N. de la T.)*

PREFACIO

LAS NOTAS AQUÍ RECOPILADAS recogen, a modo de diario, una sencilla crónica de esos pequeños acontecimientos que conforman el transcurso de las estaciones del año en la vida rural. Dieron comienzo hace dos años, en la primavera de 1848, para entretenimiento de su autora. Al pasear por entre los cultivos durante una residencia prolongada e ininterrumpida en el campo, uno va cosechando, como es natural, numerosas y nimias observaciones sobre asuntos del campo, que *a posteriori* se rememoran placenteramente junto al fuego, y se comparten quizá, de buena gana, con amigos. Así pues, las siguientes páginas se ofrecen a los lectores más por el interés de sus temas que por los méritos de su escritura. No pretenden presentarse con aspiraciones científicas de ningún tipo, y sin embargo se espera que no vayan a encontrarse en ellas grandes imprecisiones. Cabe añadir asimismo que se redactaron de absoluta buena fe: todas y cada una de las insignificancias a las que aquí se alude ocurrieron tal y como aparecen.

De complacer este tomo a cualquiera que, al igual que el reputado Hooker, sea un enamorado del campo, lugar en el que es posible «contemplar cómo las bendiciones de Dios brotan de la tierra», la escritora verá más que recompensadas las ligeras reticencias a las que se enfrentó su publicación.[3]

Marzo de 1850

3 En este párrafo, se hace referencia a Richard Hooker. La cita entrecomillada está sacada de una carta que este sacerdote de la Iglesia de Inglaterra —y teólogo muy influyente en el siglo XVI— envió a quien por entonces era el arzobispo de Canterbury, John Whitgift. *(N. de la T.)*

Diario rural

PRIMAVERA

Sábado, 4 de marzo.

A nuestro alrededor, todo tiene un aspecto rotundamente quieto, muy propio del invierno, y la nieve recién caída cubre el terreno con una capa de treinta centímetros de profundidad. En cualquier caso, pasear en trineo es un gusto, ya que el mes pasado hubo poca oportunidad. Esta mañana, hemos recorrido varios kilómetros valle abajo, con un viento cortante de cara y algunas ráfagas de nieve; de cualquier modo, tras enfrentarse al frío con valentía, uno se lleva a casa una suerte de brillo virtuoso imposible de conseguir si se queda achantado ante la chimenea. Con esto ocurre igual que con otros asuntos de mayor importancia: el esfuerzo conlleva su recompensa.

Martes, 7 de marzo.

Día más templado; se está derritiendo la nieve. Mientras caminábamos cerca del río esta tarde, hemos visto una bandada de patos silvestres volando hacia el norte; algunas de estas aves, pocas, se quedan aquí todo el invierno, pero raras veces las verá quien no se dedique a la caza. Eran las primeras que veíamos desde hacía varios meses. En primavera y en otoño, cuando van y vienen tantísimos ejemplares de las diferentes variedades, estos patos son bastante comunes. En la misma dirección pasaron también tres aves acuáticas grandes que nos parecieron colimbos. Solo se dejaron ver un momento, a causa de los árboles que teníamos encima, pero oímos un aullido fuerte cuando nos sobrevolaron, semejante al de esas aves. De cualquier modo, es temprano para los colimbos,

así que a lo mejor nos confundimos. Suelen aparecer hacia principios de abril, y se quedan entre nosotros todo el verano y el otoño, hasta finales de diciembre, cuando se marchan a la costa; muchos pasan el invierno por la zona de Long Island y muchos más, en la bahía de Chesapeake. No hace demasiado tiempo, vimos una de esas aves de un tamaño inusual, con más de ocho kilos de peso. Se había quedado enganchada en el lago Seneca en un anzuelo de lo que los pescadores llaman una «línea de pesca»; el anzuelo lo habían lanzado a una profundidad de veintiocho metros, y hasta allí se había sumergido el pájaro en busca del cebo. Ya ha habido otras aves que han terminado capturadas del mismo modo y en el mismo lago, en líneas sumergidas entre veinticinco y treinta metros. Cabe la duda de si alguna otra especie alada puede sumergirse tanto bajo el agua. En cualquier caso, sí existe otro pájaro, y mucho más pequeño, que se siente aún más a gusto en el agua que el colimbo y, pese a no tener las patas palmeadas, no es menos buceador: el mirlo acuático americano. A decir verdad, el mirlo acuático es un ave muy particular, ya que, en vez de nadar por la superficie del agua, como hacen patos y gansos, o bien por debajo, como los colimbos, o vadear las orillas como ocurre con muchas de las tribus de patas largas de la costa, en realidad este pájaro corre o vuela casi a voluntad sobre los lechos cubiertos de grava de los riachuelos montañosos. El señor Charles Bonaparte menciona haberlos visto con frecuencia entre los arroyos de los Alpes y los Apeninos, donde se los puede encontrar en solitario, o por parejas, acechando torrentes y cataratas con total impunidad, o correteando de acá para allá por el fondo pedregoso de riachuelos más tranquilos.[4] No obstante, estos pájaros no saben nadar; lo que hacen es descender de repente en las aguas, o a veces entran ociosos caminando desde

---

4 Se habla aquí de Charles Lucien Jules Laurent Bonaparte, biólogo y ornitólogo francés del siglo XIX (y sobrino de Napoleón Bonaparte). *(N. de la T.)*

la orilla, volando como si estuviesen bajo la superficie, moviéndose con las alas expandidas. Cuentan que los nidos los construyen en lugares situados en saliente sobre algún arroyo montañoso, ya sea en un árbol o sobre una roca; y los pollos, cuando se asustan, se lanzan de inmediato al agua de abajo, para su seguridad. No son aves comunes ni siquiera en los sitios de los que son nativas, sino criaturas salvajes y solitarias, más pequeñas que nuestro zorzal robín, con un plumaje oscuro y apagado. Hasta hace bien poco, se suponía que el mirlo acuático era un ave desconocida en este continente, pero más recientemente se la ha descubierto en diferentes puntos de nuestra parte del mundo, frecuentando, al igual que en Europa, lagos agrestes y riachuelos rocosos de aguas límpidas. La variedad americana difiere ligeramente en algunas de sus marcas de la que se ve en el continente europeo.

Miércoles, 8 de marzo.

Un día muy agradable, bastante primaveral. La nieve se está derritiendo con rapidez. La primavera está en el aire, en la luz y en el cielo, aunque la tierra sigue sin ser consciente de su proximidad. Este clima tan templado lo tenemos también en diciembre, pero esta mañana, algo en la plenitud y la suavidad de la luz que brilla en el cielo nos habla de la primavera: el temprano amanecer previo al día de verano. Un pequeño carpintero peludo y un arrendajo azul estaban correteando por entre los manzanos a la caza de insectos; los observamos durante un rato con interés, ya que a lo largo del invierno se ven pocas aves por aquí. Es cierto que ni el carpintero peludo ni el arrendajo azul se marchan de esta zona del país; los dos se quedan aquí durante la época de clima frío, aunque permanecen inactivos y raras veces vagan por ahí afuera.

Jueves, 9 de marzo.

Invierno de nuevo: los bosques están salpicados por la nieve esta mañana, con todas las ramitas recubiertas por una escarcha reluciente. Los pinos del patio de la iglesia lucen preciosos y les cuelgan unas pesadas guirnaldas de nieve, pero todo se va derritiendo con rapidez y, antes de que sea de noche, volverán a lucir prácticamente verdes. Ese efecto de la nieve alojada en los árboles es mucho menos frecuente de lo que se podría suponer en nuestro clima montañoso; pocas veces se ve durante más de unas cuantas horas seguidas, y desaparece pronto a causa del viento o de los rayos del sol. A decir verdad, raramente se da en media docena de ocasiones en el transcurso de un invierno, y lo mismo ocurre con la escarcha de las ramas, que de ninguna manera es un espectáculo tan común como imaginaría cualquier londinense. Esta mañana, estas dos muestras de las obras del invierno se han unido y el efecto es bellísimo, pese a que pareciese que a la primavera le quedaran aún cien años para llegar.

Viernes, 10 de marzo.

Ha aparecido por la casa un puñado de diez perdices; a veces, se las ve solas, o en parejas de dos, pero diez es una cantidad muy superior a la que suele reunirse. El otoño pasado, nos las encontramos con frecuencia en los bosques, y quizá fuesen más numerosas de lo habitual. En varias ocasiones, llegaron incluso a presentarse en el pueblo, cosa que no teníamos noticias de que hubiesen hecho antes; una de esas veces, las vieron en el patio de la iglesia, y en dos casos las sorprendieron comiendo de los desechos de nuestra propia huerta.

Cuando los blancos poblaron por primera vez este valle, entre las aves de caza comunes en la región se veían también abundantes codornices de las del Nuevo Mundo, o colines, pero ahora

nos han abandonado del todo; no se las oye nunca, y cuentan que desaparecieron al poco de que desbrozasen los campos para el cultivo. Tal cosa no se ajusta a sus hábitos acostumbrados, dado que, por lo general, prefieren las tierras de cultivo al bosque y se alimentan de diversos tipos de cereal, anidan en torno a las vallas y raras veces se retiran a las arboledas. En algunas de las partes más antiguas del territorio son bastante comunes, y tan conocidas que en verano se mezclan ocasionalmente con las aves domésticas en los corrales. De no ser por las armas de los cazadores, se deleitarían con el avance de la civilización, en vez de temerlo. Es cierto que en este condado estamos próximos a los límites septentrionales de las codornices, pues solo se las puede encontrar entre Honduras y Massachusetts. Nuestra perdiz o faisán, o grévol engolado, como sería mejor llamar a esta ave, es un animal más robusto, proclive a las montañas y las zonas boscosas, y que, al norte, puede llegar incluso a la bahía del Hudson.

Sábado, 11 de marzo.

Día muy agradable. En un paseo por las afueras del pueblo esta tarde, hemos llegado hasta una valla derribada por alguna tormenta del invierno y, tras pasarla por encima, hemos caminado por los cultivos durante un rato: la primera vez que nos apartábamos de los caminos desde el mes de noviembre. Nos hemos visto obligados a cruzar varios cúmulos de nieve, aunque al menos hemos tenido el placer de pisar de nuevo la tierra marrón, y recordar que dentro de unas escasas semanas el césped volverá a crecer fresco y verde una vez más. Nos aguardaba una buena decepción: durante el invierno, y sin nosotros saberlo, habían talado varios pinos nobles y antiguos por los que sentíamos mucho aprecio; unos tocones horrendos y montones de astillas era lo único que quedaba donde antes esos hermosos árboles habían agitado du-

rante tanto tiempo sus perennes brazos. La tala de estos ejemplares parece haber modificado considerablemente el carácter de los campos vecinos, y es que con frecuencia ocurre que un solo grupo de árboles tiene el poder de alterar el aspecto general de hectáreas de tierras circundantes.

Miércoles, 15 de marzo.

Un frío inusual para esta época: el termómetro cayó anoche hasta los veintiuno bajo cero. Día medio nublado, con viento del norte.

Jueves, 16 de marzo.

El frío continúa: ¡veintitrés grados bajo cero anoche! Habría sido una temperatura muy rigurosa incluso en pleno invierno.

Viernes, 17 de marzo.

Hemos tenido una noche de frío extremo, con el termómetro rondando los veintidós grados bajo cero. Por suerte, ahora el día se está suavizando y el mercurio esta tarde noche ronda ya los quince bajo cero.

Sábado, 18 de marzo.

Ha vuelto el clima primaveral otra vez y hace un día bastante agradable hoy. El termómetro se acerca a los ocho grados. El mercurio ha subido unos veinticinco grados en las últimas dieciocho horas.

Hemos dado un paseo largo de varios kilómetros por el lago. Nos figuramos las aguas impacientes por quedar libres: bajo nuestros pies, avanzando por el hielo, notábamos una sucesión constante de sonidos sordos, estrépitos y quejidos, hasta tal punto

que nuestro acompañante de cuatro patas se alteró algo más que un poco. Los perros suelen sentirse incómodos en el hielo, sobre todo cuando se exponen a él por vez primera; no les gusta el ruido que les llega desde abajo. De todos modos, esta mañana no había ningún peligro en absoluto. La corteza helada aún tiene veinte o veinticinco centímetros de grosor, y seguramente se haya endurecido mucho con el mal tiempo de los últimos días. Había varios trineos deslizándose por la superficie, algunos tirados por caballos y otros, por niños, bien cargados de chiquillería que aprovechaba las últimas nieves.

En el pueblo sí se estaba derritiendo la nevada y las calles estaban enfangadas, pero en el lago la nieve apenas había cedido terreno, y el hielo creaba un microclima propio. Hemos disfrutado mucho el paseo; resulta especialmente agradable deambular a voluntad por un terreno tan extenso, sin tener que ceñirse a los caminos, y sin ningún obstáculo que frene el paso. Todo ello aporta libertad a estas caminatas sobre el lago, más allá de a lo que estamos acostumbrados en tierra firme, donde hay que contar con caminos, vallas y puentes en cada esquina.

Lunes, 20 de marzo.

Esta tarde, al pasar por debajo de varios arces, hemos observado que en algunos de ellos colgaban carámbanos de las ramas más bajas, a pesar de que no había rastro de hielo ni de nieve en los árboles de al lado. Hemos roto uno de los carámbanos y hemos descubierto que se trataba de savia congelada, que había brotado de la rama y se había helado durante la noche: un caramelo de azúcar natural brotado del árbol, por así decirlo. Estos diminutos carámbanos eran bastante transparentes y dulzones, como el *eau sucrée*. En esta época, es muy frecuente que la savia humedezca en abundancia el tronco y las ramas del arce azucarero, en puntos

en los que hay alguna fisura por la que puede abrirse camino; se la suele ver goteando de las ramas, y probablemente fuesen los indios quienes primero descubriesen su dulzura por este hábito. Se podría pensar que perder tanta savia habría de dañar por fuerza los árboles, pero no es así: se conservan en perfecto estado de salud después de soltar litros y litros de este fluido todas las primaveras.

Miércoles, 22 de marzo.

Anoche cayó una tormenta eléctrica, acorde al equinoccio, y esta mañana, para contento de toda la comunidad, se ha proclamado la llegada de los zorzales robín. Se trata de uno de los grandes acontecimientos del año para nosotros: el regreso de los zorzales. Llevamos diez días a la espera de que lleguen, ya que por lo general suelen hacerlo entre el día 15 y el 21 del mes, y casi todas las personas con las que uno se cruza ahora mismo, viejas y jóvenes, grandes y pequeñas, tienen algo que comentar sobre ellos. En cuanto algún miembro de una familia ve aparecer uno de los primeros ejemplares, lo anuncia por toda la casa. Los niños corren a decirles a sus padres: «¡Han llegado los zorzales!»; los abuelos y las abuelas se ponen las gafas y se acercan a las ventanas a contemplar los zorzales robín; y se oye a los vecinos preguntarse con solemnidad unos a otros: «¿Ha visto usted los zorzales?» o «¿Ha oído los zorzales?». No existe otro pájaro cuyo regreso se deje notar de manera tan generalizada, y durante varios días sus movimientos se ven sometidos a una observación no carente de interés, mientras corretean por el campo o se posan en los árboles sin hojas. Anoche mismo, estando las persianas cerradas, los oímos cerca de la puerta y corrimos a escuchar su primer saludo, pero estaba demasiado oscuro como para verlos. Sin embargo, esta mañana sí los hemos encontrado en los manzanos en los que nacieron, y les hemos dado una cálida bienvenida a estas honradas criaturas.

Jueves, 23 de marzo.

La nieve se marcha por fin. El campo tiene el aspecto moteado que corresponde en toda regla a marzo en esta parte del mundo: por todas partes, se ven amplios claros de tierra marrón, en los campos de cultivo y en las laderas de los montes. Los caminos tienen una capa gruesa de barro, y las diligencias tardan entre diez y once horas en recorrer los treinta y cinco kilómetros por las montañas, desde el ferrocarril, al norte.

Los mosqueros han llegado también, igual que los zorzales robín. En muchas partes del país, su regreso se considera la señal para empezar a preparar la huerta, aunque eso aquí no funcionaría; hay demasiada escarcha en el suelo como para usar la pala. No obstante, sí se están haciendo semilleros, pese a los cúmulos de nieve que aún quedan en muchas huertas; de este modo, se cultivan lechugas tempranas y rábanos, y también las sandías y los tomates necesitan recibir la ayuda de ese mismo proceso para que sus frutos maduren por completo en esta región de tierras altas. Existe una cierta leyenda extendida por el pueblo según la cual el clima ha experimentado un cierto cambio desde la llegada de los primeros colonos: cuentan que las primaveras se han hecho más inciertas y los veranos, menos cálidos; eso dicen las personas mayores que conocen el lugar desde hace cuarenta años. El mismo comentario suele oírse también en asentamientos de más o menos las mismas fechas, como St. Lawrence o Genesee. Sin embargo, quizá este asunto guarde alguna parte de autoengaño, ya que, de manera natural, somos más dados a sentir las heladas de hoy que las del año pasado, y es muy plausible que la memoria haya atenuado el clima para quienes miren atrás, desde una edad provecta, a la juventud. En cualquier caso, la teoría parece tener alguna base certera, dado que sí es un hecho bien conocido el que frutos que antaño prospe-

raban en la región ahora raras veces maduran. Hace cuarenta años, las sandías se cultivaban aquí sin necesidad de semilleros, y existía un pequeño viñedo en el mismo lugar en el que las heladas han acabado con las uvas todos los años desde el último decenio.

Viernes, 24 de marzo.

La primera planta que muestra la influencia del cambio de estación en esta parte del país es una muy pequeña, como la delicada campanilla de invierno o la violeta de olor de otras tierras. Mucho antes de que los primeros árboles echen brotes o el pasto muestre los más leves matices de verde, la espata oscura de la col de mofeta se abre paso en mitad de la nieve y del hielo. Resulta singular que, en un momento en el que el suelo por lo general está cubierto de escarcha, una planta sepa descubrir que la primavera se encuentra al alcance de la mano; y aun así, hacia finales de febrero o principios de marzo, la col de mofeta adivina bien la época del año y surge en lugares pantanosos, en las orillas de charcas y arroyos. Entre nosotros, es casi una planta de invierno. La espata o vaina oscura es bastante hermosa de joven, abigarrada, con un tono morado, verde claro y amarillo; en su interior crece el espádice, similar en forma y color a una piña en miniatura, cubierto de pequeñas protuberancias, cada una de las cuales da lugar a una flor morada. Pese a ser una planta muy común, muchas personas que conocen sus hojas brillantes y anchas del verano nunca han visto la flor y no tienen idea de lo temprano que florece. Su hedor fuerte y repudiable sí es más famoso: en palabras de un botánico estadounidense, la planta «es meritoria a todas luces del nombre que recibe»;[5] en cualquier caso, parece un comentario demasiado

---

5 Se refiere aquí a Jacob Bigelow, médico, arquitecto y botánico estadounidense, de gran relevancia en el siglo XIX. *(N. de la T.)*

severo, ya que no está del todo bien decir una cosa tan dura sobre una planta. En la zona de nuestro pueblo brotaron hace tres semanas, aunque las flores se abren lentamente.

Sábado, 25 de marzo.

Esta noche hemos tenido un viento fuerte del sur. Los vientos más intensos que recibimos vienen por lo general de esa dirección. Las hojas mustias del otoño pasado se arremolinan y vuelan sobre la hierba marchita de los pastos y entre las raíces de los árboles desnudos: una danza de muerte, por así decirlo, en honor del invierno que deja este mundo.

Lunes, 27 de marzo.

Esta tarde, una bandada de palomas pasajeras ha sobrevolado la montaña describiendo unos hermosos círculos.[6] Esta primavera, tenemos solo unas pocas. Hay una diferencia enorme entre un año y otro con respecto a la cantidad de ejemplares que nos visita; algunas temporadas, siguen siendo muy numerosas, y grandes bandadas pasan sobre el valle mañana y tarde cuando salen de sus lugares de cría en busca de comida. Unos años atrás, eligieron como campamento de primavera un bosque en un monte a unos treinta kilómetros de aquí, provocando el desastre usual entre los árboles y arbustos que las rodeaban; en esa ocasión, sobrevolaban el valle en toda su longitud: unas enormes bandadas ininterrumpidas de varios kilómetros de extensión, una tras otra. Desde esa

---

6 Por lo que relata el texto, y a pesar de hacer referencia a *wild pigeons* («palomas silvestres», en traducción más literal), parece que la autora habla en concreto de la variedad *Ectopistes migratorius*, ya extinta, y que recibe ese nombre común en inglés. *(N. de la T.)*

temporada, no se ha visto tal cantidad. En cualquier caso, los números que vimos entonces no fueron nada en comparación con la multitud que visitaba el valle todos los años en su historia más temprana, llegando a oscurecer el cielo a su paso. Parece estar en su naturaleza volar bajo, aunque ahora se han hecho más arteras y suelen alcanzar mayor altura; sin embargo, es frecuente que pasen rozando las cimas de los montes, y los cazadores, tras observar mañana y tarde el curso usual de su vuelo, salen y se aposentan en algún monte y disparan a las palomas cuando estas los sobrevuelan. Los polluelos, o pichones, como se los llama, se consideran una exquisitez y están muy solicitados en primavera; son muy tiernos, claro, y por lo general muy gordos, ya que estas crías empiezan a engordar en cuanto rompen el cascarón y pronto están de buen ver. No obstante, no se tienen por un alimento muy saludable, si se ingieren de una manera repetida y continuada. Según cuenta la leyenda, los indios, en la época del año en la que se alimentaban principalmente de estas aves, no mostraban muy buen estado de salud.

Martes, 28 de marzo.

Estamos en el gran deshielo final de la primavera. Nuestro aluvión invernal de nieve se está hundiendo en la tierra, ablandando su seno para las labores del campesino, o deslizándose a las corrientes infladas, hacia el mar. El cielo está cubierto de neblina en los montes, donde los pinos lucen nobles, sobre todo los árboles más viejos, medio asomados, medio velados, como unos fantasmas gigantes erguidos en las laderas. El sencillo canto del zorzal robín se deja oír entre el día plomizo: un sonido alentador en estos momentos grises; posados en las ramas más altas de los árboles, los zorzales están atentos, pendientes de encontrar un hueco adecuado en el que anidar.

Miércoles, 29 de marzo.

Un día maravilloso: un sol suave y claro, y un aire delicioso del oeste que juega con las ramas sin hojas y entre las verdes hebras del follaje de los pinos. No sorprende que los pinos, cuando

> rompen a cantar
> agitando su coro de penachos,[7]

creen más melodía que otros árboles. Las largas y finas hojas se estremecen con la brisa esta tarde como las cuerdas de un instrumento, pero son tan diminutas que a cierta distancia solo percibimos el movimiento general de las ramas llenas de mechones.

El campo entero está de nuevo marrón, salvo por unas franjas de nieve aquí y allá, bajo algunas vallas en los montes, o algún parche que marca un ventisquero amontonado ahí por todas las tormentas del invierno.

Ahora mismo, no hay nada que pueda tener un aspecto más lúgubre que el lago. La superficie no es nieve, ni hielo, ni agua, sino una corteza apagada que le da una expresión taciturna, muy fuera de lugar frente al paisaje general en un día como este. El sol calienta los montes marrones, los pinos viejos y las tuyas orientales, dándoles un brillo primaveral que sustituye a sus largas heladas, pero al lago es imposible sacarle una sonrisa, cada vez más oscuro y plomizo con el paso de las horas. Como si quisiera mostrarnos lo que estamos perdiendo, tiene una única esquina abierta cerca de su desembocadura: un lugar precioso, con distintos matices de color mezclados, rosa y azul, transparente y delicado, a modo del ojo mismo de la primavera.

---

7 Versos extraídos de *The Nymphs* (Las ninfas), de Leigh Hunt, ensayista y poeta inglés del siglo XIX. *(N. de la T.)*

Nuestro río, uno pequeño, fluye inflado y rápido, se extiende sobre las riberas hasta casi el doble de su anchura usual; las aguas tienen un color verde claro precioso, muy distinto del tono más oscuro del verano, de un gris transparente. Resulta singular que la nieve y el hielo en grandes cantidades siempre cambien el color de una corriente de agua que han ayudado a alimentar, pero así es: todas las aguas que bajan de los glaciares de Suiza tienen un tinte peculiar. Entre nosotros, dicho efecto se aprecia solo durante unos días, cuando el hielo se desintegra por primera vez al llegar la primavera. Esta tarde hemos visto una oruga, la primera que se cruza en nuestro camino.

Jueves, 30 de marzo.

El gorrión melódico y el azulejo están aquí, llevan varios días entre nosotros. Los zorzales robín están aumentando bastante en número; parecen llegar en destacamentos, o a lo mejor es que simplemente van de una región a otra en bandadas. Su canto es muy agradable, y después del invierno silencioso, llega al oído con doble dulzura. El cuerpo rollizo y el plumaje exterior, cálido y rojo, los hacen muy visibles cuando vuelan entre las ramas desnudas o recorren el pasto marchito. Se los ve más por el suelo que a cualquier otro pájaro, a excepción del gorrión, y es gracioso observar las diferencias en los andares de estas dos especies. El gorrión se desliza con enorme agilidad y facilidad; ya sea sobre el pasto o sobre la grava, sus movimientos son ligeros y sueltos. Por su parte, el zorzal robín hace más aspavientos; corretea a ratos, baja la cabeza, sube la cola, se mueve rápidamente unos centímetros y luego se detiene de repente, y repite la misma serie de maniobras hasta que alza el vuelo. Pese a que nuestro zorzal robín también recibe el nombre de zorzal petirrojo, no es la misma ave que el petirrojo europeo, una especie similar, más pequeña, que habita todo el año en zonas situadas tan al norte como Inglaterra,

alegrando sus campos nativos con un sencillo cántico incluso en épocas de frío. Así, los hábitos del petirrojo europeo difieren de los de nuestro zorzal petirrojo, o robín: anida en orillas herbosas y usa una artimaña para recoger y juntar hojas muertas ante su puerta, probablemente con idea de ocultar el nido. Nuestro zorzal nunca anida en el suelo, sino que coloca el nido en los árboles, donde, por su tamaño, es muy visible; no obstante, de vez en cuando, anida en los alrededores de una casa, aunque en ese caso suele situar el nido en algún lugar a la sombra de una parra o de las ramas de un árbol. Durante dos veranos seguidos, tuvimos un nido en el alféizar de una ventana de la segunda planta, y esta primavera dos parejas parecen estar anidando en los aleros; en todos estos casos, los lugares escogidos estaban cubiertos por parras vírgenes. De nuevo aquí, nuestro zorzal solo entona sus cantos a principios de la primavera; el resto del año es un pájaro muy silencioso. Algunos pocos se quedan merodeando durante el frío en lugares situados tan al norte como la zona del Mohawk, aunque esos parecen ser casos accidentales. Muchos cogen dirección sureste hacia la orilla del mar, y muchos más continúan al sur, hacia un clima más suave. De todos modos, se quedan con nosotros ocho o nueve meses al año; son unas criaturas honradas y sencillas, que corretean por parcelas de pasto y caminos cerca de nuestras casas, por lo que en todas partes se las considera amigas. Los primeros colonos, según he oído afirmar, le dieron al llamativo turpial el nombre de «petirrojo inglés», lo que demuestra con cuánto cariño los recuerdos coloreaban todo lo que habían dejado atrás, dado que un pájaro tiene el plumaje de color muy plano y el otro luce un brillo notable. No obstante, el nombre de petirrojo ha terminado acompañando sin ninguna duda al zorzal grande de pecho rojo que a todos nos resulta familiar, y pese a diferir en muchos aspectos del petirrojo de Europa —y aun así llamarse casi igual—, ha heredado asimismo el favor de su pariente lejano, pues en esta parte del mundo se lleva todo el mérito como guar-

dián de los niños indefensos, que recolecta bayas para darles de comer y recoge hojas para hacerles mantas.[8] Esta tarde, mientras veíamos los zorzales correteando sobre las tumbas en el patio de la iglesia, o posados en una lápida, mirándonos con esos grandes ojos pensativos que tienen, hemos llegado a la conclusión de que nuestro zorzal petirrojo ha de ser capaz de obrar igual de bien que su primo europeo. En esta época, raras veces pasamos por el patio de la iglesia sin encontrarnos zorzales allí; probablemente tengan muchos nidos entre esos árboles.

Viernes, 31 de marzo.

Los jacintos, los narcisos y los lirios están empezando a dejar ver sus hojas en los parterres, y las bruselas están casi en flor: se trata de una de las flores más tempranas que se abren entre nosotros. Los jacintos azules les siguen al poco, aunque apenas van a florecer esta quincena todavía. La campanilla de invierno no suele abrirse en esta zona antes de la mitad de abril, o de la tercera semana del mes, y permanece florecida hasta que las corolas palidecen, a principios de junio; entre nosotros, parecen menos duras que en su clima nativo, ya que en Inglaterra florecen en febrero, y *monsieur* de Candolle las ha descubierto de hecho en las montañas de Suiza con las flores recubiertas de nieve y hielo.[9]

Se oye hablar mucho del repentino brote de la primavera en los Estados Unidos, pero en esta parte del país, las primeras fases

---

8 Esta leyenda está ligada al cuento infantil tradicional *Babes in the Woods* (Niños en los bosques), del siglo XVI, en el que se relata cómo unos tíos abandonan en el bosque a dos sobrinos que tenían a su cuidado, y los dejan morir allí para hacerse con su herencia. Al fallecer los niños, un petirrojo (de la variedad europea) los cubre con hojas. *(N. de la T.)*

9 Se trata de Alphonse Louis Pierre Pyrame de Candolle, importante botánico suizo del siglo XIX. *(N. de la T.)*

de la estación son sin ninguna duda muy lentas, y durante muchas semanas el avance es gradual. Hasta el último momento, cuando los capullos han madurado del todo y las flores están listas para abrirse, no llegamos a ver el repentino borbotón de vida y de alegría, que a decir verdad resulta casi mágico en ese momento, por sus efectos de belleza. Pero este periodo tardío es breve: apenas disponemos de tiempo para disfrutar de la súbita afluencia de la primavera antes de que nos deje para abrir paso al verano, y la gente exclama ante la brevedad de la estación en los Estados Unidos. Por otra parte, la primavera nos visita en marzo, cuando aún estamos sentados junto a la chimenea, y pocos toman nota de sus pasos; va desvelando su presencia en el cielo, en las aguas, con las aves que regresan, sobre algún árbol aislado, en una planta solitaria, y cada toque de suavidad se percibe con placer entre quienes se contentan con esperar al orden natural de las cosas.

Sábado, 1 de abril.

Hoy estaban vendiendo azúcar de arce recién hecha; es raro que llegue al mercado tan pronto. En nuestra región, aún se elabora una gran cantidad de esta azúcar, sobre todo para su consumo doméstico en las granjas. En los pueblos, en los que se encuentran con facilidad provisiones del exterior, se tiene más como un manjar que para otros usos; a los niños es una cosa que les encanta, y a muchos mayores les gusta probar un poquito de vez en cuando. Tiene un sabor peculiar que resulta agradable al tomarla sola, aunque se convierte en un defecto cuando se usa para endulzar alimentos. En primavera, tomar un poco no es dañino, por la creencia de que limpia la sangre; probablemente, en este sentido, no sea ni mejor ni peor que cualquier otra azúcar. Sin embargo, nuestros granjeros la tienen como un consumo doméstico frecuente; muchas familias dependen por completo de ella, y solo conservan un poco de azúcar blanca para los enfermos. Se

dice además que los niños de este condado a menudo se crían sin probar otra cosa que el azúcar de arce. La melaza de arce también se utiliza mucho, y algunas personas la prefieren a la de caña, ya que tiene un sabor peculiar que les va muy bien a los púdines y a las tortitas de trigo sarraceno.

Algunos granjeros tienen un «campito de azúcar» en el que no se consiente cultivar nada más que arces, y en las granjas más antiguas a veces se pasa por uno de estos preciosos campitos, sin nada de sotobosque, con los árboles plantados sobre un suave césped verde. Sin embargo, lo más frecuente es que se elija un lugar práctico en el bosque donde haya arces de sobra. Los árboles más jóvenes no se resinan, ya que ese proceso los daña. Hasta que no alcanzan un buen tamaño —veinticinco o treinta centímetros de diámetro— no se explotan de este modo; deben tener al menos veinte años, pues antes raras veces llegan a ese tamaño, y a partir de entonces, siguen generando savia copiosamente hasta que se deterioran. Resulta de lo más sorprendente que un árbol pueda permitirse perder tanto nutriente natural sin sufrir daños; sin embargo, los arces que llevan cincuenta años o más resinándose lucen un follaje y unas flores tan frondosos como los árboles intactos. La cantidad de savia generada varía según el árbol: de algunos se saca casi tres veces lo que de otros; el fluido extraído de un árbol puede ser también mucho más dulce y sabroso que el de otro, ya que parece existir entre ellos una diferencia en cuanto a naturaleza.

De cada árbol se sacan entre uno y dos kilos de azúcar, y para cada kilo se necesitan de quince a veinte litros de savia. El líquido empieza a fluir con los primeros días de clima suave de marzo, aunque su avance quedará refrenado por alguna helada intensa, hasta que el deshielo vuelva a ponerlo en marcha; algunos años, el flujo se mantiene a intervalos hasta finales de abril, por lo que una primavera temprana normal dará menos tiempo para hacer el trabajo que una estación tardía, en la que la savia se activará más tarde. En cualquier caso, el periodo normal para la elabora-

ción del azúcar es de unas dos semanas (unos años más, otros años menos).

Elaborar esta azúcar es más fácil que en el caso de otras, ya que tanto la remolacha como la caña exigen muchos más gastos y tareas. Con el arce, el proceso es muy sencillo, y consiste básicamente en recoger la savia y hervirla; lo único necesario para que el azúcar alcance la mayor calidad es aplicar pulcritud y atención. En primer lugar, se abre un agujero en el tronco del árbol, a entre medio metro y un metro del suelo; para ello, se usa a veces una hachuela o un cincel, aunque los granjeros más meticulosos prefieren una barrena pequeña, con un diámetro inferior a un centímetro y medio, ya que con este instrumento no se daña la corteza, que volverá a cerrarse en torno al agujero pasados dos o tres años. Después de eso, se introduce en el hueco abierto un bebedero pequeño o «grifo», como lo llama la gente de campo aquí, hecho normalmente con la rama de un aliso o zumaque que se afila por un extremo y se vacía quitándole entre cinco y siete centímetros del interior para que pueda pasar la savia; por ahí, la savia se vierte al bebedero abierto, que está apoyado en el pote de savia, a los pies del árbol. Estos potes son una pieza de manufactura normal en el país; están hechos de pino, o a veces de tilo, y se venden a veinte céntimos cada uno. Se deja uno a los pies de cada árbol para que vaya recibiendo la savia sudada conforme el pequeño hilo de líquido dulce y límpido fluya más o menos a voluntad, según el clima y la naturaleza del árbol; a veces, de un árbol se recogen unos doce litros en veinticuatro horas, mientras que en otras ocasiones apenas llega a un litro. Por supuesto, los potes se vigilan y vacían de vez en cuando. La savia se va echando en una caldera, que suele colocarse sobre un horno encima de un arco hecho con ladrillos; normalmente, se utiliza una caldera grande de hierro, aunque las ollas de estaño se consideran preferibles, ya que dan menos color y sabor al azúcar. El trasvase de la savia a la caldera es una parte laboriosa del proceso, y algunos granjeros tienen todos los caños

pequeños conectados a un bebedero grande que conduce a un receptáculo común cerca del horno; sin embargo, lo que más se utiliza son los potes. Por lo general, se resinan doscientos o trescientos árboles de un mismo bosque, y mientras están sudando savia, los hornos permanecen encendidos y el azúcar, hirviendo, día y noche. Es una época de mucho ajetreo en el «campito». Las personas que trabajan en esto suelen comer y dormir en el lugar hasta que acaba su tarea; se trata de un lugar de encuentro que encanta a los niños y jóvenes de las granjas, quienes disfrutan enormemente de este toque de vida campestre, por no hablar del azúcar nuevo y de los ocasionales tragos de savia fresca. Sin embargo, la savia no se considera una bebida saludable, al contrario en este sentido que el zumo de la caña, que se ve como algo especialmente sano; de hecho, hombres y bestias engordan con las plantaciones en las temporadas de labor entre las cañas maduras. Cuando el trabajo en el «campito» ha comenzado en firme, la caldera se llena de cuando en cuando con savia fresca durante las primeras veinticuatro horas; después de eso, se deja que el fluido espese hasta formar un sirope, más o menos la mitad de dulce que la melaza, y luego se aparta del fuego y se deja enfriar y reposar. Unas doce horas después, de nuevo se pone al fuego para clarificarlo —la clara de dos huevos, un litro de leche y quince gramos de bicarbonato de sodio para veinte kilos de azúcar— y no se deja que el sirope hierva hasta que no suben a la superficie todas las impurezas y se retiran. Tras llevar a cabo la clarificación, el sirope hierve hasta que empieza a granularse, como se dice, o en jerga campestre, a «azucararse»; entonces se quita del fuego y se coloca en ollas de estaño para que enfríe y se forme el «grano». Cuando este proceso de granulación ha comenzado de verdad, el nuevo azúcar se coloca en moldes para que se seque: las partículas más duras se adhieren entre ellas y el azúcar, la parte líquida, o la melaza, va cayendo a un receptáculo destinado a ello. Por supuesto, en cuanto la caldera está vacía, vuelve a llenarse con savia

nueva, y se repite el mismo proceso hasta que acaba la temporada, o hasta que se elabora la cantidad necesaria.

En este condado, actualmente, hay granjas en las que se elaboran entre mil y mil trescientos kilos de azúcar por temporada. Antiguamente, gran parte de nuestra azúcar se enviaba a Albany y a Nueva York, y todavía se vende un porcentaje a los confiteros de allí. En los primeros tiempos del condado, hace medio siglo, las rentas solían pagarse en productos —trigo, potasa, azúcar, etcétera— a conveniencia de los arrendatarios, y según los registros, el líder de la pequeña colonia emplazada en torno a este lago recibió de este modo en un año más de veintisiete mil kilos; una parte de esa azúcar se refinaba y se moldeaba en pequeños panes de muestra en una casa azucarera de Filadelfia, y era igual de blanca y pura que el azúcar de caña. El azúcar común en este territorio es igual de ligera que la que suele llegar de las Indias Occidentales, y los granjeros tienen un proceso doméstico sencillo por el que la aclaran bastante: mientras se está secando, sobre el molde de azúcar se coloca un paño de franela húmedo y limpio, que poco a poco empapa la materia colorante, y que hay que enjuagar y cambiar todas las mañanas hasta que el azúcar quede bastante blanca; si se ha hecho con esmero y se ha clarificado, después de tres o cuatro días se habrá blanqueado por completo. Desde luego, en este territorio hay suficientes arces para suministrar a toda la población de la república, de ser necesario, pero el azúcar de la caña se consigue ahora con tanta facilidad, y tan barata, que existen pocos motivos para comercializar el azúcar de arce. Esta última se vende en el pueblo este año a dieciocho céntimos el kilo, y un buen habano cuesta seis céntimos. No obstante, los granjeros están dispuestos a explotar sus árboles para consumo propio, ya que así se ahorran algo de dinero y les supone poco gasto y poco trabajo.

En el pueblo, se cuenta la historia de un tejedor de medias escocés que unos años atrás compró una granja cerca del lago. La primera primavera tras su llegada a estas tierras le fue tan bien con

sus arces que, en mitad de sus labores, se presentó en el pueblo y encargó un gran número de potes de savia, ollas, hornos, etcétera. La buena gente del lugar se sorprendió bastante ante la magnitud de esos preparativos, y le preguntó al hombre cómo era ese gran campito de arces suyo. El nuevo vecino les contó que, de momento, solo había resinado una pequeña cantidad de árboles, pero que pronto pretendía proceder a trabajar en serio con los arces y que, en realidad, había tomado la determinación, como buen «escocés sagaz» que era, de «abandonar por completo la agricultura y dedicarse todo el año a la elaboración del azúcar»; un plan que, puede suponerse, cayó en no poca gracia de Jonathan, conociendo como conocía él los modos de los arces.[10] En distintas partes del mundo se resinan muchos otros árboles para sacarles la savia: los pinos, por la trementina, como todos sabemos, y el célebre árbol de la vaca de Sudamérica, por su nutriente jugo, que suministra una leche vegetal, como si dijéramos, en regiones en las que parece desconocerse la leche de los animales domésticos; aún más al sur de este gran continente, elaboran, a partir de la savia de la palma chilena, un sirope con la consistencia de la miel que se usa como producto alimenticio. En el norte de Europa, con la savia del abedul preparan una bebida que llaman licor de abedul, y en nuestro territorio a veces el vinagre se elabora de esa misma manera. En Crimea, los tártaros suelen hacer azúcar a partir de los hermosos nogales de las orillas del mar Muerto. Lo cuenta el doctor Clarke

---

10 Pese a no haberse podido constatar con total seguridad, es muy probable que aquí Fenimore haga alusión a *Brother Jonathan*, la primera publicación semanal ilustrada de los Estados Unidos que funcionó entre 1842 y 1862 y en la que se han encontrado numerosas referencias al azúcar de arce. El nombre hace referencia a su vez al personaje que por entonces se usaba como alegoría de Nueva Inglaterra y de todos los Estados Unidos (similar a lo que luego sería el tío Sam), por cuenta de Jonathan Trumbull, gobernador de Connecticut que guardaba muy buena relación con George Washington y que contribuyó económicamente en gran medida a la independencia del país. *(N. de la T.)*

en sus *Viajes*.[11] El tilo también da un líquido azucarado. Nuestra pacana misma se considera que tiene la savia más dulce y rica de todos los árboles del bosque, y se cuenta que algunas amas de casa de Nueva Inglaterra hacen azúcar de una calidad superior en pequeñas cantidades a partir de esa savia. En general, no podría servir para tal fin, no obstante, ya que el volumen de savia sudada por el árbol es muy pequeña.

Según el último censo general, la cantidad total de azúcar de arce elaborada en un año en este condado, con una población de 49.658 personas, fue de 159.550 kilogramos, o poco más de tres kilos por persona. El de azúcar fabricado en el estado fue de 4.557.745 kilogramos. El censo no especificaba los diferentes tipos de azúcar, pero el hecho de que en nuestra parte del territorio no se manufactura ninguna otra clase más de azúcar que la del arce es algo tan conocido que apenas merece la pena restar nada de los informes anuales por cuenta de algunos experimentos hechos aquí y allá con el azúcar de maíz o remolacha. Así pues, si se observan los informes, descubrimos que hay cuarenta y nueve condados en los que se produce azúcar de arce, y nueve condados en la región cercana a Nueva York en los que no se elabora ninguna. La mayor cantidad elaborada en un mismo condado se registra en St. Lawrence y supera los 384.000 kilogramos entre una población de 56.000 habitantes; Chatauque se le acerca mucho, no obstante, con 380.564 kilos para 47.000 personas. Hay nueve condados que fabrican más que nosotros; Putnam registra la cantidad más pequeña, de solo 33 kilogramos, que probablemente correspondan a la producción de un «campito». La suma total de los diferentes azúcares fabricados en el país durante el año 1839-1840 superó los

11 Se trata del libro *Travels in Various Countries of Europe, Asia and Africa* (Viajes por varios países de Europa, Asia y África) de Edward Daniel Clarke, naturalista y explorador inglés de finales del siglo xviii y principios del xix. *(N. de la T.)*

70.305.000 kilogramos; desde entonces, la cantidad prácticamente se ha duplicado, y se calcula que en torno a la mitad del azúcar que consumimos hoy se elabora dentro de nuestras fronteras. Por supuesto, un porcentaje muy grande procede de las plantaciones de caña de Louisiana, etcétera; probablemente, algo de azúcar de remolacha y maíz en pequeñas cantidades vaya incluido en los cálculos, pero las tablas del último censo no especificaban las diferentes variedades hechas en cada estado; así pues, nuestra única guía para formarnos una opinión con respecto a la cantidad total de azúcar de arce elaborada en el país han de ser los respectivos límites geográficos de la caña y del arce. El azúcar de uno u otro tipo se fabrica en casi todos los estados, con Delaware y el distrito de Columbia como únicas excepciones. Entendemos que en Virginia y Kentucky se elabora azúcar de arce; el primero registra 699.368 kilogramos de azúcar y el segundo, 634.955; seguramente, esas cifras correspondan en gran medida al arce. Si le concedemos aproximadamente una quinta parte de la cantidad total, o unos 14.000 kilos, al azúcar de arce, quizá no nos estemos alejando mucho de la realidad. Nos inclinamos a pensar que dicho cálculo queda bastante por debajo de la cifra total. Sin embargo, dado que esta azúcar se consume casi por completo en las tierras en las que se elabora, atrae mucha menos atención pública de lo que lo harían esas mismas cantidades en un artículo comercializado.

Lunes, 3 de abril.

Un día espléndido. Hemos dado nuestro primer paseo por el bosque. ¡Qué gusto da estar de nuevo entre los árboles! Los capullos tempranos están creciendo perceptiblemente: los del arce rojo y el olmo florecen en los montes, con los sauces y alisos brotando cerca de los arroyos. Nos han llamado la atención más de lo normal los musgos y líquenes, y la coloración de la corteza de los diferentes árboles; algunos castaños, abedules y arces lucen veinte tonalida-

des distintas, entre grises y verdes, desde un blanco apagado hasta un marrón negruzco. Apenas varían demasiado con las estaciones del año, pero ahora atraen más las miradas por el hecho de que en invierno pasamos raras veces por los bosques; y en estos momentos, antes de que salgan las hojas, hay más luz en las ramas y en los troncos que en verano. Los musgos del suelo aún no han revivido del todo; algunas de las variedades más bonitas son muy sensibles a las heladas y todavía no han recuperado su color por completo.

Las plantitas de hoja perenne arrojan un leve matiz de verdor sobre las hojas muertas que cubren el bosque; en algunos puntos, forman un parche de color importante, pero en otros lugares apenas se las ve. Tenemos muchas en nuestros bosques, y todas son plantas agradables; lucen unas hojas brillantes por lo general muy saludables, y la mayoría echa unas flores bonitas y olorosas en diferentes estaciones. Algunos helechos se han conservado, como suele pasar, por debajo de la nieve; aunque son sensibles a las heladas, en lugares que les son favorables parecen escapar hasta que cae la nieve que los protege y los conserva así a lo largo de todo el invierno, en una especie de estado semiperenne, como algunas otras plantas de huertas y campos de cultivo. Este año, se ven más de esas hojas de helecho de lo usual, y resultan agradables, aunque están aplanadas contra la tierra por el peso de la nieve que han tenido que soportar.

No hay nada parecido a una flor en todo el ancho bosque. Sin embargo, la flor de mayo está brotando y se abrirá más pronto que tarde; hemos rastrillado las hojas muertas para buscarla, y algunos de los capullos son muy grandes y alentadores.

Los zorzales robín, los gorriones y los azulejos orientales estaban cantando dulcemente cuando volvimos a casa a última hora de la tarde; hay muchos más ahora en el pueblo que en los bosques. El trigo está verde; el resto de cultivos siguen marrones. El lago se pone cada día más opaco y sombrío.

Martes, 4 de abril.

Por primera vez desde que empezó esta estación, anoche se oyeron ranas croar.

Miércoles, 5 de abril.

Primeras semillas plantadas en la huerta hoy: guisantes, remolachas, cebollas, etcétera.

Viernes, 7 de abril.

El sol brilla, pero el aire es frío y eso ralentiza la floración de los capullos; si salen demasiado pronto, corren un grave riesgo de que las heladas los dañen. El hielo continúa en el lago, y algunos conocidos aseguran que el clima más cálido nunca llega hasta que las aguas están abiertas. En nuestro lago no hay corrientes, o son tan leves que apenas se perciben; no son suficientes, en cualquier caso, para llevarse el hielo, que se va derritiendo lentamente. Las lluvias intensas son una gran ayuda para deshacerse del hielo, y en cuanto se crea una abertura en la débil corteza helada, el viento fuerte hace su magia y la fragmenta, alejando los trozos a las orillas, donde se desvanecen en muy poco tiempo. Hemos visto el lago entero cubierto y a hombres caminar por el hielo a las dos de la tarde, para a las cuatro del mismo día, y gracias a un viento fuerte, ver cómo las aguas fluían por completo libres. Desde hace unos días ya, el hielo se está despegando bastante de las orillas, y el aspecto resulta aún más desagradable por el estrecho borde de agua azul transparente que rodea esa isla sombría.

Hemos explorado una ladera soleada en el bosque con la esperanza de encontrar alguna flor de mayo suelta, pero solo hemos visto los capullos. Bayas había a montones: era un parterre perfecto de bayas perdiz y gaulterias. Unos pinos robustos y jóvenes

arrojaban sus ramas sobre la ladera, y el sol cálido de la tarde se vertía sobre árboles y plantas, intensificando los olores aromáticos de todos ellos; el aire estaba muy perfumado con ese aroma fresco y silvestre del bosque. Una arboleda perenne suele ser muy olorosa; nuestros pinos y cedros lo son bastante, e incluso las hojas caídas de los pinos conservan su olor peculiar un tiempo. Existe una alusión antigua al aroma del cedro del Líbano en el último capítulo del profeta Oseas, que vivió en el siglo VIII antes de la era cristiana; al hablar de las bendiciones que Dios guarda para su pueblo, afirma: «Seré como el rocío para Israel, que crecerá como el lirio y enraizará como el cedro del Líbano. Sus ramas se expandirán y su belleza será la del olivo, y su olor el del cedro del Líbano».

La plantita de la gaulteria es asimismo muy aromática. Al igual que el naranjo, esta humilde planta echa sus frutos y flores a la vez, y los cálices blancos cuelgan junto a las bayas del color del coral cuando el clima es benigno, desde principios de mayo hasta las heladas más intensas de octubre. Es cierto que estas plantas crecen en grupos y, pese a salir juntos, el fruto y la flor pertenecen a distintos tallos; de todos modos, hemos visto bayas y capullos frescos brotar del mismo troncho. No existe ningún periodo del año en el que no se encuentren las bayas, aunque su temporada es finales de otoño y la subsiguiente primavera. La nieve bajo la que residen durante meses las hace madurar, pero quizá en otoño sean más acres. La forma que adquieren cuando terminan de crecer es excepcional para un fruto: tienen cinco puntas colgantes y afiladas en el extremo, y dentro de cada una de ellas hay una segunda baya, por así decirlo, más pequeña y de color rosado, que guarda la diminuta semilla; raras veces se las encuentra maduras hasta que tienen un año, y es en junio cuando las bayas se abren y arrojan las semillas. A los pájaros les encantan estas bayas, y algunos se comen las semillitas acres y rechazan la parte más carnosa. Un par de azulillos sietecolores de Florida, encerrados en una jaula en el pueblo, solían deleitarse con estos frutos.

La baya perdiz, con sus ramas largas y trepadoras, es una compañera constante de la gaulteria a lo largo de todo el año, y muy común en todos los bosques. Tiene unos bonitos folíolos redondeados que suelen ensartarse por parejas en parras parecidas a hilos, de casi un metro o más de longitud a menudo, con alguna que otra baya roja y grande a la mitad, que son comestibles, pero insípidas. Las flores forman unas campanas finas y delicadas de color rosa, pálidas por fuera y de un rosa fuerte por dentro; son muy olorosas y, muy curiosamente, las dos flores solo dan una baya grande, y el fruto está marcado, como si dijéramos, con dos caras que son los restos de los dos cálices.

Parece como si entre nuestras plantas perennes hubiese un mayor porcentaje de plantas olorosas que entre sus compañeras caducas; sin embargo, no puede ser la fortaleza de la planta lo que le dé ese encanto adicional, ¿o acaso no son plantas tan dulces como la miñoneta, o la violeta común, plantas frágiles las dos?

Sábado, 8 de abril.

Un día encantador. Había un trepador pechiblanco entre los árboles en el césped; estos pájaros son activos y entretenidos, y habitan en el estado, aunque nadie puede poner las manos en el fuego por que permanezcan todo el invierno entre nuestros montes, ya que nunca los hemos avistado cuando el clima es frío. No se trata de un pájaro muy común aquí, pero sí es posible encontrarlo en el bosque si se le va buscando a lo largo del año. Nos hemos entretenido observando a nuestro pequeño visitante esta mañana; no ha tocado en ningún momento el rocío y se ha mantenido siempre posado en el tronco, o en una rama principal; correteaba ágil cierta distancia para después salir volando hasta otro punto sin parar de moverse, sin un instante de interludio. Este pájaro muestra otros hábitos peculiares. Duerme con la cabeza gacha, y se dice que tiene un tono extraño entre su raza. Es un granujilla curioso que

parece deseoso de observar tus maneras mientras tú observas las suyas; además, resulta ser un esposo notablemente bueno, que se toma muchísimas molestias en alimentar y entretener a su pareja, y escucha todos sus comentarios y observaciones del modo más meritorio. Durante varios días, hemos estado viendo este trepador corretear por los mismos árboles, probablemente en busca de algún insecto en particular, o de huevos, que ahora es su temporada.

Domingo, 9 de abril.

Seis en punto de la tarde. El lago lleva todo el día abriéndose. El hielo ha empezado a quebrarse por la mañana temprano; entre la hora de ir a la iglesia y volver, hemos visto grandes cambios. Ahora, hasta donde alcanza la vista, las aguas azules están de nuevo casi libres. El día ha sido fresco; viento del noroeste.

Lunes, 10 de abril.

Clima encantador: aire cálido y suave. El lago abierto está precioso. Un matiz verde intenso se levanta desde la tierra; los campos de trigo son siempre los primeros en mostrar el agradable cambio, ya que reviven después de las fuertes heladas del invierno. Entonces, la hierba empieza a adquirir color en los vergeles, en torno a las raíces de los manzanos, y parches de terreno resplandecen en puntos resguardados bajo el sol, en los bordes de los caminos y junto a las aguas manantiales. Este año, la primera hierba que ha verdecido a la vista estaba bajo un penacho de robinias jóvenes, y ahora sigue luciendo unas tonalidades más claras que todos sus vecinos, aunque el motivo no se puede determinar. Quizá sea por el hecho de que las hojas de la robinia se descomponen al poco de caer, y con ello nutren la hierba; todo rastro de ellas desaparece rápido. Ocurre lo mismo también con el follaje del manzano, mientras que el de otros muchos árboles permanece en torno a las raíces

durante meses, o se lo llevan los vientos. El ganado, tanto vacas como caballos, parece proclive a la hierba que queda bajo las robinias; es entretenido ver cómo entran y salen entre una arboleda de robinias jóvenes armadas de pinchos; eso no les gusta nada, pero aun así la hierba los tienta, y después de alimentarse ahí, vuelven a salir con todo el cuidado. Algunos de los árboles lucen un toque de vida sobre las ramas, aunque aún no se percibe nada de verde; sin embargo, la corteza de las ramitas jóvenes tiene brillo, y el rocío aumenta con los brotes que van creciendo. Están brotando las flores del olmo y del arce sacarino, las candelillas del aliso y del álamo y las aterciopeladas cabezas de algunos de la tribu de los sauces.

Hemos dado un paseo agradable. Salimos con la esperanza de encontrar algunas flores, pero no ha habido suerte; ninguno de los brotes se había abierto lo suficiente como para mostrar el colorido de un capullo. Hemos visto dos mariposas por el camino: una marrón y otra negra y amarilla. Ha llegado el ampelis americano; estas aves pasan el invierno en el estado, pero nunca, creo, entre nuestros montes. Aunque decepcionados por nuestra búsqueda infructuosa de flores, la imagen del lago ha sido disfrute suficiente para el día; detenidos sobre la ladera, entre los árboles, hemos contemplado, por debajo de una arcada de ramas verdes y entre columnas vivas y nobles de pinos y tuyas, las aguas azules más abajo, como si las estuviésemos observando a través de las elaboradas molduras de un ventanal gótico: un marco exquisito para cualquier cuadro. Había varias embarcaciones moviéndose de aquí a allá, y unas ondas relucientes en el agua que jugaban con el sol, como si las aguas estuviesen disfrutando de su libertad.

Martes, 11 de abril.

Al llegar de dar un paseo esta tarde, nos hemos encontrado un precioso turpial posado sobre la rama más alta de una robinia en el césped; sin duda, se acababa de poner a descansar tras su viaje, ya

que se desplazan por separado y durante el día, y los machos aparecen primero. Los recién llegados entre los pájaros suelen posarse así, con una mirada observadora, nada más aparecer. Aunque es pronto para turpiales, le dimos a nuestro huésped una cálida bienvenida, y lo invitamos a anidar cerca de la casa; raras veces nos quedamos sin tener uno de sus nidos colgantes sobre nuestra estrecha franja de césped, y algunos años han anidado dos familias. Nuestro visitante tenía un aspecto brillante y apuesto, posado en las alturas del árbol desprovisto de hojas, con su abrigo de color rojo dorado y negro; pero, a pesar de su fantasiosa indumentaria, el turpial se comporta igual de bien que el zorzal robín: son pájaros inofensivos e inocentes, con un carácter excelente. Todos sabemos lo laboriosos y habilidosos que son para anidar; la pareja trabaja junta tejiendo el intrincado nido, aunque la esposa es la más diligente. Se muestran especialmente afectuosos con sus crías; si sus polluelos sufren algún accidente, penan con tal solemnidad que incluso se olvidan de comer, y regresan repetidas veces al nido echado a perder, como esperando encontrar alguno de sus pollitos. Emiten un sonido notablemente profundo y claro, pero tienen pocas notas; no obstante, esas pocas las varían a veces, imitando a sus vecinos y dejando con ello ver una tendencia al mimetismo. Una afición que comparten con el colibrí, y con otras aves, es que les gustan las flores, sobre todo las del manzano, y se alimentan de ellas mientras las hay, e incluso comienzan su banquete antes de que los capullos se abran del todo. Desde el momento en el que llegan, se los ve corretear por las ramas de los manzanos, como ya vigilantes, y en cuanto los árboles florecen, se oyen sus cánticos plenos y claros en los vergeles a casi cualquier hora del día. Probablemente, les gusten también otras flores, dado que los manzanos no son autóctonos de aquí, y debieron empezar alimentándose con brotes nativos del bosque; a veces, se los ve en los cerezos silvestres, y dicen que tienen predilección también por los tulíperos, los árboles de las tulipas, aunque estos últimos no crecen en nuestra región. Según

el señor Wilson[12], el turpial de Baltimore no se encuentra en zonas de pinos, y aun así aquí son aves comunes: miembros constantes de nuestras bandadas estivales; hemos observado asimismo que se las ve y oye muy a menudo entre los pinos del patio de la iglesia, uno de sus refugios favoritos.

El turpial castaño, un pájaro mucho más simple, es forastero por aquí, aunque común a no mucha distancia. Si nos visita alguna vez, debe ser raramente; nunca lo hemos visto por el lago.

Miércoles, 12 de abril.

En uno de los montes de Highborough, a varios kilómetros del pueblo, hay un lugar en el que, casi todas las primaveras, se ve un ventisquero persistente mucho después de que los campos luzcan agradables a la vista y llenos de vida. Algunos años, continúa ahí pese a las lluvias cálidas, a los vientos del sur y al sol, hasta después de que las primeras flores y mariposas hayan aparecido, mientras que otras veces se desintegra mucho antes. El tiempo les da mayor consistencia y poder de aguante al hielo y a la nieve, igual que un corazón frío se hace más terco con cada intento infructuoso de suavizar sus fuentes; la nieve antigua, en especial, se deshace muy lentamente, igual que un viejo prejuicio. Sin duda, en una región más fría o entre montañas más altas, ese puñado de hielo que permanece hasta tan tarde en el monte llamado Mancha de Nieve sería indicio del comienzo de un glaciar, pues es precisamente así como se forman los glaciares, para luego continuar expandiéndose hasta abarcar al fin las praderas floridas, como en Suiza, donde se ven fresas y hielo en el mismo campo de cultivo. Un ventisquero

12 Alexander Wilson fue un ornitólogo, poeta e ilustrador escocés (y estadounidense) de finales del siglo XVIII, considerado como el principal ornitólogo de los Estados Unidos anterior a Audubon. *(N. de la T.)*

que se endurece hasta convertirse en hielo a través de sucesivos deshielos y heladas, y supera un verano, al año siguiente habrá más que doblado su dimensión, y seguirá creciendo en tamaño, y por tanto en fortaleza, hasta que desafíe el calor más intenso del verano. Es de este modo en el que, desde las cimas más altas de los Alpes y los Andes, cubiertas por esas vastas capas de hielo de hace cinco mil años, los glaciares se extienden hacia abajo, hasta la región de hierba y flores, y van creciendo con los años, en vez de disminuir, dado que la masa que pierden en verano pocas veces iguala a lo que se añade durante el invierno.

Jueves, 13 de abril.

Hemos visto un jilguero solitario en el césped. Pasan el invierno cerca de Nueva York, pero raras veces vuelven aquí en grandes cantidades antes del 1 de mayo.

Un agateador americano ha estado correteando por las robinias en el césped desde hace varios días; no es normal verlos en el pueblo, pero este pájaro se ha quedado tanto tiempo que hemos podido determinar claramente su identidad. Nuestro amiguito continuó una hora o más entre los mismos árboles visitados previamente por el trepador, y durante ese tiempo no se estuvo quieto ni un segundo. Se posaba siempre en el tronco, cerca de las raíces, e iba ascendiendo hacia la copa; luego alzaba el vuelo, se posaba en las raíces del siguiente, y repetía una y otra vez los mismos movimientos con una rapidez incansable. Si encontraba los insectos que iba buscando, debía de tragárselos sin mucha ceremonia, ya que nunca parecía detenerse para comer. Probablemente, al igual que los trepadores, estos pájaros rehúsen las ramas más pequeñas de los árboles porque allí no se encuentran sus presas.

Viernes, 14 de abril.

Mañana lluviosa. Esta tarde, al pasar por una de las calles del pueblo, hemos visto un nido de zorzal robín a una altura muy baja, muy expuesto. Estas honradas criaturas deben de confiar mucho en que sus vecinos, esperemos, no los maltraten. El nido se ubicaba en la esquina de un cobertizo, mirando a la calle, y tan cerca de la acera que parecía posible estrecharles la mano a sus huéspedes, al otro lado de la estacada. Estaba totalmente desprotegido; de hecho, sobresalía por encima la rama solitaria de una robinia vecina, pero si los zorzales robín esperaban que el follaje los protegiese en días tan tempranos, han errado tristemente el cálculo. La madre estaba en el nido cuando pasamos, incubando, claro; movió lentamente sus grandes ojos marrones hacia nosotros cuando nos detuvimos a observarla, aunque sin la más mínima expresión de temor. En realidad, debe haber estado viendo a la gente del pueblo ir y venir todo el día, posada ahí en su nido.

Qué instinto tan notable el de un ave incubando. Por naturaleza, las criaturas aladas están plenas de vida y de actividad, y aparentemente necesitan poco reposo, revoloteando como se las ve a todas horas por cultivos y huertas, con escasas pausas salvo para comer, acicalarse las plumas o cantar. Muchas de ellas salen ya antes del alba, y continúan yendo y viniendo por el cielo que se oscurece con las últimas luces del ocaso. Cuando es necesario, son capaces incluso de mantener un vuelo prolongado hasta cruzar mares y continentes. Y aun así, ni una de esas madres aladas dejaría de posarse pacientemente, hora tras hora, día tras día, sobre su nidada aún en el cascarón, calentándola con su pecho, cambiando con cuidado los huevos de posición de manera que todos compartan el calor a partes iguales, y con tal miedo a que pasen frío que antes soportaría pasar hambre ella que dejarlos mucho tiempo expuestos. Resulta evidente que, durante ese tiempo, no las invade ningún aletargamiento inusual, lo que facilita su tarea, ya que raras veces se las ve dormir; suelen mantener abiertos sus

luminosos ojos y, a decir verdad, muestran una mirada muy meditabunda, como si ya estuviesen reflexionando sobre su pequeña familia. En algunas tribus, el macho a veces releva a su pareja y ocupa un rato su lugar, y entre todo lo que hace, se esfuerza por llevarle comida y por cantarle para su entretenimiento. No obstante, en conjunto, esta reclusión voluntaria de unas criaturas tan atareadas y vívidas es un llamativo ejemplo de esa paciencia generosa y perdurable que supone un noble atributo del afecto paterno.

Existen muchos ejemplos de cambios temporales en hábitos o, por así decirlo, en carácter que vienen generados por ese mismo poderoso sentimiento, y bajo cuya influencia los descuidados se vuelven vigilantes, los tímidos, valientes y los débiles, fuertes. El águila, líder en su raza, es una llamativa muestra de ello, cuando baja sus señoriales alas para soportar la carga de sus crías. Esta peculiar ternura del águila, que carga con sus polluelos en el lomo, se opone por completo a los hábitos comunes de las aves, que casi de un modo invariable llevan sus cargas menos preciadas, la comida o los materiales para los nidos, en los picos o en las garras. Si las águilas de esta parte del mundo recurren a esa misma práctica, es algo que desconocemos; estamos muy seguros de que el águila imperial oriental lo hace, ya que queda implícito en dos llamativos pasajes de las Sagradas Escrituras. El Todopoderoso Jehová, que se ha dignado a presentarse ante el hombre como la figura paternal, para transmitirnos la más intensa noción de Su misericordiosa providencia, al dirigirse a Su antiguo pueblo tuvo el gusto de emplear la siguiente imagen: «Habéis visto qué he hecho a los egipcios, y cómo os he llevado sobre alas de águilas, y os he traído hasta mí».[13] Y en otro momento, el inspirado Profeta, al alabar la salvación de Israel gracias a los misericordiosos cuidados

13 Éxodo 19:4. *(N. de la T.)*

del Todopoderoso, afirma: «Como el águila despierta su nidada, aletea sobre sus crías, extiende sus alas, las agarra y las echa sobre sus alas, así el Señor solo lo guió a él», según leemos en el Cántico de Moisés, en el Deuteronomio.

Sábado, 15 de abril.

Lluvia fresca, a intervalos, durante el último par de días. Esta tarde, clima agradable de nuevo. Hemos caminado por el bosque en busca de flores. Tras avanzar cierta distancia en vano, al fin, cerca de la cima del monte, hemos encontrado un manojo de flores de mayo frescas: son las primeras flores silvestres del año para nosotros, y las hemos apreciado en consecuencia; había muchas más brotadas del todo, pero ninguna otra abierta.

Desde la última vez que estuvimos en los bosques, han brotado las anémonas (la hierba hepática o trinitaria); sus modestas copitas color lila, en capullos a medio abrir, cuelgan de una en una aquí y allá sobre las hojas muertas, y en esta fase de su corta vida son muy hermosas. Tienen un aspecto tímido y modesto, colgando sin hojas de los tallos aterciopelados, como medio temerosas, medio avergonzadas de encontrarse solas en la amplitud del bosque; y es que su acompañante, la flor de mayo, sigue cuidadosamente envuelta en las hojas marchitas. No puede decirse que ninguna de las dos plantas haya florecido en condiciones; solo se están abriendo: un proceso lento en las flores de mayo, pero rápido en las hepáticas. El musgo está precioso ahora; hay diversas variedades en flor, y todas, exquisitamente delicadas. El musgo de color pardusco oscuro, con sus flores de punta blanca y los tallitos rojos y una delicada compañía de verde claro, con una flor del mismo color, luce perfecto. Vayamos donde vayamos, abundaban tanto, y estaban tan bonitos en su frescura primaveral, que deleitaban la vista.

Hoy ha habido mantequilla de granja recién hecha, de leche de las vacas que pastan en la hierba.

Lunes, 17 de abril.

Unas pocas golondrinas bicolor sobrevolaron el pueblo ayer. Pero una golondrina no hace verano, ni tampoco una docena; aún debemos esperar a que haga fresco. Estos pajaritos son populares en los mercados de Nueva York, después de haber engordado con los arándanos durante el otoño, ya que, al contrario que tribus de su misma familia de la raza de la golondrina común y del vencejo, que viven totalmente de los insectos, o eso se cree, ellos comen bayas además. Según cuentan, es una peculiaridad de este continente.

Martes, 18 de abril.

Las luces de los pescadores dan vida ahora al lago en algunos momentos a última hora de la tarde, y con frecuencia se ven hasta bien entrada la noche. Están arponeando lucios, un buen pescado, aunque inferior a otros de nuestro lago. Antiguamente, aquí no había lucios, pero hace unos años se introdujeron desde una masa de agua menor situada quince o veinte kilómetros al oeste, y ahora se han hecho tan abundantes que son el pez más común que tenemos, y se toma en cualquier estación y de diversas maneras. En verano, los capturan con la técnica del «curricán», un sedal largo que el pescador, de pie, arroja y recoge por la popa, mientras un remero va desplazando la barca lentamente; cuando el clima es cálido, se puede ver casi a cualquier hora de la mañana o de la tarde algún esquife de pesca yendo y viniendo lentamente de esta guisa, un hombre a los remos y otro con el sedal, pescando lucios al curricán. De noche, continúan con la pesca, con luces en los remos de las embarcaciones para atraer los peces; navegando así, con frecuencia, los arponean, y hemos oído que a veces les disparan con una pistola, estrategia que probablemente un auténtico

marinero calificaría como propia de marineros «de aguas dulces». Desde luego, ningún lobo de mar que se precie daría su aprobación a ese procedimiento, nada propio de pescadores. En invierno, también se pescan lucios, a través de agujeros abiertos aquí y allá en el hielo, con sedales a los que enganchan cebos y que se sujetan al hielo y se dejan ahí; el pescador regresa de cuando en cuando para ver si sus cepos han tenido éxito. Los niños llaman a esos artilugios «gatillo»,[14] por el palito al que se ata el sedal y que se suelta y cae cuando el pez muerde el anzuelo. El lucio más grande capturado aquí se dice que pesó cerca de tres kilos.

Miércoles, 19 de abril.

Ahora mismo, en el pueblo se está haciendo la gran limpieza de casas de la primavera, y para la mayoría de las familias se trata un momento tremebundo, solo por detrás, en lo que a incomodidad se refiere, de las molestias causadas por una mudanza. Apenas hay en las casas un objeto que parezca estar en su sitio: el orden del día es que todo esté «patas arriba». Las cortinas y las alfombras cuelgan de las puertas, las ventanas se quedan sin travesaños, las camas aparecen en los pasillos, las sillas están bocabajo, el techo queda en manos del cepillo de encalado y el trapo de fregar «se pone firme» en su sitio, como dicen los periodistas cuando hablan de los honorables miembros del Congreso. Entretanto, las limpiadoras, incansables como las Furias, persiguen a la familia de habitación en habitación, hasta que el último bastión queda invadido, e incluso los perros y los gatos lucen un estado deplorable. Por muy singular que parezca, sigue habiendo algunas almas activas en el país —almas de mujer, por supuesto— que disfrutan limpiando las

14 En inglés, *tip-up*. Con el paso del tiempo, este tipo de pesca ha terminado denominándose así en esa lengua. *(N. de la T.)*

casas: que confiesan que lo disfrutan; aunque también hay hombres que disfrutan con las elecciones, y de hecho hace años que se estableció que, sobre gustos, no hay nada escrito. La gente más sensata sería proclive a ver ambas cosas, la limpieza de las casas y las elecciones, como males necesarios de la vida, muy alejados de sus placeres. Estaría bien saber de qué nación ancestral las buenas gentes de este país han heredado tal propensión a la limpieza periódica; probablemente, les venga de los holandeses, ya que son estos los más célebres aficionados al estropajo en el Viejo Mundo, aunque cueste creer que una raza tan sobria y callada como la de los holandeses pudiese haber llevado a cabo el trabajo con la misma agitación que nuestras amas de casa. Cuentan que la costumbre de mudarnos el primero de mayo la cogimos de nuestros antepasados holandeses, y creo que de ese hecho no hay ninguna duda; aunque podemos tener por seguro que, en Holanda, una ciudad entera no se mudaría el mismo día.[15] En aquella tierra sensata y prudente, no es de esperar que más de una docena de dueños de casas sacrifiquen a la vez comodidad y muebles dando ese paso. En Zuiderzee, probablemente una familia tarde un año entero en decidirse a mudarse y un año más en elegir nueva vivienda. Pero ¡hay que ver en lo que se ha convertido esta costumbre bajo la influencia del *diligentismo*![16] El primero de mayo, asociado durante

15 Se menciona aquí la tradición que existía en la ciudad de Nueva York de mudarse el día 1 de mayo, costumbre que se prolongó hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Según algunas teorías, la tradición surgió por ser el día en el que los primeros colonos holandeses partieron hacia Manhattan, aunque otros la vinculan con la celebración propia del primero de mayo. *(N. de la T.)*

16 En inglés, *go-aheadism*, palabra derivada de *go ahead* («avanzar, llevar a término, dar el visto bueno») cuyo origen se fecha hacia mediados del siglo XIX y cuyo uso más temprano se atribuye a James Fenimore Cooper, padre de la autora. *(N. de la T.)*

años a rimas, dulces flores, alegría y sentimientos amables, se ha convertido en el día más antipoético, sucio, polvoriento, maloliente, angustiante y gruñón del año para las gentes de Manhattan. Y eso mismo ocurre con este proceso de limpieza. La mayoría de pueblos civilizados limpian sus moradas; numerosos países son igual de aseados que nosotros y algunos, mucho más. Pero a decir verdad, pocos arman tanto alboroto con estas necesarias tareas, ya que se las ingenian para solucionar los asuntos con más tranquilidad. Incluso entre nosotros, algunas mujeres patrióticas, bien merecedoras de su país, han hecho grandes esfuerzos para provocar un cambio en este sentido, dentro de su propia esfera, al menos. Pero ¡ay! En todos esos casos, a la larga han sucumbido, creemos, a la costumbre general, un tirano al que pocos tienen el coraje de hacer frente, ni siquiera por una buena causa.

De cualquier modo, cabe confesar que, una vez acabado el gran tumulto, cuando la semana, o las dos semanas, o las tres semanas de fregar, restregar y empapar han pasado, llega un momento de delicioso reposo para la familia; se difunde una refrescante conciencia de que todo luce adorable y limpio, desde el altillo hasta el sótano. Hay una pureza en el ambiente doméstico que resulta de lo más agradable. Al recorrer la región, uno se encuentra el mismo orden y pulcra frescura cada vez que atraviesa cualquier umbral. Es muy placentero, aunque da pena que se tenga que conseguir a costa de tanta confusión previa, y de tantas pequeñas molestias.

Viernes, 21 de abril.

Lechuga fresca de los semilleros.

Sábado, 22 de abril.

El cielo está nublado, con lluvias de abril, pero nos hemos aventurado a dar un paseo breve. Nunca ha habido más flores marrones

en los olmos; no es usual verlas en tantísima abundancia, pero los árboles están plagados de ellas. El arce sacarino también está dejando ver sus flores carmesí. La hierba crece preciosa; hay una diferencia perceptible de un día para otro, y es agradable darse cuenta de cómo el ganado disfruta con la vegetación fresca y tierna de los pastos después de tener que comer el forraje seco de los corrales. Seguimos el curso del riachuelo Green por los campos de cultivo hasta los bosques; en las riberas se han reunido algunas preciosas campanillas rosas con la belleza de la primavera.

La golondrina común ha hecho su aparición, y las bandadas de golondrinas bicolores parecen haber aumentado con ejemplares recién llegados.

Lunes, 24 de abril.

Están saliendo las hojas jóvenes de lilas, groselleros y algunas rosas y madreselvas tempranas: las primeras ramas en verdear. En el bosque, la hojas jóvenes de violetas y fresas lucen frescas y tiernas entre la vegetación marchita y las plantas perennes, más antiguas.

Martes, 25 de abril.

Un día encantador. Hemos ido al bosque esta tarde a recoger un buen puñado de flores de mayo. Hay que coger muchas para hacer un ramo en condiciones, ya que las hojas son grandes y a menudo están a la mitad, así que se hace necesario usar las tijeras a voluntad para crear un ramillete. La planta se extiende como una parra, con ramas leñosas cubriendo extensiones amplias y frondosas en las laderas del monte. Las hojas, enormes, recias y redondeadas, crecen en mechones apretados —pequeñas y grandes juntas— y pese a la mezcla de texturas, a menudo muestran defectos en puntos corroídos, sobre todo las hojas antiguas que han

permanecido bajo la nieve; en verano, lucen más brillantes y perfectas. Las flores crecen en manojos al final de los tallos, entre dos y una docena, o incluso quince en un ramillete, rosas o blancas, más grandes o más pequeñas, de tamaños, cantidades y matices varios; no se diferencian mucho de las flores del jacinto, aunque no son tan grandes, ni se curvan en los filos. Sí son muy olorosas, y no solo despiden un aroma dulce, sino que el perfume tiene además un frescor silvestre muy agradable. Nuestra búsqueda comenzó en un viejo pinar, a las afueras del pueblo, pero no encontramos nada en flor allí; el suelo es bueno, y no faltan plantas jóvenes de diversos tipos que irán floreciendo con el tiempo, aunque ahora mismo no hay flores que recoger por allí. En el bosque de al lado, no tuvimos mejor suerte; se trata de un matorral denso de tuyas y pinos jóvenes en el que no prospera nada más. En buena medida, es la arboleda más oscura y sombría del pueblo; la luz del sol nunca parece penetrar en sus sombras lo suficiente como para caldear la tierra, que está cubierta de hojas de pino corroídas. Subimos a un terreno más elevado, pero no había ninguna flor de mayo allí; aun así, perseveramos, hasta que al fin, cerca de la cima del monte, descubrimos unos matojos especialmente bonitos, y a partir de ahí las vimos en abundancia. Parece que normalmente se abren primero en las cumbres, aunque ahora mismo han brotado en muchos sitios.

Existe un interés mayor del normal en recoger estas flores, dados sus peculiares hábitos. Es fácil pasar por un terreno en el que abunden y no reparar en ellas, a no ser que se conozcan bien sus viejos trucos, ya que suelen jugar al escondite con la gente y agacharse entre piedras viejas o bajo hojas muertas y entre el musgo. Sin embargo, aquí y allá podrás ver un hermoso matojo fresco asomándose por entre la vegetación marchita del año anterior, como si floreciesen de tallos sin vida; y cuando te inclines para cogerlo, apartando las hojas muertas con el rastrillo, encontrarás una docena de manojos más en los alrededores, bajo la cubierta deslu-

cida. A lo mejor, la mitad de estas dulces flores viven totalmente cubiertas de este modo, bajo el follaje caído del bosque. Después de llegar por fin al terreno adecuado esta tarde, hemos tenido mucho éxito; estas flores están en plena temporada, y nunca se las ha visto más bonitas: grandes y muy olorosas. Hemos recogido varios ramos. Crecían tan preciosas que nos daba pena arrancarlas. Algunas mostraban sus aromáticas cabezas entre musgos frondosos, mientras que otras estaban encapuchadas por las grandes hojas marchitas de robles, castaños y arces. El sol había ido bajando mientras estábamos afanados en nuestra agradable tarea, pero nos entretuvimos un momento a mirar el pueblo, allí abajo en el valle, una estampa de alegre quietud, y también el lago, con unos dulces tonos vespertinos que jugaban sobre el agua; luego, al descender el monte a paso rápido, logramos llegar al pueblo antes de que el sol se hubiese puesto por completo.

Hoy en nuestro camino no hemos visto ni una sola anémona, aunque abundan en muchos sitios.

Miércoles, 26 de abril.

Las plantas jóvenes de las huertas están empezando a aparecer en los parterres que se hicieron tiempo atrás: guisantes, remolachas, etcétera. Mucha de la buena gente del pueblo anda ocupada ahora con sus huertas, una tarea agradable y animada. Desde tiempos de Adán, siempre nos ha parecido bien ver a un hombre, o a una mujer, trabajando en una huerta. En un pueblo, lo habitual es encontrarse estas tareas en marcha al mismo tiempo por toda la vecindad. Nos hemos acordado del pobre señor X, que le dijo a su respetable madre que le gustaría vivir para verlos trabajar la huerta una vez más en el pueblo; pobre hombre: lleva ya cinco semanas en su tumba.

Jueves, 27 de abril.

Hemos dado un paseo largo y agradable. Junto a nosotros, ha pasado un colibrí volando, el primero que vemos.

Seguimos un antiguo camino de madera durante cierta distancia. Había montones de anémonas; aunque estas florecillas son muy normales en otros aspectos, en color no hay ninguna igual: algunas son blancas, otras rosas, lilas o azul grisáceo. Se trata de unas florecillas muy hermosas, con un cierto aire modesto y discreto, cosa muy encantadora. Cuando aparecen al principio, florecen de manera individual, cada una sola en su tallo aterciopelado; pero ahora han reunido coraje y se alzan en grupitos, brillando alegremente sobre el follaje marchito. Las hojas jóvenes y aterciopeladas aún no han aparecido, aunque se ven algunas de la floración del año pasado, en estado semiperenne. Estas flores se observan a veces a los pies de los árboles, creciendo, como si dijéramos, sobre las raíces; y quizá sea por esa ubicación, además de por las aterciopeladas hojas y tallos con pelusas, por lo que reciben el nombre de anémonas: un nombre más bonito para una flor de bosque, sin duda, que el de hepática, derivado de su versión latina.

Las pequeñas violetas amarillas están brotando; también ellas dejan ver sus cabezas doradas antes de que salgan las hojas. Parece singular que la flor, que es la parte más preciada y delicada de la planta, pueda salir antes que la hoja, y aun así es lo que ocurre con muchas plantas, grandes y pequeñas; entre los árboles, es algo muy común. Sin duda, habrá una buena razón para ello, y estaría bien saber cuál es, ya que los instruidos en estos asuntos probablemente la hayan averiguado.

La flor de mayo ya está abierta por todas partes, en bosques y arboledas. ¡Qué agradable es ver las mismas flores un año tras otro! Si las flores fuesen propensas a cambiar —si se hiciesen caprichosas e irregulares— quizá despertarían más sorpresas y mayor curiosidad, pero las querríamos menos; bajo otras formas,

resultarían igual de luminosas y alegres, y de aromáticas, pero no serían las violetas, ni las anémonas ni las flores de mayo que tanto apreciamos el año anterior. Por muchos caprichos errantes que se tengan, existe una virtud en la constancia que recompensa todo lo que el voluble cambio pueda ofrecer, y es que otorga fuerza y pureza a los afectos de la vida, e incluso arroja mayor gracia a las flores que brotan en nuestros campos autóctonos. Admiramos la planta extraña y brillante del invernáculo, pero nos gustan más las flores sencillas que hemos querido desde siempre, que han florecido muchas primaveras, con lluvia y sol, en nuestra tierra natal.

Hoy, rábanos de los semilleros.

Viernes, 28 de abril.

Una bandada de tordos canadienses o zanates está por el pueblo; llevan varios días deambulando. Por lo general, estas aves las vemos poco tiempo en otoño y en primavera, pero no se quedan aquí. Se desplazan en bandadas, y atraen la atención allá donde van en la región, posándose todas juntas en algún árbol. La mitad de las que están aquí ahora es de color marrón; tanto las hembras como los machos más jóvenes tienen ese color, aunque hay una gran diferencia entre machos y hembras en cuanto a tamaño se refiere.

Todas las clases de zanates son raras aquí. Cuentan que, en realidad, eran muy numerosos en los tiempos en los que se produjeron los asentamientos en el territorio, pero esa cantidad se ha visto muy reducida en los últimos años. Y aun así, siguen siendo muy comunes en algunas de las partes más antiguas del terreno, donde suponen una molestia muy grande para los granjeros. Estos tordos son aves del norte; el zanate común, que en ocasiones se ve por la zona en pequeños grupos, procede del sur. El tordo sargento o estornino alirrojo nunca se ha visto por este condado; a lo mejor sí se los encuentra aquí, pero desde luego no son tan

comunes como en otros sitios.[17] Tampoco entre nosotros vemos a menudo tordos cabecipardos. Y dado que todas estas aves son más o menos gregarias, atraen rápido la atención en cualquier sitio al que llegan. Son unos auténticas ladronas de maíz, todas ellas. Resulta extraño que, pese a diferir en muchos aspectos, los pájaros de plumaje negro, con el cuervo a la cabeza, tengan una debilidad especial por ese grano.

Sábado, 29 de abril.

Los alerces están echando sus hojas verdes azuladas; son las que tienen el tono más claro en toda su tribu. Las piñas jóvenes también están saliendo, y recuerdan en cierto modo a fresas pequeñas en color y forma, aunque pronto adquieren un tinte firmemente morado, luego verde y al final marrón. El alerce es muy común en los terrenos cenagosos de este condado, y alcanza su altura máxima en nuestra región. Hay muchos plantados en el pueblo, y en verano es un árbol muy agradable, aunque inferior al alerce europeo. Algunos ejemplares han caído enfermos y se han torcido —un gran defecto en un árbol cuyo perfil lo marca la naturaleza con enorme regularidad—, pero esa caprichosa línea quebrada a veces se convierte en una belleza en la madera, de un crecimiento naturalmente libre y descuidado. Tal defecto es mucho más común entre alerces trasplantados que entre los que se encuentran silvestres en las tierras bajas.

---

17 Hubo un tiempo en que se pensaba que las familias *Sturnidae*, *Icteridae* y otras del suborden *Passeri* (*Passerida*) de las aves *Passeriformes* pertenecían a la misma variedad, de ahí la identificación que hace Fenimore entre este tordo sargento (un *Icteridae*) y el estornino alirrojo (un *Sturnidae*). *(N. de la T.)*

Primero de mayo.

Cielo nublado. Tiempo lluvioso. No ha hecho un día tan luminoso como corresponde a un 1 de mayo. En cualquier caso, hemos logrado aprovechar el momento oportuno para dar un paseo, con solo un poco de llovizna al final. No estaba la cosa para ir al bosque, así que nos hemos visto obligados a contentarnos con seguir el camino. Junto a las maderas de la cerca de un prado, hemos encontrado un parterre de sanguinarias blancas; estas flores, con sus pétalos grandes de un color blanco puro, quedan preciosas en la planta, pero en cuanto las coges, se deshacen, y el jugo que sangra de los tallos mancha mucho las manos. De todos modos, recogimos unas cuantas para celebrar nuestro primero de mayo y les añadimos algunas violetas que había esparcidas por el borde del camino, y un puñado de flores doradas de la hierba centella que, con sus brotes brillantes, nos sedujo a abandonar el camino y bajar a un lugar pantanoso: una flor preciosa esta, a la que la gente de campo llama primavera, aunque no tiene nada que ver con la planta que de verdad lleva ese nombre.

El sauce blanco está empezando a echar hojas. El sauce llorón no se ve por esta zona; nuestros inviernos son demasiado crudos para él. Algunas personas creen que si se cuidase con esmero un ejemplar joven y se le diesen varios años para echar raíces, sin desanimarse por su lento crecimiento, con el tiempo se aclimataría; el experimento está ahora mismo en marcha, pero su éxito es muy incierto. Por ahora, no hay sauces llorones a una distancia considerable de nosotros, salvo un par de ejemplares que están incubando en jardines del pueblo. No es que estemos demasiado al norte para este árbol, ya que se lo puede encontrar, incluso en este mismo continente, en unas latitudes superiores a la nuestra, que es de 42° 50'; sin embargo, la elevación sobre el mar de este valle de altura, superior a trescientos cincuenta metros según se suele afirmar, nos da un clima más fresco del que tendríamos en otras circunstancias. Los sauces autóctonos de América son numero-

sos, aunque son todos árboles pequeños, muchos de ellos, meros arbustos; el más alto de nuestra región mide unos siete metros de altura. El sauce blanco de Europa, sin embargo, sí es común por aquí, y crece muy bien, hasta alcanzar su altura máxima; algunos de los que tenemos en el pueblo son árboles muy bonitos, y ahora mismo están echando sus primeros folíolos verdes y tiernos que, cuando crezcan, tendrán un color mucho más oscuro.

Cuando leemos sobre los sauces de Babilonia a cuya sombra se sentaron los hijos de Israel a llorar, hace miles de años, pensamos por supuesto en el sauce llorón, que todos sabemos que es un árbol asiático. Sin embargo, el otro día, de la lectura de un pasaje escrito por un célebre viajero oriental surgió espontáneamente la idea de que esa impresión común pudiera estar equivocada. La actual desolación del territorio en torno a Babilonia es cuestión bien sabida; la región entera, antaño muy fértil, parece ahora ser poco más atractiva que un desierto, desprovista a partes iguales de su pueblo, de sus edificios y de su vegetación, todo lo que en otros tiempos constituía su excelsa gloria y su riqueza. Si en algún momento de una breve primavera surgen unas cuantas hierbas y flores sobre esas ruinas deformes, un sol abrasador pronto arrasa con su belleza. En lo que se refiere a los árboles, son tan escasos que apenas surgen a primera vista, aunque, si se mira más de cerca, se verán algunos aquí y allá. Uno de ellos, descrito por el señor Rich como un árbol de hoja perenne, similar al *Lignum vitae*, es tan antiguo que, según los árabes, data de la misma época que las ruinas sobre las que se levanta, y se cree que pueda ser descendiente de una de las especies que habitaban los jardines colgantes de Nabuconodosor, que supuestamente ocuparon ese mismo lugar.[18]

---

18 Fenimore hace referencia a lo que Claudius James Rich, explorador y erudito británico de finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuenta en su libro *Memoir on the Ruins of Babylon* (Recuerdos de las ruinas de Babilonia) sobre lo que vio en aquella región. *(N. de la T.)*

En las propias orillas del río, se dice también que hay un fleco de jungla donde crecen los sauces, aunque no se los describe como sauces llorones. Al hablar del Éufrates, *sir* Robert Ker Porter afirma: «Sus riberas lucían canosas por los juncos, y el *sauce mimbrera blanca* seguía creciendo allí, y de él colgaban sus arpas los cautivos de Israel».[19] Resulta muy poco probable que un escritor del mérito de *sir* Porter, conocedor del sauce llorón como debía ser, describiese ese árbol tan bello como una «mimbrera blanca». Algunos otros viajeros hablan asimismo de ese fleco de jungla en el Éufrates y de la mimbrera que crece allí. Ninguno de los varios que hemos consultado menciona el noble sauce llorón; por el contrario, en general la impresión es que los árboles son insignificantes en tamaño, y de una variedad inferior. De ser ese el caso, si el término «mimbrera blanca» fuese el correcto y hoy creciesen sauces en el mismo sitio en el que se sabe que había sauces hace años, ¿no sería lógico entonces suponer que los dos perteneciesen a la misma especie? Esa es la opinión defendida por *sir* Porter, sea cual sea la variedad a la que pertenezcan los árboles. Supone que son los mismos que dieron sombra a los cautivos de Israel. En general, después de leer el pasaje de este distinguido viajero, uno siente ciertos recelos, no sea que la afirmación de que el sauce llorón corresponde al salmo número ciento treinta y siete resulte ser infundada, y termina por querer ver pruebas claramente expuestas que favorezcan la teoría del sauce llorón. La aseveración de que este es el árbol al que se refiere el salmista es cosa universal, pese a que nunca hemos visto un relato pleno y completo que fundamente tal opinión; y, por lo que podemos averiguar, no se ha publicado hasta el momento ningún alegato en ese sentido. Sin embargo, es probable que la

19 *Sir* Porter fue un escritor, pintor y explorador británico de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX que viajó por Persia, Rusia, Venezuela (donde fue cónsul británico), el Cáucaso y España, entre otros lugares. *(N. de la T.)*

cuestión la puedan resolver muy fácilmente quienes tengan a su alcance el aprendizaje y los libros necesarios.

Muchos autores antiguos mencionan de pasada las mimbreras en relación con Babilonia. El armazón de los bastos barcos descritos por Heródoto estaba hecho de sauce mimbrera —al menos, el sauce se menciona en la traducción—, y muchos viajeros modernos nos aseguran que actualmente los barqueros de Mesopotamia utilizan las mimbreras para ese mismo fin. Otra prueba de que este tipo de sauce era común antiguamente en esas tierras se halla en las propias ruinas. *Monsieur* Beauchamp, en el relato de sus investigaciones sobre los restos de Babilonia durante el siglo pasado, asegura: «Los ladrillos están cementados con betún. En ocasiones, se encuentran capas de mimbrera en el betún».[20] Otros viajeros hablan de la presencia de juncos también en el betún; por tanto, queda con ello demostrado, con la prueba más clara y positiva, que la planta y el árbol que, según *sir* Porter, están presentes ahora en las orillas del Éufrates —el sauce mimbrera y el junco— existían también allí en tiempos antiguos.

La Iglesia de Inglaterra ha vertido dos versiones en inglés del salmo ciento treinta y siete al mundo cristiano, cuyas traducciones difieren en ciertos aspectos menores. El texto recogido en el salterio del *Libro de oraciones* fue una de las primeras obras de la Reforma, tomado de la Septuaginta en tiempos del arzobispo Cranmer; este no nombra el árbol del que los israelitas colgaban sus arpas. «Junto a las aguas de Babilonia, nos sentamos y lloramos al recordarte, oh, Sion. Nuestras arpas las hemos colgado de los árboles que tenemos aquí, pues aquellos que nos llevan cautivos nos pidieron una canción y una melodía sobre nuestra pesadumbre: "Cantadnos una de las canciones de Sion"». La tra-

---

20 *Monsieur* Beauchamp es Pierre Joseph de Beauchamp, religioso y astrónomo francés que estuvo en Alepo, Bagdad y diferentes partes de Persia a finales del siglo XVIII. *(N. de la T.)*

ducción de la Santa Biblia hecha más adelante a partir del original se aproxima aún más a la simple solemnidad del hebreo: «Allí, junto a las aguas de Babilonia, nos sentamos, y lloramos al recordar Sion. Colgamos nuestras arpas en los sauces del lugar. Pues allí, quienes nos llevaron cautivos nos pidieron una canción; quienes nos dejaron exhaustos nos exigían júbilo, y nos decían: "Cantadnos una de las canciones de Sion"».

Las dos traducciones de este noble salmo difieren también ligeramente en sus últimos versos. En el *Libro de oraciones*, dichos versos son como siguen: «Oh, hija de Babilonia, maltrecha por la desgracia, dichoso sea el que te compense por cómo nos has servido. Bendito sea el que coja a tus hijos y los lance contra las rocas». La traducción de la Santa Biblia, por una mayor adherencia al original, en una simple frase adquiere una naturaleza más directamente profética: «Oh, hija de Babilonia, *que serás destruida (o acabarás maltrecha)*, dichoso sea el que te compense por cómo nos has servido. Dichoso sea el que coja y estrelle a tus pequeños contra las rocas».

Tal terrible profecía se ha cumplido hasta las últimas consecuencias: Babilonia ha terminado destruida; las crueldades con las que visitó Jerusalén se las devolvió íntegras la imponente justicia del Todopoderoso, y la venturosa fama de su conquistador persa se grabó hace mucho a fuego en la historia. ¡Cuánto sublime poder profético en unas palabras tan sencillas —«que serás destruida»— dirigidas por los llorosos cautivos a esa imponente ciudad, entonces en la cima de su poder y de su orgullo! Dicha destrucción se completó hace mucho tiempo: Babilonia está sin duda maltrecha. Y gracias al viajero, aprendemos con interés que, junto a sus ruinas deformes, se levantan los «sauces mimbreras de los que los cautivos de Israel colgaban sus arpas», testigos mudos y humildes de la desolación que los rodeaba.

Miércoles, 3 de mayo.

Hemos dado un paseo agradable por la ladera, en campo abierto. Un día dulce y tranquilo. De haber brotado ya las hojas, no se habría estado moviendo ninguna, ya que los vientos permanecen aletargados. Caminando por tierras de pasto no hemos encontrado muchas flores, solo unas cuantas violetas aquí y allá, y algunas flores jóvenes de la fresa: los primeros brotes de frutos del año. El helecho está saliendo también: sus cabezas lanosas van apareciendo sobre la tierra, con las anchas frondas bien enrolladas en su interior; dentro de poco, la pelusa se oscurecerá y las hojas empezarán a desplegarse. Los colibríes, y algunas de las muchas reinitas, utilizan la pelusa de los tallos jóvenes de los helechos para forrar sus nidos.

El valle tenía un aspecto muy agradable desde la ladera del monte esta tarde; los campos de trigo brillan ahora mismo en todo su verdor, algunos de un verde dorado, otros con un tono más oscuro. Casi la mitad de los campos de cultivo se aran en esta estación, y las granjas parecen huertas recién preparadas. Estando allí en la pendiente quieta y abierta, el dulce cántico de un pájaro solitario quebró el silencio de un modo encantador: procedía del filo de una rama desnuda por encima de nosotros, aunque no pudimos ver al pequeño cantante.

Los arbustos de haya tienen una pinta muy cómica en esta estación. Crecen muchos juntos, y tienen las hojas muertas apiñadas con tanta tenacidad en las ramas más bajas que recuerdan a una bandada de gallinas enanas con las patas llenas de plumas; da para pensar que en estos cálidos días de mayo estarían encantados de quitarse los faralaes de invierno.

Jueves, 4 de mayo.[21]

Hoy se han plantado patatas en la huerta. Hemos tenido el primer manojo de espárragos en la mesa, y también helado.

Los vencejos de chimenea han llegado en sus habituales grandes cantidades, y nuestra bandada estival de golondrinas ahora está completa. De las seis variedades más comunes de esta ave registradas en América del Norte,[22] en nuestra región hay cuatro, y las demás se ven también a poca distancia de aquí.

Las golondrinas bicolor llegaron las primeras al pueblo este año; por lo general, se supone que son algo más tardías que las golondrinas comunes. Esta preciosa ave se ha confundido a veces con el avión común, habitante de Europa; sin embargo, es característica de América y se limita, según parece, a nuestra parte del continente, ya que su vuelo estival llega a los territorios de las pieles, y pasan el invierno en Louisiana.[23] Dicen que se parece al avión

---

21 Antes de dar comienzo el relato de este día, cabe aclarar que, durante los siglos XVIII y XIX, diversas variedades de vencejo se clasificaron erróneamente entre las golondrinas. Por tanto, a lo largo de este jueves 4 de mayo dedicado a las golondrinas (y en el resto del texto) se mencionan varios vencejos, pues, por entonces, se los consideraba golondrinas.

Destaca el caso de las variedades que Fenimore recoge aquí como *barn swallow, European chimney swallow* y *chimney swallow.* La primera, *barn swallow,* que en traducción literal sería «golondrina de granero», no es más que la golondrina común o *Hirundo rustica.* Para hablar de esta misma ave en Europa, Fenimore se ajusta a la denominación de la época y la llama *European chimney swallow* («golondrina europea de chimenea»). Por último, la *chimney swallow* («golondrina de chimenea») es en realidad el vencejo de chimenea o *Chaetura pelagica,* que en aquel momento aún se creía que era otra variedad de golondrina más, autóctona de América. *(N. de la T.)*

22 Se han observado otras tres variedades en América del Norte, pero todas son raras. La preciosa golondrina verdemar de las montañas Rocosas, el vencejo de Vaux de Columbia y la golondrina aserrada de Louisiana.

23 Los territorios de las pieles *(fur countries* en inglés) era como se denominaba entonces a las zonas del norte del continente que estaban casi despobladas y

común de Europa en muchos de sus hábitos, ya que también tiene predilección por el agua y a menudo se posa y anida en los juncos; son muy numerosos en la costa de Long Island, aunque además lo son en este condado de interior. En ocasiones, se los ve en las ramas de los árboles, cosa nada usual en otros de su misma tribu.

La golondrina común de los graneros se asemeja en muchos aspectos a su hermana europea de las chimeneas, aunque, a decir verdad, es una variedad diferente, autóctona por completo de América. Mientras el ave europea es blanca, la nuestra tiene un color castaño claro. Son de las aves más numerosas que tenemos, y cuesta encontrar en el país un granero en el que no habiten; raras veces eligen otros edificios para anidar. Son unas criaturas muy hacendosas, animadas y de temperamento alegre, de humor notablemente pacífico, amables unas con otras, y también con el hombre. Pese a vivir en grupos muy numerosos, es reseñable la ausencia de trifulcas, cosa que demuestra lo que son capaces de hacer unas aves sensatas, aunque muchos hombres y mujeres sensatos parezcan tan a menudo no tener escrúpulo alguno en discutir, o en contribuir a que sus vecinos lo hagan. Con frecuencia, se ven golondrinas reposar en los tejados de los graneros, y justo antes de abandonarnos para irse a climas más cálidos, nunca dejan de agruparse a las puertas de nuestras casas, en vallas y plantas. Al norte, llegan hasta las tierras donde nace el Misisipi, y el invierno lo pasan más allá de nuestra frontera meridional.

El vencejo de chimenea es también totalmente americano. La golondrina común europea que anida en chimeneas es muy distinta en muchos aspectos, ya que con frecuencia coloca su nido en otras ubicaciones, mientras que no hay noticias de que nuestro vencejo de chimenea haya cambiado nunca, bajo ninguna circunstancia, su lugar de anidamiento. Antes de que llegara la civilización

---

frecuentaban los tramperos para conseguir las pieles para el crucial comercio de la época. *(N. de la T.)*

al país, vivían en troncos huecos de árboles, pero ahora, en una muestra de asombrosa unanimidad en sus planes, han abandonado por completo el bosque y han plantado su residencia en nuestras chimeneas. No obstante, siguen usando ramitas para sus nidos, lo que demuestra que, en sus orígenes, eran un ave de bosque; por el contrario, muchos otros pájaros, como el zorzal robín y el turpial, por ejemplo, se valen con gusto de cualquier material «civilizado» que encuentren por ahí, como cuerdas, hilos, papel, etcétera. Nuestro vencejo de chimenea no puede presumir de belleza: es de lo más sencillo, con un aspecto muy similar al de un murciélago, aunque, a su manera, resulta notablemente listo y habilidoso. Se le da igual de bien trepar por una pared desnuda, o por el tronco de un árbol, que al carpintero, pues ambos tienen las colas de la misma forma y las usan para el mismo fin, como apoyo. El aire es el elemento característico del vencejo de chimenea: ahí juegan y van a la caza de insectos, y se alimentan y cantan a su manera, con un piar entusiasta y veloz; no echan muchas cuentas a la tierra, ni a plantas o árboles, y nunca se posan, salvo dentro de las chimeneas. Se alimentan íntegramente en vuelo, y de esa misma manera dan de comer a sus polluelos cuando estos ya son capaces de volar; por el modo en que se ciernen sobre el agua, parece que también beben mientras vuelan. Su predilección son los días nublados y húmedos, y se los suele ver expuestos a la lluvia. Cómo se agencian las ramitas para sus nidos, es algo que sigue siendo un misterio, pues nunca se los ha observado buscando los materiales por el suelo ni entre los árboles; probablemente, las recojan mientras se ciernen en vuelo sobre la tierra. Su actividad es espléndida, ya que emprenden el vuelo antes y hasta más tarde que el resto de sus ajetreados compañeros de tribu. A menudo, en las tardes noches de verano, se los puede ver pasar cuando ya ha oscurecido bastante —sobre las nueve— y a la mañana siguiente se habrán levantado, quizá, a las tres; de hecho, cuentan que alimentan a sus crías de noche, por lo que en esa época de cría tendrán poco descanso. Algunas personas

cierran sus chimeneas para evitar que entren, a cuenta del ruido que arman, que a veces puede ser incompatible con el sueño; además, tienen un truco para colarse en las habitaciones por el hueco de las chimeneas, cosa molesta para las pulcras amas de casa. No obstante, la mayor objeción contra los vencejos de chimenea es la suciedad que acaban acumulando en las chimeneas. Y aun así, resulta imposible enfadarse con ellos: su veloz vuelo circular, y su entusiasta piar sobre los tejados, dan a cualquier casa un carácter de lo más alegre durante todo el verano. Nunca anidan en un conducto usado para el fuego, pero les importa tan poca cosa el humo que salen y entran por cualquier fuste contiguo de la misma chimenea, donde además colocan sus nidos. Se marchan más tarde que la golondrina común, llegan más al norte en primavera y pasan el invierno más allá de los límites de nuestro continente septentrional.

La golondrina purpúrea es otra ave que pertenece a nuestro mundo occidental, distinta por completo al avión común de Europa. Se trata sin embargo de un pájaro mucho más extendido por este continente, ya que va desde el Ecuador hasta los territorios de las pieles, al norte. Es el ave más grande de su tribu y una criatura muy atrevida y valiente, que ataca incluso a los gavilanes y las águilas que aparecen en sus terrenos; sin embargo, se muestra siempre muy amigable y familiar con el hombre. El señor Wilson comenta que no solo el hombre blanco construye casas-nido para estos amigos suyos, sino que también los negros en las plantaciones del sur colocan cañas largas en vertical con ayuda de unos artilugios para invitarlos a anidar cerca de sus chozas; y los indios, por su parte, talan la rama más alta de algún retoño, cerca de sus tiendas, para colgar una calabaza en la punta destinada a esos pájaros. Pese a que son muy comunes en muchas partes de nuestro territorio, en comparación, siguen resultando raros entre nosotros. Antiguamente, se cuenta que eran más numerosos, pero en la actualidad se los conoce tan poco que mucha gente asegurará que no hay ninguno por el pueblo. Al preguntar, descubrimos que muchas personas nunca han oído

su nombre. Los buscadores de nidos no saben nada de ellos, mientras que granjeros y agricultores, una media docena, nos cuentan que por aquí no ha habido purpúreas. El otro día, nos detuvimos delante de un cobertizo que tenía una casa-nido en el gablete y preguntamos si había algún pájaro dentro. «En esta zona no se ven purpúreas», fue la respuesta, para añadir después que sí habían visto varias docenas a kilómetros de allí. De nuevo, al pasar por el patio de otra granja, le preguntamos a un chiquillo si había purpúreas por allí. «¿Purpúreas?», preguntó perplejo. «No, señora, nunca he oído yo hablar de un pájaro así por estas tierras». La misma pregunta la repetimos con frecuencia, y tan solo en dos o tres ocasiones recibimos una respuesta distinta a esas; algunas personas ancianas nos contestaron que antiguamente sí había muchas purpúreas por la zona. Sin embargo, a la distancia descubrimos unas cuantas, hallamos su morada y las observamos ir y venir, y un poco después, vimos otras en una granja, a unos tres kilómetros del pueblo. Aun así, han de ser muy poco numerosas en comparación con las demás variedades que todo el mundo conoce, y que se ven casi constantemente mientras dura el clima cálido. Es posible que la bandada haya quedado reducida en los últimos años por algún motivo accidental, pero así, al menos, es como están las cosas ahora mismo.

El precioso avión zapador, un ave pequeña y una tribu también muy común y numerosa, es todo un extraño por aquí, aunque sí se encuentra en las orillas de lagos y ríos a no demasiada distancia. A decir verdad, los hemos visto en grandes bandadas entre los montes arenosos próximos al Susquehanna, al otro lado de las fronteras septentrionales del condado. Se trata del único avión que es común a los dos hemisferios, y es este pájaro el que *monsieur* de Châteaubriand asegura haber encontrado por todas partes en sus andanzas por Asia, África, Europa y América.[24]

---

24 François-René de Châteaubriand fue un diplomático francés de finales del

El hecho de que la golondrina risquera también sea extraña aquí no es del todo destacable; hace unos pocos años, no había ni una al este del Misisipi. En 1824, apareció una pareja solitaria por primera vez dentro de los límites de Nueva York, en una taberna cercana a Whitehall, a escasa distancia del lago Champlain; poco después, el gobernador DeWitt Clinton las presentó a grandes rasgos ante el mundo escribiendo una nota sobre ellas. Ahora, están multiplicándose y extendiéndose con rapidez por todo el territorio. Las montañas Rocosas parecen haber sido su principal terreno de recuperación; allí se hallan en grandes números y, tal y como observa el Príncipe de Canino, han avanzado hacia el este para encontrarse con el hombre blanco.[25] Estas recién llegadas solo se quedan un poco de tiempo, unas seis semanas, en junio y julio, y luego desaparecen de nuevo, alzando el vuelo en dirección a la América tropical. En Europa, son unas completas desconocidas, así como en el resto de lugares del Viejo Mundo. Tienen marcas más variadas que la mayoría de las golondrinas.

Viernes, 5 de mayo.

Anoche cayó una buena lluvia, con rayos y truenos. Todo brillaba espléndidamente. Días y noches como estos, a principios de la primavera, y el efecto que generan en la vegetación por la unión de la electricidad y la lluvia, son cosas maravillosas. *Monsieur* de Candolle, el gran botánico, cita como ejemplo el crecimiento de las ramas de una vid, durante una lluvia de tormenta, ¡de más de

---

siglo XVIII y principios del XIX que escribió diversas obras sobre su vida política y sus viajes; se considera creador del romanticismo en el ámbito literario francés. *(N. de la T.)*

25 Se trata del ornitólogo de la familia Bonaparte del que se habla al principio del libro, y que ostentó además el título de Príncipe de Canino. *(N. de la T.)*

tres centímetros en el transcurso de una hora y media![26] A ese ritmo, casi podría verse de verdad la planta crecer.

Los capullos jóvenes están brotando hermosos. Los pétalos carnosos de las flores escarlatas en los arces sacarinos aparecen delicadamente punteados con el tierno verde de los brotes que les salen en el centro, y las flores largas y verdes del arce azucarero han salido ya en muchos árboles. Ayer, no había ninguna a la vista. En las ramas desnudas de los guillomos también están abriéndose flores blancas en ramilletes colgantes; este árbol hace mucho por la vistosidad de nuestra primavera, y se lo encuentra en todos los bosques, siempre cubierto por largos racimos pendulares de flores, ya sea en un arbusto pequeño o en un árbol grande. Hay un ejemplar en el patio de la iglesia, de una belleza enorme, un árbol de quizá once metros de altura. Tal y como se alza entre todos los árboles perennes, luce hermoso en esta época, cubierto por sus flores blancas colgantes. En Saboya, existe un árbol al que allí llaman amelanchero y que es pariente cercano de nuestro guillomo. El álamo, o chopo, como se llama también en algunas de sus variedades, tiene ya la mitad de sus hojas. ¡Cuán rápido es el avance de la primavera en este momento de su jubilosa llegada! ¡Y cuán hermosas todas las plantas creciendo gráciles, y hasta la hierba más humilde desplegando todas sus hojas de esplendor, plena de intención y de poder!

Por el camino, hemos visto una mariposita azul. Hemos recogido un buen puñado de flores de mayo de color rosa, inusualmente grandes y aromáticas. Han sobrevivido con mucho a las anémonas, que están marchitas. Hemos visto un precioso trilio de color granate —con la flor, de tres pétalos, grande como un

26 Augustin Pyrame de Candolle fue un botánico suizo, fundador de la fitogeografía, que desarrolló sus estudios entre finales del siglo XVIII y principios del XIX. Su obra influyó en las teorías de Charles Darwin. *(N. de la T.)*

tulipán—, la más oscura y de mayor tamaño entre nuestras flores tempranas de la primavera.

Sábado, 6 de mayo.

Día cálido y suave. Los pájaros están eufóricos: jilgueros, turpiales y azulejos orientales dan vida a los árboles llenos de brotes con sus exquisitos cantos y su alegre plumaje; chochines y gorriones cantores van dando saltitos y cantando por los arbustos; zorzales robín y gorriones cejiblancos apenas se apartan de tu camino cuando vas paseando por la hierba y la gravilla, y montones de golondrinas trisan en el aire, más activas, más charlatanas que nunca; todos ajetreados, todos felices, todos más o menos musicales en esta estación. Las aves que cantan poco tienen un sonido peculiar, que se oye con más nitidez y frecuencia en esta estación que en ningún otro momento; por ejemplo, es el caso del trisar de las golondrinas, y del canto agudo y prolongado de los gorriones cejiblancos, así como el de la cigarra, cuando se la oye desde los árboles. Todas estas pequeñas criaturas disfrutan siempre muchísimo de los días buenos, aunque con más placer durante esta época, la de su luna de miel, que en las demás estaciones. Nuestra compañía estival ha llegado ya toda, o más bien habría que hablar de nuestros desertores, pues es un agrado recordar que esta es de verdad su casa, que fue aquí donde nacieron y se criaron, como les gusta decir a los de Kentucky,[27] en estas arboledas, y que ahora han regresado para construir sus propios nidos entre sus ramas nativas. La parte más feliz de su vida de aves la pasan entre nosotros. Muchos de los que vemos aleteando por aquí, ahora mismo, están sin duda anidan-

---

27 En inglés, «nacido y criado» se dice normalmente de dos maneras distintas: *born and bred* o *born and raised*. Fenimore utiliza esta segunda fórmula, que asocia a un uso lingüístico más propio de la zona de Kentucky por entonces. *(N. de la T.)*

do a una distancia de nuestras ventanas que nos permite verlos y oírlos. Algunos años, hemos contado entre cuarenta y cincuenta nidos en nuestros árboles, sin incluir una tribu de golondrinas. A muchos pájaros les gusta la vida de pueblo. Parecen creer que el hombre es un animal de carácter muy bondadoso, que construye chimeneas y tejados, planta cultivos y crea huertas para beneficio especial de ellos; solo les sorprende, y no poco, que después de mostrar, como lo hace, una dosis considerable de instinto, el hombre siga permitiendo pese a todo que esas horribles criaturas —niños y gatos— correteen a placer por sus dominios.

Lunes, 8 de mayo.

En muchos arces azucareros, las flores largas cuelgan en esbeltos ramilletes verdes, mientras que en otros aún no han salido; año tras año, encontramos la misma diferencia entre varios ejemplares de una sola especie de arce, más marcada, parece, entre ellos que entre otros árboles. Algunos son mucho más prematuros que otros, y eso, sin una causa aparente: árboles de la misma edad y tamaño que crecen unos junto a otros y muestran esas variaciones, una diferencia de constitución, como la que se observa en los seres humanos, entre los miembros de una misma familia. Con frecuencia, las hojas jóvenes del arce azucarero aparecen solo uno o dos días después que las flores; empiezan a salir al menos en ese momento, aunque nuevamente en otros ejemplares esperan hasta que las flores se están cayendo. Las flores verdes que cuelgan en ramilletes repletos de largos filamentos le dan una personalidad agradable al árbol, que adquiere la apariencia del follaje a corta distancia. En general, tienen un tono verde claro, pero a veces, en algunos árboles, son pajizas. Los arces azucareros, al contrario que muchos otros árboles de flores, no brotan siendo jóvenes; robinias, guillomos, árboles frutales en general, florecen

siendo meros arbustos o con apenas un metro de altura, pero el arce azucarero y el arce rojo son árboles de buen tamaño ya cuando echan las flores. Hay muchos por el pueblo que se sabe que tienen veinte años, y aún no han florecido.

Los arces americanos —los tipos más grandes, al menos, como el azucarero, el rojo y el plateado— son definitivamente árboles muy bonitos. Su naturaleza está marcada por una sana exuberancia de crecimiento. Tienen una forma regular y en cierto modo redondeada cuando se los deja crecer libres, con las ramas y troncos muy raras veces distorsionados, y una inclinación sin trabas en vertical, más o menos marcada casi en todos los ejemplares. La corteza en los árboles más jóvenes, y en las ramas de los más viejos, suele mostrar unas preciosas motas en parches o anillos de tonos grises claros, más o menos oscuros, y a veces casi tan blancos como el color de los delicados abedules. El lado norte de las ramas suele tener entre nosotros muchas más manchas que el lado que da hacia el sur. Son además árboles muy limpios, libres de molestas plagas o insectos. Unos pocos ejemplares tienen un follaje más fino, de un verde muy intenso, mientras que las hojas son grandes, con una forma atractiva, suaves y brillantes, y muy numerosas; es una peculiaridad suya producir todos los años muchos tallos pequeños, todos muy cubiertos por hojas. Cuando están desnudos en invierno, se percibe que las ramitas que portan brotes y flores son sin duda más gruesas que las de muchos otros árboles. A esas ventajas, añaden además sus flores tempranas en primavera, y un precioso brillo de colores en otoño. El arce que crece en Europa, un árbol por completo distinto, echa las hojas después de que lo haga el olmo, e incluso es más tardío que el fresno. Sin embargo, los de esta parte del mundo tienen el mérito mayor de contarse entre los árboles más tempranos del bosque.

Tampoco la belleza exuberante del arce nos despista de sus propiedades: tiene una madera de alto valor. Deberíamos estar muy agradecidos por su azúcar, allí donde no se puede obtener

la que se importa de otras regiones; para los indios, era algo muy preciado, uno de los pocos lujos que conocieron. En invierno, esta madera se cuenta entre los mejores tipos de alimento para dar calor y llamas animadas, y las diferentes clases se utilizan para numerosos fines útiles y ornamentales. Una gran cantidad del mobiliario de la mejor clase se fabrica a partir de diversos arces. Hace unos pocos años, el arce seguía a la caoba como madera destinada a estos usos, aunque últimamente se le ha puesto por delante el nogal negro. A excepción de la variedad de arce negundo, un árbol occidental, dicen que en este condado pueden encontrarse todos los arces americanos. El arce de Pensilvania,[28] un árbol pequeño de crecimiento grácil y poco frondoso, que ostenta las flores más bonitas de la tribu, y cuyos tallos jóvenes se dice que gustan tanto al alce; el arce de montaña, un arbusto que crece en grupos frondosos con una flor recta; y los arces rojo, plateado, azucarero y negro: todos están entre nuestros árboles. Y todos, salvo el arbusto arce de montaña, producen una parte de savia dulce, aunque ninguno en una cantidad tan copiosa como la del arce azucarero común. Los árboles más grandes de este tipo que hay en nuestra zona se dice que miden casi un metro de diámetro, y los que crecen en el bosque alcanzan una gran altura, de entre veinte y veinticinco metros. Sin embargo, los arces comunes de este territorio raras veces miden más de medio metro de diámetro y entre diez y quince metros de altura.[29] Dado que su madera suele ser recia y sana, probablemente alcancen las edades del olmo o el fresno y árboles similares, pero nunca hemos sabido de ningún cálculo preciso al respecto.

---

28 En este condado a veces alcanza los seis metros.

29 El arce azucarero no prospera en Inglaterra, y raras veces supera allí los cuatro metros y medio de altura. El arce plateado, por el contrario, crece muy bien en Europa.

Martes, 9 de mayo.

El lago está precioso. En esta época del año, las aguas suelen mostrar una cierta delicadeza y suavidad, producidas, sin duda alguna, por la atmósfera de un quieto día primaveral, en hermosa armonía con la estación.

Hacia final de la tarde, hemos pasado una hora agradable paseando bajo un apacible cielo nublado, cerca del puente. Los pájaros parecían haberse congregado allí para nuestro especial entretenimiento, aunque en realidad se habían visto atraídos, sin duda, por algunos insectos del agua. Era una concentración más numerosa que las vistas anteriormente esta primavera, y varios pájaros del grupo eran más interesantes de lo usual. Montones de golondrinas, de chimenea, de granero y la bicolor, surcaban el cielo por encima de nosotros en un movimiento incesante, sobrevolando el puente o pasando por debajo, a menudo tan cerca de nosotros que casi podríamos haberlas tocado. Teníamos un mosquero posado tranquilamente en la rama de un arce a un tiro de piedra, deleitándonos con su canto de cuando en cuando mientras íbamos y veníamos por el puente. Están habituados a posarse de ese modo en una misma ramita, a no mucha distancia de sus nidos, y son muy dados a anidar cerca de puentes. Por supuesto, vimos zorzales robín: siempre están por ahí fuera en esta estación. Los gorriones se escabullían y salían por entre los arbustos, mientras que los jilgueros y azulejos orientales iban y venían. Pero todas esas aves nos eran conocidas. Había un par de pajaritos revoloteando entre las flores de un arce rojo que atrajo principalmente nuestra atención, por la novedad que suponía. Sus marcas amarillas, rojas y marrones, y unos movimientos peculiares entre las ramas, rápidos e impacientes, eran nuevos para nosotros. Los estuvimos viendo una media hora, y en varias ocasiones nos colocamos muy cerca de los arces en los que se estaban alimentando; uno de ellos salió volando, pero el otro se quedó allí, y se acercó cada vez más,

rama a rama, árbol a árbol, hasta que llegó a la valla junto a la que nos encontrábamos nosotros. Estábamos de lo más ansiosos por descubrir de qué ave se trataba, ya que en esas circunstancias, resulta mortificador no ser capaz de dilucidar la cuestión. Al principio, supusimos que eran forasteros en su ruta al norte, ya que sobre esta época, muchos visitantes pasajeros pasan por esta zona con dirección norte, y solo se quedan merodeando aquí y allá de forma casual. Sin embargo, no es usual que aves así viajen en parejas, y estos dos parecían estar emparejados, ya que en cuanto uno salía volando río abajo, el otro mostraba una fuerte determinación a seguir el mismo rumbo, como si quizá en esa dirección se encontrase un nido en cierne. El pájaro hizo un movimiento para levantar el vuelo, pero entonces se nos quedó observando y se detuvo; nosotros permanecimos muy quietos y silenciosos en el paseo, con el pájaro posado en la rama durante un minuto o más. A continuación, volvió a hacer un movimiento y emprendió el vuelo en la dirección que se cruzaba con nosotros, aunque, iluso pajarito, tras volar uno o dos metros y colocársenos casi delante —de manera que podríamos haberle dado sin problemas con un parasol— le falló el coraje: siguió revoloteando en el sitio, o más bien, puesto a la capa, como diría un marinero, cuando de pronto cambió torpemente de dirección y voló de vuelta a la misma rama que había abandonado. Una maniobra inusual esta para un pájaro. Y, por muy extraño que fuese, repitió el mismo procedimiento por segunda vez, aparentemente ansioso por seguir a su compañero río abajo, y aun así temeroso de pasar demasiado cerca de unas criaturas tan formidables como le resultábamos nosotros. Alzó de nuevo el vuelo, de nuevo se detuvo y revoloteó delante de nosotros, y de nuevo regresó a la rama de la que había partido. Iluso pajarito, podría haber volado fácilmente muy por encima de nosotros, en vez de pasar tan cerca o posarse en una rama en la que lo hubiésemos podido matar una docena de veces, de tender nosotros a la malicia; en cualquier caso, se comportaba de un

modo tan curioso que, si hubiésemos sido serpientes o brujas, se nos habría podido acusar de someterlo a un encantamiento. De nuevo, una tercera vez, alzó el vuelo, y tras pasar cerca de nosotros lo más rápido posible, sin duda palpitándole extraordinariamente el corazón por la osadía de su hazaña, logró al fin cruzar el puente, y pronto lo perdimos de vista entre los arbustos de la ribera. No obstante, mientras estuvo posado en la rama, y sobre todo las dos veces que revoloteó con las alas extendidas ante nosotros, vimos sus marcas muy a las claras: se asemejaban más a las de una reinita palmera que a ningún otro pájaro de los que pudiéramos conseguir ilustración; esta reinita es un ave del sur, de la que se supone que no cría tan al norte, creo, y es bastante posible que nuestros forasteros fuesen de alguna otra variedad de pájaro. Sin embargo, la reinita palmera gusta mucho de las flores de arce, según dicen, y a estos dos los encontramos alimentándose de esos capullos, saltando de un árbol al siguiente.

El hermoso forastero apenas acababa de salir volando cuando un desmañado martín pescador se alzó desde el río, pasó sobre el puente, y gritó sorprendido al encontrarse con una criatura humana más cerca de lo que había supuesto; también salió volando río abajo. A continuación, un grupo de carboneros se alzó por entre los arbustos de aliso. A ellos les siguió una pareja de preciosos y pequeños reyezuelos, de la variedad rubí, entre los más pequeños de su raza; y mientras todos esos pájaros menores se movían entre nosotros, un gran gavilán, de los más grandes en tamaño, se acercó desde el lago y mantuvo un movimiento circular durante un tiempo por encima de un pinar en un campo adyacente. No teníamos el conocimiento suficiente para saber qué variedad de gavilán era, pero los demás pájaros de esa copiosa bandada —zorzales robín, gorriones, golondrinas, reyezuelos rubí, azulejos orientales, jilgueros, mosqueros, carboneros, martines pescadores y la posible reineta palmera— eran todos variedades características de América.

Miércoles, 10 de mayo.

El último par de días, el tiempo ha estado más o menos lluvioso. Hasta el momento, ha llovido de forma constante todo el día, cosa que no ocurre muy a menudo; las chimeneas están encendidas otra vez. Hace demasiada humedad como para salir a pasear, pero es agradable observar cómo crecen las cosas desde las ventanas. El verdor se ha acentuado varias tonalidades durante las últimas veinticuatro horas; todos los árboles muestran ahora el toque de la primavera, salvo robinias y zumaques, en los que el cambio apenas se percibe. Incluso los distantes árboles del bosque muestran ahora una coloración verde clara en sus ramitas, y los campos arados, sembrados de avena desde hace unos diez días, están cambiando el marrón de la tierra por el verde de las briznas jóvenes.

La lluvia parece perturbar muy poco a las aves. Están saltando casi por todas partes en busca de su alimento nocturno.

Jueves, 11 de mayo.

Hemos visto reinitas trepadoras entre los arbustos. Son unos pájaros muy bonitos, con unas formas delicadas. Había además un grupo grande de camachuelos purpúreos sobre los pastos. Esta hermosa ave viene desde el lejano norte ante la llegada de lo más severo del clima, y pasa el invierno en diferentes partes de la Unión, según el carácter de la estación; normalmente, se queda por la zona de Filadelfia y Nueva York hasta mediados de mayo, aunque se sabe que unos pocos pasan el verano en nuestros condados del norte. Tenemos noticias además de que una cierta cantidad también se queda por nuestro lago, y se les ve con frecuencia en los bosques, aparte de observarlos en ocasiones rondando las huertas del pueblo, en junio y julio. Tienen la cabeza y el cuello de un color más carmesí que púrpura ahora mismo, y parecen sa-

carle un gran provecho mientras se alimentan en el pasto fresco, con el sol reluciendo sobre sus brillantes cabezas; sin embargo, más de la mitad del grupo mostraba su usual color marrón, y los ejemplares jóvenes, machos y hembras, carecían de la coloración rojiza. Se alimentan en primavera de las flores que brotan en los árboles, aunque esta tarde se estaban comiendo las semillas de las manzanas podridas esparcidas entre los vergeles.

También he vuelto a ver uno de esos pájaros extraños —las reinitas palmeras— que observamos cerca del puente, pero no pude acercarme tanto como en nuestro primer contacto. Estaba en nuestro propio huerto, entre los parterres, aparentemente comiendo insectos además de flores de arce.

Hemos dado un paseo por los bosques. La madreselva de Canadá está en pleno brote de hojas, y también de flores; es uno de nuestros arbustos más tempranos. Tenemos diversas variedades de la tribu madreselva en este estado. La madreselva trompeta, muy común en nuestros huertos, es una planta nativa hallada cerca de Nueva York, y que se extiende hacia el sur hasta llegar a Carolina. La aromática madreselva de los bosques, que también se cultiva, se encuentra en estado silvestre en muchos bosques de este estado; la madreselva amarilla crece en las montañas Catskill; una variedad pequeña con flores amarillas verdosas, y la madreselva pilosa con flores de color amarillo claro y hojas grandes, están entre nuestras plantas. Hay asimismo tres variedades de madreselvas de Canadá, plantas frecuentes del norte, una con bayas rojas, otra con bayas moradas y otra con bayas azules; la primera es muy común por aquí, se encuentra en todos los bosques, y según cuentan, hay una planta casi idéntica a esta en Tartaria.

Viernes, 12 de mayo.

Los álamos temblones están echando las hojas, preciosos en la ladera del monte; su follaje tembloroso es de los más tempranos en

jugar con las brisas de la primavera, y sus aterciopeladas semillas están entre las primeras del año en salir volando. Son tan comunes en los bosques en un momento de la primavera como lo es el vilano del cardo más adelante en esta estación entre los cultivos; a menudo se los ve formando parches pequeños a lo largo del camino, como copos de nieve espolvoreados. Las aves de algunas tribus más delicadas usan este vilano para forrar sus nidos (el colibrí lo hace, por ejemplo). Hemos estado buscando y preguntando por el tacamahaca, el gran álamo del norte o balsámico; se encuentra en el Niágara y en el lago Champlain, pero los granjeros de esta zona parecen no saber nada de él. Se trata de un árbol con cierto interés, dado que conserva una altura superior a la de ningún otro árbol conforme su presencia se acerca al polo, y la mayor proporción de madera de deriva hallada en los mares árticos pertenece a esta especie. En la costa noroeste, se dice que alcanza un tamaño muy grande, ¡con una altura de casi cincuenta metros, y un diámetro de seis! Los álamos, en sus distintas variedades, parecen extenderse por todo el globo, y algunos se hallan en el corazón de los países cálidos del sur de Europa y de Asia, y otros en las afueras de las regiones árticas. La madera usada para fines arquitectónicos en las sofocantes llanuras de Mesopotamia cuentan que es casi en su totalidad una variedad de álamo, nativa de Armenia, que es la región del melocotón.

Sábado, 13 de mayo.

El tiempo sigue estando lluvioso, pese a varios intentos de clarear. Hemos tenido mucha más lluvia de la usual últimamente. Una fuerte ráfaga de viento bajó por el valle esta tarde, y llevó la lluvia en densos mantos ante la cara misma de los montes, mientras pinos y tuyas agitaban sus brazos salvajemente en las cimas de las montañas, e incluso las robinias desnudas se inclinaban ante el viento; sobre nuestro plácido lago se movían olas espumosas con

mucha más fuerza de lo usual; los senderos entre las huertas y los caminos quedaron inundados en un momento, y se formaron charcos en todos los huecos de los prados. El agua se vertía sobre nosotros como si cayese, tal cual, desde un receptáculo distinto a las nubes. Esperemos que sea la última de clausura, ya que se echa de menos salir de nuevo a los bosques.

Lunes, 15 de mayo.

Un día precioso. Hemos dado un largo paseo en el coche y a pie por los montes y los bosques. ¡Qué de cosas han pasado ahí fuera mientras estábamos confinados en la casa, en el pueblo! Las hojas se están abriendo con rapidez, en muchos de los arces rojos el follaje está ya bastante formado y coloreado, aunque no ha alcanzado su tamaño pleno. Los viejos castaños y robles están en movimiento; las hojas de este último están saliendo con un tono bastante rosado, un toque de finura no muy de esperar en los jefes del bosque, aunque así era ya en tiempos de Chaucer:

Los árboles todos crecen a la par que sus compañeros.
Las ramas anchas, de nuevas hojas van cargadas,
echan a brotar bajo el resplandor del sol, sus rayos,
algunas muy rojas, algunas alegres, verdes claras.[30]

En muchos de los árboles, los brotes de las hojas se abren con un matiz cálido en su color verde, ya sea marrón, rosa o purpúreo. Ahora mismo, las hojas del guillomo tienen un color marrón rojizo oscuro, en rico contraste con sus flores blancas pendulares.

30 De *The Floure and the Leafe* (La flor y la hoja), un poema alegórico del siglo xv erróneamente atribuido hasta bien entrado el siglo xix a Geoffrey Chaucer, poeta inglés de la Edad Media y uno de los padres de la literatura inglesa. *(N. de la T.)*

Algunas de las hojitas del roble, sobre todo las de los árboles más jóvenes, son del carmesí más intenso; los arces azucareros, por el contrario, tienen un tono verde puro, y parecen haber cedido todo su color a las flores; los arces de montaña están llenos de colores, y las brácteas del arce de Pensilvania lucen bastante rosadas, así como algunas de sus hojas. Los olmos parecen estar siempre verdes, y así también las hayas; el abedul dulce está levemente teñido de bermejo al principio, mientras que los demás son bastante verdes. Los fresnos y las pacanas lucen un verde muy claro. Se dice que la delicadeza y la variedad de matices en el verdor, tan encantador en primavera según conocemos nosotros esta estación, son propias sobre todo de un clima templado. En los países tropicales, cuentan que los brotes, desprotegidos por brácteas como las nuestras, son mucho más oscuros; y en las regiones árticas, las hojas jóvenes también dicen que son de un color más oscuro. Sería interesante comprobar si esta última aseveración es acertada de verdad, pues parece complicado dar cuenta de ese hecho.

Los flores se están abriendo por todas partes: en los campos de cultivo, a lo largo de los caminos, junto a las vallas y en el silencioso bosque. No se puede llegar muy lejos, por ningún sendero, sin toparse con algunas flores recientes. Es una deliciosa actividad que se desarrolla por doquier, pero en los bosques, el despertar de la primavera no puede más que ser especialmente hermoso. El gélido letargo del invierno en un clima frío se deja sentir más en el interior del bosque; y ahora contemplamos el despertar de la vida y de la belleza allí, en todos sus elementos: el variado follaje que viste con delicadas guirnaldas todas las ramas desnudas, el pálido musgo que revive, mil plantas jóvenes que emergen en una animada sucesión por sobre la vegetación del año pasado echada a perder, y diez mil dulces flores erguidas en modesta belleza, donde hace más bien poco todo estaba opaco y sin vida.

Las violetas se encuentran por todas partes, los trilios cada vez son más numerosos, los flores jóvenes de las fresas prome-

ten una buena cosecha de la fruta, las flores del arándano negro cuelgan en ramilletes frondosos en las ramas bajas, y los saúcos tempranos están mostrando ya los capullos oscuros color chocolate de sus flores, que nunca esperaríamos que, al abrirse, luciesen blancos. Los helechos también están desplegando su largo y colorido follaje. Hemos recogido algunas flores de mayo, pero las anémonas están produciendo sus semillas.

Martes, 16 de mayo.

Día caluroso y nublado. El tiempo va clareando lentamente, pero el aire es delicioso, suave y afable. Hemos dado un paseo alejándonos del pueblo por los tranquilos campos de cultivo junto al río, donde las praderas en pendiente y el borde boscoso permiten aislarse del mundo. Una calma dulce: nada se movía salvo el río que fluía suavemente, y unos cuantos pájaros solitarios que revoloteaban a uno y otro lado, en calma, como mensajeros de la paz. La luz del sol apenas se hace necesaria para resaltar la belleza del mes de mayo. El velo de un cielo nublado parece, esta tarde noche, arrojar un encanto adicional sobre la dulzura de esta estación.

En horas así, la bondad inconmensurable, la infinita sabiduría de Nuestro Padre Celestial se muestran en un grado tal de condescendiente ternura hacia el hombre indigno y pecaminoso que parecería harto incomprensible —del todo increíble para la razón por sí sola—, de no ser por el recuerdo de misericordias de años pasados, las pruebas certeras de la experiencia; mientras tanto, la Fe, con la enseñanza sagrada de la Revelación, proclama al «Señor, Señor Dios, misericordioso y clemente, resignado a sufrir, y abundante en misericordia y bondad».[31] ¿Qué ha hecho el mejor de nosotros para merecer un día así en una vida entera de

31 Éxodo 34:6. *(N. de la T.)*

disparates, fracasos y pecados? Es tan puro el aire que respiramos, tan agradable, son tan suaves y amables los cielos jaspeados que nos cubren, y las hierbas jóvenes bajo nuestros pies, tan delicadamente frescas, con todas las plantas del campo adornadas de belleza, todos los árboles del bosque vestidos de dignidad: todos a una para recordarnos que, pese a nuestra indignidad, «las misericordias de Dios se renuevan con cada día».[32]

Quizá algunos de nosotros hayamos andado con el corazón pesaroso durante el mes de mayo. Hay tristeza en la tierra, en mitad de las alegrías de la primavera, como la hay en otras estaciones, pero en este periodo benévolo y hermoso, las obras del Gran Creador se unen para levantar los ánimos tristes. A menudo, en horas de hondo remordimiento, de amarga decepción, de intensa aflicción, el hombre se ve emplazado a reconocer lo poderosa que es la voz de su prójimo que le ofrece consuelo. Parece como si en momentos así, lo ingenioso se volviese bobo, lo elocuente, tedioso, lo sabio, insípido, por el poco efecto que esas palabras de consuelo son capaces de ejercer. Desde luego, no es que la verdadera amistad carezca de bálsamo que ofrecer al afligido: la compasión de quienes amamos es de lo más valiosa, y Dios nos prohíbe despreciar un sentimiento bondadoso, una palabra afable. Pero, conforme pasan los días, en mitad de los pesares, los conflictos, los engaños, las preocupaciones que asolan nuestro camino, a menudo ocurre inevitablemente que la medida plena de nuestro pesar —quizá de nuestra debilidad— solo le es conocida a nuestro Creador. Con frecuencia, necesitamos mucho más que mera compasión. El más sabio y mayor de entre nosotros requiere con frecuencia una guía, un apoyo, una fuerza; y para encontrar eso, cuando resulta imposible hacerlo sobre la faz de la Tierra, hemos de mirar hacia arriba. Bienaventurado el cristiano que tiene

---

32 Lamentaciones 3:22. *(N. de la T.)*

entonces a mano la Palabra de Dios, con sus sagrados preceptos, sus tesoros de eterno consuelo. ¡Cuántas veces no resultan ser sus páginas sagradas la fuente única de luz, cuando todo lo demás es oscuridad, para aquellos corazones hace tiempo convertidos en polvo! Y del Libro de la Vida, el doliente pasa a las obras de su Dios; ahí, el ojo, dolorido ante la visión del desorden y de la confusión, se aliviará con la belleza y con la excelencia; el oído, agotado por el estruendo del disparate y de la falsedad, se abrirá con gusto a los sonidos de la afable armonía de los alegres pájaros, el paciente ganado, las aguas corrientes, las hojas susurrantes. No fue para satisfacer sin más los sentidos externos del hombre que esos dones se concedieron a la tierra: se hicieron para nuestros corazones, la expresión sempiterna del amor, de la misericordia y del poder. Al verse el espíritu acosado por los males de la vida, es entonces cuando las obras de Dios nos ofrecen más plenamente el reposo fortificante de una noble contemplación; cuando el alma se siente golpeada y pesarosa, entonces se dirige a la sabia y hermosa sonrisa de la creación, en busca de una visión más clara de la paz y de la excelencia:

> Deleites y disfrutes vernales, capaces de llevarse
> toda la tristeza, salvo la desesperación.[33]

Los hombres cristianos de antiguo tenían por costumbre ilustrar las páginas de las Sagradas Escrituras con pinturas religiosas escogidas y trabajos delicados. Buscaban por todas partes los colores más hermosos; trabajaban para conseguir las líneas más puras, la expresión más valiosa, el diseño más noble. Ni una página dejaron sin adornar, ni una letra, creadas todas a mano, todas con el toque de algún maestro; ni una hoja en blanco, ni

---

33 Versos extraídos de *El paraíso perdido* de John Milton, poeta inglés del siglo XVII. *(N. de la T.)*

un solo margen, todos con unos delicados trazos de labores pías. Y así hoy, cuando el precioso Libro de la Vida se ha sacado de los claustros y se nos ha dado a todos nosotros, cuando llevamos en nuestras manos sus páginas sagradas, cuando albergamos sus sacras palabras en nuestros corazones, alzamos nuestra mirada a los cielos, la llevamos más allá de la tierra, cargada asimismo con la gloria de Su Majestad el Todopoderoso: grandiosas y dignas iluminaciones de la Palabra Escrita de Dios.

Al volver a casa por entre los cultivos, hemos visto un viejo pino caído en la hierba, en toda su longitud. Debía de llevar ahí tirado años, descomponiéndose poco a poco, pues estaba podrido por completo y caído a trozos en muchos puntos, como siguiendo la superficie curva del suelo, aunque el largo seguía estando completo, y al medirlo con un parasol hemos deducido que su altura debía ser de más de treinta metros, pese a que le faltaba algo en la cima. El diámetro, sin la corteza, medía en torno a medio metro.

Miércoles, 17 de mayo.

Tiempo agradable. En nuestro paseo temprano, antes de desayunar, encontramos muchos tordos charlatanes jugando sobre los prados, cantando en vuelo, en un popurrí de sonidos líquidos y gorjeos que nos llegaba a los oídos por aquí y por allá. Estas aves anidan en el suelo, entre la hierba o los cereales, aunque a menudo se posan en los árboles. Son de los pocos pájaros que nos acompañan y cantan mientras vuelan, y son aves casi por completo de las praderas, ya que raras veces se adentran en el pueblo. También hemos visto reinitas amarillas de verano, de un color más plenamente dorado e intenso que el jilguero, pero con una forma no tan bonita.

Muchas hojas jóvenes salpican ahora los árboles, y se ven las ramitas brotadas y el follaje. Los bosques están bastante verdes. ¡La rapidez con la que las hojas se despliegan entre el amanecer y el atardecer, o durante una noche, es una auténtica maravilla! Los

amentos, largos y elegantes, cuelgan de los abedules, y los ramilletes más esbeltos también están en flor en los robles. Las hayas van por detrás de la mayoría de árboles del bosque, aunque les están saliendo hojas y algunas flores aquí y allá. Se considera norma general que los árboles que conservan durante más tiempo sus hojas en el otoño sean los más tempraneros en primavera, y sin embargo el haya es una notable excepción a dicha regla; mantiene sus hojas marchitas con toda tenacidad incluso durante el invierno, pero echa el nuevo follaje después de que muchos de sus compañeros estén ya bastante verdes. La *Comptonia* o helecho dulce está en flor: unas flores marrones similares a amentos y casi tan olorosas como el follaje; es el único helecho que tenemos con ramas leñosas.

Mismo día, 21.00 de la noche.

Las ranas van al ritmo de un vigoroso tono grave, y cierto es que ahora es cuando ellas suelen ejecutar la mejor parte de su concierto. En esta estación precisamente, las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde no son los momentos más musicales entre las aves; esta noche, ya han dado comienzo las tareas familiares y hay mucha tarea con las crías cerca de la arboleda perenne situada en la parte de atrás de la casa. Ha sido entretenido observar a los padres volar de vuelta a casa y escuchar a la familia hablar entre sí; se les oía piar a diestro y siniestro y revolotear antes de posarse en el nido. Esposo y esposa parecían tener diversos campos de información doméstica que compartir el uno con la otra, y los jóvenes polluelos se hacían oír muy claramente. Uno se llevó además una pequeña reprimenda por parte de alguna mamá robín. Entretanto, el tono grave calmado y profundo de las ranas subía desde el suelo con un poder que captaría la atención de cualquiera, y que queda lejos de resultar desagradable. Recuerda al oboe de una orquesta.

Jueves, 18 de mayo.

Las violetas abundan ahora, por todas partes, en los cultivos llenos de hierba, y entre las hojas marchitas del bosque; muchas de ellas crecen en pequeños y encantadores mechones, formando un simple ramillete por sí mismas. Se las encuentra de esa guisa en las combinaciones más bonitas posibles: la amarilla, la azul y la blanca. Un hábito hermoso este entre muchas de nuestras flores tempranas, que crecen en pequeñas hermandades, por así decirlo. Pocas veces pensamos en violetas solitarias, como sí ocurre con las rosas o los lirios. Siempre las concebimos juntas, dándose elegancia unas a otras, entre sus hojas copetudas.

Existen muchas variedades distintas. Los botánicos cuentan unos quince tipos en esta parte del país y, con una o dos excepciones, todas suelen encontrarse en nuestra zona. Hay unas ocho clases diferentes de la violeta de color azul, o púrpura, o gris, tonos que cambian a menudo caprichosamente. Otras tres variedades son amarillas, tres más son blancas, y una es bicolor, o tricolor. Las azules y las púrpuras son las más grandes. Algunas de ellas resultan muy hermosas, agraciadas con todos los colores y formas que uno podría desear en una violeta, pero ninguna es olorosa. Parece extraño que, con toda la frescura, el rocío y la belleza que bañan su especie, tengan que envidiarle ese encanto a la violeta del Viejo Mundo, pero así es. De todos modos, son unas flores demasiado agradables y comunes como para encontrarles ninguna falta, aunque no huelan. La violeta de Europa, no obstante, no siempre es aromática; algunas primaveras, según dicen, pierden el olor casi por completo, o al menos eso le ocurre a la violeta inglesa, cosa que se ha atribuido a la sequedad de la estación.

Nuestras variedades amarillas ofrecen un adorno magnífico para la primavera, y son muy comunes, aunque no tan abundantes ni tan grandes como las púrpuras; un tipo, el más temprano,

crece en grupitos de flores luminosas y doradas, que a menudo salen antes que las hojas.

> Antes de recuperar los campos su verdor,
> adoro verte en el bosque desnudo, dulce flor,
> allí encontrarte, cuando tu leve aroma
> es lo único que el virgen aire copa.[34]

Hay otra variedad mucho más grande, que crece en solitario.

Las blancas son bastante pequeñas, pero muy curiosamente una de ellas sí es olorosa, aunque el perfume no sea tan exquisito como el de la violeta que crece en Europa; este tipo de violeta dulce y blanca a veces no se reúne hasta agosto. La tricolor es una planta grande y solitaria, y he sabido que tiene olor, pero no parece que sea así siempre. Cuentan que las violetas de las praderas occidentales son levemente olorosas, aunque las demás flores de esa parte del país por lo general no tienen perfume.

Viernes, 19 de mayo.

Buen tiempo, despejado. Los manzanos están en flor: se abrieron anoche, a la luz de la luna. Ni uno tenía flores ayer y ahora el vergel entero está florecido. Los turpiales han estado correteando por entre las flores nuevas toda la mañana, hablando mientras tanto entre sí en su tono claro e intenso. Hemos dado un paseo exquisito a última hora de la tarde. Hemos bajado al gran prado, pasada la isla de Mill. El bosque de alrededor estaba pleno de alegría, con las flores blancas de los cerezos silvestres y los guillomos, los ciruelos silvestres y los viburnos del tipo *lantanoides*, todos muy

---

34 Versos extraídos de *The Yellow Violet* (La violeta amarilla), de William Cullen Bryant, poeta romántico estadounidense del siglo XIX que trabajó como periodista en el *New York Evening Post*. *(N. de la T.)*

comunes entre nosotros. El aire de la tarde estaba delicadamente perfumado a lo largo y ancho de los cultivos, pero no alcanzamos a descubrir la causa concreta de esa fragancia, ya que no parecía ser más intensa en un lugar que en otro; se trataba más bien de una mezcolanza de olores primaverales. El guillomo es ligeramente oloroso, similar en cierto modo al espino.

Hemos encontrado varios trilios de color blanco; los pétalos grandes de los tipos más grandes les confieren una importancia que ninguna otra de las flores tempranas de la misma fecha puede afirmar tener. Existen diversas variedades de estas flores. Son bastante caprichosas en lo que respecta a colores y formas, algunas grandes como lirios, y otras no llegan ni a la mitad de ese tamaño; muchas tienen un color blanco puro, otras son oscuras, las hay que lucen sonrojadas por un rosa pálido, o un color lila, mientras que un tipo tiene pétalos blancos y el corazón está marcado con una tracería de intenso color carmín. Unas cuelgan en péndulo y, junto a ellas, crecen otras con las flores tiesas. Los botánicos las llaman *Trillium* a todas, y una mujer del campo me dijo el otro día que todas eran «flores de los alces». No obstante, cada variedad tiene su propio nombre científico concreto, y algunas se llaman trilios rojos y otras, trilios blancos, aunque ambos nombres pertenecen, hablando con propiedad, a plantas muy distintas. Y sin embargo, lo que se llama trilio blanco inglés es en realidad un aro. La diferencia en el fruto resulta muy notable. A las flores, muy similares para el observador general, les siguen unas bayas de naturalezas muy diferentes: unas se asemejan a los escaramujos de la rosa mosqueta en color y tamaño, pero acabadas en punta afilada; de otras salen unos frutos de color púrpura oscuro, con estrías marcadas, pero redondeados. He visto algunas que alcanzan el tamaño de la cereza común. Sin embargo, pese a asemejarse mucho en cuanto a crecimiento, hojas y pétalos, los corazones de las plantas difieren muy sustancialmente, una solución muy simple a lo que de primeras da la impresión de ser

singular. Esta tarde, solo hemos visto las flores blancas crecer a las afueras de los campos de cultivo. Es raro hallarlas más allá de los bosques, ya que desaparecen antes de que se cultive el cereal, y estas parecían haberse asomado al otro lado de los árboles para echarle un vistazo al mundo exterior.

Los bordes de un bosque viejo son buen terreno para las flores. El suelo normalmente es más rico de lo usual, mientras que el sol cae con mayor intensidad que al otro lado, dentro de los límites ensombrecidos. Casi con toda seguridad, en la estación adecuada, es un sitio en el que encontrar flores. En lugares así también vemos una colonia mixta de plantas que es interesante señalar. Las plantas silvestres autóctonas de los bosques crecen allí a voluntad, mientras que muchas extrañas, traídas originalmente del otro lado del océano, van avanzando sigilosamente desde los cultivos y huertas arados, hasta que al fin aparecen al lado de las primeras, en la misma orilla: la hierba europea y la flor nativa silvestre.

Estos intrusos forasteros son de una raza atrevida y resistente, y van espantando a los nativos, más hermosos. Las personas mayores, familiarizadas con el campo, suelen comentar que nuestras flores silvestres son mucho menos comunes ahora que hace cuarenta años. Algunas variedades están menguando rápidamente. Las flores nos las terminan describiendo personas en las que podemos depositar una confianza incondicional, cosa que hoy buscamos en vano. La extraña sarracenia se dice que era antes mucho más común, y la zapatilla de dama abundaba antiguamente incluso dentro de los límites actuales del pueblo. Ambas son ahora raras de ver, y se considera un golpe de buena suerte toparse con ellas. Cuentan también que la aromática azalea coloreaba las laderas de los montes en tiempos pasados, en lugares donde ahora solo se las encuentra sueltas por aquí y por allá.

Sábado, 20 de mayo.

Los pájaros gato están maullando por los campos. Llevan cierto tiempo ya en la zona, y normalmente se nos acercan desprevenidamente. Son tan comunes aquí como en cualquier otro sitio, e igual de dados a la compañía del hombre. Una pareja de pájaros gato ha estado anidando varios años seguidos en una huerta de al lado, y terminó perdiendo el miedo y cogiendo mucha familiaridad; en apariencia, se alegraban siempre que el dueño de la huerta se presentaba a trabajar por allí, según su costumbre, y le dedicaban un canto como saludo y le revoloteaban muy cerca mientras el hombre permanecía en el lugar. El año pasado, la familia se trasladó, pero los pájaros gato se siguen viendo en ese mismo sitio, como en casa. Si se trata o no de la misma pareja, es algo imposible de decir.

Algunas personas no admiran al pájaro gato, debido a su sobrio plumaje, pero los ricos tonos de gris de su abrigo nos resultan a nosotros particularmente agradables, y tiene una forma elegante. Su piar, desde luego, es de lo más raro para un ave, y en ocasiones, cuando lo repite veinte veces seguidas en el transcurso de media hora, uno siente ganas de taponarse los oídos. Es más provocador en él que nos insulte de esa manera, porque algunas de sus notas, cuando así las elige, son muy musicales, suaves y líquidas, muy distintas a su piar molesto y chillón. Al igual que su primo el sinsonte, el pájaro gato a veces merece un buen zarandeo por sus caprichos: ambas especies pertenecen a la clase de «aves que saben cantar y no lo hacen», salvo cuando se les antoja.

El pájaro gato es un gran bañista, como el jilguero. Se dice que utiliza las pieles mudadas de las serpientes para forrar el nido, siempre que las encuentra. Nos abandona en octubre y pasa el invierno en el Golfo de México.

Lunes, 22 de mayo.

Las flores del manzano tienen un olor encantador ahora mismo. Sin duda, cuentan con el perfume más delicioso de todos nuestros árboles frutales del norte.

Los árboles más tardíos del bosque están echando sus hojas: nogales negros, nogales blancos, zumaques, pacanas, fresnos y robinias. Los árboles con ese tipo de follaje pinnado parecen ser más tardíos que otros. La robinia siempre es la última en abrir sus hojas. Están empezando a dejarse ver ahora, y algunas otras, que cuentan con el mismo tipo de follaje, las han precedido solo en una semana o así. Las aguas manantiales fluyen todas ahora claras y abundantes. Hoy han plantado el maíz.

Martes, 23 de mayo.

Las mariposas pequeñas y amarillas revolotean a nuestro alrededor. Son con mucho las más numerosas de su tribu. En esta zona, están entre las primeras en aparecer en primavera, y entre las últimas en retirarse antes de las heladas del otoño.

Miércoles, 24 de mayo.

Día caluroso y agradable. Se puede decir que los bosques están ahora llenos de hojas, aunque el follaje sigue teniendo un color verde delicado y algunas de las hojas no están formadas del todo. Sin embargo, los arces, tan numerosos en nuestros bosques, ya han adquirido su verdor intenso y rico del verano. Los tallos jóvenes han empezado a salir en las tuyas: todas las ramitas están coronadas por un delicado color verde, de un matiz doce veces más claro que el resto del follaje. Esos sutiles toques de claridad son de lo más ornamentales para el árbol y le dan una belleza peculiar hasta bien entrado el verano, ya que van adquiriendo su tono más oscuro

muy lentamente. La diferencia en los tonos de verde a lo largo de dos años de crecimiento queda más patente en la tuya oriental que en cualquier otro árbol de hoja perenne que se recuerde, en estos momentos, ya sea el pino, el abeto balsámico o la pícea de Noruega.

La tuya oriental es un árbol muy común en esta parte del país, y un árbol de hoja perenne imponente, comparable en altura con los robles, fresnos y olmos más grandes del bosque. Con frecuencia, alcanza los veinticinco metros de alto. El otro día, paseando por el bosque, medimos uno que se acababa de caer, y resultó tener treinta y dos metros de altura y un metro y cinco centímetros de diámetro, sin la corteza. Cuando son arbustos jóvenes, con solo unos pocos metros de alto, resultan hermosos, sobre todo si están rematados por el delicado color verde de los jóvenes tallos de la primavera; las ramas horizontales barren a menudo el suelo, como si no tuviesen nada más a la vista que formar un precioso matorral, muy distintos en este sentido a los pinos jóvenes, que muestran un crecimiento en vertical muy determinado desde el principio, desvelando con ello su ambición por convertirse en árboles lo antes posible. El verdor usual de la tuya es muy oscuro y brillante, y se dispone en hileras dobles, planas, sobre las ramas. Las ramitas jóvenes donde crecen los brotes suelen colgar en penachos pendulares, y el árbol entero está más o menos salpicado por unas bellas piñitas muy decorativas. Cuando se hace mayor, la tuya oriental adquiere a menudo una forma más irregular, con ramas muertas que sobresalen aquí y allá, repletas de largos líquenes colgantes de un color verde claro que le dan un aspecto venerable. En su conjunto, es el árbol más musgoso que tenemos.

Algunas tuyas muestran un crecimiento mucho más breve y comprimido de las que nos solemos encontrar, de tal manera que uno se siente tentado a creer que hay dos variedades distintas. Cerca del arroyo Red, hay una arboleda joven de estas tuyas de crecimiento breve, todas de aspecto similar, aunque creo que se

trata tan solo de una cuestión accidental. En ocasiones, pero muy raras veces, ocurre lo mismo con los pinos.

La tuya oriental se usa aquí principalmente para el curtido. A menudo, les quitan la corteza a buenos ejemplares, a los que luego se les deja descomponerse sin talarlos. La madera algunas veces se utiliza para hacer vigas. Dado que ha surgido la costumbre de plantar carreteras con tablones de madera, los granjeros están empezando a mirar con mayor predilección sus tuyas, pues es la única madera que se utiliza para tal fin allí donde se la puede conseguir. Ya debe haberse preparado una cantidad enorme de madera de tuya para nuestras carreteras, y para pavimentar aceras en el pueblo, y probablemente todo lo que reste se destinará pronto a los mismos fines. Árboles con medio metro de diámetro se están vendiendo en nuestra región por un dólar el ejemplar sin talar, cuando se adquiere un centenar. Los pinos, sin talar, se venden por cinco dólares, aunque suelen producir cuarenta dólares en madera. Se dice que el puercoespín es muy dado a alimentarse de las hojas y de la corteza de la tuya oriental.

Viernes, 25 de mayo.

Un día hermoso. Las flores están abriéndose a montones. Nuestros festones primaverales lucen cada día más completos y ricos. La tiarela blanca[35] aparece mezclada en penachos sueltos y poco frondosos con las violetas azules y amarillas. El cornejo rastrero se está abriendo; sus copas tienen ahora un color verdoso, pero pronto perderán ese tinte hasta adquirir un blanco puro. La que aquí llaman flor de estrella, elegante y plateada, se ve por uno y otro lado; junto a ella se encuentra la alta y esbelta *Mitella*, mientras que la cálida y rosácea alas de mayo se reparte entre el musgo,

---

35 *Tiarella cordifolia.*

y todas estas flores tienen algún interés para quienes eligen familiarizarse con ellas.

¿Quién, a primera vista, pensaría que el cornejo rastrero, que apenas levanta medio palmo del suelo, es primo hermano del cornejo florido, que ostenta la dignidad de todo un árbol? Se trata de una plantita de mayor crecimiento, cuya copa exterior crea una preciosa flor blanca —que en la mayoría de plantas es verde— y después de que esta se haya caído, convierte su núcleo entero en fruto; y es que ahí donde vemos ahora una de esas simples flores blancas en su verticilo de grandes hojas verdes, encontraremos en agosto un racimo de bayas color escarlata de buen tamaño. He llegado a contar hasta dieciséis de esas bayas en un mismo ramillete, con aspecto de ser un montón de cuentas coralinas. Aunque cada planta crece en solitario, están esparcidas muy libremente por el bosque. Es una planta dura, que llega a crecer muy al norte, allí donde hay pinos.

La flor de estrella[36] destaca por su elegancia: una delicada flor semejante a una estrella del más puro color blanco, erguida como una joya rodeada de hojas verdes, fina en textura y cuidadosamente recortada. Algunas personas la llaman también pamplina de canario, nombre que supone un insulto para la planta, y para el sentido común de toda la comunidad; y es que se trata de una de las flores del bosque más refinadas, nada en absoluto que ver con las pamplinas, ni con los canarios. No es en ningún modo una planta perenne como la pamplina, ya que de hecho sus hojas se marchitan en otoño, y no hay ni un canario en el país que la conozca de vista ni de gusto. La gente entendida, cuando se encuentra con esta elegante flor plateada en los bosques junto a la violeta, la llama flor de estrella; y eso debería hacer cualquiera que la vea.

36 *Trientalis americana.*

La tiarela crece a parches en muchas riberas dentro de los bosques o cerca de ellos. Se trata de una flor muy bonita gracias a su naturaleza ligera y liviana, y la gente del campo emplea sus hojas anchas en forma de violeta para fines sanatorios. Las colocan recién recogidas sobre quemaduras y, al igual que todas las demás recetas domésticas de este tipo, nunca fallan, por supuesto, sino que «funcionan a las mil maravillas», como un hechizo; es decir, como funcionaban los hechizos hace cientos de años. Son solo las hojas las que se utilizan de este modo, y hemos visto a personas que declaran haberse beneficiado en gran medida de ellas.

La esbelta *Mitella*, o sombrerito como a veces la llaman, o también falsa sanícula —a nadie le pueden gustar los nombres falsos para las flores—, muestra sus copitas blancas a intervalos en un tallo alto y esbelto de dos hojas: una cosita preciosa, sin pretensiones, que esparce sus semillas negras muy temprano en esta estación. Se trata de una de las plantas que tenemos en común con el norte de Asia.

Con respecto a la que llaman alas de mayo,[37] o alas alegres, es a decir verdad una de las florecillas más alegres que tenemos. Crecen hasta poca altura y lo hacen en grupos de muchas flores aladas juntas, de manera que parecen un montón de mariposas de un color lila cálido o de un rosa intenso posadas el musgo. Se trata de unas florecillas luminosas y animadas, raras veces solitarias, y especialmente sociables en sus hábitos; con frecuencia crecen dos capullos gemelos en el mismo tallo, y a veces se encuentran hasta cuatro o cinco juntos. En algunas ocasiones, hemos recogido ramilletes de entre doce y dieciocho flores en un solo penacho, con tres o cuatro tallos. Por aquí florecen de manera profusa en los bordes de los bosques, junto a los caminos y en algunos campos de cultivo; nos las encontramos hace uno o dos días, mezcladas

37 *Polygala paucifolia.*

con los dientes de león, en una pradera baja junto al río, aunque tienen especial predilección por crecer entre el musgo, en la postura más favorecedora que podrían elegir: con las flores de colores cálidos reposando luminosas sobre una base frondosa y oscura. ¡Cuán bonita es esta gracia natural y exquisita de las flores, vistas en todos sus hábitos y posturas! ¡No saben nada de vanidad, de sus esfuerzos y triunfos triviales! Llevan unas vidas dedicadas a dar alegría, en su belleza inconsciente y espontánea, y aun así ¡qué imposible es para el hombre sumar siquiera un punto a su perfección! Esta gracia innata puede observarse especialmente en sus hábitos de crecimiento: vistas de más cerca, detenidamente, muestran uniformidad, una idoneidad en la naturaleza individual de cada planta, y no solo en cuanto a forma, hojas o tallos, sino también en la postura que adoptan, y en todos los diversos accesorios de su breve existencia. Es esto lo que da a las flores de los campos y de los bosques un encanto que va más allá del de las flores cultivadas. Al pasar por el parterre más rico y brillante del campo, con todas las ventajas que el trabajo, el gasto, la ciencia y el pensamiento pueden aportar, se comprobará que no hay ni una sola planta ahí que no esté desprovista de alguna parte de su gracia nativa, un castigo que ha de pagarse por los honores del cultivo. Quizá sean flores más ricas y espléndidas, quizá el efecto de conjunto resulte más llamativo, pero una a una, no son tan bonitas. Salir en los meses de mayo y junio a los campos de cultivo y a las arboledas más cercanos permite ver que hay miles de dulces plantas, sembradas por la gentil mano de la Providencia, que crecen entre la hierba común, en grietas de rocas toscas, junto a hilitos de aguas manantiales, sobre riberas irregulares y enmarañadas, con una libertad y una gracia sencilla y modesta que debe ser la desesperación de los jardineros, ya que resulta bastante inimitable por el arte, pese a todo su ingenio.

Sábado, 26 de mayo.

Un día encantador. Hemos paseado por los bosques. Accidentalmente, se ha roto un trozo de madera podrida en el tronco muerto de un árbol y hemos encontrado una serpiente enroscada dentro; parecía aletargada, ya que no se movía, cosa que nosotros sí hicimos al retirarnos de inmediato, sin molestarnos en conocer más de cerca a aquella criatura.

No hay muchas serpientes en la región. Raras veces se las ve en los campos de cultivo o en los bosques, aunque en ocasiones se cruzan en nuestro camino. Las más comunes son las inofensivas y pequeñas serpientes de jarretera, y de vez en cuando, aparece alguna serpiente ratonera. No hace mucho, los trabajadores de los acantilados[38] estaban haciendo una carretera y dos de ellos levantaron un tronco para moverlo, momento en el cual una enorme serpiente ratonera, sorprendida al ver como se movía su morada, huyó corriendo; cuentan que medía un metro o más de longitud. En cualquier caso, aún no he sabido de ninguna persona herida por una serpiente en esta región. Estas criaturas son en su mayoría bastante inofensivas. A decir verdad, de las dieciséis variedades que se dan en este estado, solo dos son venenosas: la mocasín cabeza de cobre y la serpiente de cascabel.

En este condado hay una montaña, el Crumhorn, donde antiguamente abundaban las serpientes de cascabel, y donde se dice que aún las hay, pero por suerte, estos peligrosos reptiles son de una naturaleza muy indolente, y raras veces se apartan del área en concreto que se ajusta a sus hábitos, y donde por lo general son muy numerosas. Existe un caso registrado, que cita el doctor de Kay, en el que tres hombres subieron al monte Tongue, en el lago George, con el fin de cazar serpientes de cascabel, y acabaron en

38 Muy probablemente, con estos acantilados Fenimore se refiera a lo que ahora se conoce como las Palisades, una zona en el río Hudson donde por aquel entonces estaban realizando obras vinculadas al ferrocarril. *(N. de la T.)*

dos días con ¡mil ciento cuatro de estas criaturas venenosas![39] Las capturan por la grasa, que se vende a buen precio.

Esta tarde hemos encontrado una mariposa, pequeña y muy bonita, de color rosa y amarillo. Parecía ser bastante joven, con poco aspecto de contar aún con todas sus fuerzas. Creíamos que era una pena interferir en su feliz curso, que no había hecho más que empezar, así que la dejamos intacta, tal y como la encontramos.

Y así, el joven Clarion, ya dispuesto,
el viaje por su cuenta emprendió,
a buena velocidad alzó el vuelo
y sobre los campos su vista deleitó;
todo él victorioso ascendió, ligero,
con el ancho campo como su posesión;
teniendo sus copiosos placeres de alimento,
que nadie le negó, ni nadie le envidió.[40]

Lunes, 28 de mayo.

Día nublado. Hemos dado un agradable paseo en barca por el lago. El campo, visto desde el agua, tenía un aspecto encantador, ataviado con los trofeos florales de mayo. Muchos de los árboles frutales siguen en flor, en vergeles y huertas, mientras que los cerezos y ciruelos silvestres chorreaban en el agua en muchos puntos. La tarde noche era tranquila, perfecta, sin un soplo que agitase el lago, y el suave aspecto primaveral de montes y campos,

39 James Ellsworth De Kay fue un importante zoólogo estadounidense (aunque nacido en Portugal) del siglo XIX. *(N. de la T.)*

40 Versos extraídos de *Muiopotmos, or the Fate of the Butterflie* (Muiopotmos, o el destino de la mariposa), de Edmun Spenser, poeta inglés del siglo XVI más conocido por su poema épico *The Faerie Queene* (La reina de las hadas). *(N. de la T.)*

iluminados por su joven verdor, ha ido cubriendo las aguas. Las golondrinas sobrevolaban ajetreadas por encima de nosotros. Nos hemos cruzado con otras barcas, una de ellas llena de muchachas con coloridas cofias para el sol y a los remos, un muchacho mayor: una alegre estampa de ver pasar. Una vez en tierra, hemos recogido la singular flor del aro dragón, o nabo indio, como llama la gente de campo de aquí a la *Arisaema*, y también violetas y una rama de un cerezo silvestre.

Martes, 29 de mayo.

Entre todas las variedades de aves que revolotean y se cruzan en nuestro camino durante estos agradables meses, ninguna es un vecino más deseable que el chochín criollo. Llega pronto en la primavera y se marcha tarde en el otoño, y en cualquier momento de la temporada se muestra dispuesto a regalarnos sus cantos. Por la mañana, a mediodía o por la tarde, a la luz de la luna o bajo un cielo nublado, le sale siempre una tonada del corazón, pleno de alegría. Son criaturitas hermosas además, de colores bonitos y formas muy delicadas. Durante varios veranos, hemos tenido un nido por debajo de los aleros de un tejado bajo en saliente, a unos pocos metros de una ventana, y en más de una ocasión, nuestro amiguito, posado sobre una rama oscilante de la parra virgen, entonaba su piar más dulce, mientras la conversación puertas para dentro se acallaba para escucharlo. Hemos esperado ansiosos su regreso esta primavera, pero ha sido en vano. Si está en esta zona, ya no anida en el mismo lugar.

En cualquier caso, los chochines tienen muchos méritos, más allá de su belleza y su voz dulce. Son criaturitas entretenidas, alegres y muy leales, además. Los padres se prestan especial atención entre sí, y se muestran amables con sus familias, que son grandes, ya que crían dos nidadas durante el verano. Al contrario

que otras aves, no se deshacen de sus polluelos, sino que mantienen siempre un ojo sobre los primeros mientras se preparan para los más jóvenes. Tampoco los pollos se muestran impacientes por escapar y hacerse trotamundos. Permanecen juntos en pequeños grupos familiares toda la temporada, y en otoño se los suele ver así, ocho o diez ejemplares agrupados, alimentándose con las bayas de los espinos, por las que sienten gran predilección.

El chochín es asimismo un gran constructor. Parece pensar —al igual que aquella famosa condesa de antaño, Bess de Shrewsbury— que está condenado a anidar para toda la vida.[41] Con frecuencia, mientras su pareja está posada, el chochín construye varios nidos inútiles por pura gratificación personal, cantando mientras tanto todo el tiempo, y diciéndole a su compañera, más paciente quizá, qué pajas está recogiendo y dónde las encuentra. A veces, nada más llegar, si no está ya emparejado, construye su casa y luego, después, busca una esposa. Es una pena que no se queden con nosotros todo el invierno, estos agradables amiguitos nuestros, como sí hace el chochín común de Europa, que nunca migra y se pasa todo el año cantando. Es cierto que, entre la media docena de variedades que nos visitan, está el chochín hiemal, que permanece en algunas partes del estado mientras dura el frío, pero no lo vemos por aquí después de que hayan caído las nieves, y en el mejor de los casos, parece ser mucho menos musical que el ave estival. Nuestro chochín criollo común es mucho mejor cantante que el pájaro europeo, aunque vuela muy lejos, hacia el sur, en el invierno, y canta en español en México y en América del Sur. Es bastante destacable que este pájaro común, el chochín criollo, aunque atraviese todos los años el norte y el sur, sea des-

---

41 Bess de Hardwick, condesa de Shrewsbury, fue una noble inglesa del siglo XVI encargada de la construcción de varios edificios seminales de la era isabelina. *(N. de la T.)*

conocido en Louisiana, y aun sí el señor Audubon nos cuenta que ese es el caso.[42]

La mandrágora americana, o manzano de mayo, está en flor. Es sin duda una planta atractiva, ya que su flor blanca como la nieve no es distinta al nenúfar. Alguna gente se come sus frutos —lo hacen sobre todo los chiquillos—, aunque muchas personas los encuentran insípidos. Esta llamativa planta común crece junto a nuestras vallas y en muchos prados, y se dice que también habita, en una variedad distinta, en las tierras montañosas de Asia central. Da gusto trazar esos vínculos, unir países y razas tan distantes entre sí, como recordatorio de que la tierra es el hogar común de todos nosotros.

Jueves, 30 de mayo.

Las aguas manantiales fluyen todas rebosantes en esta estación. Algunas bajan en hilitos por las laderas, entre los bosques sombreados, y muchas más centellean a la luz del sol, en las praderas abiertas. Por suerte para nosotros, por aquí avanzan sin obstáculos. Nos olvidamos de valorar debidamente una bendición que se nos ha concedido tan espléndidamente, hasta que oímos noticias de otras tierras, dentro de las fronteras de nuestro propio país, en las que los viajeros sedientos y sus agotadas bestias consideran un golpe de buena fortuna encontrar un trago puro de agua al término de su dura jornada.

Decididamente, este es un condado de manantiales. Las aguas minerales, con importantes cualidades medicinales, se esparcen por un terreno de unos treinta kilómetros alrededor del lago. Hay

---

42 John James Audubon fue un ornitólogo estadounidense del siglo XIX que destacó por su labor de documentación de las aves de América, que además ilustraba en sus estudios. Asimismo, identificó diversas especies. *(N. de la T.)*

varios manantiales dentro de las lindes del propio pueblo, aunque tienen poca fuerza. Otros más alejados se utilizan desde hace mucho por sus propiedades medicinales, unas aguas de sabor repugnante y con un hedor intolerable a azufre, pero maravillosamente transparentes y frescas. Hay asimismo un manantial de agua salada a no mucha distancia del lago, que según dicen es el manantial salino más oriental en esta parte del territorio, a una distancia de unos ciento treinta kilómetros de las salinas de Onondaga.

Cierta parte de nuestras aguas son duras, salpicadas como están por la caliza, piedra que atraviesan en su camino hacia la superficie. Sin embargo, hay muchas más que poseen todas las buenas cualidades que el ama de casa más exigente podría desear para cocinar sus viandas, o para hacer relucir su ropa blanca. Cerca de las puertas de las granjas se ven caer con frecuencia estas aguas por una cañería de madera a un abrevadero, abierto en el tronco de un árbol: la más ruda de las fuentes. El mismo apaño se hace aquí y allá, a lo largo de toda la carretera, para beneficio de los viajeros y de sus bestias.

Da gusto toparse con aguas manantiales durante un paseo. Esta tarde, hemos tenido prácticamente todo el tiempo algunas a la vista. Hemos contado más de una docena de fuentes en apenas kilómetro y medio. Una de ellas llenaba una charca transparente y arenosa, al nivel del suelo herboso, cerca de la orilla del río; otra, en el interior del bosque, se encontraba en una pequeña cuenca rocosa, bordeada por hojas del año pasado; otra más caía en toda su dimensión por un acantilado oscuro, humedeciendo un amplio espacio de la roca que, en invierno, siempre queda cubierto por una lámina de escarcha. Había más de una entre las raíces de los árboles del bosque; y otras, en efecto, nos estuvieron haciendo compañía en todo momento por la carretera, con un agua transparente y borboteante que corría por las zanjas en los bordes del camino. Todas ellas guardan una belleza quieta que nunca deja de resultar placentera. Su pureza, su simpleza, transmiten una

gracia que reconforta el alma. Y quizá no exista entre las miles de voces de la tierra una que sea más humilde y dulce, más modesta, y aun así más alegre que la de las afables aguas manantiales que fluyen camino de llenar nuestro vaso de cada día.

Al permanecer junto a estas aguas manantiales libres que corren por el bosque humbrío, parece natural acordarse del piel roja. Recuerdos de su raza extinta se ciernen aquí en una forma más definida que en ningún otro sitio. Tenemos por seguro que, junto a toda fuente que exista en estas colinas, el valiente indio, de caza o camino de la guerra, debió haberse arrodillado miles y miles de veces para saciar su sed, y las criaturas salvajes, enemigos y compañeros suyos por igual, el puma de pelaje rubio, el torpe oso, el tímido ciervo y el lobo aullador, todos ellos habrán saltado estas aguas límpidas durante las variantes estaciones de épocas pasadas. Es más, es bastante posible que aún existan aguas manantiales en lugares remotos entre los montes de esta región que todavía el hombre blanco y sus rebaños no hayan probado, y en las que el salvaje y la bestia de presa fuesen los últimos que bebiesen. Y mientras nos presionan esas remembranzas, las titilantes sombras del bosque parecen asumir las formas de las criaturas salvajes que en tiempos tan recientes merodeaban por estos montes, y entonces nos vemos en parte convencidos de que la tímida corza o el artero puma están de nuevo aproximándose para beber de la fuente a nuestros pies: oímos el crujir de una rama seca, o el murmullo de las hojas, y es como si esperásemos de pronto ver al guerreo pintado, armado con flechas con puntas de sílex y un hacha de guerra de piedra, deslizándose por entre los árboles hacia nosotros. Fue solo ayer cuando estos seres poblaban el bosque, seres con la misma cantidad de vida que corre por nuestras venas, que bebían sus dosis diarias de agua de los manantiales que ahora llamamos nuestros. Solo ayer estaban aquí, y hoy nos cuesta hallar entre nosotros algún vestigio de su existencia.

Viernes, 31 de mayo.

Esta tarde ha caído una lluvia tormentosa. Todo está creciendo de maravilla. Las zarzas, muy comunes aquí, están echando sus flores por las orillas de los caminos y junto a las vallas. El espino moteado también está en flor; al ver sus racimos, con esa elegancia rústica, hay que admitir de inmediato sus credenciales como favorito entre los poetas: la flor tiene una forma sencillísima, y las coloridas cabezas de los estambres son delicadamente hermosas. Lleva varios días floreciendo, y muchos de los arbustos, o más bien árboles, están ahora en plena floración. En este clima montañoso florece tarde, aunque conserva su reputación como la flor de mayo; en las zonas rurales de Inglaterra, se dice que «mayo» es un nombre común que le dan al espino blanco.

Hemos paseado por los arbustos con esperanza de encontrar alguna rosa abierta, aunque nuestra búsqueda ha sido infructuosa. El año pasado, algunas de las tempranas se abrieron en mayo, pero esta temporada está más retrasada. Entre nosotros, las rosas a duras penas pertenecen a la primavera, y más bien hay que datar su apertura en nuestro verano; sin embargo, los arbustos no han estado nunca más repletos de capullos, y algunos de ellos empiezan a desvelar ya su color, aunque la gran mayoría siguen cerrados dentro de sus envolturas ribeteadas. Más adelante en esta estación, empezamos con las críticas: rechazamos la flor en su pleno estallido a favor del capullo medio abierto, pero ahora mismo estamos ansiosos por saciar nuestra mirada con una rosa, una rosa perfecta y auténtica, con toda su belleza abierta a la luz, todos sus pétalos sedosos desplegándose en una rica profusión en torno a su aromático corazón.

VERANO

Viernes, 1 de junio.

Un día precioso. Hemos dado un paseo agradable. El campo entero está verde en estos momentos, más que en cualquier otro periodo del año. La tierra luce enteramente decorada por un delicado verdor de tonalidades varias: los árboles frutales se han desprendido de sus flores, y los vergeles y huertas están verdes; el bosque ha sacado a relucir su follaje fresco, las praderas siguen sin estar coloreadas por las flores y los jóvenes cultivos de cereal aún se muestran herbosos. Este matiz verde fresco del campo es muy encantador, y entre nosotros resulta muy fugaz, ya que pronto cede el paso a la coloración más cálida del pleno verano.

Los ampelis americanos han estado molestando mucho entre los brotes de los frutos, y siguen acechando las huertas. Dado que siempre se desplazan en bandadas, salvo por un periodo muy breve en el que están ocupados con sus polluelos, dejan su marca en todos los árboles que atacan, ya sea en los frutos o en las flores. Los vimos la semana pasada esparciendo los pétalos como una lluvia, para llegar al corazón de la flor, cosa que, por supuesto, destruye los frutos jóvenes. De ese modo, se convierten casi en sus propios enemigos, ya que no hay un ave más aficionada a comer frutos que ellos mismos; llegan a ser incluso engullidores voraces cuando se topan con alguna baya de su gusto, sacrificándose a sí mismos de hecho, a veces, por la cantidad que ingieren.

Existen dos variedades de este pájaro estrechamente ligadas entre sí, muy similares en su apariencia general y en su carácter: una procede del norte más septentrional, mientras que la otra se encuentra en los trópicos. No obstante, ambas encuentran un terreno común en las regiones templadas de este territorio nuestro.

La variedad más grande, el ampelis europeo, es un pájaro muy conocido en Europa, claro, aunque tan irregular en sus vuelos que, antiguamente, sus visitas se consideraban entre los pueblos supersticiosos como señales de alguna calamidad pública. Hasta hace poco, se suponía que esta ave era desconocida en el continente occidental, pero una observación más cercana ha demostrado que también se encuentra aquí, en nuestro propio estado, donde se dice que va en aumento. En general, guarda una fuerte semejanza con el ampelis americano, pese a ser sin duda más grande y tener marcas distintas en algunos puntos. Se supone que cría muy al norte, en territorios árticos. Ambos pájaros tienen cresta, y los dos cuentan con un apéndice en las alas, unas puntitas rojas como de cera en la extremidad de las plumas secundarias de las alas, que varían en número y no se encuentran en todos los ejemplares, pero son bastante peculiares de por sí. Los hábitos de las dos variedades resultan similares en muchos aspectos: ambas comen bayas, son muy gregarias en sus costumbres y se muestran especialmente afectuosas en su disposición mutua. Se agrupan lo más cerca unos de otros que pueden, y a menudo se ve a media docena pegados en la misma rama, acariciándose entre ellos, e incluso dándose de comer unos a otros por pura amistad. En el Viejo Mundo se los ha llamado charlatanes, pero en realidad son aves muy silenciosas, aunque se muestren ajetreadas y activas, cosa que quizá llevase a la gente a imaginar que eran criaturas que también hablaban mucho.

El ampelis europeo es bastante raro, incluso en Europa, y aun así se cree que una pequeña bandada estuvo por nuestra región esta primavera. En dos ocasiones distintas, nos percatamos de lo que parecían ser unos ampelis europeos muy grandes, pero sin la línea blanca en torno al ojo, y sí con una línea blanca en las alas. No obstante, las dos veces se encontraban en un matorral, y dado que no teníamos la libertad de quedarnos a observarlos, eso no bastó para aseverar positivamente que se tratase de ampelis europeos. Los ornitólogos entendidos, teniendo un pájaro en la

mano, han cometido a veces grandes errores en asuntos así y, por supuesto, la gente no instruida debería ser muy modesta a la hora de expresar una opinión, sobre todo cuando, en vez de tener un pájaro en la mano, solo ha podido avistar dos en un arbusto. Con respecto al ampelis americano, todo el mundo los conoce; son lo bastante comunes en el país entero, y también abundan en México. Se venden en los mercados de nuestras grandes ciudades, en otoño y primavera, por dos o tres céntimos el ejemplar.

Sábado, 2 de junio.

Mañana nublada seguida de una tarde encantadora. Hemos dado un paseo largo. Hemos ido por un camino secundario que nos llevaba por los montes hasta un lugar salvaje, donde, en una distancia de entre tres y cinco kilómetros, solo hay una casa habitada, y se encuentra a la orilla de una ciénaga sombría de la que ha quedado apartado el bosque, mientras que dos o tres cabañas de madera abandonadas junto al camino no hacen más que aumentar la desolación del lugar. No obstante, hemos disfrutado el paseo con más razón, dado su carácter salvaje y rudo, tan distinto de nuestras caminatas cotidianas. Hemos pasado junto a varios manantiales preciosos en los bordes de arboledas sin vallar, y hemos visto algunas aves interesantes. Un hermoso pico dorado, o carpintero escapulario, un bonito pibí oriental y una pequeña y muy delicada reinita estriada, muy rara esta última y totalmente confinada al bosque; estaba saltando muy ociosa entre las ramas florecidas de un cerezo silvestre, y tuvimos una oportunidad excelente de observarla, ya que en ese lugar salvaje no estaba atenta a enemigos humanos, así que nos acercamos, sin ser vistos, y nos colocamos detrás de un arbusto. Estas tres aves son todas características de nuestra parte del mundo.

Las toscas verjas que rodeaban algunos cultivos en estas nuevas tierras estaban preciosamente bordeadas por la violeta cana-

diense, blanca y lila; las rendijas y huecos de varios tocones viejos también lucían decorados con estas flores. No es tan frecuente ver toda esa cantidad junta.

Encima de una de esas violetas encontramos una preciosa araña de colores, de esas que habitan en las flores y a las que deben su coloración, aunque esta era inusualmente grande. Tenía el cuerpo del tamaño de un guisante bien cultivado, de un vivo color amarillo limón; las patas eran también amarillas, y en conjunto era una de las arañas de color más llamativo que hemos visto en mucho tiempo. Arañas de color escarlata o rojo, aún más grandes, las hay no obstante cerca de Nueva York. De todos modos, en su aspecto más vistoso, estas criaturas resultan repulsivas. Cuando recordamos que las arañas sirven en realidad de mascotas a hombres aislados de mejores compañías, terminamos haciéndonos una idea espeluznante de la sombría soledad de una prisión. Se trata de un insecto muy común entre nosotros, y, por ese motivo, más molesto que ningún otro de los que encontramos por aquí. Algunas de ellas, con cuerpos grandes y negros, adquieren un tamaño formidable, y frecuentan sótanos, graneros e iglesias, e incluso aparecen ocasionalmente en habitaciones habitadas. Existe una araña negra de este tipo, con un cuerpo que, según dicen, alcanza los dos centímetros y medio de longitud y unas patas que duplican ese tamaño, que se encontró en el palacio de Hampton Court en Inglaterra, lugar que, cabe recordar, pertenecía al cardenal Wolsey, por lo que a estas grandes criaturas se las llama allí «cardenales», pues algunas personas las consideran características de ese edificio. Una araña enorme, por cierto, con su intrincada tela y sus trampas, no sería mal emblema para un cortesano y diplomático con el sello del cardenal Wolsey, quien, sin lugar a dudas, se logró «agarrar con las manos y estar en palacios de reyes».[43]

---

43 Wolsey fue un arzobispo y cardenal inglés de finales del siglo xv y principios

A poca gente le gustan las arañas. Desde luego, estos insectos han de tener sus méritos y utilidades, dado que ninguna de las criaturas de Dios se hizo en vano. A todas las cosas vivas se les concedieron instintos más o menos admirables. Sin embargo, los modos conspiradores e insidiosos de la araña, y esa especie de expresión malvada que muestra, hace que no guste como vecina cercana. En una batalla entre una araña y una mosca, uno siempre se pone del lado de la mosca, y aun así, entre las dos, la última es sin duda el insecto más molesto para el hombre. No obstante, la mosca es sincera y libre en todos sus quehaceres; busca su alimento abiertamente y se procura sus pasatiempos a las claras. Los recelos hacia otras criaturas o los planes encubiertos contra ellas le son desconocidos, y hay algo casi confiado en el modo en el que vuela en torno al hombre, cuando un simple golpe de mano puede destruirla. La araña, por el contrario, vive a base de trampas y conspiraciones; es al mismo tiempo muy intrigante y muy recelosa, cobarde y valiente a la vez. Siempre se mueve sigilosamente, como si estuviese entre enemigos, y se retira ante la aparición del mínimo peligro, solitaria y taciturna, sin guardar comunión ninguna con sus prójimos. La apariencia en conjunto de la araña se corresponde con su carácter, así que no sorprende, por tanto, que mientras que la mosca es más traviesa con nosotros que la araña, aún miremos a la primera con mejores ojos que a la segunda, pues es un impulso natural para el corazón humano preferir a quien es abierto y confiado que a quien se muestra artero y receloso, incluso en la creación más zafia. El mismo hombre astuto e intrigante, a veces, sentirá respeto y consideración por el ingenuo

---

del XVI que llegó a tener gran influencia política en la época como capellán de Enrique VIII, hasta convertirse en consejero del rey.

La cita entrecomillada del final está sacada de Proverbios 30:28, versículo referido a una araña (aunque en algunas versiones es un lagarto). *(N. de la T.)*

y generoso que se le acerque, desmintiendo así su corazón los actos de su vida, por decirlo de algún modo.

Muy curiosamente, hace dos o tres siglos, cuando la gente llegó a este continente del Viejo Mundo en busca de oro, ¡se consideraba una señal de éxito encontrarse arañas! Resultaría complicado determinar por qué atesoraban esa leyenda, pero de acuerdo con Hakluyt, él mismo del Viejo Mundo, cuando Martin Frobisher y su partida bajaron a tierra en la isla de Cumberland en busca de oro, sus expectativas se vieron muy alentadas al encontrar allí un montón de arañas «que, como muchos aseguran, son signo de grandes reservas de oro».[44]

Imaginaban también que los manantiales abundaban cerca de los minerales, así que en este condado podríamos, si quisiéramos, albergar grandes esperanzas de hallar una mina.

Lunes, 4 de junio.

Ayer y hoy han sido días muy calurosos. El termómetro marcaba veintiocho grados a la sombra a mediodía. Hemos dado un paseo a última hora de la tarde. Los maizales están ahora engalanados con espantapájaros y es divertido ver los diferentes artilugios empleados a tal fin. Los fragmentos de hojalata colgados de palos verticales están muy extendidos; las líneas de cordeles blancos atravesando el campo de cultivo a intervalos, cerca del suelo, también se usan mucho, y dicen que los cuervos se muestran especialmente tímidos ante esa suerte de red; otros cultivos están custodiados

---

44 Richard Hakluyt vivió entre 1552 y 1616 en Inglaterra, donde adquirió fama como escritor e historiador centrado en las historias de los colonos ingleses que llegaron a Norteamérica. Entre otras, registró las peripecias de Martin Frobisher, un marinero inglés del siglo XVI que viajó al Ártico en tres ocasiones en busca del paso del Noroeste; en sus expediciones creyó encontrar oro, pero al cabo del tiempo se descubrió que era pirita. *(N. de la T.)*

por una serie de molinetes. Hemos pasado por un campo enorme que, evidentemente, pertenecía a un hombre de grandes recursos en lo que a remiendos se refiere, y es que, entre una serie de artilugios distintos, no había dos iguales: en un sitio, a tamaño natural, se alzaba el típico hombre de paja, en otro había una olla de hojalata sobre un poste, también una sábana agitándose en toda su extensión bajo la brisa, allí un sombrero de paja puesto en un palo, y un mayal antiguo, y en una esquina un caldero de hojalata roto brillaba al sol, y en ángulo recto a él, ¡una pandereta! Haría falta ser un cuervo muy atrevido para aventurarse a asaltar un campo así.[45] Resulta extraño lo pronto que estas criaturas descubren dónde se ha plantado el maíz. En esta época, transcurren dos o tres semanas en las que se muestran muy conflictivos, hasta que el maíz ha sobrepasado su estado de semilla y ha echado raíces. No parecen atacar mucho otros cereales o, al menos, no se ven espantapájaros en otros campos de cultivo.

Las tamias, o ardillas listadas, también son muy dañinas para los maizales; y el arrendajo azul sigue el mismo mal ejemplo en ocasiones. En otoño, los tiranos, como añadido a los demás, atacan asimismo el cereal maduro, por lo que el maíz tiene muchos enemigos.

Esta tarde ha pasado por el pueblo una lluvia tormentosa, y en el transcurso de una hora el termómetro ha caído casi diez grados.

Martes, 5 de junio.

Un día encantador, despejado. El aire fresco del oeste susurra entre las hojas nuevas. Hemos dado un paseo por los bosques. Las flores se están abriendo por todas partes. La flor que llaman betó-

45 Este campo dio unas doscientas treinta fanegas de maíz por hectárea el otoño siguiente.

nica de madera, con sus cabezas amarillas, monta su espectáculo en esta época; son más numerosas de lo usual, y por eso resultan bastante decorativas.

Las diferentes variedades de sello de Salomón —plantas todas elegantes— están ahora en flor. El sabio rey de Israel debió de poner su estampa en muchas raíces de estos bosques del oeste, ya que las flores de esta tribu son muy numerosas aquí, sobre todo el falso nardo, el delicado sello de Salomón de dos hojas, o falso lirio de los valles, y la *Clintonia*, con flores amarillas similares a los lirios y grandes bayas azules. La copetuda *Convallaria bifolia*, o falso lirio de los valles, es una de nuestras plantas de bosque más comunes, muy similar a la europea, aunque con cabezuelas más grandes. Se muestra especialmente lenta en el desarrollo del fruto. El ramillete de bayas se forma a principios de junio, pero necesita todo el verano para madurar; al principio, son verdes y opacas, como la cera, luego en julio quedan salpicadas de motas rojas, y en agosto las motas se esparcen y la baya entera adquiere un color rojo. Más tarde aún, en septiembre, muestra un precioso color rubí y es casi transparente. En esas condiciones, las hemos visto incluso ya a principios de diciembre. El falso nardo pasa por el mismo proceso prácticamente, aunque su fruto termina con más frecuencia destrozado, y el nombre de falso lirio queda limitado aquí a la planta de dos hojas, más pequeña. Pese a que el precioso lirio de los valles, esa encantadora plantita de las huertas, crece silvestre en la cordillera sur de los Allegheny, no se encuentra entre las plantas de estas crestas meridionales de la cadena.

Hemos estado paseando por una preciosa arboleda que solo han talado y desbrozado parcialmente, dejando así muchos árboles exquisitos en pie, mezclados con los tocones de ejemplares hace mucho tiempo caídos. Las raíces cubiertas de musgo de estos viejos tocones en descomposición son lugares predilectos de las flores tempranas. Pueden verse a menudo los restos de algún viejo roble, o de un pino o un castaño, rodeados por una preciosa linde de este

tipo: musgos y flores mezclados juntos de un modo tal que sería imposible de igualar por el arte. Durante muchas primaveras seguidas, hemos tenido la costumbre de observar las flores abriéndose sobre esos montículos cubiertos de musgo. Como es habitual, ahora están delicadamente salpicados de capullos, ya que el suelo es de lo más rico en esos puntos. Nos hemos entretenido contando los diferentes tipos de flores que crecen en varias de esas lomitas. En una de ellas, encontramos quince plantas distintas, sin contar las hierbas, en un círculo estrecho en torno a las raíces infladas de unos dos o dos metros y medio de anchura. Alrededor de otro, identificamos dieciocho variedades. En otro, había veintidós. Y en un cuarto vimos veintiséis tipos. La base normalmente se compone de musgos de tres o cuatro variedades y tonalidades distintas, todos preciosos, y mezclados con ellos están las hojas plateadas de las perlas nacaradas. Crecen también ahí violetas, azules, blancas y amarillas, con rosadas alas alegres, tiarelas, mitras de obispo, o *Mitellas*, cornejos rastreros, flores de estrella, fresas, falsas violetas, falsos lirios de los valles, bayas perdiz, gaulterias, pipsissewas, peralitos, frailes, flores de mayo, falsos naranjos, margaritas estrelladas de varios tipos, quizá coptis, o hilos de oro, y tres o cuatro helechos.[46] Tales son las plantas que suelen encontrarse en estos trozos de tierra silvestres y floridos, en torno a los tocones viejos, en bosques semitalados. Por supuesto, no todas florecen a la vez, pero hacia la plenitud de la primavera, a veces se encuentra casi media docena de tipos distintos en flor en el mismo momento. Se trata de plantas nativas todas, que se reúnen, como movidas por el afecto, en torno a las raíces de los árboles caídos del bosque.

---

46 Alas alegres o *Polygala paucifolia*; tiarela o *Tiarella cordifolia*; mitra de obispo o *Mitella diphylla*; flor de estrella o *Trientalis americana*; falso lirio de los valles o *Convallaria bifolia*; baya perdiz o *Mitchella repens*; gaulteria o *Gaultheria*; falsa violeta o *Dalibarda*.

Miércoles, 6 de junio.

Ha hecho fresco esta mañana. La gente friolera ha encendido las chimeneas de los salones. El año pasado, tuvimos fresas el 6 de junio, pero esta temporada va más retrasada. Buen tiempo para pasear hoy.

Una parte gratificante de la elegancia de mayo, en los climas templados, es que pocas de las malas hierbas más rudas se dejan ver durante ese mes o, más bien, que no muestran tan prontamente su verdadero carácter. Desde luego, son muy problemáticas para los jardineros desde el principio, pero luego no se imponen a la atención general. La estación avanza con mucha rapidez, no obstante, y dichas plantas rudas ya están empezando a mostrarse en las formas con las que las conocemos. La bardana y la ortiga, y también el cardo, etcétera, crecen muy profusamente bajo las vallas, y en lugares baldíos; la pamplina de canario y la verdolaga, etcétera, brotan en los caminos y parterres tan libres y atrevidas que es la principal tarea del mes hacerle la guerra a su tribu.

Resulta destacable que estas fastidiosas plantas hayan llegado por lo general todas del Viejo Mundo. No son de aquí, sino que, siguiendo los pasos del hombre blanco, cruzaron el océano junto a él. Una gran parte de las malas hierbas más comunes en nuestros campos de cultivo y huertas, y en torno a nuestros edificios, son extrañas para estas tierras. Será fácil nombrar unas cuantas, como por ejemplo, el lampazo y la bardana, que se encuentran alrededor de cualquier granero y cobertizo; los llantenes y malvas comunes, hierbas normales en los caminos; la cineraria, la verdolaga, la centinodia, el pie de ganso, la bolsa del pastor y el cenizo, tan fastidiosos en las huertas; la pamplina de canario, que crece por todas partes; la pimpinela escarlata, la celidonia y el escleranto; la hierba pejiguera y la camomila; las ortigas comunes y la cardencha; el lino silvestre, la viniebla ensortijada, la bardana menor, la centidonia; todos los verbascos; los cardos más pestilentes, tanto el cardo bo-

rriquero como el que erróneamente se conoce como cardo blanco; la cerraja; el bromo, la neguilla, las alverjas, la buglosa, o viborera, y el mijo de sal en los cultivos de cereal; la cizaña, la milenrama, la chirivía, la margarita mayor, el ajo de oso, el botón de oro, y la hierba de San Juan de las praderas; los solanos, el tupinambo, el rábano silvestre, la mostaza de campo o silvestre, la cicuta, el beleño negro... Sí, e incluso el diente de león,[47] una planta que pisoteamos a cada tanto. Se podrían añadir otras a la lista que le eran por completo desconocidas al piel roja, ya que las introdujo la raza europea y ahora nos ahogan por todas partes, creando la enorme aglomeración de malas hierbas extranjeras. Algunas atravesaron grandes distancias y, de hecho, dieron la vuelta al mundo. La bolsa del pastor, entre otras, es común en China, en la costa más oriental de Asia. Hay un tipo de malva que pertenece a las Indias Orientales; otro, a la costa del Mediterráneo. El estramonio, o *Datura*, es una planta abisinia, mientras que la *Nicandra* llegó desde Perú. Se supone que el amaranto o bledo, tan comunes por aquí, también son especies introducidas, aunque posiblemente desde partes de más al sur, dentro del propio país.

También existen unas pocas plantas americanas que se han llevado a Europa, y allí se han naturalizado, aunque la cantidad es muy pequeña. La onagra común, y el algodoncillo, entre otras, se han sembrado en algunas partes del Viejo Mundo, transportadas, sin duda, junto al tabaco, al maíz y a la patata, que ahora están tan ampliamente extendidos por el continente oriental, hasta el corazón mismo de Asia. Pero incluso en casa, en nuestra propia tierra, la cantidad de malas hierbas nativas es pequeña en comparación con la multitud traída del Viejo Mundo. El pepinillo amargo, una planta muy fastidiosa, la gran correhuela blanca, el cabello de capuchino, la acederilla, la hierba carmín, el algodoncillo, y uno o dos

47 Dr. Torrey.

llantenes y cardos, de las variedades más raras, están entre las más importantes de aquellas cuyos orígenes claramente corresponden a este continente. Resulta asimismo singular que entre las tribus que son de una naturaleza dividida, con algunas plantas nativas y otras introducidas, estas últimas sean por lo general las más numerosas; por ejemplo, las pamplinas de canario y los llantenes y cardos nativos son menos comunes por aquí que las variedades europeas.

Tenemos otras plantas naturalizadas frecuentes en lugares descuidados, como cerca de granjas o en los bordes de los caminos, que ya se han hecho tan comunes como las malas hierbas del campo; las hierbas y plantas medicinales, usadas durante años por las mujeres de la casa en Inglaterra y Holanda, llegaron aquí muy pronto, y por lo general se han naturalizado todas —la hierba gatera, la hierbabuena, el marrubio, el tanaceto, la melisa, la consuelda, la énula, etcétera—, echaron raíces de inmediato, y se extendieron por todas partes en las que se las permitía crecer. Resulta sorprendente lo pronto que se establecen con firmeza en un nuevo asentamiento. Es frecuente verlas en este nuevo condado, apartadas de cualquier residencia. A veces, se las encuentra a casi kilómetro y medio de una huerta o una casa. Las semillas de las plantas naturalizadas parecen, en muchos casos, haber cruzado el lago flotando por encima del agua, pues hemos encontrado la hierbabuena y la hierba gatera europeas creciendo junto a la genciana azul, en las riberas mismas, donde los bosques se extienden en todas direcciones durante cierta distancia.

El término «mala hierba» varía de sentido según muchas circunstancias, y lo aplicamos en ocasiones incluso a la preciosa flor o a la hierba sin utilidad. Una planta puede ser una mala hierba por resultar nociva, o fétida, o desagradable, o molesta, pero a decir verdad se hace raro que todas esas fallas se den juntas en un solo individuo de la raza vegetal. A menudo, las variedades poco agraciadas o fétidas, o incluso las plantas venenosas, son útiles o quizá resulten interesantes por alguna peculiaridad. Por otro lado

además, hay muchas otras, molestas por su gran número, que tienen unas flores agradables si se las mira una a una. En líneas generales, no es tanto un defecto natural lo que señala la mala hierba como un cierto carácter impertinente o intrusivo presente en esas plantas, una carencia de modestia, el hábito de ir metiéndose en tierras en las que no se las necesita, de enraizar en un suelo destinado a cosas mejores, a plantas más útiles, más aromáticas o más bonitas. Así pues, la neguilla tiene una flor exquisita, no muy distinta a la del clavel lanudo de las huertas, pero sin embargo florece entre el preciado trigo, ocupando el lugar del cereal, y por eso se la considera mala hierba; la flor del cardo en sí es muy bonita, aunque resulta inútil, y crece en multitudes junto a los caminos hasta que nos cansa verla y todo el mundo le planta batalla. La hierba de san Juan, por su parte, pese a tener una flor amarilla hermosa y guardar utilidad como planta medicinal, es dañina para el ganado; aun así, se muestra tan obstinada y tenaz en ocupar un lugar entre el verdor que se la puede encontrar en todas las praderas, y la combatimos como mala hierba.

Estas plantas nocivas nos han llegado sin nosotros solicitarlas, con los cereales y hierbas del Viejo Mundo, el bien junto al mal, como siempre ocurre en este mundo de constantes pruebas: el trigo y la cizaña, de la mano. Las plantas útiles son una bendición múltiple para la labor del hombre, pero la mala hierba también está ahí, acompañando siempre sus pasos, para enseñarle una lección de humildad. Ciertas plantas de esta naturaleza —el lampazo, el cardo, la ortiga, etcétera— son conocidas por adherirse más especialmente al camino del hombre. En terrenos y climas de lo más diversos, siguen creciendo a su puerta. Solo el cuidado paciente y el trabajo duro pueden mantener el mal a raya, y no queda claro si está al alcance de los recursos del hombre eliminar enteramente de la faz de la Tierra una sola planta de esta peculiar naturaleza, mucho menos, todas sus variedades. ¿Acaso alguna ha quedado por completo destruida, ni siquiera entre los tipos

más nocivos? La agricultura, con todo el orgullo y el poder de la ciencia ahora a sus órdenes, aparentemente ha logrado poco en este sentido. Cuentan que Egipto y China son países en los que las malas hierbas más bien escasean, en comparación; ambas regiones muestran desde hace mucho tiempo un estado avanzado de terrenos cultivados, repletas como están hasta sus topes por una población hambrienta que no descuida ni media hectárea de su suelo, y aun así en esas tierras también, incluso en las riberas mismas del Nilo, donde se sucede una cosecha tras otra sin intervalo alguno a lo largo del año entero, sin dejar tiempo a que las malas hierbas se extiendan; pues incluso ahí, estas nocivas plantas no son seres desconocidos, y en cuanto se abandona la tierra, tan solo una temporada, regresan con vigor renovado.

En este nuevo territorio, con una tierra fresca y una población más reducida, no solo tenemos innumerables malas hierbas, sino que se observa además que el escaramujo y la zarza parecen adquirir una fortaleza doble en las zonas habitadas por el hombre. Nos las encontramos en el bosque primitivo, aquí y allá, pero bordean nuestros caminos y vallas, y los bosques no han acabado de talarse para preparar los campos para el cultivo cuando ya empiezan ellas a crecer profusamente: el primer producto natural de ese suelo. Sin embargo, en este mundo de clemencia, aquel a quien acaban de maldecir recibe una gentil compensación a modo de bendición. Muchos frutos agradecidos, y algunas de nuestras flores más encantadoras, crecen entre los espinos y escaramujos, y su fragancia y su excelencia recuerdan al hombre las dulzuras y los esfuerzos de su tarea. La rosa mosqueta, más especialmente, con su sencilla flor y su deliciosa fragancia, desconocida en la naturaleza, pero cada vez más extendida gracias a la mano del labrador, parecería, por encima de todas las demás, la flor del agricultor.

Jueves, 7 de junio.

Anoche hubo alerta de helada, y la gente precavida cubrió sus delicadas plantas, pero no se ha producido ningún daño. Ocurre con frecuencia que, a finales de mayo o principios de junio, vivimos un regreso del frío durante uno o dos días, con alertas de heladas en momentos muy críticos, cuando todos nuestros tesoros están expuestos; algunas temporadas, las huertas y cultivos sufren consecuencias dañinas, pero a menudo la alerta pasa sin más y nos libramos de los males. Raras veces ocurre, ni siquiera después de heladas fuertes fuera de temporada, que la desgracia sea la mitad de grave de lo que la gente supone en un principio; las cosas por lo general resultan terminar mejor de lo que se teme, las plantas reviven y dan una parte de sus frutos, cuando no una cosecha completa. Por suerte, este año no ha ocurrido nada de ese tipo: el regreso del frío ha llegado temprano, antes de que la vegetación estuviese lo suficientemente avanzada como para verse dañada. Hoy, el aire es muy agradable y veraniego.

Hemos dado un paseo por Hannah's Height y hemos recogido azaleas en abundancia. Ahora mismo están en toda su plenitud, muy bonitas. No obstante, sabemos que florecen tres semanas más temprano. Nuestros ancestros holandeses le daban a estas flores el nombre de *Pinxter blumejies*, por estar normalmente en flor en torno a Pentecostés.[48] Bajo esa denominación aparecían todos los años en la gran festividad de los negros, celebrada en los antiguos tiempos coloniales en Albany y Nueva Ámsterdam. A los negros se les daba plena libertad para festejar durante varios días en la semana de Pentecostés, y solían celebrar una feria, con puestos que adornaban sí o sí con la *Pinxter blumejies*. Las flores de las

48 En idioma holandés, la palabra para Pentecostés es *Pinksterem*, de donde se deriva este *Pinxter*. *(N. de la T.)*

azaleas son muy abundantes este año, y sus ramilletes de intenso color rosa parecen iluminar los sombreados bosques.

Tuvimos buena suerte, pues encontramos además un grupito de zapatillas de dama en flor; con frecuencia, la temporada pasa sin que veamos ninguna, pero esta tarde hemos reunido no menos de dieciocho de las moradas, la que los botánicos llaman *Cypripedium acaule.* La variedad pequeña y amarilla, la grande y amarilla, y el zapatilla de Venus también crecen por aquí, pero cada vez son más raras.

Viernes, 8 de junio.

Mañana lluviosa. Parece que ayer nos perdimos una bella estampa: cerca del alba estaba neblinoso y una bandada enorme de palomas silvestres sobrevoló el valle, pero la niebla las desconcertó y terminaron posándose en el corazón del pueblo, cosa que nunca se ha sabido que hayan hecho antes. Los árboles del patio de la iglesia, los de nuestras tierras y los de otras huertas quedaron cubiertos todos por ellas. Por desgracia, nadie de nuestra casa fue consciente de su visita en el momento. A esa hora tan temprana, el pueblo entero estaba en calma, y solo unas pocas personas las vieron. No sufrieron ninguna molestia, y se quedaron cierto tiempo, revoloteando entre los árboles o posadas en ellos, en grandes grupos. Cuando la neblina se levantó, ellas hicieron lo propio en su vuelo. ¡Qué pena habernos perdido algo tan inusual!

Sábado, 9 de junio.

Un día encantador. Hemos dado un agradable paseo en barca por el lago, que con este clima cálido tiene un aspecto de lo más tentador. Las vistas son siempre para deleitarse: montes y bosques, granjas y arboledas bordeando una preciosa masa de agua.

No cabe duda de que no existe ningún elemento de la naturaleza entre todos los que conforman un paisaje que despierte nuestro afecto tanto como lo hace el agua. Se trata de una parte esencial de cualquier panorama, totalmente distinta en carácter. Las montañas conforman una pieza más impresionante e imponente, y le dan a todo territorio un tinte de majestuosidad que no tendría sin ellas. Pero ni siquiera las montañas, con todos sus sublimes privilegios, logran satisfacer del todo la mente si se ven desprovistas de torrentes, cascadas o lagos; mientras que, por otro lado, cuando solo hay un arroyuelo tranquilo que fluye por una pradera en un lugar conocido, la mirada se desviará a menudo, inconscientemente, en esa dirección y se detendrá interesada sobre la humilde corriente de agua. Cabe destacar, además, que las aguas por sí solas son capaces del más alto nivel de belleza, sin ayuda de ningún elemento ajeno que aumente su dignidad. Basta darles un flujo pleno, dejarlas extenderse en toda su dimensión, permitir que avancen hacia mares infinitos, envolviendo la tierra en su abrazo, con la mitad de los cielos como cubierta, y seguramente no necesiten coger nada prestado de la montaña ni del bosque.

Incluso cuando se tiene solo una vista limitada del agua, existe en ella un flujo de vida, una incesante variedad, que se convierte en una fuente perpetua de deleite. Cada hora que pasa arroja sobre el semblante transparente del lago, o del río, un cierto matiz fresco de color, genera un nuevo juego de expresiones bajo las influencias cambiantes del sol, los vientos, las nubes, y todos caemos en el engaño de creer que las aguas saben algo sobre las penas y alegrías de nuestros corazones. Nos dirigimos a ellas con algo más que admiración, con la parcialidad con la que miramos a un amigo a la cara. Por la mañana quizá, contemplamos las olas cargadas con el salvaje poder de la tormenta, oscuras y amenazantes, y el sol de la tarde de ese mismo día cubre la masa de agua arrullada en un descanso, reflejando calmada las inteligentes labores del hombre y los sublimes trabajos del Todopoderoso, como en un reposo consciente.

Nuestro propio lago de tierras altas no puede reclamar para sí grandeza ninguna: su extensión no es amplia y las montañas de alrededor no pueden presumir de alcanzar una gran altura, y aun así, existe una armonía entre las distintas partes de la panorámica que le da un gran mérito, y que despierta siempre sin remedio un sentimiento vivo de placer. Estos montes son un encantador emplazamiento para que un lago se ubique a sus pies, ni demasiado elevados para empequeñecer la manta de agua, ni tan bajos como para resultar monótonos u ordinarios. Tienen árboles en abundancia en sus prominentes crestas para dar encanto al paisaje boscoso, y suficientes tierras de labranza como para añadir el variado interés del cultivo. El lago, con sus aguas claras y plácidas, reposa con elegancia bajo las montañas, fluyendo hacia una pequeña y tranquila bahía a un lado, y al otro bordeando un espacio boscoso, de manera que llena la amplia cuenca sin que ni media hectárea de ciénaga o lodazal invada sus riberas.

Y también el pueblo, con sus edificios y huertas, que cubre el nivel de la orilla en el lado sur, tiene una ubicación encantadora, con la extensión de las aguas por delante y una cadena montañosa a cada lado —una cubierta casi por completo de árboles y la otra labrada en parte—, mientras que más allá el telón de fondo varía entre cumbres más o menos cercanas. La pequeña población, pese a ser un elemento importante del panorama, no obstruye en nada, sino que guarda una buena proporción con respecto a los elementos circundantes. Su aspecto es alegre y floreciente, aunque rural y nada ambicioso, sin imitar en absoluto el bullicio y la agitación de las ciudades. Y, desde luego, se pueden recorrer muchos kilómetros sin hallar un pueblo de ubicación más bonita junto al agua.

Una serie de edificios siempre queda bien alzándose a la vera del agua: cuando la llanura líquida, en su juego móvil de expresiones, y los enormes montones edificados, con esa intrincada mezcla de perfiles que conforma la perspectiva de un municipio, llegan de manera natural a los ojos de cualquiera, crean un con-

traste admirable, y la mente se deleita inconscientemente en los caracteres opuestos de esos elementos dominantes en la escena, que resaltan el uno la belleza del otro, al tiempo que la mitigan.

Lunes, 11 de junio.

Un día caluroso, con una luz del sol suave y difusa. Este tipo de atmósfera le va siempre bien a un lugar montañoso, ya que desdibuja de un modo precioso las distancias, desde la loma boscosa más cercana hasta las alturas más apartadas. Hemos dado un paseo hasta los acantilados y las vistas eran hermosísimas. El bosque está pleno de belleza, con un rico follaje que aún no ha perdido nada de su frescura primaveral. Las tuyas orientales todavía están claramente marcadas por sus tonos verdes más claros y más oscuros derivados de los distintos crecimientos a lo largo de los años. Las piñas viejas cuelgan en los pinos, y muchas se quedan en los árboles todo el verano. Había muy pocas flores en el bosque por el que estuvimos de paseo, aunque no sé por qué sería; se trataba de un bosque compuesto por castaños y hayas exquisitos, de crecimiento primitivo, mezclados, como es usual, con árboles de hoja perenne. Los vástagos de los bosques están brotando por todas partes, ocupando el lugar de las violetas, ahora en deterioro. En algunas de las pequeñas hayas y álamos temblones, que han crecido durante una o dos temporadas, hemos visto las hojas nuevas coloreadas de un rosa suave, o con algún tono de rojo, cosa notable en árboles que no muestran traza alguna de esa coloración en otros momentos; incluso en otoño, el tinte más llamativo que lucen es el amarillo normalmente.

Las luciérnagas están brillando esta noche por las huertas del pueblo: son las primeras que vemos este año.

Martes, 12 de junio.

Ha hecho un buen día. Las rosas se están abriendo en todo su esplendor, con una quincena de retraso con respecto al año pasado. Esta mañana, nos hemos deleitado al encontrar unas pocas rosas alpinas en plena flor. Llegada la noche, se habrán abierto otras, y mañana lo harán muchas más, y dentro de unos cuantos días, las huertas del pueblo estarán repletas de miles de estas nobles flores.

¡Con qué derroche se esparcen las flores sobre la faz de la Tierra! Es una de las obras más perfectas y deliciosas de la Creación, y pese a eso, no existe otra forma de belleza tan común. Abundan en diferentes climas, en suelos variados, y no unas pocas por aquí para animar a los tristes y otras por allá para recompensar a los bondadosos, sino innumerables en su multitud, infinitas en su variedad, el don de la beneficencia sin mesura: allí donde viva el hombre, crecerán las flores.

Miércoles, 13 de junio.

El sol brilla pálido y difuso. Hemos sabido que ha habido un plato de fresas silvestres, aunque aún no las hemos visto con nuestros ojos.

Jueves, 14 de junio.

Los chotacabras cuerporruín se oyen ahora todas las noches, cantando desde algunos sitios concretos a las afueras del pueblo. Llegan aquí sobre la primera semana de mayo, y su peculiar tonada de noche continúa hasta finales de junio: «el más musical, el más melancólico»[49] de los sonidos nocturnos conocidos en nuestra re-

---

49 Sacado de *El ruiseñor: un poema dialogado*, obra de Samuel Taylor Coleridge, poeta inglés de finales del siglo XVIII y principios del XIX a quien se considera

gión. Desde algunas casas a orillas del lago y cerca del río, se los oye todas las noches; probablemente el sonido proceda de más allá del agua, de los montes boscosos al otro lado, pues dicen que estas aves prefieren sitios altos y secos. De tanto en tanto, aunque no con mucha frecuencia, entran en el pueblo, y los hemos oído cuando debían de estar en nuestras propias tierras. Es natural, quizá, que sobre este singular pájaro, al que se oye tan a menudo y se ve tan raras veces, se cierna una sombra de superstición. Miles de hombres y mujeres de esta parte del mundo han oído el suave silbido quejumbroso desde la infancia hasta la senectud, todos los veranos de sus largas vidas, sin ni una sola vez haber puesto los ojos en el ave. Hasta hace no mucho, casi todo el mundo creía que el añapero yanqui y el chotacabras cuerporruín eran el mismo pájaro, simplemente porque el primero solía dejarse ver a la luz del día, mientras que el segundo, que se le asemeja mucho, es por completo nocturno, y solo lo conocen quienes lo buscan en los bosques sombreados durante el día o quienes se lo encuentran a la luz de la luna por las noches. Estas aves pronto cesarán sus serenatas. Después de la tercera semana de junio, apenas se los oye ya, aspecto en el que se asemejan a los añaperos yanquis, que solo cantan durante unas cuantas semanas en mayo y junio. A principios de septiembre, se marchan al sur. Cuentan que hace cuarenta años eran mucho más numerosos aquí de lo que lo son ahora.

Viernes, 15 de junio.

Tiempo muy caluroso. En el transcurso del día, ha habido varios tipos de clima: una mañana nubosa, un mediodía luminoso y, por la tarde, una lluvia repentina. Ha llovido profusamente, con rayos

creador, junto con William Wordsworth, del romanticismo literario en Inglaterra. *(N. de la T.)*

y truenos, durante una hora, luego ha vuelto a clarear y hemos tenido un final de día encantador.

Hemos visto unos cuantos colibríes, que tienen una querencia especial por las últimas horas del día. Es seguro encontrarlos ahora hacia la puesta del sol, revoloteando por entre sus plantas favoritas. A menudo, hay varios de ellos juntos entre las flores de un mismo arbusto, delatándose a sí mismos, aunque sin dejarse ver, por el temblor de las hojas y las flores. Les encanta a más no poder el grosellero dorado; de entre todas las flores tempranas, es su favorita por encima de las demás. También son dados a las lilas, pero no hacen mucho caso a las celindas; la aguileña les gusta, y la espuela de caballero, junto a la monarda silvestre o escarlata, el nometoques, la trompeta escarlata, el trébol rojo, la madreselva y la tribu de las *Lychnis*. Hay algo en las flores con forma de tubo, ya sean pequeñas o grandes, que se ajusta bien a sus picos largos y esbeltos, y posiblemente por esa misma razón las abejas no encuentran un acceso tan fácil al néctar y se dejen mayor cantidad en esas flores que en las más abiertas. Al lirio, el colibrí le dedica solo unos cumplidos pasajeros, y parece preferir el lirio tigre a las otras variedades. La rosa apenas recibe su visita. Un día cualquiera, el colibrí deja esas majestuosas flores a favor de un grupo de tréboles rojos comunes, con los que se deleita especialmente. A menudo, en las noches de verano, hemos visto colibríes revoloteando por las praderas, pasando de un penacho de tréboles a otro, para luego descansar un momento en el tallo largo de un fleo, y a continuación salir de nuevo hacia el trébol fresco sin apenas tocar el resto de las flores, y seguir con frecuencia en el mismo campo hasta las últimas luces del crepúsculo.

El señor Tupper, en su ensayo titulado «Belleza», dedica un bonito elogio al colibrí. A modo de personificación de la belleza, dice que esta

Revoloteó hasta el tulipán junto al colibrí.[50]

No obstante, aunque estas pequeñas criaturas estén junto a nosotros en época de tulipanes, resulta quizá dudoso que se alimenten de esas llamativas flores. Al leer por primera vez el pasaje, dicha asociación nos llamó la atención por no estar familiarizados con ella. De haber sido una trompeta, nada nos habría resultado más natural, ya que estos delicados pájaros andan siempre revoloteando entre las nobles flores color escarlata de esa planta, como todos sabemos, pero el tulipán no parecía tener sitio en esa relación. Ansiosos por saber si nos habíamos engañado a nosotros mismos, hemos pasado varias temporadas observando a los colibríes y, hasta el momento, nunca hemos visto ninguno en un tulipán, y sí los hemos contemplado con frecuencia pasar por delante de ellos hacia otras flores. Posiblemente haya sido cosa accidental, o quizá otras variedades de colibrí tengan un gusto diferente a nuestra ave, y no se puede afirmar con total certeza que estas criaturitas nunca se alimenten de tulipanes sin hacer un análisis más general. Sin embargo, hay algo en la postura recta de esa flor que, añadido a su tamaño, nos lleva a creer que debe de resultar una flor inconveniente para el colibrí, que por lo general parece preferir flores que se balanceen o cuelguen, cuando son grandes, y es que siempre se alimentan en vuelo y nunca se posan, como sí hacen las mariposas y las abejas, en los pétalos. En líneas generales, somos tendentes a pensar que si el distinguido autor de Filosofía proverbial hubiese llegado a intimar con nuestro vecinito, lo habría colocado en otra planta nativa, y no en el tulipán asiático, ante el que el colibrí parece mostrar bastante indiferencia. Se trata de una nimiedad, por supuesto, y es extremadamente

---

50 Martin Farquhar Tupper fue un escritor inglés del siglo XIX, autor de *Proverbial Philosophy* (Filosofía proverbial), obra en la que incluye diversos ensayos poéticos sobre temas como la belleza. *(N. de la T.)*

atrevido buscar faltas en quienes son mejores que nosotros; pero, en primer lugar, ahora mismo andamos por completo ocupados en nimiedades, a lo que se añade que esa gran obra en cuestión ha sido fuente de muchísimo placer y beneficios para la mitad del mundo, tanto que nadie haría caso al descolocado tulipán a no ser que se tratase de algún entusiasta rural de los pájaros. Suponiendo que se estuviese refiriendo a la flor del árbol de las tulipas, la cuestión quedaría enteramente determinada para satisfacción del autor, del lector y también del colibrí, que es muy dado a esas hermosas flores de sus bosques autóctonos.

Con frecuencia, se supone que nuestro amiguito solo busca las flores más olorosas. Las flores de las praderas occidentales, o al menos las de Wisconsin, y probablemente otras también, tienen poco perfume, dicen, y se observa que el colibrí es extraño por allí, aunque esas zonas naturales son un mar perfecto de flores durante los meses de primavera y verano. Sin embargo, la cantidad de néctar en una planta no tiene nada que ver con su perfume, pues vemos a diario colibríes pasando por alto rosas y lirios blancos, mientras que muchas de sus flores favoritas, como la madreselva trompeta, la aguileña común, la tribu de las *Lychnis*, la adelfa amarilla y el nometoques no tienen ningún perfume. Otras flores queridas por estos pájaros, no obstante, sí son muy olorosas, por ejemplo el grosellero dorado, increíblemente aromático, o el trébol rojo, pero el objeto de deseo de los colibríes parecer ser bastante independiente de esta cualidad en particular en una planta.

La querencia que tienen estas criaturitas por posarse en una rama muerta es muy acusada. Raras veces se las ve apoyadas en alguna otra parte, y el hecho de que una rama sin hojas sobresalga en un arbusto parece bastar para invitarlas a descansar. Ayer mismo vimos dos machos posados en la misma rama muerta de una madreselva, por debajo de la ventana. Y el verano pasado, resultó haber una ramita muerta, en el punto más alto de una robinia que se veía desde la casa, que fue el sitio predilecto de los colibríes para

posarse durante unas cuantas semanas; posiblemente se tratase siempre del mismo pájaro, o de la misma pareja, los que frecuentaban ese árbol, pero apenas pasaba un solo día sin que se viese por allí una diminuta criaturita de esa tribu. A lo mejor había un nido cerca, a mano, aunque anidan con tanta sutilidad, y hacen que sus nidos se asemejen tanto a un puñado normal de musgo o líquenes, que raras veces se los descubre, pese a que con frecuencia anidan cerca de huertas, y normalmente, a no mucha altura. Sabemos que una vez se encontró un nido en un arbusto de lilas, y a veces incluso se contentan con alguna mala hierba alta y áspera; en los bosques, se dice que prefieren los retoños de los robles blancos, y sin embargo no anidan a más de tres metros del suelo.

Pese a ser tan diminutos, los colibríes son astutos y valientes, y plantan buenas batallas cuando es necesario, además de moverse por lo general de un modo muy descuidado y confiado. Entran en las casas con más frecuencia que otras aves, atraídos a veces por plantas o flores del interior, a menudo por accidente, aparentemente, o con el objetivo de explorar. La gente de campo suele decir que cuando un colibrí entra volando por una ventana, es que lleva un mensaje de amor para alguien de esa casa; una leyenda preciosa, desde luego, ya que el propio Cupido no podría haber deseado tener un explorador más refinado. Por desgracia, este truco de entrar volando por las ventanas suele ser una cosa muy seria y fatal para las pobres criaturitas, sea cual sea la felicidad que puedan portar para el Romeo o la Julieta del lugar. Y es que suelen agitarse y golpearse contra el techo hasta que quedan más bien aturdidos y exhaustos, y a no ser que alguien los coja y los ponga en libertad, no tardan en acabar consigo mismos de ese modo. Repetidas veces llegan a nuestros oídos casos de colibríes hallados muertos en habitaciones poco usadas, abiertas en algún momento para airearlas, y en las que entran sin ser vistos.

No tienen una constitución tan delicada como se podría suponer. El señor Wilson comenta que son mucho más numerosos

en este país de lo que lo es el chochín común en Inglaterra. Se sabe bien que solo tenemos una variedad en esta parte del continente; existe otra variedad en Florida, y hay algunas más en la costa del Pacífico, e incluso una que llega muy al norte, hasta el estrecho de Nootka. Con frecuencia, aparecen entre nosotros antes de que llegue el vencejo de chimenea, y en una ocasión, durante un otoño suave, vi uno rondando nuestros parterres de flores cuando estábamos ya a 1 de diciembre. No obstante, suelen desaparecer mucho más temprano, y se quedan quizá un mes o seis semanas más que los vencejos. Pasan el invierno en los trópicos, y se dice que hacen sus largos viajes en parejas, lo que hace suponer que se emparejan de por vida, como ocurre con algunos otros pájaros.

Sábado, 16 de junio.

Día caluroso. El termómetro marcaba veintiséis grados a la sombra a las cinco de la tarde. Hemos recorrido un largo camino en coche, valle abajo, a última hora de la tarde. Las granjas tienen un aspecto de lo más agradable: el cereal joven que se agita bajo la brisa está empezando a asomar, aunque aún no ha tomado color; las praderas se están tiñendo con las flores que les son propias, las flores de la acedera, los botones de oro, las margaritas y los tréboles que van apareciendo sucesivamente, hasta que el campo entero se cubre de alegría. Los cultivos, en general, tienen muy buen aspecto, y prometen una buena recompensa al agricultor por sus labores. En las tierras bajas, cerca de los arroyos, están floreciendo con profusión ahora mismo los lirios morados, y los espinos siguen en flor todavía en muchas riberas.

Según una leyenda que se cuenta, durante la Revolución, las largas espinas del espino cerval las usaban ocasionalmente las mujeres de la América británica a modo de alfileres, ya que no se fabricaba nada similar en este territorio; probablemente se tratase de la variedad de espolones, la que tiene las espinas más largas y finas y

está ahora mismo en flor. La peculiar situación de las colonias les confirió a este tipo de privaciones el carácter de gran mal añadido en aquella memorable batalla; casi todo lo relacionado con las necesidades y los lujos de la vida diaria procedía entonces del Viejo Mundo. Varias plantas autóctonas estaban preparadas por aquel tiempo para ocupar el lugar de las variedades prohibidas de té *souchong* y *bohea*; el «té de Nueva Jersey», por ejemplo, un arbusto hermoso, y el «té de labrador», un árbol bajo de hoja perenne con preciosas flores blancas. Desde luego, era más que justo que las mujeres tuviesen también su parte de privaciones en forma de alfileres y tés, cuando Washington y su valeroso ejército estaban a medio vestir, a medio armar, a medio morir de hambre, y sin percibir nada de dinero; los soldados de aquella notable guerra, tanto oficiales como rasos, aunque no usaban literalmente las espinas del espino cerval, como hacían sus mujeres, con frecuencia ofrecían un aspecto semejante a la imagen que da Spenser de la desesperación:

> Sus vestiduras, tan solo unos trapos andrajosos
> sujetos con *espinas*, a parches remendados.[51]

En las casas de algunas granjas, en las que se hace mucha costura y mucho hilado, en ocasiones se ve alguna rama sin hojas de un espino cerval colgada en un rincón, con un ovillo en cada espina: un artilugio bastante bonito y rústico; el otro día, vimos uno y nos quedamos muy admirados.

Lunes, 18 de junio.

Un día encantador. El termómetro marcaba más de veintisiete grados a la sombra a la hora de la cena. Los rosales silvestres están en

51 Versos pertenecientes a *The Faerie Queene* de Spenser, antes mencionado. *(N. de la T.)*

flor. Los tenemos de tres variedades: el rosal de prado, de ramas rojizas, que raras veces florece aquí hasta la primera semana de junio; el rosal de Virginia, con unas cuantas flores grandes; y el rosal de pantano, alto y con muchas flores, que florece a finales del verano. Son bastante comunes entre nosotros, y pese a ser los más humildes de su tribu, tienen una elegancia propia. A decir verdad, hay una modestia peculiar en el rosal silvestre que los rosales de jardín no siempre poseen. Existe un capricho en el arte de la jardinería hoy día que para alguien del campo resulta complicado de admirar, y es el de los rosales altos injertados que adoptan una forma que la naturaleza, desde luego, nunca le ha dado a ningún rosal. Las propias flores quizá sean magníficas como flores, pero no se puede más que mirarlas con curiosidad, y no dirigir la vista hacia ellas con afecto. Por otro lado, parece como si disfrutasen de que las miraran, con lo que pierden gran parte de su atractivo. En resumidas cuentas, no son rosas propiamente dichas. Resulta cruel que un jardinero pervierta, por así decirlo, la naturaleza misma de una planta, y antes se le perdonaría recortar un tejo para darle la forma de un pavorreal, siguiendo el pintoresco capricho de nuestros ancestros, que desvestir al modesto rosal de sus colgaduras de follaje: recuerda a la dolorosa diferencia entre la dulce hija de corazón noble de un hogar, la luz de la casa, y la ostentosa bailarina, engalanada sobre el escenario para deslumbrar y obnubilar, y para ser contemplada por la muchedumbre. La rosa ha sido durante tanto tiempo un emblema del encanto femenino que no queremos verla desprovista de un atributo de femineidad. Y la modestia, en toda mujer fiel, es, al igual que el afecto, una prolongación de su propia naturaleza, cuyas raíces se ven alimentadas por la sangre de su vida. No: devuélvanle sus hojas a la rosa, que sus flores puedan abrirse entre sus ramas nativas. Ese velo de verdor, entre el cual se despliega el capullo estrellado de la flor, y florece, y muere, se les ha dado a todas las plantas: las modestas falsas violetas, así como el espléndido martagón. Es más, es la herencia de las malas hierbas

más rudas. ¡Y aun así, la rosa, la flor más noble sobre la Tierra, se está viendo privada de esa invaluable gracia!

Somos muy afortunados por tener rosales silvestres en los lugares que frecuentamos, ya que no se encuentran en todos sitios. *Monsieur* de Humboldt comenta que en sus viajes por América del Sur nunca vio ni uno solo, ni siquiera en las regiones más altas y frescas, donde otros arbustos espinosos y plantas de un clima templado sí eran comunes.[52]

Viernes, 19 de junio.

Esta tarde, para acompañar el té, ha habido unas exquisitas fresas procedentes de los campos de cultivo. Ha hecho un tiempo caluroso y despejado. El termómetro marcaba veintinueve grados: una tarde noche encantadora, aunque demasiado cálida para hacer mucho ejercicio. Hemos paseado tranquilamente por el camino, disfrutando de las fragrantes praderas y los ondeantes maizales de las afueras del pueblo.

De cerca, una pradera podría parecer más placentera que un maizal. El cereal, para lucir en toda su plenitud, ha de contemplarse a una cierta distancia, desde la que percibir los cambios de coloración con el avance de la temporada, desde la que disfrutar del juego de luces cuando las nubes estivales arrojan sus sombras por uno u otro lado, o las brisas se persiguen unas a otras sobre las hierbas ondulantes. Es como un trozo de seda matizada que el vendedor agita ligeramente para que se pueda percibir su efecto. Sin embargo, una pradera es un delicado bordado de colores, y hay que examinarla de cerca para comprender todos sus méritos: cuanto más cerca, mejor. Hay que inclinarse sobre la hierba para encontrar la

---

52 Alexander von Humboldt, hermano del lingüista Wilhelm von Humboldt, fue, entre otras cosas, un importantísimo naturalista y geógrafo prusiano que vivió entre los siglos XVIII y XIX y viajó por América y Asia. *(N. de la T.)*

violeta azul en mayo, la fresa roja en junio. Hay que estar bien cerca para señalar la primera aparición de las sencillas flores de campo, el trébol, rojo y blanco, el botón de oro y la margarita, con el lirio tardío, y la primavera, y los penachos de heno. Es necesario estar a poca distancia para percibir el perfume dulce y fresco, que aumenta a diario hasta que llegan los segadores con sus guadañas.

Las hierbas que llenan nuestras praderas son en muchos de los casos plantas extranjeras. Entre ellas se encuentra la grama de olor, que da una fragancia exquisita al heno recién segado. El fleo es una hierba importada, al igual que el heno blanco, considerado el mejor de todos para el pasto, o la triguera, también muy valorada, y la hierba cinta, que produce una semilla para las aves. Algunas de las malas hierbas más molestas de esta tribu están naturalizadas, como ocurre con la cizaña en los pastos o con el bromo o la espiguilla colgante en los maizales, y también con las hierbas de las variedades pendiente, ballico, capín y garranchuelo. En conjunto, los botánicos han enumerado unas treinta variedades de dichas hierbas importadas en esta parte del país.

Otras cuantas más son comunes a ambos continentes, como ocurre con la hierba dulce, a menudo recogida por su perfume y que en el norte de Europa recibe el nombre de hierba santa, pues la esparcen a las puertas de las iglesias los días festivos; y la hierba del maná, que porta granos dulces que se comen en Holanda y en algunos otros países; y también las hierbas del género *Agrostis*, buenas para el ganado, algunas de las cuales son nativas y otras, introducidas. Según parece, hay unas veinte variedades que pertenecen por tanto a ambos continentes.

Además de las mencionadas, existen más de cien hierbas que pertenecen estrictamente al terreno. Muchas de ellas son malas hierbas, aunque otras resultan muy útiles. Entre las plantas nativas de este tipo están el pasto *Muhlenbergia schreberi*, predilecto de los granjeros de Kentucky, que se llega a encontrar al este incluso en este estado; varios tipos útiles de pasto *Festuca*, y el ramio, uno

de los cuales tiene una fragancia similar a la de la grama de olor, y la hierba cinta, de la que el pasto cinto que usan los horticultores es una variedad; los pastos salinos de la costa son también muy importantes para los granjeros del litoral. Entre las plantas nativas de esta tribu tenemos la avena silvestre, el centeno silvestre, la cebada silvestre, el arroz indio y el arroz salvaje, que crecen en muchas de las aguas de este Estado, tanto dulces como salobres.

En general, de los aproximadamente ciento cincuenta tipos de césped que hay, más o menos una quinta parte parecen ser de origen extranjero. Pero si consideramos su importancia para el granjero, y la extensión de terreno cultivado que cubren ahora mismo, debemos verlos desde un punto de vista distinto. Quizá en este sentido, los pastos nativos apenas lleguen a estar en una proporción de uno a cuatro en nuestras praderas y tierras cultivadas.

También los tréboles, pese a estar plenamente naturalizados, son en su mayoría plantas importadas: el aterciopelado pie de liebre o trébol arvense, la variedad común del trébol rojo, el trébol intermedio y el trébol amarillo, todos ellos se han introducido. La cuestión relativa al trébol blanco aún no está determinada con claridad, pero por lo general se lo considera, creo yo, una variedad autóctona, aunque algunos botánicos lo indican como dudoso. El trébol llamado de búfalo, que se encuentra en la zona occidental de este Estado, y es común también más al oeste, es la única variedad indudablemente nativa que tenemos.

Miércoles, 20 de junio.

Día muy caluroso. El termómetro marcaba treinta y cuatro grados a la sombra a las tres de la tarde. Las flores de la robinia están perfumando ahora el pueblo. Se percibe su fragancia a través de las puertas, en el interior de las casas. En muchas partes del país, estos hermosos árboles han sufrido muchos daños durante los últimos años a causa de un gusano llamado «taladro», muy destruc-

tivo allí donde aparece. En los agradables pueblos del oeste, donde tienen a las robinias entre sus árboles predilectos para plantar en las calles, los ejemplares se han visto muy perjudicados, y las ramas echadas a perder les dan un aspecto melancólico a algunos de esos municipios. Afortunadamente para nosotros, los árboles de nuestra zona permanecen indemnes; diría que esos «taladros» no han aparecido por ninguna parte del condado.[53]

Jueves, 21 de junio.

Día extremadamente caluroso, con el termómetro en treinta y tres grados. Por suerte, hemos recibido unas agradables brisas del oeste durante estos días de calor. Hemos dado un paseo por el pueblo a última hora de la tarde y hemos visto a un vecino ya mayor, de sesenta y cinco años, trabajando en su huerta, escardando su docena de montículos de maíz y desmalezando sus matas de pepino.

Una huerta es siempre algo encantador: allí las faenas adquieren su matiz más agradable. Desde los primeros días de la primavera hasta los últimos del otoño, nos movemos entre plantas en crecimiento, flores alegres y joviales frutos. Y se produce además un precioso cambio que se percibe a la luz de todos los soles. Incluso las parcelas rurales más estrechitas resultan agradables a quienes van y vienen por el camino. Durante el paseo, va bien pararse de tanto en tanto a mirar por encima del cercado de esas huertecitas y percatarse de lo que va ocurriendo por allí.

Patatas, coles y cebollas es lo que cultivan en esos sitios todas las familias como productos indispensables. El maíz de indias y los pepinos también se consideran indispensables, pues los habitantes de la América británica de todas las clases comen tanto maíz como sus predecesores indios. Respecto al pepino, se exige

53 Los «taladros» son diferentes tipos de coleópteros, algunos de los cuales viven varios años dentro de la madera antes de su transformación.

en todas las comidas en las que participe un yanqui de pura cepa, ya sea para una ensalada en verano o para encurtidos en invierno. A veces, vemos a hombres pasearse por los pueblos comiéndolos sin condimentar, como si fuesen manzanas. Los guisantes y las habichuelas son los siguientes favoritos; unos cuantos de ambas especies se plantan por lo general hasta en las huertas más pequeñas. La remolacha, el nabo y la zanahoria no son tan comunes, y no se los considera necesarios en absoluto, así que hay huertas en las que faltan. El rábano no crece bien en este suelo, pero las hojas color verde claro de la lechuga sí se ven por todas partes. Suelen aparecer matas de calabaza por entre los montículos de maíz, mostrando sus grandes flores amarillas y sus frutos dorados, naturalmente, bajo las hojas brillantes del maíz; una parte del fruto se utiliza para hacer pasteles, y el resto va para las vacas o los cerdos. A veces, también hay calabacines en esas huertecitas, junto a algunos tomates, quizá, aunque estos últimos son difíciles de cultivar aquí por cuenta de las ocasionales heladas de mayo.

De las flores no se suelen olvidar tampoco en las huertas de una casa de campo. Los paseos más anchos están llenos de ellas, y hay más por debajo de las ventanas bajas de las casas. Se ven rosales, girasoles y malvarrosas, por supuesto. Por lo general, hay un puñado de claveles, acianos también, y algún guisante de olor, que está entre los preferidos; muchas caléndulas silvestres, algunas amapolas, reinas margaritas grandes y moradas y un penacho de flox lilas. Esas son las flores que crecen delante de la mayoría de las puertas, y todas son bonitas en su tiempo y lugar. Uno les tiene estima desde antiguo, incluso al sencillo girasol, cuya ausencia en sus lugares favoritos de antaño deberíamos lamentar. Luego está la habichuela ayocote de flores escarlatas, tan estrechamente ligada a los recuerdos infantiles del heroico Jack y su magnífica aventura; aún se la ve florecer en la huerta de alguna casa de campo, y parecería haberse caído de una vaina de la mismísima planta loada en el cuento por su gran tendencia a trepar, una inclinación

la suya que se ve alentada cuando le colocan guías en las ventanas. En cualquier caso, nunca ha llegado a nuestros oídos que por estos lares alguna haya crecido hasta el techo en una sola noche. Es necesario ir a las nuevas tierras, en las praderas, para ver maravillas así en estos días. De hecho, existe una historia maravillosa sobre una mata de pepino más allá de los grandes lagos, probablemente en el último «nuevo asentamiento»: la semilla la plantaron una tarde en un buen trozo de tierra, y el granjero, al llegar a su tarea a la mañana siguiente, se la encontró no solamente brotada, sino tan crecida que sintió curiosidad por medirla; «siguió la planta hasta el final de su huerta, traspasó la valla, continuó por un sendero indio, atravesó un claro de robles y luego, al ver que continuaba durante un buen trecho más, regresó a por su caballo, pero mientras ensillaba al viejo Bald, la mata le fue cogiendo tanta ventaja que llegó hasta el siguiente claro antes que el granjero; allí la dejó el hombre para regresar a cenar; cuánto más continuó avanzando ese día, Ebenezer no supo decirlo con certeza».

Por aquí cerca no tenemos maravillas así. Ni siquiera la ambiciosa habichuela alcanza con frecuencia alturas superiores a las de un techo bajo, y tampoco su crecimiento es siempre lo bastante exuberante como para dar sombra a la ventana, ya que a menudo comparte esa tarea con una campanilla. La idea de tener esas frondosas persianas es bonita, aunque con demasiada frecuencia las guían para que sigan líneas firmes y rectas. Una idea poética, para lucir de punta en blanco. Es frecuente ver casas de campo con una puerta en el centro de la fachada y una ventana a cada lado, y matas enredaderas guiadas de esa guisa por encima de los marcos de las ventanas, lo que les da un aspecto extraño, como si la casa tuviese puestos unos anteojos hechos de verdor, por así decirlo. Cuando se utilizan matas enredaderas de lúpulo para tapar las ventanas, que suele ser el caso, no es posible retener la planta tan fácilmente; la mata, arrojando a izquierda y derecha sus frondosas ramas, sabe cuidar de sí misma.

Las grosellas son casi las únicas frutas que se ven en las huertas más pequeñas de nuestra zona. Ni siquiera la uva espina está tan extendida. Tanto la frambuesa como la fresa crecen silvestres aquí en mucha cantidad, así que pocas personas las cultivan. Las grosellas, por cierto, las negras y las rojas, son también plantas nativas; la grosella negra no es en ningún modo extraña en este estado, y se asemeja en mucho a las variedades cultivadas en las huertas; la grosella roja silvestre está confinada casi exclusivamente a las zonas del norte del territorio, y es idéntica a la que cultivamos. La uva espina morada y la verde también crecen silvestres en nuestros bosques.

Suele ser motivo de sorpresa y lamento que no se cultiven más frutos entre nosotros en huertas de todos los tamaños, pero el indiferente cerezo común es casi el único árbol frutal que se ve aquí en las huertas de las casas de campo. Sorprendentemente, los granjeros descartan incluso las cerezas, las ciruelas y las peras. Los melocotones y las uvas raras veces maduran aquí al aire libre. Quizá pudieran cultivarse en espaldera, pero es tan fácil ahora mismo traerlos por ferrocarril desde otros condados que pocas personas se preocupan por probar con experimentos de este tipo. Los melocotones, las sandías y las ciruelas, traídos de cierta distancia, se van vendiendo por el pueblo, a lo largo de la temporada, naturalmente.

Por desgracia, existe una objeción muy seria para cultivar frutos en las huertas de nuestro pueblo: el robo de frutas es un delito muy común en esta parte del mundo, y el nivel de principios en un asunto así es todo lo bajo que puede llegar a ser en nuestras comunidades rurales. La propiedad de esta índole carece prácticamente de protección entre nosotros. Existen leyes al respecto, pero nunca se ponen en práctica y, desde luego, la gente no está dispuesta a desperdiciar dinero, ni tiempo, ni esfuerzos, en cultivar frutas para quienes fácilmente podrían hacerlo por su cuenta si se tomasen las molestias necesarias. No cabe duda de que esta situación supone un grave obstáculo para el cultivo de ciertos fru-

tos en nuestros pueblos. La horticultura ostentaría una posición mucho más privilegiada aquí si no fuese por este mal. Sin embargo, la impunidad con la que chiquillos, y hombres también, tienen permitido cometer hurtos de esta clase es desde luego una imagen dolorosa, pues inevitablemente provoca el aumento de un espíritu de falta de honradez en toda la comunidad.

Con las flores ocurre eso mismo. Mucha gente parece considerarlas propiedad pública, aunque estén cultivadas a expensas de un gasto privado. El otro día mismo vimos a una cría, una de las alumnas de la escuela de domingo del pueblo además, meter la mano entre la verja de un jardín y arrancar varias plantas preciosas, cuyo crecimiento su dueño habría estado observando con atención e interés durante muchas semanas, y que acababan de abrirse para recompensar sus molestias. Otro ejemplo de ese tipo, aunque de grado aún más flagrante, se observó hace poco: el infractor fue un hombre plenamente adulto, vestido con ropas de paño fino, para colmo, y evidentemente forastero; pasó ante un patio precioso, alegrado por un montón de flores y, sin someterse a un solo escrúpulo de buenas maneras o de decencia moral, procedió a hacer un hermoso ramillete, sin pedir siquiera permiso al dueño; tras seleccionar las flores que eran de su agrado, las dispuso con buen gusto y a continuación siguió caminando con aires despreocupados y gallardos, y con una expresión de satisfacción y autocomplacencia verdaderamente ridícula en tales circunstancias. Había montado el ramillete con tanto cuidado, lo miraba con tanta ternura mientras lo portaba ante sí, y avanzaba con unas maneras tan delicadas y remilgadas, que probablemente fuese camino de presentarse él mismo y su trofeo ante su amada; y no podemos más que esperar que se encontrase con un recibimiento digno de un hombre que había estado cometiendo un hurto menor. Como para cerrar el círculo, esa misma tarde, el pueblo estaba lleno de forasteros y vimos a varias jóvenes, guarnecidas con elegancia, pasar las manos por entre la verja de otro jardín que daba a la calle y servirse del mismo

modo de las flores más hermosas del vecino. ¿Qué habrían pensado ellas si alguien se hubiese presentado con un par de tijeras y les hubiese cortado medio metro de los lazos de sus sombreros, meramente porque eran bonitos y se les había antojado? Ninguna de esas chiquillas, ni tampoco los forasteros con sus trajes de paño fino y sus lores, parecen haber aprendido en la escuela diaria, ni en la dominical, ni en sus casas, que el respeto por los placeres ajenos es simple buena educación, y la consideración por los derechos ajenos, llana honradez.

Nadie que tuviese un parterre propio ofendería a otro de ese modo, o al menos, no tan sin pensar. Y, de ser culpable de un acto similar, se trataría de un hurto premeditado. Cuando la gente se toma las molestias de cultivar frutas y flores tiene cierta idea de su valor, que solo puede medirse justamente según la consideración que el dueño tenga hacia ellas. Y por otro lado, además, el cultivo es una ocupación civilizada y edificante en sí misma. Sus influencias son todas beneficiosas y suele hacer a las personas más diligentes, más amigables. Basta persuadir a un hombre descuidado e indolente de que se interese por su huerta para que comience así a reformarse. Solo hay que dejar a una mujer ociosa vigilar sus parterres de flores, y con naturalidad se hará más activa. En una huerta y en un jardín, siempre hay trabajo que hacer, alguna tarea menor que añadir a la faena del día anterior, sin la que esta quedaría incompleta. Los libros se pueden cerrar marcando la página por la que se han dejado, la costura es posible hacerla a un lado y retomarla de nuevo más adelante; un boceto podrá dejarse a medio terminar y una pieza de música, a medio practicar; incluso la atención a los asuntos domésticos puede relajarse en cierta medida un rato; sin embargo, la regularidad y el método son requisitos constantes y cuestiones en absoluto indispensables para el bienestar de una huerta. La ocupación en sí resulta tan cautivadora que uno la acomete de inmediato, y el interés va creciendo de un modo tan natural que no se necesita perseverancia en exceso para continuar

con la tarea, y por tanto la labor se convierte en un placer, mientras que el hábito peligroso de la holgazanería queda a raya. De todas las fallas de carácter, no existe ni una quizá que dependa tan plenamente de la costumbre como la indolencia, y en ningún sitio se puede aprender una lección de orden y de diligencia de un modo más hermoso y más agradable que en un jardín de flores.

No obstante, aún quedaría por mencionar otro ejemplo común de los efectos beneficiosos del cultivo y de la jardinería: son actividades que te conducen naturalmente a la generosidad. Los abundantes rendimientos que se nos confieren, año tras año, a cambio de nuestras escasas labores nos hacen sentir en la obligación de ser espléndidos. Entre todos los míseros que han vivido sobre la faz de la Tierra, probablemente pocos hayan sido jardineros u hortelanos. Podrá surgir algún grosero que vaya torcido y se muestre determinado a tacañear con las frutas y las flores de su parcela, pero poco a poco sus sentimientos se atenuarán, su opinión cambiará y, antes de haber almacenado las frutas de muchos veranos, verá que esos bienes no son más que los dones gratuitos que la Providencia le da, y aprenderá al menos que dar es un placer, así como un deber. Esa cabeza de col habrá de enviarla a un vecino pobre; aquella cesta de fruta refrescante la reservará para el enfermo; tendrá un montón de ramilletes para sus amigas; guardará manzanas o melocotones para los chiquillos; y sí, a lo mejor con el transcurso de los años, al cabo alcanzará el mayor acto de generosidad ¡y le cederá a algún rival amigable una parte de sus semillas más raras, un brote de su raíz más preciada! Tales hazañas son obra de jardineros y hortelanos.

La horticultura no se lleva a cabo a gran escala en ninguna parte de este condado. Nos lamentamos de que deba ser así. Un jardín grande, en el que el buen gusto y el conocimiento puedan aplicarse en toda su dimensión, es a decir verdad un trabajo noble, repleto de enseñanzas y deleites. Los árboles y plantas raros traídos con esfuerzo, coste y paciencia desde regiones lejanas, la

rica variedad de frutas y verduras, la encantadora diversidad de flores: todo ello está entre los trofeos más preciados y agraciados del comercio, de la industria y de la aventura. Jardines así, ya sean públicos o privados, siempre son deseables en cualquier región. Pertenecen a los mejores dones de la riqueza, y esparcen a su alrededor demasiados beneficios como para merecer el dudoso calificativo de lujo. Si no tenemos ninguno lo bastante cerca como para dar beneficios a nuestro pueblo rural, es al menos agradable recordar que otras comunidades son más afortunadas que nosotros. Cuando no se puede disfrutar personalmente de algo bueno en concreto, un poco de caridad, y un poquito de filosofía, lo llevan a uno a alegrarse al menos de que otros sí se beneficien de ello.

Una prueba muy impactante del efecto civilizador de los jardines de gran tamaño puede verse cualquier día en las grandes ciudades del continente europeo, ya sea en Francia, Italia, Alemania, etcétera. En esos viejos países, donde los terrenos de esa índole llevan generaciones más o menos abiertos al público, el privilegio nunca sufre el abuso de ningún acto deshonroso. Las flores, los árboles, las estatuas, todo permanece indemne año tras año; parece que jamás se le ocurre dañarlos ni siquiera al más insensato y desenfrenado. La población en general de esas ciudades es, en muchos aspectos, inferior a la nuestra, pero en ese punto en concreto, su tono de civilización se alza muy por encima del nivel de este país.

Viernes, 22 de junio.

Sigue haciendo mucho calor. El termómetro marca treinta y dos grados a la sombra. Aunque el calor ha sido superior y ha durado más de lo usual en esta parte del país, aún se percibe cierto contrapunto en nuestro aire de tierras altas que nos da un gran alivio. El mismo grado de temperatura produce mucho más sufrimiento en los condados situados a menor altura, sobre todo en las ciudades. La extrema lasitud del calor raras veces se deja sentir aquí, y

nuestras noches son casi siempre frescas en comparación: toda una ventaja.

Sábado, 23 de junio.

Día luminoso y cálido, con el termómetro en los treinta y un grados y medio. Aire afable del oeste.

Hemos dado un paseo agradable a última hora de la tarde y nos hemos encontrado a un grupo de críos que venían de los bosques con flores silvestres. En mayo o junio, es frecuente encontrarse a la chiquillería llevando a casa flores o bayas de los montes; si te paras a hablar con ellos, normalmente te ofrecen una parte de sus ramilletes o de sus bayas perdiz, por las que sienten la misma predilección que los pájaros, e incluso se comen también las aromáticas hojas jóvenes. Su primera excursión a los bosques, una vez que se ha ido la nieve, suele ser en busca de estas bayas; una o dos semanas después, suben a los montes para buscar nuestras flores más tempranas (flores de mayo y anémonas); un poco después, recogen violetas, y luego, la azalea, a la que aquí llaman «madreselva silvestre» y por la que tienen predilección.

Sin embargo, aunque contentos con las flores, los chiquillos raras veces saben cómo se llaman. Es una pena, pero a menudo les hemos preguntado cuál era el nombre de esta o aquella flor que llevaban en las manos y pocas veces han sabido darnos una respuesta, salvo que resultase ser una rosa, quizá, o una violeta, o algo de ese tipo, que todo el mundo conoce. No obstante, sus mayores son por lo general igual de ignorantes en ese sentido; ocurrió con frecuencia que, cuando nos pusimos a conocer por primera vez las flores de la zona, preguntamos a personas ya adultas —instruidas, quizá, en muchos otros asuntos— los nombres comunes de plantas que debían llevar toda la vida viendo, y descubrimos que no tenían más conocimiento que los niños o que nosotros mismos. Resulta de verdad sorprendente lo poco que la gente de campo sabe de esos

temas. Los granjeros y sus esposas, que han vivido una larga vida en los campos, no saben decirle a uno nada de esas cuestiones. Los hombres fallan incluso con los árboles de sus propias granjas, si se salen de los más comunes. Con respecto a las plantas nativas más pequeñas, saben menos de ellas de lo que pudieran decir sus bueyes Buck o Brindle. Al igual que los niños, a veces recogen una flor bonita para llevarla a casa, pero no tienen nombre para ella. Las mujeres muestran cierta familiaridad con las hierbas y las plantas medicinales, pero incluso en esos casos suelen cometer extraños errores. También se ven atraídas por las flores silvestres; las recogen, quizá, aunque no saben decir sus nombres. Y aun así, en estos tiempos se ven parterres de flores delante de todas las puertas, y todas las jovencitas saben charlar largo rato sobre «ramilletes» y sobre «el lenguaje de las flores», para colmo.

Es cierto que los nombres comunes de nuestras flores silvestres se encuentran, cuando menos, en una situación muy poco satisfactoria. Algunas reciben denominaciones equivocadas de plantas europeas de naturaleza muy distinta. Muchas tienen un nombre aquí y otro distinto unos pocos kilómetros más allá, y otras, en realidad, no han recibido todavía ningún nombre común en este territorio. Todas aparecen en las obras sobre botánica con apelativos en latín, largos y torpes, muy poco aptos para los usos cotidianos, como las plantas de nuestras huertas y jardines, la mitad de las cuales se conocen solo con nombres en latín eternos y polisílabos que a la gente tímida le da miedo pronunciar. Sin embargo, por muy molesto que sea eso en una huerta, resulta aún peor en los campos. ¿Qué tiene que ver una lengua muerta en situaciones del día a día con las flores vivas del momento? ¿Por qué una lengua extraña ha de espurrear sus sílabas zafias y compuestas sobre las sencillas hierbas del camino? Si estas palabras complicadas quedaran confinadas a la ciencia y a los grandes libros, no habría que pelearse con las más duras y pomposas de todas ellas, aunque eso está lejos de ser así, y es que este mal se está extendiendo por todos los bosques y praderas, hasta

llegar a pervertir desde luego nuestra habla común y difamar a las indefensas flores, convirtiéndolas en multitud de «preciosas ridículas». Dichosa la rosa por haber recibido nombre hace mucho; si por casualidad hubiese vivido hasta nuestros días junto a algún arroyo de una pradera o en alguna isla oceánica remota, lo más seguro es que la hubiesen llamado Tom, Dick o Harry, pero en griego o en latín.

Antes de que la gente rebosara ciencia, en una época en la que aún quedaba cierta simplicidad en el mundo, las flores recibían un tratamiento mucho mejor en este sentido. En los viejos tiempos, se les daban nombres naturales y bonitos, como elegidos por algún grupo —muchachas de carrillos sonrosados y jóvenes de corazón contento— que hubiese salido al campo a celebrar la primavera en una mañana agradable de esa estación. Muchos de esos nombres antiguos eran prosaicos y rústicos por completo, como la margarita mayor, la flor del viento, la primavera, el botón de oro, la suelda colorada, que crecían en todas las praderas; luego estaba también la campanilla, que gustaba de dejar colgar sus campanas de color azul claro sobre las guaridas de la tímida liebre, a modo de timbre; la espuela de caballero; la campanilla de pobre, que se retorcía entre matorrales y arbustos; la madreselva, que todos los niños le han robado más de una vez a una abeja; la juliana, llamada así por el mes en el que florecía; el narciso, de fácil referencia etimológica; el poleo menta; la malvarrosa; el manguito, otro nombre para la primavera; la prímula, por florecer temprano en su estación; el clavel, por su olor parecido a la especia de nombre semejante. De hecho, parece que era costumbre prevalente en Inglaterra echar claveles en el vino para «especiarlo» y mejorar así su sabor; los antiguos griegos tenían una práctica similar, pues *l'Abbé* Barthélemy[54] nos cuenta que añadían rosas y violetas en las barricas con el fin de dar-

54 Jean-Jacques Barthélemy fue un escritor y numismático francés del siglo XVIII. *(N. de la T.)*

les sabor a los vinos. ¿No probaría acaso esta costumbre ancestral el origen del dicho francés *le bouquet du vin*?

Asimismo, otros nombres dados a las plantas en esos viejos y mejores tiempos mostraban un toque cómico o pintoresco, como la jabonera, la flor de cuclillo, la centaura azul, la boca de dragón, los calzones de zorra, el matalobos. Algunas recibían nombres que dejaban claro que en los campos se vivían historias de amor, como el perifollo oloroso, el clavel del poeta, el pensamiento salvaje o los simples pensamientos, la yerba de Paris. Incluso los derivados de nombres normales de personas, igual que los que tan a menudo se dan ahora, estaban mucho más logrados entonces; es el caso, por ejemplo, del geranio robertiano, el buen Enrique, la damasquina, los musgos batramia o la Angélica. Otros, por su parte, eran nombres imaginativos o rocambolescos: la bella de día, el solano, el iris, los frailes, el aro, la verbena, la clavelina de mar, la verónica macho, la hierba de los pordioseros, la campanilla de invierno, el narciso trombón, el mundillo, la fuirasia, la bolsa del pastor, la clavellina, que hace el diminutivo de «clavel», que a su vez en inglés y en francés recibe un nombre también en diminutivo, *pink* y *oeillet* respectivamente (aunque en su caso, son diminutivos de «ojo»); la caléndula silvestre, el berro de prados (por su querencia a florecer entre el césped de los prados); el alhelí, al que le encanta la sombra de pendones y estandartes caballerescos, y se mantiene fielmente adherido a las ruinas; el gamón, el amaranto, la planta de la moneda, las lágrimas de Cupido, la flor de lis, flor del lirio, flor de luz que grandes pintores han colocado en las manos de personajes santos en más de una noble obra de arte; e incluso la dulce margarita, pues su nombre procede en realidad de la palabra latina para perla, aunque en inglés, por ejemplo, la llaman *daisy*, derivado de *day's eye* u ojo de día, pese a que Chaucer prefirió llamarla *eye of day*.

Después de ver nombres como estos, ¿no deberían avergonzarnos de pleno apelativos como *Batschia*, *Schoberia*, *Buchnera*, *Goodyera*, *Brugmannsia*, *Heuchera*, *Scheuzeria*, *Schizanthus* y mu-

chos más al gusto? Nombres considerablemente bien adaptados a cocodrilos, serpientes de cascabel y escorpiones, pero poco apropiados, se podría pensar, para las flores nobles del campo.

Desde luego, sí existe una modesta florecilla que todo el mundo conoce por disfrutar de grandes honores en diferentes países. La *Marguerite* probablemente recibiese nombre por primera vez en las *chansons* de algún trovador amado, de algún noble compañero de armas, quizá, sobre quien Blanca de Castilla cantó con tanta dulzura como sigue:

Las! si j'avais pouvoir d'oublier
Sa beauté, son bien-dire
Et son très-doux regarder,
Finirait mon martyre![55]

Bien podríamos pensar que sería algún poeta así de caballeroso quien sintiese por primera vez el encanto de esa sencilla flor y, combinando el nombre e imagen de esta con los de su señora amada, dicho poeta cantase: «*Si douce est la Marguerite!*». Mientras portaron armas los caballeros y estuvieron poniendo sus lanzas en ristre en nombre de hermosas damas, fue *la Marguerite* una flor distinguida de la caballería, honrada por todo *preux chevalier*; caballeros y escuderos llevaron la fama de esta flor al otro lado del mar, para regocijo de Inglaterra, y al otro lado de los Alpes y los Pirineos también; en España, sigue siendo la margarita; en Italia, la *margherettina*. Los italianos, por cierto, tienen además un precioso nombre rústico propio para esta flor, la *pratellina*, o «pradito». Y ahora, cuando las viejas torres de los castillos feudales se están

---

55 Versos compuestos por Teobaldo, el Trovador, rey de Navarra y conde de Champaña y Brie en el siglo XIII.

Someramente, estas líneas vendrían a decir: «¡Ay! ¡Si tuviera el poder para olvidar / su belleza, su elocuencia / y su dulce mirar, / pondría final a mi martirio!». *(N. de la T.)*

viniendo abajo, cuando incluso las monumentales estatuas de caballeros y damas se están desmoronando en las iglesias en las que se levantaban, ahora, en estos días, todavía llega a leerse el nombre de *la Marguerita* en los labios de las campesinas de Francia; se las puede ver midiendo el amor de sus pretendientes con los pétalos de estas flores, arrancándolos, uno a uno, y repitiendo, según caen, *un peu, beaucoup, passionément, pas du tout*; y el último pétalo decide la cuestión de suma importancia, según la palabra que lo acompañe. ¡Ay! ¡Que a veces acaba por ser *pas du tout*! Muy curiosamente, en Alemania, la tierra del sentimiento y el *Vergiessmeinnicht*, esta flor de amor y caballería se ha visto degradada a... si es que está permitido decirlo... a una *Gänseblume*: ¡La flor del ganso! Ese, al menos, es uno de sus nombres. No obstante, nos apresuramos a llamarla con otro de los nombres que recibe, *Masliebe*, o «medida del amor», probablemente por el mismo capricho de quitarle los pétalos para poner a prueba el corazón del ser amado. En Inglaterra, el término sajón *daisy* ha sido siempre una palabra predilecta entre los poetas rurales y la gente del campo, independientemente de sus honores caballerescos, como *la Marguerite*. Chaucer, como todos sabemos, se deleitaba con ella. Se levantó antes del sol, salió al campo, y se tumbó en el suelo para observar la margarita

para ver esta joven flor, de porte fresco,
[...] hasta que estuvo desplegada
sobre la hierba, menuda, dulce, aterciopelada.[56]

Ahora, ¿puede alguien creer que si la margarita, o la *Marguerite*, se hubiese llamado *Caratacossia*, o *Clodovegia*, habría sido objeto de cantos de trovadores y juglares caballerescos en todos los rincones de la Europa feudal? ¿Puede alguien imaginar esta flor,

56 Fragmento dedicado a la margarita en el poema de Chaucer *The Legend of Good Women* (La leyenda de las buenas mujeres). *(N. de la T.)*

«joven flor, de porte fresco» deleitando a Chaucer bajo el apelativo de *Sirhumphreydavya* o *Sirwilliamherschellia* o *Doctorjohnsonia*? ¿Se puede uno imaginar a la dulce Emilie, en el jardín, recogiendo flores porque quisiera

> hacerse una sutil guirnalda para el pelo,
> mientras cual ángel celestial cantaba?[57]

¿Quién va a imaginarse a este dulce criatura, ni a ninguna otra, de la que pueda decirse

> su trono era sencillo como el pájaro en la pérgola,
> blanco como el lirio, o la rosa florecida?[58]

¿Cómo imaginarse a unas doncellas así, enroscando los dedos en sus bucles dorados, la *Symphoricarpos vulgaris, Tricochloa, Tradescantia, Calopogon*, etcétera? ¿O concebir durante un instante a una Perdita actual cantando en el tono más dulce

> He aquí tus flores:
> *Pyxidanthera, Rudbeckia, Selerolepis,*
> *Escholtzia*, que se va a dormir con el sol?[59]

---

57 Versos sacados de «El cuento del caballero», perteneciente a la obra mayor de *Los cuentos de Canterbury* de Chaucer. *(N. de la T.)*

58 De *The Romaunt of the Rose* (El romance de la rosa), también de Chaucer en este caso. El texto en un principio se atribuyó a dicho autor inglés, aunque más adelante se descubriría que era una traducción parcial de un poema medieval francés, *La Roman de la Rose*. Dado que Fenimore tenía como referencia el «original» de Chaucer, se ha mantenido esa fuente. *(N. de la T.)*

59 Fenimore adapta con nombres científicos unos versos sacados de la obra de Shakespeare *Cuento de invierno*. El siguiente párrafo continúa haciendo referencias a esta obra, a *Hamlet* y a *La tempestad*, del mismo autor. *(N. de la T.)*

Basta imaginarla pidiendo que prodiguen a sus doncellas amigas con flores aromáticas como: «*Spargonophorus, Rhododendron, Sabbatia, Schizaea, Schollera, Schistidium, Waldsteinia,* y la alta *Vernonia, Noveborences...*». ¿Supone alguien que, si hubiese hablado de ese modo, Florizel habría susurrado: «Cuando hablas con tal dulzura, querría que siguieras para siempre»? ¡Por supuesto que no! Se habría tapado los oídos y se habría marchado con Mopsa y Dorcas. Imaginemos a la pobre Ofelia hablando con Laertes sobre la guirnalda que había entretejido. En vez de su romero, sus pensamientos y sus verbenas, tendríamos que haber oído su discurso sobre «*Platanthera Blepharoglottis* o *Psycodes, Ageratum, Syntheris, Houghtoniana, Banksia* y *Jeffersonia...*». ¿Habría podido en ese caso llamarla su hermano «Oh, rosa de mayo, amada doncella, amable hermana, dulce Ofelia»? ¡No, nunca! Y podemos tener por seguro que si la margarita, la *douce Marguerite,* hubiese llevado uno de esos nombres, Chaucer la habría descartado con algún gesto desdeñoso de la mano. Podemos estar seguros también de que Shakespeare no habría mostrado ninguna consideración hacia ella; todas sus hadas se habrían reído de ella a carcajadas, se la habría arrojado a Sycorax y Caliban, no habría dejado ni a Perdita ni a Ofelia tocarla, ni tampoco a Miranda, con su *très doux regarder,* mirarla una sola vez.

Ni la margarita, ni la primavera, ni la campanilla se encuentran en los campos del Nuevo Mundo, pero flores igual de dulces y hermosas no escasean aquí, y es una auténtica lástima y una pena equivocar sus nombres.[60] Por desgracia, una gran cantidad de nuestras plantas son descubrimientos nuevos —nuevos, al menos, si se comparan con la margarita de Chaucer, el clavel de Spenser o los pensamientos y verbenas de Shakespeare— y, al haberse recogido por vez primera desde los tiempos de Linneo como

60 Ninguna de esas flores que menciona eran nativas del Nuevo Mundo, de ahí que Fenimore comente que no se las encuentra por los campos. *(N. de la T.)*

especímenes, sus nombres guardan mucha más relación con el mohoso herbario que con el alegre y fragrante palo de mayo.[61] Sin embargo, si queremos que quienes vengan después de nosotros obtengan un placer natural y sincero de las flores, deberíamos poner nombres a esas plantas que las madres y amas de cría puedan enseñar a los niños antes de que den botánica; si nos gustaría que los poetas estadounidenses cantasen sobre nuestras flores autóctonas del modo tan dulce y sencillo como la margarita, las violetas y la celidonia han tenido cánticos desde los tiempos de Chaucer o Herrick hasta los de Burns y Wordsworth, entonces deberíamos ocuparnos de que lleven nombres naturales y gratificantes.

Lunes, 25 de mayo.

Día agradable. Mucho más fresco. El termómetro marcaba veinticuatro grados. Ayer, domingo, llovió algo, y eso ha refrescado mucho el ambiente por aquí. No hubo rayos ni truenos de todos modos, pese al calor previo. Esta tarde, hemos dado un paseo largo. Al pasar por un campo de trigo, hemos oído un coro entero de grillos y otros insectos; han empezado sus cantos veraniegos ya muy en serio. Había jilgueros revoloteando en pequeñas bandadas; son criaturas muy sociables, siempre encantadas de estar juntas.

Martes, 26 de junio.

Bonito día. Una brisa suave del norte, y el viento mucho más cálido de lo usual cuando viene de ahí. El termómetro marcaba veinticin-

61 Carlos Linneo fue un científico y botánico sueco del siglo XVIII considerado creador de la taxonomía. Originó un sistema de nomenclatura que acabaría por adoptarse en todo el mundo y dio con ello nombre a numerosas especies. *(N. de la T.)*

co grados. Hemos paseado por los bosques. El viburno hojas de arce está florecido, y al ser tan común, sus flores blancas lucen de lo más alegres en el bosque. Estos arbustos en flor, que viven y brotan en arboledas sombreadas, apenas reciben el contacto de un solo rayo de sol; sin embargo, no son menos bonitos por la luz atenuada que juega entre sus hojas. Dicho viburno, como otros de la misma familia, recibe también aquí el nombre de madera de flecha; probablemente, sus ramas y tallos se utilizasen para hacer flechas en algún periodo u otro de la historia de las armas. Nunca hemos tenido constancia de si los indios usaban o no la madera para este fin.

Volviendo a casa hemos visto una bonita estampa: mujeres y niños repartidos por los prados, recogiendo fresas silvestres, una fruta deliciosa muy abundante por aquí, visible por todas partes, en el bosque, junto a los caminos y en todos los prados. Por suerte para nosotros, las fresas silvestres más bien aumentan que disminuyen en los terrenos cultivados; son incluso más comunes entre los pastos foráneos de los prados que dentro de los bosques. Las dos variedades señaladas por nuestros botánicos crecen cerca del lago.

La cosecha silvestre de la fruta, una bendición para todo el mundo, es una ventaja en especial para los pobres; desde que aparecen las primeras fresas en junio, hay una sucesión constante de ellas hasta mediados de septiembre. Dentro de una o dos semanas, tendremos frambuesas: tanto la variedad roja como la negra son muy abundantes y están notablemente buenas. Luego llegan las moras, muy numerosas por aquí, como lo son en la zona donde vivía Falstaff; la morera negra rizada, o zarzaparrilla hirsuta, que echa la fruta más exquisita de toda su tribu, y crece en abundancia en Long Island y en Westchester, no se encuentra sin embargo en nuestros montes. Los arándanos abundan en nuestros bosques y en todas las laderas baldías. La uva espina es común, y el verano pasado nos encontramos con un hombre que iba cargado con un balde lleno para llevarlas al pueblo y venderlas. Las ciruelas silvestres también abundan y con frecuencia llegan al mercado. Las

flores grandes y moradas de la zarza purpúrea dan un fruto de un color precioso y un sabor agradable y ácido, aunque raras veces se comen en grandes cantidades. La parra silvestre es muy común y antiguamente la fruta solía recolectarse para su venta, pero en los últimos años no hemos visto ninguna. Todas esas variedades menores de frutos silvestres, fresas, frambuesas, moras y arándanos, se recolectan, en muy gran medida, para venderse; mujeres, niños y, en ocasiones, también hombres, tienen como ocupación rentable su reparto por el mercado. Durante la época de los frutos, una mujer diligente ha sacado treinta dólares de este modo, y sin descuidar a su familia; conocemos además a un hombre mayor que sacó cuarenta dólares en un verano; también los niños, con buena disposición, pueden procurarse una manutención con esos mismos medios.[62] Las fresas se venden en el pueblo a casi un chelín el medio kilo; las moras, a tres o cuatro céntimos; las frambuesas, y también los arándanos, de tres a cinco céntimos el medio kilo.

Miércoles, 27 de junio.

Un día encantador, con el termómetro rozando los veintisiete grados. Hacia el atardecer hemos salido a dar un paseo por el camino.

Los campos de cultivo que bordean este trocito de carretera están entre los más veteranos de nuestra zona, ya que pertenecen a una de las primeras granjas talada y desbrozada cerca del pueblo; están ordenados de un modo exquisito, y viéndolos no costaría creer que esas tierras llevasen cultivándose años y años. En cualquier caso, el valle entero luce ya ese mismo aspecto. Cualquier forastero que avance por la carretera mirará en vano en busca de señales llamativas de un territorio nuevo; al pasar de granja a gran-

62 Esos treinta y cuarenta dólares de entonces equivaldrían a unos novecientos y mil doscientos dólares actuales, respectivamente. *(N. de la T.)*

ja en una sucesión ininterrumpida, la región al completo ofrece una imagen sonriente y fructífera. Probablemente no exista un lugar en el mundo, dentro de los límites de un clima templado, que haya adoptado el aspecto de un territorio ya viejo tan rápido como lo ha hecho nuestra tierra natal; gran parte de ello se debe, en este sentido, al avanzado estado de civilización de la era actual, mucho también al carácter activo e inteligente de la gente, y otro poco a los elementos naturales del territorio en sí. No hay parcelas infértiles en nuestras mediaciones, ningún desierto que desafíe el cultivo; incluso las montañas se pueden labrar fácilmente —ararse, muchas de ellas, hasta las mismas cimas—, mientras que las más estériles están más o menos recubiertas de vegetación en su estado natural. En general, las circunstancias nos han sido muy favorables.

Esta tarde, mientras contemplábamos los suaves cultivos que nos rodeaban, en el cerco de varios kilómetros de campo que teníamos a la vista en ese momento, nos resultaba muy fácil elegir parcelas de tierra en condiciones de lo más distintas unas de otras. Nos entretuvimos pues siguiendo con la mirada los pasos del agricultor por las laderas de los montes, desde el primer trozo de tierra talado, en bruto, pasando por las sucesivas fases de la labranza, todas al alcance de la vista en el mismo instante. Allí, por ejemplo, aparecía un claro en el bosque que marcaba una nueva zona de tala aún en su estado más tosco, negrecida por los tocones y la broza carbonizados; fue el invierno pasado cuando los árboles cayeron en ese lugar y la tierra quedó por primera vez abierta a la luz del sol, tras haber permanecido a la sombra del viejo bosque durante más años de los que se pueden contar. Por ese otro lado, en una cresta más cercana, se veía un lugar no solo talado y desbrozado, sino también cercado, en preparación para la labranza, después de que haberse apilado y quemado los troncos descompuestos y la broza esparcida. Probablemente, ese sitio lo vayan a arar pronto, aunque con frecuencia ocurre que la tierra se despeja de árboles y luego se deja en crudo, como terreno de pasto silvestre; se trata de

un tipo mediocre de agricultura, en la que ni el suelo ni el bosque reciben atención alguna, pero hay más terrenos por aquí cerca en ese estado de los que se podría suponer. La extensa ladera que da al carril por el que íbamos andando, pese a haberse talado hace quizá treinta años ya, sigue sin labrarse hasta hoy. En otra dirección, surgía un cultivo de tierras nuevas, arado y sembrado por primera vez en las últimas semanas; las jóvenes plantas del maíz, que están empezando a mostrar ahora sus brillantes hojas, son el primer grano que crece aquí, y cuando se recolecten se convertirán en el primer fruto que la tierra haya dado al hombre en este suelo, que había permanecido sin explotar durante miles de estaciones. Muchos otros cultivos visibles acaban de pasar por la típica rotación de cosechas, una muestra de lo que es capaz de hacer la tierra de diversas maneras. Por su parte, la granja que teníamos delante lleva cultivándose desde el principio de la historia del pueblo, dando todas las temporadas, durante el último medio siglo, su parte de pasto y de cereal. Quien esté familiarizado con nuestro territorio sentirá cierto placer en contemplar de este modo cómo se despliega la historia agrícola de la zona ante sus ojos, siguiendo granja a granja los progresivos avances del cultivo.

Los tocones de los pinos quizá sean la única marca de unas tierras nuevas que podría observar un forastero. Entre nosotros, ocupan el lugar de las rocas, que no son nada comunes; se adueñan del terreno durante bastante tiempo, y algunos de los que tenemos por aquí se sabe que llevan en su sitio más de sesenta años, o desde el primer asentamiento en el territorio; cuánto más van a durar, solo el tiempo podrá decirlo. En los primeros años de los cultivos, suponen una imperfección muy considerable, pero pasado un tiempo, cuando la mayoría de ellos terminan por quemarlos o arrancarlos de raíz, un tocón gris aquí o allá, entre el pasto de un campo parejo, no parece estar tan fuera de lugar, ya que sirve como recordatorio de la breve historia de esta tierra. Posiblemente, esta opinión tenga algo de parcial, al igual que algunos amantes han

llegado a admirar un rostro pecoso solo porque las mejillas sonrosadas de su amada estaban salpicadas por pecas marrones. Por lo general, puede que la gente no tenga ese mismo punto de vista al respecto, y quizá piense que habría que arrancar de raíz hasta el último tocón. Se han inventado varias máquinas ingeniosas para deshacerse de estos enemigos, que ya han prestado buenos servicios en este condado. Algunas de ellas funcionan con palancas, otras, con ruedas; su manejo suele requerir de tres o cuatro hombres y un yugo de bueyes, o un caballo, y es verdaderamente sorprendente los tocones tan grandes que esos artilugios son capaces de extraer de la tierra, haciendo crujir y quebrarse las raíces más fuertes como si fuesen hilillos. A menudo, es necesario excavar un poco en torno al tocón como paso preliminar, para permitir que la cadena pueda ajustarse con firmeza, y en ocasiones se utiliza un hacha para aliviar el trabajo de la máquina; aun así, trabajan con tal diligencia que se cierran contratos para talar terrenos con estos mecanismos por veinte o treinta céntimos el tocón, cuando, si se usara el método antiguo, el manual, costaría quizá dos o tres dólares sacar enteramente de raíz un árbol grande. En el transcurso de un día, estas máquinas pueden arrancar ente veinte y cincuenta tocones, dependiendo del tamaño. Los tocones de pino, tuya y castaño son los más difíciles de manejar, y duran más que los de otros árboles. Cuando se los arranca de raíz, los tocones se amontonan en pilas y se queman, o con frecuencia se les da la vuelta para usarlos como vallas, colocados en vertical unos junto a otros, con las raíces entrecruzadas: imposible imaginar una barrera más silvestre y formidable para un campo sereno. Estos rudos cercados son bastante comunes en nuestra zona, y por ser peculiares, se los aprecia más; dicen que duran mucho más que otras vallas de madera, ya que su buen estado perdura hasta sesenta años.

No obstante, aunque los tocones que queden aquí y allá le parezcan quizá al forastero la única señal de las nuevas tierras que puedan hallarse en esta zona, una observación más de cerca mues-

tra otros signos de índole similar. Esos pastos silvestres en las laderas, donde la tierra no se ha arado jamás, tienen un aspecto muy distinto a otros terrenos nunca explotados. Por ahí se observa una lomita que se levanta sobre un tocón en descomposición, allá un mínimo hueco donde la tormenta ha arrancado un árbol de cuajo; el helecho macho y el helecho hembra se ven también en parches sueltos, en vez de cardos y verbascos. Laderas expuestas como esas, incluso cuando están cubiertas por hierba y pasto y por completo desprovistas de árboles o arbustos, muestran una cierta sensación de movimiento ascendente y ondulante que, según la luz, adquiere matices muy distintos; estas crestas están formadas por las raíces de árboles viejos, que permanecen mucho después de que la madera se haya descompuesto. Incluso al nivel del suelo, hay siempre una elevación en torno a la raíz de un árbol antiguo, y sobre una ladera esas diminutas lomas surgen más claramente, ya que la luz las pone en relieve y se hacen mucho más llamativas, también, por la limpieza de la tierra, que se acumula arriba y desaparece de la parte baja del tronco, dejando así a menudo una parte de las raíces al descubierto en esa dirección. Por supuesto, cuanto más viejo sea un bosque y más grandes sus árboles, más marcado estará ese carácter ondulante. Las huellas del ganado hacen asimismo que la formación se asemeje más a una cadena montañosa, al unir una lomita con la siguiente, pues cuando van a comer allí, por lo general unas reses se siguen a otras, con las cabezas normalmente dirigidas hacia una misma dirección, y el avance natural en una ladera es en horizontal, pues resulta el más cómodo. En conjunto, la cara ondulante de esas rudas laderas es bastante llamativa y peculiar, cuando se observa bajo una luz favorable.

En todo caso, hay toques más leves también que cuentan la misma historia de un cultivo reciente. Suele ocurrir con frecuencia que al caminar por nuestras granjas, entre ricos cultivos, parejos y bien trabajados, se llegue hasta una ribera baja o a algún pequeño recodo, una franja de tierra nunca cultivada aún, pero sí rodeada

por todas partes de pastos y cosechas de cereales orientales en proceso de maduración. Esos lugares se conocen siempre por las preciosas plantas nativas que crecen en ellos. Precisamente el otro día, nos detuvimos a observar un lugar así en un prado hermoso, cerca del pueblo, pulcro y parejo, como dispuesto en los tiempos de Adán. El campo de cultivo queda atravesado por un carril abierto por los trabajadores y las bestias, y a cada momento se pisan llantenes, esa mala hierba del Viejo Mundo; siguiendo ese sendero, llegamos a un arroyuelo, que ahora está seco y cubierto de hierba, aunque sin duda hubo un tiempo en el que el lecho llevaba una corriente de agua considerable. Las riberas tienen varios metros de altura y están llenas de plantas nativas; a un lado, hay un espino cerval cuya sombra matutina cae sobre pastos y tréboles traídos desde ultramar, mientras que por la tarde descansa sobre medeolas y trilios, zarzaparrillas y saucos, que llevan años y años floreciendo aquí, cuando solo el ojo del piel roja podía contemplarlos. Incluso dentro de las lindes del pueblo, aún se pueden encontrar lugares a la orilla del río que siguen intactos frente al arado, en los que la flor de mayo, las anémonas y las alas de mayo nos indican eso mismo todas las primaveras; en regiones más antiguas, esos hijos del bosque habrían desaparecido hace mucho en todos los prados y pueblos, ya que el arado habría pasado miles de veces sobre cada hectárea de la tierra.

Las flores del bosque, los tocones grises en nuestros campos de cultivo y la superficie ondulante de nuestras laderas silvestres no son, sin embargo, las únicas marcas que cuentan el breve desarrollo del cultivo entre nosotros. Esas señales hablan del bosque talado. Pero aquí, como en todas partes, las aguas también han dejado su impresión sobre la superficie del terreno, y en estas nuevas tierras las señas de su paso se ven con más claridad que en territorios más antiguos. Siguen siendo, en muchos puntos, nítidas y distintivas, como si la mano del trabajador las hubiese acabado de hacer. Nuestros valles están llenos de estas huellas de la acción

del agua. Los observadores más minuciosos se quedarán a menudo impactados por sus peculiares características, y parece notable que aquí, en una elevación muy por encima de los grandes lagos del oeste, sobre esta cordillera divisoria, en el nacimiento mismo de un arroyo que fluye varios cientos de kilómetros hasta el mar, estos surcos sean tan frecuentes y estén tan intensamente marcados como si se hubiesen hecho en unas tierras bajas y sujetas a inundaciones. Unos montículos de gran tamaño se levantan como islas entre los cultivos, con las orillas aún claramente recortadas; en otros puntos, una pradera en hondonada aparece bajo el nivel del terreno circundante, como un lago drenado, cercada por unas riberas tan bien marcadas que parecen las obras de una fortificación; un arroyo menguado quizá corre hoy por donde un río fluyó en algún periodo del tiempo pasado. Bastante cerca del pueblo, desde el camino por el que íbamos paseando esta tarde, se puede observar una formación muy clara de este tipo. La orilla del río es alta y abrupta en ese sitio y está ahuecada en dos cuencas contiguas, de un modo semejante a los anfiteatros de la era antigua. El asta central, por llamarla de algún modo, que divide los dos semicírculos se extiende cierta distancia hacia un cabo alargado y pronunciado, muy abrupto a ambos lados. La cuenca más alejada es la más regular, y también está señalada por sucesivos salientes, como las gradas de asientos de esos teatros antiguos. Este lugar hace mucho que quedó despejado de árboles y se usa como zona de pasto silvestre, pero el suelo nunca se ha visto surcado aún por el arado, y a menudo nos detenemos aquí para contemplar esta singular formación y la sorprendente definición de todas las líneas. Muy recientemente, han empezado a excavar ahí en busca de arena, y si siguen con ese trabajo, la naturaleza del lugar habrá de cambiar sin más remedio. Pero ahora, al observar el agudizado perfil de la cuenca y ver las líneas surcadas por las aguas hace años y años, tan claras aún como si se hubiesen creado el año pasado, contemplamos con nuestros propios ojos pruebas frescas de que estamos en

un territorio nuevo, de que los prados que nos rodean, talados por nuestros padres, son los primeros en extenderse sobre el regazo de la vieja tierra, en este lugar, desde que allá la ribera la conformasen las inundaciones.

Jueves, 28 de junio.

Lluvia y truenos cerca del amanecer. Ha seguido lloviendo hasta la tarde. El chaparrón era muy necesario, y todo el mundo se está regocijando con el abundante suministro de agua.

Hemos dado un paseo por la tarde, aunque el cielo aún estaba nublado y amenazaba lluvia. Nos hemos visto forzados a seguir el camino, ya que los bosques están húmedos y empapados, y la hierba se encuentra apelmazada tras las intensas lluvias. De todos modos, nuestro paseo ha resultado ser muy agradable. No son siempre quienes ascienden en busca de una posición dominante, ni quienes se desvían del camino marcado por mor del capricho de ir contracorriente, los que se encuentran con el mayor de los disfrutes. Las vistas bajo un cielo sobrio seguían siendo hermosas. El pueblo reposaba reflejado en las aguas claras y grises, como si no tuviese otra cosa que hacer en esta ociosa tarde que sonreír ante su propia imagen en el lago. Por su parte, el valle, al otro lado, las granjas de Highborough, enfrente y en alto, y los montes boscosos sobre nosotros, todos lucían unos colores verdes frondosos y una frescura lluviosa de junio. Había muchos cuervos revoloteando; algunos nos pasaban por encima en su intenso vuelo, mientras que otros estaban posados en las deterioradas tuyas al borde del bosque. A los cuervos les encanta este monte oriental; es uno de sus lugares favoritos en todas las estaciones. También hemos visto pasar muchos otros pájaros menores, muy ajetreados, muy musicales tras la lluvia matutina; hacen verdaderos estragos entre los gusanos y los insectos en momentos así, y parece como si, tras un día lluvioso, cantaran a una noche tranquila con más dul-

zura que en otros instantes. Algunos de los jilgueros, chochines, gorriones melódicos y azulejos aparentemente se sobrepasaban unos a otros posados sobre los pasamanos de las verjas, o encima de las hierbas junto a los caminos.

Apenas se movía un soplo de aire. El bosque estaba en un calmo reposo tras la agradecida lluvia, y unos goterones de agua se agrupaban sobre las plantas. Las hojas de los diferentes tipos reciben el agua de un modo muy distinto: algunas quedan totalmente bañadas y muestran una superficie suave de un verde barnizado desde el tallo hasta la punta, como ocurre con la lila de los huertos, por ejemplo; en otras, como la celinda, el líquido reposa en gotas transparentes y aplanadas que adoptan un color esmeralda por la hoja sobre la que descansan; por su parte, la rosa y la madreselva lucen esas gotas esféricas similares a diamantes que cantan los poetas y sorben las hadas. También el trébol, alzándose entre las hierbas, porta sus cristales con la misma hermosura que la reina del jardín. Por supuesto, son las distintas texturas de las hojas las que crean esos agradables efectos.

Viernes, 29 de junio.

Día muy agradable. El sol brilla entre una cálida niebla sobre los montes. Los efectos más bonitos de luz y sombra juegan por el valle.

La rosa mosqueta está ahora mismo en plena flor. Se trata de uno de los arbustos más agradables de todo el ancho mundo. Entre nosotros, no es tan común como en la mayoría de los condados más antiguos, y crece principalmente a intervalos en los bordes de los caminos y en los cultivos que bordean las carreteras. Nunca se la ve en los bosques, junto a las rosas silvestres y otras zarzas. La cuestión sobre su origen se considera zanjada, creo, entre los botánicos, y aunque esté plenamente naturalizada en muchas partes del territorio, no podemos considerarla nativa.

El capitán Gosnold del Viejo Mundo, el primer inglés en poner pie en Nueva Inglaterra, llegó a Cape Cod ya en el año 1602. A continuación, avanzó hacia la bahía de Buzzard y estableció su residencia, durante un tiempo, en la más grande de las islas Elizabeth, donde se levantó el primer edificio construido por manos inglesas en esa parte del continente. El objeto de su viaje era procurarse un cargamento de la raíz del sasafrás que, en esos tiempos, contaba con muy alta reputación para fines medicinales y era un valioso artículo de comercio. Al relatar su viaje, además del sasafrás que encontró allí en abundancia, el capitán menciona otras plantas que había observado: el espino, la madreselva, el guisante silvestre, las fresas, las frambuesas y las uvas, todas sin duda nativas, aunque también nombra la rosa herrumbrosa, o rosa mosqueta, y el tanaceto, ambas por lo general vistas como naturalizadas en este continente. Quizá el noble capitán tuviese la cabeza tan llena de sasafrás que se preocupase poco por el resto de la vegetación y confundiese, a lo mejor, la rosa silvestre con la mosqueta, y alguna otra planta con el tanaceto. Su guisante silvestre seguramente fuese una de nuestras comunes vezas.

Algunos de los rosales de rosa mosqueta más bonitos del mundo crecen silvestres junto a los caminos de la zona de Fishkill, en el Hudson. Tienen predilección por la compañía de los cedros, que abundan por allí y se enganchan a esos árboles, trepan por ellos, sin guía ninguna, hasta alcanzar los seis metros de altura o más. Cuando están en flor, el efecto es precioso, con las flores en forma de estrella descansando sobre el follaje de los cedros, que suele ser tan oscuro y sobrio.

Sábado, 30 de junio.

El clima es encantador. Hoy nos hemos comido el primer plato de guisantes verdes salidos de la huerta.

Acabamos de llegar a casa de nuestro paseo acompañados por las vacas del pueblo esta tarde. Había unas quince o veinte rezagadas por la carretera, volviendo a casa por voluntad propia para que las ordeñen. Muchas de estas buenas criaturas no tienen pastos normales durante el verano, sino que las dejan buscar su propio alimento por los bordes de los caminos y en los bosques sin cercar. Salen por la mañana, sin que nadie las vigile, y enseguida encuentran el mejor terreno para alimentarse, por lo general siguiendo esta carretera en concreto, que tiene buenos tramos de bosques abiertos a ambos lados. Raras veces nos las cruzamos en grandes cantidades por los caminos. Les gusta pastar en el bosque, donde sin duda dañan los árboles jóvenes; tienen predilección especial por los tiernos brotes de los arces. A veces, las vemos comiéndose la hierba junto a los caminos, nada más cruzar el puente del pueblo; otros días, se alejan todas juntas durante kilómetro y medio o más antes de empezar a pastar. Hacia última hora de la tarde, regresan camino de casa, sin que nadie las mande a buscar, en ocasiones avanzando a un paso constante, sin detenerse; otras veces, holgazanean y van picoteando por el camino. Entre las que estuvimos siguiendo esta tarde había algunas viejas conocidas, y probablemente todas pertenezcan a casas distintas; solo dos llevaban cencerros. Al entrar en el pueblo, se marcharon hacia las puertas de sus dueños, algunas en una dirección y otras encaminadas a sitios distintos.

Por supuesto, las vacas que se alimentan en pastos vallados sí las mandan a buscar, y son solo las que comen por su cuenta las que van y vienen solas de este modo.

Lunes, 2 de julio.

Día claro y más fresco. Hoy ha habido patatas nuevas. Hemos dado un paseo agradable en coche, por la tarde, por la orilla del lago. Las flores de pleno verano están empezando a abrirse. La onagra común amarilla, la morada zarza purpúrea, la llamativa

adelfilla de flor pequeña, con su pirámide de flores lilas, y las lilas rojas y amarillas. Hemos observado asimismo un hermoso bledo con sus singulares cabezas de color carmesí similares a frutos; esta flor no es poco común en nuestras tierras, en la zona oeste del estado, y probablemente sea nativa, pese a su gran similitud con la de Europa. El camino que recorrimos esta tarde, donde encontramos el bledo, lo acaban de abrir por mitad del bosque.

Hemos visto muchas aves. Los jilgueros volaban en bandadas pequeñas como siempre, y los camachuelos purpúreos pasaron volando por nuestro camino más de una vez; los beligerantes tiranos estaban posados en los arbustos y las plantas de la orilla, observando quizá las abejas silvestres, pues se dice que las devoran con la misma voracidad que las abejas de las colmenas. Algunos de ellos sobrevolaban el lago en busca de otras presas, dada su predilección también por la tribu de los insectos acuáticos. Vimos otro pájaro que no se encuentra con frecuencia: la candelita norteña. Al contrario que el colirrojo, especie europea similar que a menudo anida por las casas, el pájaro americano candelita es muy tímido, y solo aparece por el bosque. La que vimos nosotros esta tarde estaba revoloteando por una arboleda joven en las riberas de un arroyuelo, con su plumaje rojo y negro, y la cola juguetona, apareciendo aquí y allá entre el follaje.

* * *

Martes, 3 de julio.

Hemos estado varias semanas planeando una visita al granjero B, un buen amigo nuestro, cuya madrastra nos había invitado muy cordialmente a pasar el día con ella. Así pues, salimos por la mañana, después de desayunar, y fuimos en coche hasta el pueblecito de B. Green, al que llegamos sobre el mediodía. Allí se detuvo el cochero a dar de beber a los caballos y hacer algunas averiguaciones sobre el camino.

—¿Sabe usted dónde vive la familia B.? —le preguntó a un hombre en el patio del lugar.

—Sí, señor. La familia B. vive a cinco kilómetros de aquí.

—¿Qué camino he de coger?

—Siga recto. Gire a la izquierda cuando llegue a la escuela de ladrillo. Luego gire a la derecha al llegar a la armería, y cualquiera de los vecinos de por allí le sabrá decir dónde está la casa de los B.

Las indicaciones resultaron ser correctas. Pronto llegamos a la escuela. A continuación, apareció la armería, y unos cuantos giros más allá estuvimos delante de la granja, baja y de color gris, adonde se dirigía nuestro viaje. Allí nos esperaba un recibimiento cordial y sencillo, y hemos pasado un día de lo más simpático.

* * *

¡Qué agradables son las cosas que rodean una granja! Las mejores labores, todas las ocupaciones útiles e inofensivas del hombre, llevan siempre ligadas a ellas numerosas historias interesantes y respetables. Estimamos ciertas actividades comerciales por su utilidad, admiramos otras por su ingenuidad, pero parece natural apreciar una granja o una huerta más allá del resto de talleres. No hace falta que sea un gran establecimiento agrícola con cobertizos científicos y vaquerías de exposición, pues para apreciar los méritos de un lugar así se necesitan conocimientos y experiencia; una persona sencilla, que acuda a disfrutar y no a criticar, encontrará agradable cualquier granja común, siempre que el buen hombre sea sobrio e industrioso, y la señora de la casa se muestre pulcra y ahorradora.

Desde la ventana de la estancia en la que estábamos sentados, veíamos toda la granja del señor B.: el campo de trigo, el maizal, el vergel, el patatal y el campo de trigo sarraceno. El granjero mismo, con su carreta y sus caballos, un muchacho y un hombre, estaban todos afanados en un campo de heno, justo por debajo de

la casa; había varias vacas comiendo en el prado, y unas cincuenta ovejas pastando en la ladera. Nos señalaron una parcela de bosque en las alturas de la que sacaban toda la leña para la casa. No vimos ningún árbol de hoja perenne por allí; eran principalmente arces, abedules, robles y castaños. Entre nosotros, cerca del lago, todos los bosques tienen tuyas y pinos.

Al ver que nos interesaban los asuntos del campo, nuestra buena amiga nos ofreció mostrarnos todo lo que quisiéramos ver, y fue respondiendo a todas nuestras muchas preguntas con la vieja sonrisa dulce que le es tan propia. Nos llevó a la huertecita, en la que había patatas, coles, cebollas, pepinos y habichuelas; el único fruto plantado era una hilera de groselleros y, en un rincón, nos enseñaron una parcela de hierba gatera y otra de menta. Nuestros granjeros, como norma general, muestran una indiferencia proverbial hacia sus huertas. No había ninguna fruta en el lugar más allá de los manzanos del vergel. Sorprende que las cerezas, las peras y las ciruelas, tan apropiadas para nuestro clima montañoso en este condado, no reciban más atención; ofrecen una deseable recompensa al coste y trabajo requeridos para plantarlas y cuidarlas.

Al pasar delante del granero, también echamos un vistazo a su interior: acababan de echar en el altillo una carga nueva de heno dulce, y otra venía por el camino en ese momento. El señor B. estaba trabajando la granja con solo un par de caballos, y no tiene bueyes. Media docena de gallinas y algunos gansos fueron las únicas aves de corral que vimos por allí; los huevos y las plumas los llevaban, en otoño, a la tienda de B. Green, o a veces incluso hasta nuestro pueblo.

Crían cuatro vacas. Antes tenían una vaquería mucho mayor, pero nuestra anfitriona ha cumplido ya los setenta, y al ser la única mujer de la casa, el trabajo que corresponde a la leche de cuatro vacas, nos explicó, era lo máximo que podía atender, y tiene toda la lógica: la mujer se ocupa además de cocinar, hornear, lavar, planchar y limpiar para la familia, formada por tres personas,

además de lo que corresponde a la costura, al bordado y al hilado. Entramos en el cuartillo en el que elaboraba la mantequilla: las relucientes ollas de estaño estaban llenas de rica leche, todo lucía bien lustrado, exquisitamente fresco y pulcro. A un lado, había un tarro de piedra con exquisita mantequilla amarilla, cuyo sabor conocíamos de antiguo, y varios quesos puestos a prensar. El enmaderamiento estaba todo pintado de rojo.

Mientras que nuestra amable anfitriona, con intención de mostrarse hospitalaria, nos preparaba algo rico para acompañar el té, nos invitaron a echar un vistazo al saloncito y ver los «modos del campo» en ese aspecto. El lugar hacía las veces de salita y de habitación de invitados al mismo tiempo. En una esquina, había un marco de cama de madera de arce, con un colchón grande y grueso de plumas encima y dos almohadas pequeñas con fundas de un blanco impoluto en el cabecero. Las paredes de la estancia estaban encaladas, el enmaderamiento no estaba pintado, sino tan bien fregado que había adquirido una especie de pulimento y un tono como el de la madera de roble. Delante de las ventanas colgaban unas persianas de papel coloreado. Entre las ventanas había una mesa, y colgados sobre ella un espejito y una acuarela en colores verde y amarillo, regalo de un amigo. A un lado, había un escritorio de madera de cerezo, con la Santa Biblia encima; que sus páginas sagradas las habían estudiado muy bien, era algo que atestiguaba la vida diaria de nuestra amiga. Junto a la Biblia, se veían un volumen de carácter religioso de la imprenta metodista, además de la Vida del general Marion.[63] La repisa de la chimenea estaba decorada con plumas de pavo real y candelabros de latón, brillantes como el oro. En la chimenea, había ramitos frescos de espárragos. A un lado, se veía un aparador abierto, con las tazas y

---

63 *The Life of Francis Marion* fue un libro publicado en 1844 y escrito por William Gilmore Simms en el que se relata la biografía de ese general del siglo XVIII que combatió en la guerra de la Independencia. *(N. de la T.)*

los platillos dispuestos con pulcritud, un precioso salero y varias piezas de loza agrietadas y rotas, de una calidad superior, conservadas para decoración más que para uso.

Esa era la «habitación cuadrada», como ellos la llamaban. Se abría a la cocina, y dado que nuestra querida anfitriona iba y venía, dividiendo su tiempo entre sus galletas y sus invitados de un modo muy ecuánime, al cabo le pedimos permiso para seguirla y nos sentamos junto a ella mientras trabajaba, admirando la cocina tanto como nos había ocurrido con el resto de su pulcra morada. Se trataba de la habitación más grande de la casa, y de una de las más usadas, y estaba igual de cuidada que el resto de rincones guardados bajo aquel techo. La chimenea de la cocina era muy grande, según la vieja costumbre establecida, y estaba engalanada por todas partes con planchas de hierro, escobas, cepillos, recipientes y utensilios de cocina, todos en su lugar correcto. En invierno, utilizaban una estufa para cocinar, y en los momentos de más frío, mantenían dos fuegos encendidos, uno en la chimenea y otro en la estufa. Las paredes lucían encaladas. Había un montón de enmaderamiento en esta habitación —revestimientos, aparadores e incluso el techo era de madera—, todo pintado de rojo oscuro. El techo de la cocina de una granja, sobre todo si no está enyesado, como era el caso, muestra normalmente un aspecto muy rústico, una suerte de espacio de almacenamiento con todo tipo de cosas colgadas en ganchos o clavos hundidos en las vigas: manojos de hierbas secas, tiras de pimientos rojos y manzanas secas colgadas en guirnaldas, aperos de diversos tipos, bolsas de diferentes clases y tamaños, mazorcas doradas de maíz puestas a madurar, frasquitos de medicinas y panaceas para hombre y bestia, trozos de cuerda y cordel, ovillos de hilo marrón enrollado sin más y, para terminar, una hilera de periódicos. El techo bajo y rojo de la cocina del granjero B. no estaba tan bien engalanado en julio como lo habríamos visto en otras épocas del año, y aun así no quedaba en ningún modo desnudo: solo faltaban las guirnaldas de manzana,

los pimientos rojos y el maíz de indias. Junto a la ventana colgaban un tarro de tinta y un almanaque bien manoseado, ocurrente y sabio, como lo son siempre. Hace uno o dos años, se imprimió una edición del almanaque sin los pronósticos usuales relativos a los vientos y al sol, pero terminó siendo un completo fracaso; nadie se va a molestar en comprar un almanaque que no diga nada sobre el tiempo que hará al año siguiente, y se consideró oportuno recuperar esas importantes predicciones que conciernen a la nieve, al granizo y al sol futuros del condado. La opinión pública así lo exigía.

En un rincón, había una rueca grande, con una cesta de lana cardada; la habían apartado allí cuando llegamos nosotros. La familia necesitaba una cantidad considerable de trabajo de hilado; todo el hilo para hacer medias, calzones, para la ropa usada por los hombres, para los coloridos vestidos de lana de las mujeres y el necesario para las ásperas toallas, etcétera, lo hilaba en la casa nuestra anfitriona, o su nieta, o alguna vecina contratada para tal fin. Antiguamente, había habido seis hijastras en la familia, y entonces, no solo todo el hilado, sino también el trabajo de tejer y teñir, se habían hecho en casa. Debieron de ser mujeres notables esas seis hijastras; han llegado a nuestros oídos grandes historias sobre el hilado y el tejido que hacían a diario. Los armarios y aparadores de la casa estaban todavía llenos hasta arriba de mantas, calzones blancos y de colores, coloridas colchas de sarga para las camas, además de sábanas, mantelería y mantas de retales, todo trabajo propio. A decir verdad, casi toda la ropa de la familia, tanto de hombres como de mujeres, y lo relacionado con las camas y las toallas utilizadas en el hogar era de confección casera. Adquirían muy pocos productos textiles: sombreros y zapatos, algunas telas ligeras para cofias y cuellos, algo de lazo y un calicó pintado de vez en cuando; eso parecía ser todo lo que compraban. Tampoco es que este hecho se considere remarcable, ya que ese es el modo de vida común en muchas familias de granjeros. Se calcula que una joven que sabe hilar y tejer puede vestirse con facilidad y co-

modidad cubriendo todas las necesidades por doce dólares al año, incluido el coste de las materias primas; la asignación actual para ropa que las autoridades de este condado han concedido a las hijas de granjeros, mientras la propiedad se mantenga sin dividir, es de quince dólares, y se dice que el cálculo incluye todo lo necesario para su comodidad, tanto en invierno como en verano. Las esposas e hijas de nuestros granjeros son muy a menudo mujeres notables y frugales; quizá haya quien diga que suelen serlo hasta que se marchan de casa. Con las jóvenes de nuestros pueblos, las cosas son bien distintas, ya que suelen lucir de lo más extravagantes en sus ropajes, y se ocupan tanto de seguir las modas como las damas más exquisitas y ricas del país. A menudo, gastan lo que ganan en ropas elegantes.

Nos enseñaron unos mantones de lana preciosos, hechos por las hijastras de nuestra amiga siguiendo patrones escoceses. Varias familias de emigrantes escoceses se habían instalado en la zona unos treinta años antes y les habían facilitado a sus amigos patrones con diferentes tartanes; no supimos decir si serían de las tierras altas o de las bajas de Escocia. Algunos de los calzones de sarga también eran notablemente buenos en cuanto a calidad y color, aunque estas prendas pueden encoger al lavarse. Se ve que hacían un trabajo muy mañoso en el tinte de tonos escarlata, naranja, verde, azul y lila. Con las hojas del arce, se tiñe un gris muy pulcro para las medias, aunque la mayoría de los materiales de coloración se adquirían en los pueblos; las materias primas para teñir son una parte importante de la mercancía con la que se comercializa en las boticas de todo el territorio. La mayoría del hilado y el tejido estaba hecho en algodón o lana; la ropa para vestir y la ropa de cama eran enteramente de materiales de algodón o de lana. Se utilizaba una cierta cantidad de estopa para toallas, bolsas, batas y bombachos, para la ropa de trabajo de verano de los hombres. De cuando en cuando, se cultivaba algo de lino, sobre todo para hacer el tejido destinado a toallas y manteles más finos, los lujos de la casa.

Quienes viven en nuestras ciudades grandes, donde compran incluso el pan y la mantequilla, la leche y los rábanos, no tienen ni idea de la gran cantidad de productos domésticos, en lana y algodón, que hacen las mujeres de la población rural del interior, incluso en los tiempos de las enormes fábricas. Sin entrar a hablar sobre el tema de la economía política, aunque su aspecto moral ha de ser siempre de lo más importante, sin duda resulta agradable ver a las mujeres afanadas en estas tareas, bajo el techo familiar, y se tiende a creer que el sistema doméstico es más sano y más seguro para el individuo, en todos los sentidos. El hogar, eso es una certeza, siempre será por norma general el mejor sitio para una mujer; sus labores, placeres e intereses deberían concentrarse todos allí, sea cual sea su esfera de actividad en la vida.

El alimento de la familia, al igual que la ropa, procedía casi en su totalidad de la granja propia, y tenían poco trato con el tendero o el carnicero. En primavera, mataban un ternero; en otoño, una oveja y un par de puercos. De vez en cuando, en otras estaciones, recibían una pieza de carne fresca de algún vecino que había matado una ternera o un carnero. Raras veces se comían las aves de corral; las gallinas las tenían principalmente para los huevos, y los gansos, para las plumas. La carne consumida comúnmente, un día tras otro, era el cerdo curado de sus propias reservas; por lo general, también conservaban algo de ternera en salmuera, ya fuese de un animal propio o una pieza procurada por un trato con algún vecino. El pan lo hacían con su propio trigo, y también las tortitas y panqueques, con el maíz de indias y el trigo sarraceno cultivados por ellos mismos. La mantequilla y el queso, de su propia vaquería, se ponían a la mesa en todas las comidas, tres veces al día. Los pasteles los comían con mucha frecuencia, ya fuesen de manzana, calabaza, frutas secas o carne picada; a veces, cenaban algunos hechos sin nada de carne. No solían comer púdines. Los granjeros yanquis, por lo general, comen mucho más hojaldre que pudin. Las gachas eran un plato común. Consumían

pocos huevos, ya que los reservaban para venderlos. Las verduras consistían casi por completo en patatas, col y cebollas, con maíz y habichuelas frescos, en temporada, y habichuelas cocidas con cerdo en invierno. En todas las comidas, había encurtidos sobre la mesa. El azúcar y la melaza las hacían con el arce, y solo guardaban algo de azúcar blanca para las visitas o los enfermos. Bebían sidra de su propio vergel. Los principales lujos de la casa eran el té y el café, ambos adquiridos en los «almacenes», aunque podría ponerse en duda que ese té hubiese visto China alguna vez; si era como la mayoría del que se bebe en este país, probablemente también se tratase de un cultivo de granja.

Mientras conversábamos sobre todos estos temas con nuestra dulce anfitriona, y sobre otros de una naturaleza más personal, llegaron varias visitas. Quizá en esta ocasión vinieran menos para ver a la señora de la casa que para interesarse por los visitantes ajenos que habían llegado en el carruaje. Fuera como fuese, tuvimos el placer de hacer algunos nuevos conocidos, y de admirar algunas hermosas cuentas de oro que colgaban de sus cuellos, una pieza de gala que llevábamos mucho tiempo sin ver. Lucían otra moda que nos resultó menos agradable. Observamos que algunas de las mujeres de esa región llevaban el pelo recortado como los hombres, costumbre que parece cualquier cosa menos natural. Pese a sus setenta años y al reuma, nuestra anfitriona tenía el pelo negro peinado delicadamente y dispuesto con total pulcritud bajo una bonita cofia de muselina, hecha siguiendo el patrón metodista. Ella no dejaba ver ni un ápice de falta de femineidad, aunque todo B. Green se hubiese iniciado en esa moda.

Una nieta de nuestra anfitriona, de visita en la granja, había estado en el prado recogiendo fresas, y regresó entonces con un buen recipiente lleno, las más maduras y más grandes del campo. La mesa estaba dispuesta: un mantel tejido en la casa, blanco como la nieve, colocado sobre la mesa, y todos los espacios vacíos cubiertos por exquisiteces. A las cuatro en punto nos sentamos a

tomar el té. ¿Por qué esa nata, esa leche y esa mantequilla saben siempre mejor bajo el techo de una granja que en cualquier otro sitio? Parecen perder algo de su peculiar dulzura y ricura al cruzar las lindes de la granja, sobre todo si han tenido que ir traqueteando por el pavimento de una gran ciudad hasta el mercado. El pan hecho en el campo también resulta peculiar; quizá no sea tan ligero ni tan blanco como el del panadero, pero sí es mucho más dulce y más nutritivo. Las esposas de nuestros granjeros usan a menudo un poco de patata o de maíz de indias junto al trigo, lo que le da al pan una dulzura adicional y más «cuerpo», como dicen los entendidos cuando hablan de sus vinos. Con esas fresas y esa nata, con ese pan y esa mantequilla, no pudimos hacer justicia ni a la mitad de cosas ricas que había sobre la mesa. Los bizcochitos y el pan de jengibre, las galletas y el queso, los varios tipos de dulces y manzanas asadas, el jamón cocido y los encurtidos, la tarta de manzana y el pastel de carne picada, todo ello terminamos desperdiciándolo. Nuestra anfitriona colocó los bocados más exquisitos en una hilera de bandejitas y platitos delante de cada invitado, y después de un largo camino en coche, cualquiera es capaz de hacer una comida muy suculenta; aun así, no logramos acabarnos todas las exquisiteces, y nuestra amiga no terminó de estar del todo satisfecha con el resultado, pese a que nos deshicimos en halagos por las maravillas que nos había preparado. Pero esas fresas y esa nata, ese pan y esa mantequilla, habrían bastado para saciar a cualquier aficionado razonable a las meriendas.

Dado que teníamos por delante un camino de varios kilómetros, nos vimos obligados a marcharnos muy temprano, y nos despedimos de nuestra venerable amiga con esos sentimientos genuinos de respeto y admiración que solo despiertan las personas buenas y rectas.

Tras un día tan agradable, disfrutamos de un encantador camino de vuelta a casa, incluso a pesar del lento y prolongado ascenso del monte Briar. Los pájaros, posados en vallas y arbus-

tos, nos cantaron alegremente por el camino. Cuando paramos en la taberna, en la pequeña aldea de Old Oaks, para dar de beber a los caballos, nos encontramos una larga fila de carretas y calesas vacías que se colocaron delante de la casa, anunciando una celebración rural en honor de la víspera del 4 de julio. Arriba, en una estancia, sonaba un violín, y no habíamos hecho más que parar cuando un par de jóvenes, vestidos de fiesta, se acercó al coche para ofrecernos su ayuda para bajar, «dando por sentado que las damas han venido al baile». Una vez informados de su error, se mostraron muy civilizados, se disculparon y expresaron cuánto lo sentían. «Esperaban que las damas hubiesen venido al baile». Les dimos las gracias, pero íbamos de camino al pueblo X. Nos hicieron reverencias y se retiraron, aparentemente bastante decepcionados por haber perdido un carruaje entero lleno de celebrantes a quienes habían salido a recibir con tanta celeridad. Dentro, el baile se sucedía con vigor y energía. El rasgueo seco y penetrante de un triste violín entonaba el *Zip Coon*, acompañado por una estridente voz juvenil de niño, que iba dando las órdenes medio gritando, medio cantando: «¡Caballeros, adelante! ¡Damas, igual! ¡Todos a mi izquierda! ¡Todos a cruzarse! ¡Un giro a la pareja! ¡Lancen a las damas enfrente! ¡Todos a bailar!».[64] Las indicaciones se obedecían con gran energía y celeridad, pues los rasgueos del suelo iban a la par que los rasgueos del violín, y la casa prácticamente temblaba con el movimiento general.

Media hora después, por una carretera ya conocida, llegamos al pueblo, al que entramos justo cuando se ponía el sol.

---

64 Se trata de una canción de principios del siglo XIX que surgió copiando la melodía del famoso tema folklórico de la época *Turkey in the Straw*, popularizado por su interpretación a cargo de cantantes blancos con la cara pintada de negro. La procedencia original parece que se remonta a una tonada irlandesa tradicional, *The Old Rose Tree*. *(N. de la T.)*

Miércoles, 4 de julio.

Un día caluroso y agradable. El sol, como siempre en este día, ha estado escoltado por grandes disparos de cañones, por el tañido de las campanas y el izado de banderas. En el pueblo había mucha gente del campo, y muchos iban con ropas de fiesta. Los días festivos, de cuando en cuando, resultan ser muy agradables. Le hace bien a uno ver a todo el mundo con su aspecto más limpio y más alegre. Es un espectáculo verdaderamente alegre observar carretas cargadas de familias llegando al pueblo en días así: viejos y jóvenes, padres, madres, hijos, hijas y niños pequeños. Sin duda, nosotros los estadounidenses somos muy dados a las congregaciones de toda índole. Nuestra buena gente nunca desperdicia una ocasión así.

A mediodía, salió la típica procesión: un sacerdote, leyendo la Declaración de Independencia, un discurso y un almuerzo. Los niños de la escuela dominical también tuvieron su pequeño entretenimiento propio. Con frecuencia, se celebra una gran fiesta en el lago en honor de este día, una comida campestre con bailes incluidos, y sin embargo este año no ha habido. Por la tarde, parecía como si las cosas se estuviesen haciendo un poco pesadas; nos encontramos a alguna gente de campo paseando por el pueblo, con dudoso aspecto de estar disfrutando. Nos recordaron a la pregunta de una niñita francesa en una fiesta ociosa a cuya celebración le faltaba cierto brío; tras fijar sus enormes ojos azules con honda sinceridad en la cara de una hermana mayor, le dijo ansiosa: «*Eugénie, dis moi donc est ce que je m'amuse?*».[65] Hacia el atardecer, no obstante, nos vimos animados por el ascenso de un globo de papel y fuegos artificiales, cohetes, serpentinas, bolas de fuego que, pese a no ser muy destacables, todo el mundo quiso ir a ver.

65 Una traducción aproximada de la frase de la niña sería: «Dime, Eugénie, ¿así es que me estoy divirtiendo?». *(N. de la T.)*

Jueves, 5 de julio.

Buen día. Las robinias están preciosísimas. Su follaje no termina de abrirse del todo hasta que las flores no se han caído; después de eso, desarrolla un segundo crecimiento, las hojas aumentan en tamaño y riqueza, y adoptan su peculiar tono verde azulado. Las ramas más bajas de un grupo de robinias jóvenes que tenemos delante de la puerta rozan ahora la hierba en un hermoso gesto. Estos árboles nunca se han podado. ¿Acaso no es un error nuestra práctica común de podar las robinias, a no ser que se quiera tener un árbol alto en algún sitio en particular? Pocos de nuestros árboles echan ramas tan cercanas al suelo como para acariciar así el césped, y allí donde ese hábito es natural, el efecto que producen es de lo más agradable. En las robinias, son sus grandes hojas pinnadas las que provocan que las ramas caigan de esta manera, o quizá sean las vainas en maduración las que añaden peso también, ya que es solo en torno al pleno verano, o solo en esta estación, cuando se inclinan tanto hacia abajo como para llegar a tocar la hierba. Esas mismas ramas que ahora cuelgan sobre el césped en invierno se elevan entre medio metro y un metro por encima de él.

La acacia de tres espinas, o acacia negra, como a veces se la llama, si se deja crecer naturalmente, también sigue ese mismo patrón y sus ramas bajas caen graciosamente hasta que las largas hojas rozan la hierba. Hay un árbol joven de este tipo sin podar en el pueblo, una imagen perfecta en este sentido, con unas ramas hermosísimas y el follaje acariciando el suelo. En general, ¿no podamos demasiado todos nuestros árboles en este país?

Viernes, 6 de julio.

Día caluroso, medio nublado. Aires ligeros e intermitentes que hacen bailar las hojas aquí y allá sin agitar las ramas. En un día de

verano calmado, cuando el follaje por lo general permanece quieto, la vista a veces se ve atraída por una hoja solitaria, o por una ramita que danza feliz, como si la hubiese mordido una tarántula, por no hablar de las hojas del álamo temblón, que nunca están quietas. Las hojas de los arces, con sus tallos largos, son muy dadas a este truco, al igual que las del abedul de las canoas y las del roble escarlata, y también ocurre en el helecho. Dicha agitación sin duda viene causada por cierto ligero soplo de aire que pone la hoja en movimiento, y que luego se desvanece sin que ninguna corriente normal siga su curso. El caprichoso movimiento continúa hasta que la fuerza del impulso se agota y la atolondrada hoja queda exhausta. A veces, el efecto resulta bastante singular: una única hoja, o dos, en rápido movimiento, y todo lo demás tranquilo y en calma. Y entonces uno se imagina a Puck, o a algún otro duende travieso, sentado a horcajadas en el tallo, moviéndose a un lado y otro entre risotadas, a expensas del perplejo espectador.

Sábado, 7 de julio.

Clima despejado y caluroso. El termómetro marcaba unos veinticinco grados a la sombra.

Los rosales que hay por los jardines del pueblo están sufriendo la misma plaga que los atacó el año pasado, aunque esta temporada no les ha hecho tanto mal, ni sus estragos han sido tan generales. Los arbustos que crecen solos, rodeados por la hierba, han escapado en muchos de los casos. Los rosales de nuestra zona sí se han visto afectados, y cuanta más rica la tierra, más parecen haber sufrido.

Lunes, 9 de julio.

Tiempo despejado y caluroso. El termómetro marcaba más de veintiséis grados a la sombra.

Hemos dado un paseo por el bosque. Íbamos en busca del satirión grande de dos hojas, una planta particular que llevamos varios años observando, pues es una rareza en cierto modo, ya que solo se la ha visto en dos lugares de esta zona. Hemos encontrado las hojas grandes y brillantes reposadas en el suelo, en el sitio conocido, pero alguien había estado allí antes que nosotros y había roto el tallo de la flor. Las hojas de este satirión están entre las más grandes y redondeadas de nuestros bosques.

El satirión morado, hermoso y grande, también crece por la zona, aunque no lo hemos visto este verano. La gente del campo aquí lo llama pluma de soldado, y es una de nuestras flores más llamativas.

Martes, 10 de julio.

Tiempo caluroso y sin nubes. El termómetro marcaba veintinueve grados a la sombra. Hemos remado por el lago hacia el atardecer: un paseo agradable.

El agua está transparente, preciosa. Mientras remábamos pudimos ir viendo lo que ocurría muy por debajo de la superficie. Los peces se mantenían fuera de nuestra vista; solo alcanzamos a ver unas cuantas percas pequeñas. El suelo del lago, si se puede hablar de tal cosa, varía mucho en cuanto a aspecto. En la orilla este, se ve un pavimento de piedras grises redondeadas, con algún árbol muerto naufragado aquí o allá, reposando bajo las olas a las que en otros tiempos dio sombra. Al bordear la orilla oeste, se encuentran tramos de arena limpia, con unas cuantas conchas esparcidas de moluscos de agua dulce y hojas descoloridas de la floración del año pasado, de roble y castaño, cerca de los árboles, aún sin descomponer. En otros puntos, el fondo del lago es fangoso y está cubierto por una capa gruesa de plantas acuáticas de varios tipos. Debe de haber una cantidad considerable de esas plantas en nuestro lago, a juzgar por todas las que ya hemos recopilado o visto nosotros.

Varían mucho en su constitución. Dado que todas brotan del mismo nutriente acuático, se podría esperar que se pareciesen mucho entre sí, y que difiriesen por supuesto de las de los campos, pero ese no es el caso. Algunas son gruesas y rudas, como el junco, el nenúfar y la espiga de agua, pero otras son finas y delicadas en su follaje, por ejemplo, las que crecen al aire libre. Muchas de las que florecen sobre la superficie del agua echan unas flores preciosas; es el caso de los nenúfares, la flor morada de la espiga de agua y la amarilla del cáñamo acuático, que se encuentra en el lago Canaderaga, a casi veinte kilómetros de nosotros; otras son apagadas y poco agraciadas, y algunas de ellas forman parches feos en lugares poco profundos, cerca del embarcadero, durante unas cuantas semanas de agosto.

No obstante, este borde de juncos y plantas solo se ve aquí y allá en los lugares poco profundos. Con unos cuantos golpes de remo la barca llega de inmediato a unas aguas demasiado hondas como para desentrañarse con la vista. La profundidad del lago suele fijarse en cuarenta y cinco metros. No hay afluentes, salvo unos cuantos arroyuelos sin nombre, y se alimenta principalmente de los manantiales que brotan de su propio seno. Por supuesto, allí donde eso ocurre, la cantidad de agua varía un poco; nunca se ha desbordado por las orillas, y cuando el agua está baja, un forastero apenas se daría cuenta de ello.

Esta tarde, hemos remado por la bahía de Blackbird y hemos seguido la ensombrecida orilla oeste durante cierta distancia. Cuando bajamos a tierra, recogimos algunas flores silvestres, la reina de los prados, el algodoncillo blanco, la clemátide y la parra *Adlumia fungosa.* Esta es la época de floración de las plantas trepadoras; normalmente son más tardías que sus vecinas. La *Adlumia,* con sus ramilletes color rosa pálido y su follaje tan delicado, es muy común en algunos lugares, e igual de abundante es la clemátide.

Hemos visto asimismo algunas parras del género *Glycine,* la *Apios tuberosa,* aunque sus hermosas flores moradas no han

aparecido todavía. Esta planta la llevó recientemente a Europa un caballero francés que su Gobierno había enviado a este país con fines científicos. Dicho caballero supone que la planta podría introducirse en Francia como un producto alimenticio común, para ocupar, en cierto modo, el lugar de la patata. La raíz tiene un sabor agradable, y cuentan que algunas tribus de los indios la comían mucho. Una especie con vainas de una sola semilla que crece en la parte oeste del condado, la *Psoralea*, también se llevó a Francia con vistas a aprovecharla del mismo modo. Esta última variedad no se encuentra en nuestra zona, pero esta *Glycine*, o legumbre papa, no es poco común en nuestros matorrales. Si el plan de convertir estas variedades en parte de la alimentación común de Francia tendrá o no éxito, solo el tiempo lo dirá. Normalmente, lleva más de una generación generar un cambio en la dieta de un país. Las patatas tardaron varios siglos en lograr el favor del continente europeo, y durante el último periodo de escasez en Gran Bretaña, los escoceses e ingleses no recibieron con mucha alegría el maíz de indias, pese a ser desde luego uno de los granos más dulces del mundo. Después de que se haya producido un cambio de este tipo, no obstante, y la gente se haya acostumbrado a la novedad, sea cual sea, por lo general se da una suerte de reacción a su favor, hasta que al poco nadie puede vivir sin ella. Ese ha sido sorprendentemente el caso de las patatas, en el terreno de las comidas, y el del té y el café en el terreno de las bebidas.

Miércoles, 11 de julio.

Día muy caluroso. La temperatura más fresca que ha alcanzado el termómetro ha sido de treinta y un grados. Un sol muy luminoso, con mucho aire. Hemos dado un paseo largo en el coche a última hora de la tarde. Los castaños están en flor, y tienen un aspecto precioso. Son de nuestros árboles más ricos cuando florecen, y al abundar tanto en torno al lago, resultan muy decorativos para

todo el territorio en esta época; parece como si llevasen una doble corona de luz del sol en torno a sus cabezas floridas. Los zumaques también están florecidos: sus habituales espigas amarillentas sobresalen en todos los matorrales.

Hoy, los labradores del heno estaban afanados en muchas granjas después del atardecer. Entre nosotros, en los campos de heno, hay menos segadores que en el Viejo Mundo. Por lo general, cuatro hombres aclaran aquí un campo para el que quizá en Francia o Inglaterra se empleasen doce hombres y mujeres. Esta tarde, hemos pasado junto a un hombre con un rastrillo tirado por un caballo que estaba recogiendo él solo su heno. Cuando bajamos por el valle, acababa de empezar la tarea; al regresar, una hora y media después, casi había concluido su trabajo con la ayuda de ese artilugio.

Un día, mientras íbamos en el coche por la orilla del lago, hace uno o dos años, vimos por primera vez en estas tierras a varias mujeres jóvenes trabajando en un campo de heno; tenían un aspecto bastante pintoresco, con sus coloridas cofias para el sol, y probablemente la labor no les resultase muy dura, pues parecían tomársela como un jolgorio.

Tuvimos asimismo la oportunidad, en otra ocasión, de ver a una mujer arando en este condado, el único ejemplo de este tipo que hemos observado jamás en nuestra parte del mundo. Muy posiblemente fuese una extranjera, acostumbrada al duro trabajo de los campos de su propio país. En Alemania, recordamos haber visto una vez a una mujer y una vaca, las dos hembras, unidas por un arreo, arrastrando el arado, mientras un hombre, seguramente el marido, las dirigía a las dos. He olvidado si el hombre llevaba o no un látigo. Se trata del único ejemplo que hemos visto de una mujer metida en un arreo, aunque al viajar por Europa uno a menudo ve a esas pobres criaturas trabajar muy duramente, con un aspecto tan malogrado que duele el alma por ellas. Nosotras, las mujeres de los Estados Unidos, sin duda debemos estar agradecidas a nuestros

hombres del campo por la amabilidad y la consideración que en general nos muestran. La galantería quizá no siempre adopte una forma elegante en esta parte del mundo, y la mera lisonja puede tener el mismo escaso valor aquí que en cualquier otro lugar, pero existe un destello de sentimiento generoso hacia las mujeres en los corazones de la mayoría de los hombres estadounidenses que los honra muchísimo como nación y como individuos. En ningún otro país, la protección que se da a la indefensión de las mujeres es tan plena y libre. En ningún otro país, la asistencia que las mujeres reciben del brazo más fuerte está tan extendida. Y en ninguna parte, su debilidad se topa con mayor paciencia y consideración que aquí. Dadas estas circunstancias, no puede ser más que una falta de la propia mujer cuando esta no recibe un respeto absoluto. La posición convenida para ella le es favorable. Queda pues en sus manos ocuparla de un modo digno de su sexo, con gracia, amabilidad y sencillez; con sinceridad y modestia en su corazón y en su vida; con una fidelidad inquebrantable de sentimientos y principios; con paciencia, alegría y dulzura de temperamento: una recompensa nada inadecuada para quienes le allanan el camino diario.

Jueves, 12 de julio.

Tiempo muy caluroso y despejado. El termómetro marcaba treinta y dos grados a la sombra. Hemos dado un paseo en el coche a última hora de la tarde por los montes de Highborough. Los caminos estaban muy polvorientos. Por suerte, la nube de polvo «seguía nuestra estela», como dicen los marineros. Los frutos jóvenes están adoptando su color rojizo en los vergeles y en las huertas, y el cereal está cogiendo su matiz dorado. Los campos de cultivo tienen un aspecto de lo más rico y prometedor.

Viernes, 13 de julio.

Día muy caluroso. El termómetro marcaba treinta y tres grados a la sombra, con mucho aire del suroeste. Pese al calor y a la fuerte intensidad del sol, aun así el tiempo no era sofocante. Hemos recibido un aire agradable constante, a menudo, casi una brisa. De hecho, resulta singular que tanta cantidad de aire no congregue las nubes.

A última hora de la tarde, hemos cogido el carruaje para pasear por el valle. Los prados recién recortados tienen un aspecto precioso, bordeados como están en muchos sitios por los saúcos más tardíos cargados ahora de flores blancas. En la variedad más temprana, que florece en mayo y es más común en los bosques, ya están madurando las bayas rojas.

Sobre las ocho de la tarde ha habido una aparición singular en los cielos: un arco oscuro, muy claramente definido, ha cubierto el valle de este a oeste; comenzaba en el punto en el que el sol acababa de ponerse, y el cielo, al mismo tiempo, en apariencia carecía de nubes. En un momento, se han visto otros dos arcos más claros. El arco principal ha permanecido visible, quizá, durante media hora, y se ha ido desvaneciendo lentamente con el crepúsculo. Nadie entre nosotros recordaba haber visto nada similar. En tiempos de supersticiones, sin duda lo habrían vinculado a alguna calamidad pública.

Sábado, 14 de julio.

Ha llovido ligeramente esta mañana, lo suficiente para aplacar el polvo y refrescar el aire, que ahora sopla fresco y húmedo desde el norte. El cielo está sombreado, vaporoso. Un alivio de lo más agradecido después del caluroso sol y del aire seco de los últimos diez días. No ha habido rayos ni truenos.

Lunes, 16 de julio.

Algo más de fresco, con el termómetro en veintiséis grados. Buen día. Hemos dado un paseo por los bosques.

Nos hemos encontrado muchos lirios naranjas de Filadelfia, o lirios de la madera, solitarios y esparcidos, como es lo usual en ellos. Les gusta crecer en bosques y arboledas, y a menudo crecen entre los helechos. El lis amarillo de Canadá, o lirio del prado, también está en flor, y aparece en tierras más bajas y más abiertas; un tramo de pradera, al borde de uno de nuestros arroyuelos, está ahora coloreado por estas hermosas flores. El muy llamativo martagón, o lirio llorón, también pertenece a nuestra zona. El verano pasado, encontramos una noble planta —una pirámide de veinte flores rojas en un solo tallo— brotada en una zona pantanosa en el monte, en los acantilados.

Nos hemos traído a casa un manojo precioso hecho con esos lirios naranjas, acompañados por las hojas del helecho dulce y las flores blancas de la aromática y temprana ebúrnea.

Martes, 17 de julio.

Hemos dado una vuelta por la isla de Mill y los bosques de más allá. El molino harinero de madera roja que hay en aquel lugar es el más antiguo y el más importante de la región. En épocas de sequía, cuando las corrientes menores han carecido de agua, han traído hasta aquí el cereal desde granjas situadas incluso a treinta y dos kilómetros de distancia. No obstante, este verano el agua ha estado tan baja que las ruedas se han detenido.

El aserradero de abajo, en la orilla más alejada, es uno de la media docena que hay en unos pocos kilómetros. Tiene un montón de trabajo. Algunos de los troncos bajan flotando por el lago y el río; otros los llevan hasta allí sobre la nieve, en invierno. De todos modos, la cuenca situada sobre la presa suele estar llena de

troncos. Dado que la corriente ahora mismo es un mero riachuelo, muchos de los troncos están estancados en el fango y el aserradero anda desocupado. Raras veces se ve el río con el caudal tan bajo.

Según nos han contado, durante algunos años después de que se comenzase a levantar el pueblo, la isla de Mill era un lugar que frecuentaban mucho los indios, quienes, por aquella época, venían a menudo en grupos al nuevo asentamiento y se quedaban por aquí meses. Por entonces, la isla estaba cubierta de árboles, y parece que los indios la elegían para acampar antes que otras ubicaciones. Posiblemente fuese este un lugar al que recurriesen sus grupos de caza y de pesca cuando todo el territorio era salvaje. Ahora, vienen raras veces, y en solitario o en familias, implorando permisos para construir una cabaña de ramas o tablones y ejercer ahí su comercio de cestería. Ya no acampan en la isla propiamente dicha, pues el roble junto al puente es casi el único árbol que queda por allí, y a los indios les siguen gustando los bosques; de todos modos, tres de las cuatro familias que han estado aquí en los últimos diez años han elegido las arboledas vecinas como lugar de parada.

Existen ya muchas partes del país en las que nunca se ha visto a un indio. Hay miles y cientos de miles de blancos que nunca han puesto los ojos sobre un piel roja. No obstante, estas tierras se encuentran dentro de las antiguas lindes de las Seis Naciones, y un resto de las grandes tribus de los iroqueses sigue merodeando por lo que fueron sus antiguas moradas, y en ocasiones se cruzan en nuestro camino. El primer grupo que tuvimos la oportunidad de ver nos sorprendió extrañamente, ya que aparecieron en mitad de una comunidad civilizada con los rasgos de su raza salvaje aún muy presentes en ellos. Al recordar que la tierra sobre la que ahora deambulan como extraños, en mitad de una raza ajena, fue hasta hace poco su tierra —la herencia de sus padres—, resulta imposible contemplarlos sin sentir un interés peculiar.

Una tarde de verano, de pie ante la ventana, nuestra atención se fijó de repente en tres siluetas singulares que se acercaban a

la casa. Más de un miembro de nuestro hogar no había visto aún nunca a un indio, y sin ser conscientes de que había alguno por la zona, se hizo necesario un segundo vistazo para convencernos de que esas visitas debían pertenecer a la raza de los pieles rojas, a quienes desde hacía tanto tiempo estábamos ansiosos por ver. Llegaron lentamente ante la puerta, caminando en fila de uno y en silencio, con el cuerpo envuelto en mantas, la cabeza descubierta y los pies descalzos. Sin llamar a la puerta ni decir nada, entraron en la casa sin hacer un solo ruido al caminar, y se quedaron junto a la puerta abierta, en silencio. Les dedicamos un saludo amable y resultaron ser mujeres de la tribu oneida; pertenecían a una familia que había acampado en los bosques el día anterior, con el propósito de vender sus cestas en el pueblo. De semblante modesto, con formas delicadas y voces bajas, conservaban muchas más peculiaridades de los pieles rojas de las que uno habría buscado en una tribu acostumbrada ya hace mucho a interactuar con los blancos, y que cuenta entre sus miembros con una parte más que medio civilizada. Solo una de las tres sabía hablar inglés, y parecía hacerlo con esfuerzo y reticencias. Llevaban unos vestidos de calicó azul, de un corte tosco, cosidos rudamente, y tan cortos que dejaban a la vista unas polainas de paño fino decoradas con cuentas. La cabeza la tenían descubierta por completo, con el pelo liso y negro suelto cayéndoles sobre los hombros, y aunque estábamos en pleno verano entonces, iban envueltas en unas bastas mantas blancas. Les preguntamos cómo se llamaban. «Walle. Awa. Cootlee» fue la respuesta. ¿De qué tribu? «Oneida», contestaron, en voz baja y melancólica como el tono del chotacabras, dando a las vocales ese sonido suave propio del italiano, y cuatro sílabas a la palabra. Tenían unas formas muy delicadas, y la altura usual de las mujeres americanas, con unos rasgos bonitos, pero sin ser guapas. En torno al cuello, los brazos y los tobillos llevaban cordones con adornos baratos, medallas de peltre y toscas cuentas de cristal, con el añadido de unos cuantos trozos de hojalata, los desperdicios de

alguna chatarrería que se habrían encontrado en su camino. Una de ellas, la abuela, era cristiana; las otras dos, paganas. Hubo un cierto toque sobrecogedor y muy doloroso en el hecho de tener que oír como esas pobres criaturas se declaraban en nuestra propia comunidad, bajo nuestro propio techo, ¡bárbaras, paganas! Prestaron muy poca atención a los objetos que las rodeaban, hasta que la más joven de las tres se fijó en una cestita china que había sobre una mesa, cerca de ella. Se puso en pie en silencio, cogió la cesta con las manos, la examinó con cuidado, hizo una sola exclamación de placer y luego intercambió unas palabras con sus compañeras en su lengua bárbara, aunque musical. Todas parecían estar impresionadas por ese espécimen de ingenio chino. Como es costumbre, nos pidieron pan y carne fría, y les dimos con gusto provisiones de ambas cosas, añadiendo algo de pastel, cosa a la que parecieron darle escasa importancia. Entretanto, habíamos hecho llegar un mensaje a una de las tiendas del pueblo en la que vendían juguetes y baratijas para los niños, y el recadero volvió con un puñado de anillos y broches de cobre, medallas de peltre y trozos de lazos relucientes, que dimos de regalo a nuestras invitadas. Aquellas sencillas criaturas se mostraron de lo más agradecidas, además de sorprendidas, aunque su agradecimiento fue breve y se mantuvieron fieles a la verdadera etiqueta india, que manda contener todas las emociones. A decir verdad, estuvieron muy calladas, recelosas de hablar, por lo que no resultó fácil obtener mucha información de ellas. No obstante, su apariencia global era mucho más india de lo que estábamos preparados para ver, mientras que sus maneras resultaban tan amables y femeninas, tan desprovistas de vulgaridad o rudeza en mitad de su indocta ignorancia, que la visita nos agradó enormemente. Más adelante, ese mismo día, acudimos a su campamento, como llaman siempre ellos a los lugares en los que paran. Allí, encontramos a varios niños y a dos hombres de la familia. Estos últimos eran evidentemente de pura sangre india, con todas las marcas de su raza estampadas en la piel, pero, ay, ni un rastro de su

«bravura». Ambos tenían una expresión estricta, sensual, carente de ánima, la viva estampa del vicio tan dolorosa de contemplar en el semblante humano. Se habían quitado las mantas e iban ataviados con chaquetas andrajosas, calzones y sombreros de piel de castor, todo obtenido de la ropa desechada por sus vecinos blancos, con el sorprendente añadido, no obstante, de unos trozos de estaño a juego con los que llevaban sus mujeres. Algunos de esos recortes los tenían adheridos a los sombreros y otros, sujetos al pecho en los ojales, donde los grandes caballeros del Viejo Mundo llevan estrellas de diamante y distintivos de honor. Estaban tallando arcos y flechas para los niños del pueblo, hechos con madera de fresno, y ninguno de los dos nos habló; o bien no entendían nuestra compañía al hablarles en inglés, o no querían entenderla. Las mujeres y los niños estaban sentados en el suelo, afanados con las cestas, que hacían con mucho esmero, si bien los patrones son todos muy simples. Por lo general, tiñen las tiras de madera de fresno con colores adquiridos en los pueblos, en las boticas, y solo de cuando en cuando utilizan, para ese mismo propósito, el jugo de hojas y bayas, cuando están en temporada y se pueden obtener fácilmente.

Desde la visita de las mujeres oneidas, por el pueblo han pasado algunos otros grupos de indios. La temporada siguiente a esa, una familia de tres generaciones hizo su aparición ante nuestra puerta, afirmando tener un grado de familiaridad por herencia con el dueño de la casa. Eran mucho menos salvajes que nuestras primeras visitantes: habían descartado por completo las mantas y hablaban inglés muy bien. El líder y patriarca del grupo tenía nombre holandés, que probablemente le hubiese puesto alguno de sus amigos en las llanuras del Mohawk. Asimismo, ostentaba el privilegio de poder anteponer a su nombre la palabra «reverendo», ya que era pastor metodista: el reverendo Kunkerpott. Pese a todo, era indio de pura sangre, con la típica tez de color cobrizo y unos pómulos prominentes. Su rostro tenía un perfil de nariz decididamente aguileña, y el pelo largo y gris mostraba una onda extraña

entre su pueblo. La boca, que suele dibujar en ellos una expresión salvaje mucho más marcada, era pequeña, con un toque amable. En conjunto, era una extraña mezcla de pastor metodista y patriarca indio. Su hijo tenía una apariencia mucho más salvaje que él: un hombre silencioso de aspecto frío. Y el nieto, un niño de diez o doce años, era una de las criaturas más zafias y pícaras de aspecto que habíamos contemplado en nuestra vida. Llevaba una chaqueta de corte largo, de dos veces su talla, con botas del mismo tamaño, y parecía estar especialmente orgulloso de estas últimas, ya que las miraba de cuando en cuando con gran satisfacción mientras se tambaleaba de acá para allá. La cara del niño era muy salvaje, y llevaba la cabeza descubierta, con una cantidad inusual de pelo largo y negro que le chorreaba hasta los hombros. Mientras su abuelo conversaba sobre los viejos tiempos, el chiquillo se divertía dando vueltas sobre una sola pierna, hazaña que habría parecido casi imposible con aquellas botas, pero que en cualquier caso logró hacer con una notable destreza, girando una y otra vez, con los brazos extendidos, los ojos grandes y negros fijos neciamente ante él, la boca abierta y el pelo largo volando en todas direcciones: la criatura de aspecto más salvaje que nadie habría querido ver. Esperábamos que en cualquier momento cayese sin aliento y exhausto, como un derviche danzante, suponiendo que al niño le hubiesen enseñado esa habilidad como modo de agradar a los amigos civilizados; pero no, simplemente se estaba entreteniendo él solo, y mantuvo el equilibrio hasta el final.

Algún contacto más con los indios, que siguen ocupando tierras reservadas para ellos por el Gobierno en la zona oeste del estado, no ha hecho más que confirmar las impresiones generadas por esas primeras entrevistas. La civilización, en sus ramificaciones más tempranas, parece producir un efecto diferente sobre los hombres que sobre las mujeres. Los primeros pierden con ella; las segundas, salen ganando. En los hombres, al dejar de ser guerreros y cazadores, desaparece su carácter nativo; el fuego de su

energía salvaje se extingue y solo quedan los rescoldos apagados y ennegrecidos. Nada acostumbrados por hábito, prejuicio e instinto heredado a trabajar, les es imposible mantener una ocupación, y por lo general se hunden y se convierten en holgazanes inútiles y bebedores; en nuestras propias tierras, se ven muchos de ellos en ese estado. Las mujeres, por el contrario, siempre han estado acostumbradas a trabajar duro mientras los guerreros permanecían ociosos, y les es mucho más fácil pasar de las labores del campo a las tareas del hogar que a los hombres intercambiar la excitación de la guerra y de la caza por actividades tranquilas y regulares, agrícolas o mecánicas. En el estado salvaje, las mujeres se muestran muy inferiores a los hombres, pero en condiciones de semicivilización, adquieren una gran ventaja sobre el sexo más fuerte. No suelen ser hermosas, pero a menudo sí tienen un aspecto agradable. Su expresión dulce, sus maneras modestas y sumisas, sus voces bajas y musicales, y los ojos tiernos y oscuros levantan un interés favorable a ellas, mientras que la mirada rehúye con dolor y disgusto las expresiones brutales, estúpidas y ebrias vistas demasiado a menudo entre los hombres. Hoy hay muchas jóvenes entre las tribus semicivilizadas que muestran unas maneras y un aspecto ajustados a la idea que tenemos de la dulce Pocahontas. Sin embargo, es raro ver entre ellos a un hombre equiparable a los jefes Powhattan, Philip o Uncas. Y aun así, por poco favorable que resulte su aspecto, hay pocos —ni siquiera entre los más viciados— que si se los incita no vayan a usar el discurso poético y figurativo, o los gestos dignificados e impresionantes, propios de su raza. El contraste entre el aspecto envilecido que lucen todos los días y esos repentinos destellos instintivos es muy llamativo. No obstante, no faltan ejemplos en los que hombres de pura sangre india hayan superado los muchos obstáculos de su camino y ahora se ganen la simpatía y el respeto de sus compañeros blancos, gracias a la energía y la perseverancia que han mostrado a la hora de dominar una nueva posición entre los hombres civilizados.

La ropa de las mujeres resulta también más agradable que la de los hombres, ya que conserva ciertos rasgos de una vestimenta característica. Por lo general, van envueltas en mantas y con la cabeza descubierta o, las de las familias más ricas, con un sombrero de piel de castor, que las hace asemejarse un poco a las muchachas campesinas morenas de la Toscana; además, parecen ser las únicas féminas del país que no estudian en profundidad las láminas de moda mensuales. Los hombres van casi siempre vestidos con ropas raídas, cortadas siguiendo patrones blancos. Las mujeres o bien no gustan de hablar inglés o no saben hacerlo, pues a decir verdad se muestran muy lacónicas en la conversación. Muchas de ellas, aunque entienden lo que se les dice, solo responden con sonrisas y gestos; sin embargo, dado que no aspiran tanto como los hombres a conservar la fría dignidad de su raza, ese lenguaje mudo resulta a menudo amable y agradable. De entre las que van por ahí vendiendo sus sencillas mercancías en los alrededores de sus propios pueblos, muchas podrían destacar por su expresión afable, sus maneras dulces y sus voces bajas y musicales. Siguen cargando con sus hijos atados con una manta a la espalda, sujetos con una banda que se pasan por la frente, para que así el peso caiga principalmente en la cabeza.

No se hace complicado desearles el bien a estas pobres gentes, pero por seguro, a nosotros sería de justicia exigirnos algo más: a nosotros, que les quitamos su país y su lugar en la tierra. Parece haber llegado por fin la hora en la que sus ojos se están abriendo a la auténtica bondad de la civilización, a las ventajas del conocimiento, a las bendiciones de la Cristiandad. Reconozcamos la firme reivindicación que nos plantean, y no solo de palabra, sino también de obra. El intelecto nativo del piel roja que pobló esta parte de América superaba el de muchas otras razas que han obrado bajo las maldiciones de la vida salvaje. Han mostrado bravura, fortaleza, sentimiento religioso, elocuencia, imaginación, rapidez intelectual, y mucha dignidad en sus modos. Y, si somos

fieles a nuestro deber, ahora mismo, en el preciso momento en el que ellos están dando por voluntad propia un paso en el camino de la mejora, quizá no estemos lejos del día en el que hayamos de contar a los hombres de sangre india entre los sabios y los buenos, trabajando en nombre de nuestro territorio común.

A decir verdad, resulta doloroso recordar lo poco que se ha hecho hasta el momento por los indios durante los tres siglos desde que el piel roja y el hombre blanco se encontraron por primera vez en la costa del Atlántico. En cualquier caso, se trata simplemente del transcurso normal de las cosas: una raza salvaje se verá corrompida de un modo casi invariable, más que mejorada, por su primer contacto con un pueblo civilizado; sufren por los vicios de la civilización antes de aprender a concebir debidamente sus ventajas. Ocurre con las naciones igual que con los individuos: el proceso de mejora es una cosa lenta, y la corrupción, rápida.

Miércoles, 18 de julio.

Un día caluroso y luminoso. El termómetro marcaba treinta y un grados, con mucho aire seco. Hemos dado un paseo por el bosque.

La planta fantasma, la pipa de indio, está en flor, y es bastante común aquí; a veces, crece en solitario, pero con más frecuencia brotan varias de ellas juntas. La planta entera, de más o menos un palmo de altura, carece por completo de color, y parece más bien que hubiese surgido de tallar barita de Derbyshire. Las hojas van sustituidas por brácteas, pero la flor es grande y perfecta, y desde la raíz hacia arriba tiene un color blanco sin mácula alguna. Se la puede ver entre junio y finales de septiembre. Al principio, la flor se balancea, y es cuando se asemeja verdaderamente a la cazoleta de una pipa. Sin embargo, poco a poco se endereza mientras la semilla va madurando, y se torna negra al descomponerse. Hemos visto un ramillete entero de estas flores ribeteadas en negro —como de medio luto, por así decirlo—, aunque de un color blanco sano por

dentro de ese borde. Probablemente, fuese alguna plaga que las había afectado de tal modo.

La preciosa falsa violeta, o *Dalibarda repens* para los botánicos, también está en flor: una florecilla delicada y modesta, que se abre en solitario entre las hojas de color verde oscuro y se parece mucho a las de la violeta, como su propio nombre apunta. Se trata de una de nuestras plantas de bosque más comunes. Las hojas, con frecuencia, pasan todo el invierno verdes. En inglés la llaman *dew-drop* o «gota de rocío», probablemente por el hecho de que florezca en torno a la época en la que las rociadas del verano son más intensas.

El peralito también está en flor, con sus florecillas de color blanco verdoso todas giradas en la misma dirección. Se trata de una de las plantas más comunes que encontramos bajo nuestras pisadas en el bosque. Esta es una región de gaulterias y pírolas: en este condado, creo, pueden encontrarse casi todas sus variedades. Tanto la brillante pipsissewa como la preciosa quimafila manchada, con sus hojas abigarradas, son comunes por aquí, al igual que la fragrante pírola de hoja redonda; y también la pírola de una flor, rara en la mayor parte del país, aparece en nuestros bosques.

Estuvimos observando la *Diervilla* amarilla o arbusto madreselva del norte, aún en flor. Las tuyas siguen mostrando el verde claro de sus brotes jóvenes, que se van oscureciendo muy lentamente.

Jueves, 19 de julio.

Día caluroso y despejado, con el termómetro en treinta y un grados.

Resulta que los pocos y humildes elementos antiguos de nuestra zona se encuentran todos apiñados cerca de la desembocadura del lago. Se trata de una célebre roca, las ruinas de un puente y los restos de una misión militar.

La roca se ubica en el lago, a un tiro de piedra de la orilla. Es un fragmento liso y redondeado, de poco más de un metro de al-

tura. A veces las aguas, en épocas muy cálidas, la dejan casi seca, pero nunca, creo, la han inundado. La roca en sí no tiene nada de destacable, aunque quizá sea la más grande de las que aparecen sobre la superficie de nuestro lago. No obstante, se cuenta que esta piedra fue un lugar destacado de congregación entre los indios, que tenían por costumbre celebrar reuniones entre sus distintos grupos en este sitio. Desde la tierra de los mohawks, desde los terrenos de caza del sur en las orillas del Susquehanna y desde la región oneida, atravesaban las tierras salvajes hasta este punto de encuentro común en la roca gris, cerca de la desembocadura del lago. Eso es lo que dice la leyenda, basada seguramente en la verdad, pues ha prevalecido en la zona desde el asentamiento blanco en la región y, por su naturaleza, no tendría credibilidad que la hubiese ideado la mente del hombre blanco que, poco dado a inventar cosas así, habría probado con una historia más ambiciosa. Su mera simplicidad le da peso al relato, y resulta bastante coherente además con los hábitos de los indios y con su buena capacidad de observación, pues la roca, pese a carecer de importancia, es la más grande a la vista, y su posición cerca de la desembocadura la convertiría en un lugar muy fácil de señalar con naturalidad. Asimismo, esta historia como tal es desde luego la única ligada a los indios que conservamos entre nosotros. Con esta sola excepción, el piel roja no ha dejado marcas por aquí, ni en monte ni en valle, ni en lago ni en arroyo.

De la leyenda pasamos a algo mucho más certero: desde las épocas oscuras, llegamos al amanecer de la historia. En las orillas del río, se encuentran las ruinas de un puente, el primero construido en este lugar a manos del hombre blanco. Entre las corrientes montañosas del Viejo Mundo hay muchos arcos de piedra, altos y estrechos, construidos hace más de miles años, que aún hoy se levantan en diversos estados de pintoresco deterioro. Nuestras ruinas son más toscas que esas. En el verano de 1786, un par de emigrantes, padre e hijo, llegaron a la ribera occidental del río con

intención de cruzarlo. Por entonces, aquí no existía ningún pueblo; sin embargo, en el lugar había una cabaña de madera solitaria y un fortín abandonado, y los emigrantes esperaban encontrar al menos el refugio de las paredes y el techo. No obstante, el río no lo cruzaba ningún puente, ni había barcas para pasar de una orilla a la otra. Algunas personas, en tales circunstancias, habrían vadeado la corriente; otras, habrían cruzado a nado. Pero nuestros emigrantes cogieron un atajo: construyeron un puente. Como era normal entonces, los dos llevaban hachas, y eligieron uno de los pinos altos que crecían en la ribera, de la vieja raza que luego llenó todo el valle. Al poco, habían talado el árbol y le dieron una inclinación tal para que cayese atravesando el canal de agua: así quedó construido el puente y los emigrantes cruzaron por encima del tronco. El tocón de ese árbol aún está en la ribera y es de las pocas ruinas de las que podemos presumir; se va descomponiendo rápidamente, aunque ha sobrevivido a los dos hombres que talaron el árbol. El más joven, el hijo, murió a edad avanzada, hace uno o dos años.

La misión militar mencionada fue de una mayor escala y estuvo vinculada a una expedición de cierta importancia. En 1779, cuando el general Sullivan recibió órdenes de actuar contra los indios en la parte occidental del estado, para castigarlos por las masacres de Wyoming y el valle de Cherry, se envió un destacamento de las fuerzas de Sullivan al mando del general Clinton que tuvo que atravesar este valle. Tras remontar el Mohawk hasta lo que a veces se llamaba entonces «porteo», pasando las colinas para llegar a este lago, abrieron un camino por el bosque y transportaron sus barcas hacia nuestras aguas, las echaron al lago en su nacimiento y remaron hasta el lugar donde se encuentra ahora el pueblo. Aquí estuvieron acampados cierto tiempo, dado que les pareció que en el río había demasiadas maderas arrastradas por la corriente como para permitir el paso de sus barcas. Para eliminar este obstáculo, el general Clinton ordenó la construcción de una presa en la desembocadura; de este modo, las aguas del lago subirían tanto que, al abrirse las

compuertas, las aguas correrían con tal potencia que despejarían por completo el canal. Las tropas podrían así pasar en sus barcas desde el nacimiento mismo del arroyo hasta el lugar de encuentro, la punta de tierra llamada Tioga, a una distancia de más de trescientos veinte kilómetros por el curso de este río sinuoso. Se trata del único incidente que vincula nuestro aislado lago con algún hecho histórico, y se cree que en ninguna otra ocasión han pasado tropas por el valle, en ninguna otra misión belicosa. Probablemente, no existan más ejemplos en los que un número tan grande de barcas haya surcado nuestro tranquilo lago, y nos cuesta suponer que una flota de este carácter bélico vuelva a reunirse jamás aquí, hasta el final de los tiempos. Aún pueden verse algunos rastros de esa presa militar, aunque con cada año que pasa se los distingue menos.

Viernes, 20 de julio.

Día caluroso, con el termómetro en casi treinta grados y un fuerte viento del sur. Se ha pasado el día lloviznando ligeramente, apenas lo suficiente para aplacar el polvo. No ha habido rayos ni truenos.

Las luciérnagas estaban revoloteando esta tarde noche bajo la lluvia. No les importa mucho que caiga agua por las noches; a menudo, las hemos visto en una noche lluviosa moviendo sus farolitos por ahí con poca preocupación. Solo las lluvias intensas y torrenciales las dejan encerradas en casa. Estas criaturitas parecen tener sus sitios favoritos. Hay un hermoso valle en el condado, a unos treinta y dos kilómetros de nosotros, donde son muy numerosas; en esas praderas, se las puede ver danzar en grupos más grandes que aquí.

Sábado, 21 de julio.

Buen tiempo. No ha hecho mucho calor. El termómetro marcaba veinticinco grados.

Nuestros queridos vendedores de frutas están empezando a traer al mercado arándanos negros. Abundan mucho en nuestros montes, y son comunes en los bosques y en las tierras a medio aclarar. El pequeño arbusto del arándano negro, incluidas todas sus múltiples variedades, se extiende por una amplia superficie de terreno, y crece tanto en el bosque como en tierras baldías o en montes y ciénagas. Se sabe bien que en este continente occidental, el arándano negro ocupa el lugar que en Europa tiene el brezal. Pese a ser mucho menos llamativo que la ginesta dorada o el brezo púrpura, las plantas europeas de las tierras baldías, el arándano negro tiene el mayor mérito de producir un fruto comestible, que seguimos considerando muy agradable, aunque ahora la horticultura nos provea con tantos lujos de la misma clase. Para los pobres indios, los arándanos negros debían ser muy preciados, ya que se beneficiaban de sus frutos durante tres meses del año, más o menos.

La aurora boreal brilla esta noche. Durante algunos meses, ha sido menos frecuente de lo usual. Disfrutamos de ella, a intervalos, todas las temporadas.

Lunes, 23 de julio.

Justamente en el lugar en el que la calle del pueblo se convierte en carretera y gira para subir por la ladera del monte, hay un pinar, remanente del viejo bosque. Entre los bosques existen muchos árboles como esos; por todas partes, pueden verse alzándose en los montes, meneando las ramas en los vientos de tormenta, dibujados en un relieve quieto y oscuro sobre el reluciente cielo del anochecer. Sus formas flacas y rectas se levantan en torno a las cimas, y los desiguales tocones grises de los que han caído, salpicados por los suaves campos, marcan los toques más adustos de una escena cuyo aspecto general es sonriente. No obstante, aunque esos viejos árboles sean comunes en las alturas boscosas,

el pinar de las afueras del pueblo se alza en solitario entre los campos de cultivo del valle. Sus compañeros más próximos están todos desaparecidos y ellos se han quedado aislados, todos muy diversos entre sí en cuanto a carácter: un monumento del pasado.

Es sobre un tramo estrecho de tierra, con una carretera y un maizal a un lado y un arroyo y un vergel al otro, donde están enraizados dichos árboles: una franja de arboleda unida al bosque de las colinas, más arriba, e interrumpida repentinamente cuando se aproxima a los primeros edificios del pueblo. Allí están: espectadores silenciosos de los magníficos cambios que ha experimentado el valle. Cientos de inviernos han pasado desde que las piñas que contenían las semillas de esa arboleda cayesen del árbol madre; siglos han transcurrido desde que sus copas emergiesen de la ola superior del mar de verdor para encontrarse con la luz del sol. Y aun así, no fue hasta ayer cuando sus sombras cayeron por vez primera, en toda su plenitud, sobre la tierra, a sus pies.

Hace sesenta años, esos árboles pertenecían a una zona salvaje. El oso, el lobo y el puma sacudían sus troncos; el desgarbado alce y el ágil ciervo pastaban a sus pies; el salvaje cazador reptaba sigilosamente por sus raíces, y los guerreros indios pintados pasaban sin hacer ruido camino de la guerra bajo su sombra. ¿Cuántas generaciones sucesivas de pieles rojas han pisado el suelo al que ellos daban sombra, y luego se han apostado en sus estrechas sepulturas? ¿Cuántas manadas de criaturas salvajes se han dado caza unas a otras por ese bosque, y han dejado que sus huesos se vayan blanqueando entre helechos y musgos? No existe voz humana que pueda responder a eso. Solo sabemos que los vientos estivales, cuando llenaron las velas de Colón y de Caboto, hace trescientos años, llegaron soplando sobre estos pinares, murmurando entonces igual que los oímos murmurar hoy.

No existe ningún registro que nos diga siquiera cómo se llamaba el primer hombre blanco que vio este aislado valle con su lago límpido. Probablemente se tratase de algún audaz cazador

procedente del Mohawk en busca de ciervos, o bien de castores. No obstante, mientras se iban levantando ciudades a las orillas del St. Lawrence y en el litoral, esta región del interior seguía sin explorarse. Mucho después de que se hubiesen abierto tiendas, arado campos de cultivo y librado batallas al norte, sur, este e incluso en muchos puntos del oeste, sí, esos pinos se levantaban en el corazón de una tierra salvaje y silenciosa. Este laguito descansó incrustado en un bosque hasta que hubo acabado la gran batalla de la Revolución. Unos meses después de que la guerra llegase a su honorable final, Washington hizo un viaje de observación por las aguas interiores de esta parte del país. En una carta a un amigo en Francia, menciona este laguito, la fuente de un río que, cuatro grados más al sur, desemboca en el Chesapeake, en una región cercana a su Potomac. Conforme pasaba por una región medio salvaje, donde las pocas marcas de la civilización entonces existentes llevaban la cicatriz de la guerra, Washington concibió el boceto de muchas de las mejoras que desde entonces otros han llevado a cabo, y que han dado lugar a una generación tan rica en prosperidad como lo es esta. A quienes viven aquí les queda una agradable reflexión que hacer: mientras muchos lugares importantes del país nunca se vieron honrados por su presencia, Washington sí pisó el suelo que rodea nuestro lago. Pero incluso en tiempos tan tardíos, cuando llegaron hasta aquí los hombres grandes y hombres buenos, las montañas seguían revestidas de árboles hasta el borde del agua, y mezclados con robles gigantes y fresnos, esos pinos altos se agitaban por encima del valle.

Con el tiempo, casi tres largos siglos después de que el genovés cruzase el océano, el hombre blanco llegó a establecer un hogar en este sitio, y fue entonces cuando se inició el gran cambio. El hacha y la sierra, la forja y la rueda, se mantenían en activo del amanecer al anochecer, vacas y cerdos se alimentaban en los matorrales de los que habían huido las bestias salvajes, mientras que el buey y el caballo sacaban a rastras con cadenas los troncos

talados de los árboles. Los moradores de las tierras salvajes se iban reduciendo cada vez más dentro de sus lindes con cada cambio de luna. Las criaturas salvajes huían a las sombras menguantes del bosque, y el piel roja seguía sus pasos. Los días de poder de los pieles rojas habían terminado, su hora de despiadada venganza había pasado y los últimos ecos de los gritos de guerra se extinguían para siempre entre estas colinas, mientras los blancos colocaban sus hogares junto a la orilla del lago. El piel roja, que durante miles de años había sido el señor de estas tierras, ya no pisa más este suelo. Solo existe aquí en recuerdos inciertos, y en tumbas olvidadas.

Tal ha sido el cambio vivido en el último medio siglo. Quienes desde su infancia han conocido las alegres moradas del pueblo, los anchos y fértiles cultivos, las transitadas carreteras, tal y como son hoy, apenas logran dar crédito a que todo esto se haya hecho tan recientemente y a manos de un grupo de hombres, algunos de los cuales, canosos y apoyados en bastones, siguen estando entre nosotros. Aun así, es la pura y simple verdad. Este pueblo reposa en las lindes del tramo de territorio que se aclaró y pobló inmediatamente después de la Revolución. Fue de las primeras de esas pequeñas colonias procedentes del litoral que dieron a parar a tierras salvajes en aquel momento tan favorable, y cuyos rápidos crecimiento y progreso en la civilización han terminado por convertirse en ejemplares. A decir verdad, otros lugares han superado con mucho a esta tranquila vecindad: Rochester, Buffalo y otros de fechas posteriores se han convertido en grandes ciudades, mientras que esta comunidad sigue siendo un pueblo rural. Aun así, siempre que nos detenemos a recordar lo que se ha hecho en este aislado valle durante la vida de una sola generación, no podemos más que sentirnos de nuevas impresionados. Y durante todos y cada uno de esos trabajos, los viejos pinos permanecieron allí. Inalterables, se alzan rodeados por elementos que han experimentado todos un cambio enorme: el valle abierto, los montes a medio podar, los caminos, los rebaños, los edificios, los

bosques de renuevos, incluso las aguas en las diferentes imágenes que reflejan en su seno, la raza misma del hombre que va y viene, todo es distinto de lo que fue. Y esos árboles viejos y calmos parecen lanzar el suspiro de la edad solitaria, mientras sus copas cónicas se mecen lentamente al viento.

El aspecto del bosque cuenta su propia historia, en vista de cuantísimo difiere en naturaleza de las arboledas más jóvenes que se agitan frondosas y alegres sobre el valle. En mitad de los parejos cultivos, habla claramente de la tierra salvaje, que no es el joven vergel plantado ayer, sino los pinos nativos y viejos que parecen ser los forasteros en el terreno. El pino crecido en bosque nunca deja de tener un carácter propio muy marcado: el tronco gris se alza claro y limpio de curvaturas o ramas hasta más de la mitad de su gran altura, desde donde salen ramitas cortas en horizontal en un crecimiento sucesivo en abanico alrededor del tronco, hasta la cima, que suele estar coronada por una cresta baja de ramas rectas. El tronco es muy exquisito, gracias a su gran altura y a la noble simpleza de sus líneas; en cuanto al color, muestra un gris claro y puro, con la corteza más clara y suave de toda su tribu, y solo ocasionalmente está parcheado por líquenes. El pino blanco americano de este clima reúne pocos musgos, salvo en las situaciones de mucha humedad, y los árboles más antiguos suelen carecer por completo de ellos. A decir verdad, se trata de un árbol pocas veces visto con los síntomas de un estado semimuerto o en descomposición, como ocurre con muchos otros; la línea gris de una rama desnuda puede observarse aquí y allá, quizá, como una marca de su edad, pero por lo general conserva un aspecto vigoroso hasta el último momento, como si mantuviese la muerte a raya hasta que se le parase el corazón, o cayese de sus raíces. Es cierto que su aspecto puede resultar a menudo decepcionante, y aun así se trata de una peculiaridad de nuestro pino el hecho de que conserve su verdor hasta el final, al contrario que muchos otros árboles que se ven en el bosque, medio verdes, medio grises, y sin vida.

El pino que crece en pastos o arboledas abiertas y el pino de los bosques difieren de un modo muy asombroso en su silueta. La clásica forma piramidal o cónica del árbol perenne se sigue solo muy levemente en las ramas cortas e irregulares de este árbol en el bosque, pero lo que pierde en frondosidad y elegancia se ve más que compensado por un peculiar carácter de dignidad silvestre, y alza su adusta cabeza muy por encima de los árboles menores, sobrepasando en mucho la fila más orgullosa de los robles. Y aun así, en sus formas más rudas, nunca son árboles duros. Al acercarnos a ellos, siempre encontraremos algo de la calma de la edad y la dulzura de la naturaleza que suaviza su aspecto. Se percibe una cierta gracia en el lento bamboleo de las ramas con el aire de altura que nunca deja de mostrarse, y una melodía misteriosa en sus murmullos ventosos. Se desprende una luz esmeralda de su precioso verdor, dispuesto en guirnaldas inmarcesibles, frescas y claras sobre las cabezas de esos viejos árboles. El efecto de luces y sombras del follaje en los pinos de bosque más antiguos es de hecho mucho más exquisito del que vemos entre sus vecinos más jóvenes: las ramas copetudas, con su crecimiento en horizontal, reciben el hermoso toque de unos circulitos de luz clara, que se quiebran y pierden en mitad de la confusa mezcla de las ramas en los árboles de crecimiento más recto. Las piñas alargadas y marrones son sobre todo pendulares, y salen en ramilletes, en las ramas superiores; algunas temporadas son tan numerosas en los árboles más jóvenes que llegan a darles a las copas una decidida tonalidad marrón.

El pinar de las afueras del pueblo cuenta quizá con unos cuarenta árboles, que varían en contorno del metro y medio o dos metros a los casi cuatro metros, y en altura de unos treinta y cinco a unos cincuenta metros. Dada su ubicación expuesta y su altura, estos árboles se distinguen claramente a kilómetros de distancia, ya sea desde el lago, los montes o los caminos que rodean la región: un hito que sobrepasa los humildes capiteles de la iglesia y todos los objetos levantados por el hombre dentro de las lindes del valle. La ruda

sencillez de su perfil, los troncos erectos e inflexibles, su carácter adusto e inmutable y la exigua cubierta de follaje llevan a imaginarlos inconscientemente como una banda de jefes salvajes saliendo en una fila oscura del valle que tienen tras de sí, contemplando asombrados el aspecto alterado de sus antiguas tierras de caza.

La conservación de esos pinos viejos no puede más que depender por completo de la voluntad de su dueño. Son de propiedad privada. No tenemos derecho a pedir que se salven, pero es imposible observar sus vetustos troncos y sus copas crestadas sin albergar la esperanza de que continúen ilesos durante mucho tiempo, mirando el valle que ha brotado a sus pies. Sin duda, son de las cosas más impactantes que tenemos en el condado, y le debemos gratitud a la mano que durante tanto los ha conservado, uno de los honores de nuestra vecindad. Solo se necesitan unos cuantos minutos para hacer caer al suelo uno de esos árboles: el patán más bruto que pase por el camino podría hacerlo fácilmente. Pero, ay, ¡cuántos años han de pasar para que uno igual se levante en el mismo sitio! Parémonos a contar los días, los meses, los años; numeremos las generaciones que deben ir y venir, los siglos que han de avanzar, antes de que la semilla plantada de las piñas de este año produzca una arboleda como la que tenemos ante nosotros. El fornido brazo tan dispuesto a levantar hoy el hacha se debilitará con la edad, caerá en su tumba, sus huesos y nervios se convertirán en polvo, mucho antes de que otro árbol, alto y grandioso como estos, pueda crecer de la piña que tenemos ahora en la mano. Es más: la fortaleza reunida de todos los nervios, sumada a todos los poderes de la mente y a toda la fuerza de voluntad de millones de hombres no podrían hacer más por ello que la pobre capacidad de un solo brazo. Esta es de las hazañas que solo el tiempo es capaz de lograr. Pero incluso dando por sentado que de aquí a cientos de años otros árboles sucederán a estos con la misma dignidad de altura y edad, ningún otro ejemplar más joven podrá afirmar guardar el mismo vínculo que estos con

un estado de las cosas ya desaparecido para siempre. No podrán tener ese carácter salvaje y adusto de los pinos viejos del bosque. Esta pequeña comunidad misma caerá en decadencia y ruina: las calles quedarán invadidas por arbustos y matojos; las granjas del valle volverán a enterrarse bajo las sombras de la naturaleza silvestre; el ciervo y el lobo salvajes, y el oso, regresarán desde más allá de los grandes lagos; y los huesos de los hombres salvajes enterrados bajo nuestros pies se levantarán y volverán a moverse a la caza, antes de que árboles como estos, con el espíritu del bosque en cada una de sus líneas, puedan levantarse en la misma tierra con la salvaje dignidad en sus formas de esos pinos viejos que ahora miran nuestras casas desde las aturas.

Martes, 24 de julio.

El termómetro marcaba casi veintinueve grados a la sombra a las tres de la tarde. Día calmo, despejado y seco. Los granjeros ansían mucho la lluvia.

Hemos dado un agradable paseo en barca por la tarde, río abajo. No se puede llegar muy lejos, ya que la presa del molino bloquea el paso, pero es un pequeño tramo de corriente precioso para dar una vuelta vespertina. Aquí, tan cerca de su manantial, el río es bastante estrecho, con solo veinte o veinticinco metros de anchura. El agua por lo general es muy transparente, y de un tono gris verdoso. Tras el deshielo de la primavera, a veces adquiere un tono azulado y a finales del otoño, después de las fuertes lluvias, acaba teniendo un matiz más decidido de verde oscuro. Raras veces va turbia, y nunca está enteramente fangosa. No tiene mucha profundidad, salvo en algunos puntos. No obstante, hay algunos lugares en los que el río sí es hondo, y que los niños del pueblo conocen bien por las hazañas de nado que se han efectuado allí. Ciertos muchachos se enorgullecen de haber caminado por el lecho del río en estos puntos profundos, mientras que de otros, aún más

atrevidos, se cuenta que han jugado a «la estatua» y se han sentado en lo que llaman el «hoyo hondo». En general, el fondo del río es pedregoso o fangoso, aunque también hay tramos de arena. El crecimiento de plantas acuáticas en muchos puntos es muy frondoso, y cerca del puente hay un bonito parche de pasto dentado que crea un hermoso efecto visto desde arriba, con los penachos largos flotando graciosos en la lenta corriente del arroyo, como los bucles de una tropa de sirenas. Una de esas plantas, por cierto, lleva el nombre de náyade delgado, aunque es una de las más modestas de su tribu; hay otras mucho más elegantes a las que ese nombre les iría mejor. Cabe recordar que en la parte norte del estado existe un arroyo bastante grande al que llaman río Herboso, por la gran cantidad de estos pastos que crecen en sus aguas.

Los árboles más antiguos de la ribera los talaron hace ya tiempo, pero muchos ejemplares jóvenes de olmos, arces, fresnos, guillomos, etcétera se alzan con las raíces mojadas por el agua, mientras viñas y parras vírgenes les suben por encima. Cerezas y ciruelas silvestres alinean también el curso de nuestro riachuelo. Sauces y alisos forman matorrales más bajos que los árboles del bosque. Todos nuestros sauces nativos en el continente son pequeños. El de mayor tamaño es el sauce negro, de corteza oscura y más de siete metros de altura; crece unos kilómetros más allá, corriente abajo. Nuestros alisos son también meros arbustos, mientras que el aliso común de Europa es un árbol de pleno tamaño, alto como sus olmos o hayas.

Miércoles, 25 de julio.

Día caluroso y despejado. El termómetro marcaba veintiocho grados, con un aire agradable.

Hemos dado un paseo largo en el coche. Los caminos estaban muy polvorientos, pero teníamos el viento a favor, y es una

época tan ajetreada para los granjeros que había poco movimiento en la carretera. En el transcurso de un paseo de varias horas, solo hemos visto tres o cuatro carretas.

Las granjas lucen suntuosas con los cereales maduros, pero la lluvia está haciendo mucha falta. El maíz de indias, el lúpulo y la patata ya han tenido más sol del necesario. El pasto también está mucho más seco de lo usual en esta parte del territorio, aunque los árboles lucen muy hermosos, con un verde exuberante, sin mostrar un ápice del perjuicio de esta época seca. Se cree que el maíz es el que más ha sufrido. Según los granjeros, las mazorcas no se están llenando como deberían, pero las plantas en sí tienen buen aspecto, y las flores amarillas de las matas de la calabaza que reposan por el suelo ayudan, como siempre, a que los maizales se cuenten entre los cultivos más hermosos de las granjas.

Plantas trepadoras como las de la calabaza, el melón y el pepino, que cargan con frutas pesadas, muestran poca tendencia a ascender. Está bien que no intenten elevarse del suelo, dado que, de hacerlo, no podrían soportar el peso de su propio fruto. El hecho de que no busquen trepar es un bonito ejemplo de esa preciosa adecuación y unidad de carácter tan llamativas en el mundo vegetal en general. La posición en la que se contentan con permanecer es la mejor que se podría calcular para madurar sus calabazas, grandes y pesadas. El calor que refleja la tierra ayuda al sol en esta tarea, mientras que la humedad del terreno no les daña la gruesa piel, como sí ocurriría con frutos de una corteza más delicada.

Jueves, 26 de julio.

Una mañana encapotada y nubosa, con una brisa fuerte del sureste: uno de esos cielos que promete lluvia cada diez minutos. El cielo está cubierto por vapores oscuros que bañan las cimas de los montes, pero las nubes se abren, los rayos del sol van y vienen, y no cae

nada de lluvia. Hemos dado un largo paseo en coche esta mañana. Los segadores siguen trabajando aquí y allá, pues queda mucho heno por cortar en nuestra zona. La cosecha del trigo también ha comenzado, y el cereal lo han declarado de muy buena calidad.

Existen ciertas fábulas vinculadas a los campos de trigo que se imponen entre nuestros granjeros, quienes son muy reacios a abandonarlas. Se cree desde antiguo, por ejemplo, que un solo arbusto de agracejo echará a perder hectáreas de trigo si crece cerca del cereal, una opinión que, ahora mismo, creo que ha quedado bastante descartada entre personas de buen juicio. Y aun así, se encuentran alusiones frecuentes a ello, y en ocasiones se puede oír a alguien sacar un ejemplo que sabiamente considera prueba incontestable de que el pobre agracejo es culpable de dicho delito. En este condado, no tenemos agracejos; son un arbusto naturalizado en América, o al menos lo es la variedad tan común ahora mismo en muchas partes del territorio, y que vino originalmente del otro hemisferio y aún no ha llegado hasta aquí. Existe otra variedad, nativa y abundante en Virginia; si también a ella se la acusa de echar a perder el trigo, es algo que desconozco.

El burlón bromo es otro objeto de especial aversión para los granjeros, y muy justamente. No se trata tan solo de una mala hierba molesta que crece entre las valiosas cosechas, sino que, al asemejarse tanto al cereal, su engañoso aspecto resulta ser un agravante particular. Asimismo, mucha de nuestra gente de campo asegura que esta planta no es más que una suerte de trigo malvado, degenerado. Sostienen que se produce un cambio en el cereal por el que pierde todas sus virtudes y adopta otra forma, convirtiéndose, al poco, en el mezquino bromo. Esta opinión la mantienen algunos de ellos tenazmente frente a todos sus oponentes, hasta el punto de echar mano de la guadaña y la horqueta. Y aun así, esta extraña noción va por completo en contra de todas las leyes certeras, del noble orden de la naturaleza. Bien podrían esperar del mismo modo que sus arbustos de frambuesa tornasen

caprichosamente en zarzamoras, las patatas, en remolacha y las lechugas, en rábanos.

La mayoría de las malas hierbas que infestan nuestros campos de trigo procede del Viejo Mundo. Este bromo burlón, la neguilla, el cardo cundidor, las vezas, el voraz té de Nueva Jersey, la viborera, o buglosa y otras de la misma clase. Sin embargo, hay una planta, brillante pero nociva, que se encuentra entre los maizales de Europa y no se ve en los nuestros: la llamativa amapola común. Nuestros granjeros, sin duda, están más que encantados de prescindir de ella; se dan por satisfechos con las malas hierbas ya naturalizadas. Tan común es la amapola en el Viejo Mundo, sin embargo, que se halla por todas partes, en los maizales, a lo largo de las exuberantes orillas del Mediterráneo, sobre las llanuras abiertas y parcheadas de Francia y de Alemania, y entre los cultivos cubiertos de setos de Inglaterra. Las primeras amapolas silvestres vistas jamás por esta escritora las recogió un grupo de niños estadounidenses junto a las ruinas de la abadía de Netley, cerca de Southampton, en Inglaterra.

Esa brillante mala hierba es tan común entre los cultivos de cereal europeos que existe un pequeño insecto, una criaturita ingeniosa y laboriosa, que la emplea invariablemente para construir su celdilla. La abeja silvestre, llamada abeja de las amapolas por sus costumbres, lleva una vida solitaria, aunque se toma una serie enorme de molestias a cuenta de sus crías.[66] Sobre la época en la que la amapola silvestre empieza a florecer, este pequeño insecto vuela hasta un maizal, busca un lugar seco en la tierra, por lo general cerca de algún camino, y allí abre un agujero de unos siete u ocho centímetros de profundidad, con la parte inferior más ancha que la entrada. Para una criatura tan diminuta ha de ser un esfuer-

66 Se trata de la especie con nombre científico *Hoplitis papaveris*, en la actualidad, según parece, extinta. *(N. de la T.)*

zo considerable hacer esta excavación; es casi como si un hombre tuviese que vaciar la tierra para los sótanos de una casa grande solo con sus manos. Sin embargo, eso es únicamente el principio de su tarea: cuando la celdilla está completa, se marcha volando hasta la amapola más cercana que, como bien sabe la abeja, en un maizal no puede andar muy lejos; corta un trocito de la flor escarlata, la lleva al nido y la extiende sobre el suelo a modo de alfombra. De nuevo, regresa a la flor y se lleva otro trozo a casa, que coloca sobre el primero. Cuando el suelo está cubierto por varias capas de este suave alfombrado escarlata, la abeja procede a cubrir los laterales por completo del mismo modo, hasta que el conjunto está bien rodeado por esos hermosos tapices. Esta luminosa cuna la hace para una abejita, ya que solo pone un huevo entre las hojas de la flor. Seguidamente, recoge néctar y pan de abeja y lo apila todo hasta una altura de dos centímetros y medio. Cuando este almacén está completo, las cortinas escarlata se cierran sobre el agujero y la celdilla queda cerrada. La cuidadosa madre vuelve a colocar la tierra con el mayor esmero posible, de modo que, una vez que haya aplanado bien por fin todo el lugar, sea complicado descubrir una celdilla que podía haber estado abierta el día antes.

Esta asociación constante con el trigo, que incluso los insectos han aprendido por instinto, no ha pasado desapercibida para el hombre. Dada su vinculación con ese preciado grano, la amapola del Viejo Mundo recibió, hace años, todos los honores de una flor clásica y se entremezcló en las fábulas de la mitología antigua. No solo se la convirtió en la personificación del Sueño, en uno de sus emblemas, por las conocidas influencias narcóticas de esa planta, sino que además se la consideró sagrada según una de las deidades más antiguas e importantes del sistema: las estatuas más veteranas de Ceres la representan con guirnaldas decoradas con amapolas, mezcladas con espigas de trigo, bien en la mano de la diosa o acopladas en la cabeza. Los poetas ancestrales mezclaban las espigas de trigo y las amapolas en sus versos:

las más infames casas de campo:
«Crece su amapola entre el grano»

dice Cowley, en su traducción de Virgilio. Y en nuestro propio tiempo, el señor Hood, en su afable retrato de Ruth, introduce ambas plantas al describir el hermoso color de esa mujer:

Y en sus mejillas, un rubor otoñal,
[...] como amapolas florecidas con el trigo.[67]

En resumen, tan establecida está esta asociación de la amapola con el trigo por el largo curso de la observación desde tiempos inmemoriales hasta el presente que los *modistes* mismos de París, cuando desean ribetear un sombrero de paja con plantas de los campos de cultivo, guardan cuidado de mezclar la amapola con espigas de trigo en sus flores artificiales. La propia moda voluble se contenta con dejar estas plantas, año tras año, trenzadas en sus guirnaldas.

Sin embargo, pese a esta prevalencia general de la amapola a lo largo y ancho de los campos de cereal del Viejo Mundo y a su lugar reconocido junto al trigo, aquí es bastante poco conocida como mala hierba. Entre nosotros, esa ancestral asociación está disuelta. Dado que no las hemos visto con nuestros ojos, con frecuencia les hemos preguntado a granjeros de distintas partes del país si alguna vez se las han encontrado entre sus campos de trigo, y hasta el momento la respuesta siempre ha sido la misma: nunca han visto esta flor fuera de un jardín. En los jardines de nuestras casas de campo es muy común. No obstante, sí está na-

---

67 Los primeros versos están sacados del ensayo sobre la grandeza (*Of Greatness*) escrito por Abraham Cowley, poeta inglés del siglo XVII (aunque, según parece, a quien reproduce es a Horacio, no a Virgilio). Los siguientes dos versos corresponden a la composición *Ruth* de Thomas Hood, poeta y humorista inglés del siglo XIX. *(N. de la T.)*

turalizada en la zona de Westchester, en Pensilvania, y es muy posible encontrarla en algunos otros lugares aislados. Pero en toda esta extensión rural en la que se cultiva el trigo, entre los grandes campos de cereal del Genesee, de Ohio, de Michigan, cuentan que es del todo desconocida como planta presente en los cultivos.

Ha de ser la severidad que en comparación muestran aquí los inviernos lo que ha quebrado ese vínculo ancestral en nuestra parte del mundo. Y aun así, en Francia y en Alemania tienen también a veces temporadas de clima muy riguroso, sin que eso destruya las amapolas de los cultivos.

Viernes, 27 de julio.

Día más fresco. Anoche cayó una lluvia refrescante, sin rayos ni truenos.

Las mariposas son muy numerosas ahora: la ortiguera, negra y amarilla, con un tinte azul aquí y allá; grupos grandes de la blanquita de la col, y de la ortiguera diminuta también, revolotean por entre las hierbas. Las mariposas amarillas con marcas rosas son la variedad más común que tenemos por aquí; se trata de animales asiduos de los caminos, por donde se los ve constantemente. El verano pasado, en torno a esta época, mientras viajábamos en el coche entre Penn-Yan y el lago Seneca, nos encontramos con estas criaturitas en una mayor cantidad de la que hubiésemos visto nunca; el día antes había caído una lluvia intensa y por la carretera había muchos charcos a medio secar, fangosos, que parecían atraer a estas mariposas más que las flores de los prados. Siempre se las puede ver rondando sitios así en verano, pero en aquella ocasión había tantas que nos vimos tentados a contarlas, y en menos de un kilómetro habíamos dejado setenta atrás, así que en el transcurso de un par de horas de camino probablemente viésemos más de mil de estas hermosas criaturas por la carretera, en pequeñas bandadas.

y flexibles son los tallos de esta raza más joven que los árboles de diez y doce metros de altura, e incluso de quince, sí, suelen doblarse bajo el peso de la nieve del invierno sobre sus ramas desnudas; algunos de ellos nunca recuperan su posición erguida, y otros van volviendo a su sitio poco a poco, conforme sus troncos adquieren fortaleza. En un camino silvestre del bosque, cerca de la orilla del lago, hay un arco natural de color verde que forman de este modo dos ejemplares altos y jóvenes, doblados accidentalmente el uno hacia el otro desde los lados opuestos del camino, de manera que las ramas se juntan por encima del sendero; el efecto es precioso, uno de esos caprichos del mundo forestal que en tiempos antiguos podría haber pasado por la obra de algún duende leñador.

Lo temible es que pocos de la generación más joven que ahora está creciendo alcanzarán jamás la dignidad de los árboles viejos del bosque. Grandes cantidades de estos ejemplares son ya renuevos, y los árboles de mayor tamaño se hacen cada vez más escasos con los años. Suele ocurrir que uno se topa con tocones viejos de dimensiones mucho mayores que cualquier árbol vivo que los rodee; algunos de ellos miden un metro de diámetro y otros pocos, incluso metro y medio o más. En ocasiones, aún se encuentra un pino en pie con ese tamaño. El otro día, talaron uno que medía metro y medio de diámetro. Hay un olmo más o menos a kilómetro y medio del pueblo que mide cinco metros de contorno, y no hace mucho nos enteramos de la existencia de un tilo con ocho metros y medio de circunferencia. No obstante, entre los árboles que hay ahora mismo en pie, muchos no miden más de un metro de contorno, o uno y medio, quizá dos, ni siquiera los que alcanzan entre veinte y veinticinco metros de altura. Los pinos, especialmente, llegan a una sorprendente elevación para su volumen.

En lo que respecta a la edad de los árboles más grandes, con frecuencia se descubren tocones de unos doscientos años; los de trescientos años de edad no son tampoco raros, y en ocasiones hemos visto alguno al que hemos creído contarle más de cuatrocien-

tos anillos. No obstante, por norma general, los árboles más grandes se seleccionan muy pronto en la historia de un asentamiento, y muchos de estos tocones más antiguos del mayor tamaño han terminado estando tan erosionados y desgastados que raras veces se les pueden contar con precisión los anillos. A menudo, quedan demasiado dañados por el fuego que se les prende justo después de talar el árbol, y en muchas otras ocasiones, la descomposición ha obrado en el propio corazón del árbol y no es posible contar más de la mitad de los anillos; en tales casos, una medición puede dar cierta idea de la edad: se toman cincuenta anillos de la parte sólida y se asignan otros cincuenta anillos a la misma distancia de la parte descompuesta. Sin embargo, este método no es en absoluto algo seguro, dado que los anillos varían muchísimo en un mismo árbol, y algunos son tan anchos que podrían aumentar considerablemente la circunferencia del tronco en un año, hasta el punto quizá de alcanzar los dos centímetros y medio, mientras que en otras partes del mismo tronco se encontrará una docena de círculos apiñados en ese mimo espacio. En resumen, raras veces uno tiene la satisfacción de toparse con un tocón en el que puedan contarse todos los anillos con precisión absoluta. Dicen que algunos pinos de la costa del Pacífico, los de Oregón y California, han alcanzado novecientos añillos; se trataba de los nobles pinos de azúcar de aquella región. Probablemente, muy pocos de nuestros pinos blancos puedan mostrar más de la mitad de ese número de círculos.

A menudo, como excusa para no dejar ninguno en pie, se asegura que esos viejos árboles crecidos en el bosque no seguirán vivos una vez que hayan talado a sus compañeros, que perderán así la protección que se dan unos a otros y, expuestos a los vientos, pronto caerán al suelo. Por regla general, esta afirmación puede ser cierta, aunque hay quienes tendemos a creer que si el experimento de dejar algunos cuantos se llevase a cabo con más frecuencia, tendría éxito a menudo. Hay un olmo de gran tamaño ahora mismo en pie, totalmente solo, en un hermoso campo de

cultivo en el valle: su contorno, su edad y su aspecto en general lo muestran como un jefe de la ancestral raza —el árbol *sagamore,* lo llaman— y, pese a su plena exposición a los vientos procedentes de todos los rincones de los cielos, se mantiene firme en su sitio. El tronco mide cinco metros de circunferencia, y se cree que tiene treinta metros y medio de altura, aunque eso solo a simple vista, ya que nunca se ha constatado de manera precisa. El tallo del árbol se alza quizá quince metros sin mostrar una sola rama antes de dividirse, de acuerdo con el crecimiento usual de los viejos árboles de bosque. Por desgracia, están empezando a aparecerle ramas grises entre el follaje de verano, y se teme que no vaya a durar muchos inviernos más. No obstante, si muere mañana, deberemos estar infinitamente agradecidos al dueño de ese cultivo por haber dejado que el árbol permanezca en pie tanto tiempo.

Hoy por hoy, los taladores de árboles son una raza inclemente. Los primeros colonos miraban los árboles como a enemigos, y a juzgar por las apariencias, uno pensaría que algo de ese espíritu prevalece aún entre sus descendientes en la época actual. No sorprende quizá que un hombre cuyo objetivo principal en la vida es ganar dinero quiera convertir su madera en billetes de banco con la máxima celeridad posible, pero sí es remarcable que cualquier persona consciente del valor de la madera actúe de un modo tan excesivo como hace la mayoría de los hombres en esta parte del mundo. Árboles maduros, retoños jóvenes y vástagos del año pasado, todos quedan destruidos con un golpe de hacha o por el fuego; el lugar en el que se habían alzado ellos antes puede llegar a quedarse quizá toda una vida sin ningún intento de cultivo, o ningún esfuerzo por hacer crecer árboles nuevos. Uno pensaría que en estos tiempos —cuando se han talado los bosques de todos los valles, cuando los montes cada día están más desnudos, cuando la madera y la leña están subiendo de precio, y se están encontrando nuevos usos para maderas mediocres inclusive— cierta previsión y cuidado en este aspecto sería natural entre la gente que afirma

tener sentido común. El rápido consumo de la gran cantidad de madera de pino que nos rodea debería bastar para enseñarnos una lección de prudencia y economía en esta cuestión. Según los cálculos, solo en nuestro estado, todos los años se talan algo más de veinticuatro mil hectáreas de pinares; a este ritmo, dicen que dentro de veinte años, en torno a 1870, ¡estos árboles habrán desaparecido de nuestra parte del territorio![69] Sin embargo, por muy inexplicable que pueda parecer, pocos granjeros estadounidenses son conscientes del gran valor e importancia de la madera. Parecen olvidar el valor relativo de los bosques. En el estado de Nueva York, se ha registrado que el producto de las tierras labradas transportado hasta la marisma junto al canal de Erie en un año ascendía a un valor material de 8.170.000 dólares; el de los animales, o el ganado, para ese mismo año fue de 3.230.000 dólares; el de los bosques, maderos, varas, etcétera, de 4.770.000 dólares.[70] Así pues, el bosque generó más que el ganado, y más de la mitad de lo que se sacó de las tierras de labranza. Y si se tiene en cuenta el gasto comparativo de esos dos elementos, su valor se aproxima aún más. Las pieles no van incluidas en esos cálculos. Nuestra gente rara vez se acuerda de que los bosques, al tiempo que suministran comida y refugio a las tribus más salvajes, representan una gran cuantía de la riqueza de las naciones más civilizadas. Los primeros artilugios toscos de los bárbaros están tallados en madera, y el cedro del Líbano compite con el oro de Ofir dentro de los muros de los palacios. ¡Cuánto no debemos nosotros mismos a los bosques en lo que a nuestras necesidades diarias respecta! Nuestros cultivos están divididos por vallas de madera; puentes de madera cruzan nuestros ríos; las calles de nuestros pueblos y los caminos están pavimentándose con madera; los motores que

69 Botánica estatal del doctor Torrey.

70 Véanse los informes del estado de 1835.

nos transportan por tierra y por agua se alimentan con madera; las residencias del campo, por dentro y por fuera, las paredes, los suelos, las escaleras y los techos, están casi enteramente hechas de madera; y en esta región, los fuegos que arden en nuestros hogares son todos regalo del bosque vivo.

Pero independientemente de su precio de mercado en dólares, los árboles ofrecen otros valores: están vinculados de muchas maneras con la civilización de un país, y tienen su importancia en un sentido intelectual y en uno moral. Una vez concluida la primera fase más tosca del progreso en un nuevo territorio —cuando ya se han procurado el refugio y el alimento—, la gente empieza a reunir las comodidades y placeres de un hogar permanente en torno a sus viviendas, y a continuación el granjero, por lo general, dispone unos cuantos árboles ante su puerta. Todo ello es muy deseable, pero solo se trata del primer paso en el camino. Hace falta algo más: la conservación de unos buenos árboles, ya en pie, marca un progreso aún más avanzado, y a este punto aún no hemos llegado nosotros. Con frecuencia, ocurre que el mismo hombre que ayer plantó media docena de retoños sin ramas delante de su puerta hoy cortará un noble olmo, o un roble, a solo unos metros de su casa, ejemplar que era en sí mismo cien veces más hermoso que ninguna otra cosa que tuviese en su posesión. A decir verdad, un árbol hermoso cerca de una casa es una ornamentación mucho más importante que la capa más gruesa de pintura que pueda ponerse en sus paredes, o que una hilera entera de columnas de madera para decorar la fachada; desde luego, un árbol grande que dé buena sombra en el patio frontal de una casa es algo mucho más apetecible que el sofá de caoba y terciopelo más caro del salón. Por desgracia, nuestra gente por lo general aún no ve las cosas en este modo. Pero el tiempo es un elemento esencial, absolutamente imprescindible en realidad, en una auténtica civilización, y el transcurso de los años nos enseñará nuevas lecciones de este tipo, o eso cabe esperar. Una observación más cercana nos revelará la

belleza y la excelencia de la sencillez, cualidad todavía demasiado poco valorada o entendida en este país. Y cuando hayamos hecho este progreso mayor, entonces nos ocuparemos mejor de nuestros árboles. No nos contentaremos con plantar una docena de retoños desnudos ante nuestra puerta porque nuestro vecino, a la izquierda, lo hiciera el año pasado, ni tampoco con talar un bosque entero, a tiro de piedra de nuestro hogar, para pagar una alfombra de Bruselas de la misma pieza que tiene nuestro vecino de la derecha. No: no valdrán un comino el mero espectáculo y el lucimiento de ninguna índole, sino que atenderemos a las propiedades generales de las cosas, a su idoneidad, lo hagan así o no nuestro vecino de la derecha o el de la izquierda.

¡Qué fácil sería mejorar muchas de las granjas del país con solo prestar un poco de atención a los bosques y a los árboles, mejorar su aspecto, y aumentar así al mismo tiempo su valor de mercado! Reducir nuestros bosques, sí, pero no aniquilarlos; talar solo el terreno que esté destinado a labrarse de inmediato; conservar el bosque en las cimas de los montes y en las laderas escarpadas; alimentar el crecimiento de un soto en esta o aquella loma; permitir que los arbustos y árboles jóvenes crezcan a voluntad junto a arroyos y cursos de agua; sembrar, de ser necesario, una arboleda a la orilla de la charca, como las que se ven en muchas de nuestras granjas; dejar vivo un olmo o dos en torno al manantial, con un sauce también que cubra el pozo; plantar uno o dos castaños, o robles o hayas, cerca de puertas o rejas; dejar otros pocos esparcidos por los cultivos, para dar sombra al ganado en el verano, como se hace con frecuencia, y plantar otros en grupos, o en solitario, para dar sombra a la casa. ¡Qué poco trabajo y qué poco gasto requeriría lograr todo ello, y cuán deseable sería el resultado! Con toda certeza, lo gratificante que esto resultaría para una granja y para una región está lejos de escapar a la consideración de un hombre sensato.

En cualquier caso, hay otra faceta más que afecta a este tema. Un descuidado desinterés por cualquier don de nuestro miseri-

cordioso Creador muestra una carencia de gratitud, al igual que cualquier abuso o desperdicio deja ver un insensato espíritu de maldad. A decir verdad, es extraño que alguien que afirme ser una criatura racional no se sienta por completo avergonzado ante el espíritu de la destrucción, dado que en sí ese principio es claramente malicioso. Recordemos que el Ser Supremo es el Creador, y en cuántas maneras podemos ver Su clemente providencia, Su todopoderosa frugalidad, ¡dignándose a obrar una progresiva renovación en los elementos más humildes cuando la mano del Tiempo agota sus formas viejas! Hay algo también en el cuidado de los árboles que está por encima de las labores comunes de la agricultura y que habla de una mente generosa. Esperamos colocarnos el plumón de nuestras aves, beber la leche de nuestros rebaños, alimentarnos con los frutos de nuestros cultivos; pero al plantar un bosque joven, al preservar una hermosa arboleda, un árbol noble, estaremos mirando más allá de nosotros mismos, al grupo entero de nuestros amigos, de nuestros vecinos: sí, al viajero que pasa y al forastero que compartirá con nosotros el placer que estos árboles dan. Y se hace agradable pensar que, mucho después de que nosotros nos hayamos marchado, esos árboles continuarán haciendo un bien a nuestros semejantes durante muchos años más, quizá, de los que sepamos decir.

Bastante recientemente, dos ejemplos de carácter opuesto vinculados a esta cuestión han llegado por casualidad a nuestros oídos. En un lugar en concreto de la naturaleza salvaje de Oregón, cerca de la orilla del río Columbia, se levantaba un árbol solitario de gran tamaño, uno de los majestuosos pinos de esa región, conocido desde hace mucho como punto de referencia entre cazadores y emigrantes que pasaban por esas tierras baldías y solitarias. Una de las expediciones enviadas a explorar esa zona por el Gobierno, al llegar cerca de aquel lugar, iba atenta a encontrarse con ese pino que guiase su camino, y estuvieron buscándolo un tiempo, en vano. Al final, al llegar al sitio en el que se suponía que debía

erguirse el árbol —una señal en mitad de la naturaleza—, se lo encontraron tirado en la tierra. Algún hombre que, sin duda, aseguraría ser civilizado lo había talado y lo había dejado allí pudriéndose. El hombre capaz de un acto semejante bien podría haber sido digno de formar parte de las hordas de Atila, bárbaros que se deleitaban en tumbar al suelo cualquier cosa que sus caballos fuesen incapaces de saltar.

Frente a esto, otro ejemplo menos impresionante, pero más agradable, y por suerte mucho más cercano a nuestra región. Sobre las orillas del Susquehanna, no lejos del pueblecito de Bainbridge, el viajero, al avanzar por el camino, observa un árbol muy hermoso por delante de él y, conforme se acerca, comprueba que es un exuberante olmo, crecido en realidad en mitad del camino: sus ramas cubren por completo el amplio sendero y sobrepasan las vallas a uno y otro lado. El árbol se alza en la posición misma en la que un utilitarista absoluto batallaría con él, sin duda, pues el camino se aleja ligeramente de su curso real para rodear el tronco. No obstante, en opinión de la mayoría de la gente, más allá de ser un objeto precioso en sí mismo, resulta de lo más encomiable para la región, pues no solo lo han dejado ahí en esa posición singular, sino que, por lo que podemos ver, no existe ni una marca de maltrato en su tronco ni en sus ramas.

Lunes, 30 de julio.

Día muy caluroso. El termómetro marcaba más de veintiséis grados en la casa, y por encima de los treinta y uno fuera, a la sombra.

Caminando por el sendero hacia última hora de la tarde, hemos visto un par de praderos muy agitados; quizá les hubiese ocurrido alguna desgracia a sus polluelos, aunque parece algo tarde para que sigan con sus crías, pese a que tienen dos nidadas durante el verano. Volaban de un arbusto a otro, y de nuevo pasaban por las mismas tierras, gritando con mucha lástima. Estas

aves anidan en el suelo; el nido lo hacen con distintas plantas de pasto y lo idean con mucha inteligencia, ubicado casi siempre en un prado. Son sin duda más grandes y hermosos que la alondra común europea, aunque su sencillo canto no destaca tanto como el de esta;[71] la hembra canta un poco al alzar el vuelo y descender, como la del sargento alirrojo. Su vuelo es muy diferente al de su pariente europeo, pues resulta pesado y laborioso. No obstante, les gusta posarse en las ramas más altas de los árboles, cosa singular en un ave que vive tanto en el suelo y que aparentemente se desplaza con cierto esfuerzo. Las condiciones climáticas parecen afectarles poco, pues se los ve desde los trópicos hasta una latitud norte de 53', y residen en los condados más al sur de nuestro estado, aunque nunca se quedan aquí, creo, entre estos montes.

Es una pena que ninguno de los dos grandes pájaros cantores del Viejo Mundo esté presente en los Estados Unidos, que tanto la alondra común como el ruiseñor sean unos extraños a este lado del Atlántico. En ciertos aspectos, el ruiseñor difiere de las nociones comunes que en este país se tienen sobre él. Hemos leído tanto sobre la «lastimera Filomela» que muchos de nosotros nos imaginamos un ave solitaria, en los profundos recesos del bosque, entonando su cántico a la luz de la luna, con un aire «de lo más musical, de lo más melancólico».[72] Sin embargo, todo ello está muy lejos de ser siempre así: estos pájaros cantan con la luz del día

71 La autora hace este paralelismo entre las dos aves porque, durante un tiempo, se consideró que el pradero (*meadowlark* en inglés, del género *Sturnella*) pertenecía a la misma especie que esta alondra (*skylark* en inglés, *Alauda arvensis* de nombre científico), cosa que más adelante se corrigió. *(N. de la T.)*

72 Las primeras palabras entrecomilladas están sacadas de un verso de *The Grotto: An Ode to Silence* (La gruta: una oda al silencio), de Thomas Cole, pintor inglés del siglo XIX que terminó convirtiéndose en uno de los principales paisajistas de los Estados Unidos, y escribió además algunos textos sobre naturaleza. Las segundas corresponden a *El ruiseñor* de Coleridge, antes mencionado. *(N. de la T.)*

al menos tan a menudo como lo hacen de noche, y en una mañana o tarde agradables, se podrá oír un coro entero de ruiseñores cantando juntos alegremente. Se dice que nunca se desplazan en bandadas, y quizá sea así, pero sin duda alguna viven muy cerca unos de otros, congregados unos cuantos en el mismo bosque. En los meses de mayo y junio, con las primeras horas del alba, en torno al momento en el que la gente del mercado y los deshollinadores recorren las calles de París, se pueden oír los ruiseñores cantando muy felizmente, una docena de ellos a la vez quizá, en pleno corazón de esa gran ciudad. Viven en castaños de indias, en tilos, en olmos, entre los nobles jardines de la ciudad, ya sean públicos o privados, y parece que la cercanía del hombre les importa tan poco como los verdillos que revolotean por los plátanos de sombra de Filadelfia. Es cierto que, en la misma temporada, se podrá dar un paseo a la luz de la luna por el campo, si se quiere,

> Y el silencio mudo irá susurrando,
> a no ser que Filomela entone un canto
> en su condición más dulce y triste.[73]

Y probablemente este canto solitario, debido en parte a la luz de la luna y en parte a la quietud de la noche, producirá un efecto mucho más hondo que el coro que se oiga en la mañana, o al atardecer.

Cuentan que, hace unos años, se intentó introducir el ruiseñor en este territorio, después de que un caballero de Virginia hubiese importado una serie de ejemplares y los dejase en libertad en los bosques. Sin embargo, parece que todos ellos murieron. El cambio de clima y de alimentación probablemente fuese demasiado. Son unas aves delicadas, de las que dicen que hay muy pocas en los condados del norte de Inglaterra y que también evitan las zonas occidentales de la isla. Aun así, el ruiseñor es un ave de paso, y ahora que los via-

---

73 Versos de *Il Penseroso*, de John Milton. *(N. de la T.)*

jes por mar son mucho más breves, posiblemente, si se repitiese ese experimento, quizá tuviera éxito. Los pájaros son grandes viajeros, y sin ninguna duda se han esparcido solos por todo el mundo según ahora los encontramos. En nuestra breve historia, conocemos ejemplos bien acreditados de cambios en el curso de algunos pájaros. En este estado mismo, ahora tenemos la singular golondrina risquera, que hace unos pocos años era una absoluta desconocida aquí, y las primeras que se vieron fueron una pareja solitaria. Los pájaros gato también se cuenta que no se conocieron en el Genesee hasta unos años después de que se hubiese aclarado el campo. Los azulejos y los zorzales robín son mucho más numerosos de lo que solían serlo, mientras que, por otro lado, varias aves se sabe que han desertado de nuestra región hacia sitios más de su gusto, como la codorniz, el chorlitejo colirrojo, el carpintero marcial, etcétera.

La alondra común es más dura que el ruiseñor, y posiblemente pudiera soportar mejor nuestro clima, pese a no ser un ave migratoria. De estas dos aves, sería mejor quizá preferir la alondra. En primer lugar, canta más o menos durante todo el año, y nunca abandona sus campos natales, mientras que el ruiseñor solo entona su voz unas pocas semanas en mayo y junio. Y además, los hábitos de la alondra son muy particulares. No existe un acto del águila que sea tan noble en carácter como el alzamiento de la alondra para saludar al sol: es la acción más sublime por excelencia. No conocemos nada dentro de los límites de la naturaleza que resulte más elocuente. Si quisiéramos creer a La Fontaine, a este pájaro le gusta montar su humilde nido en los cultivos de cereal

Les alouettes font leur nid
Dans les blès, quand ils sont en herbe.[74]

---

74 Versos extraídos de la fácula sobre la alondra (*L'Alouette et ses petits, avec le Maître d'un champ*) de Jean de La Fontaine, escritor francés del siglo XVII muy dado a las fábulas y a los cuentos.

La alondra de la fábula canta con perspicacia, más que con poesía, pero todo lo que el *bonhomme* hace con las criaturas que pueblan su mundo de fantasía es tan exquisito en sus modos que nos vemos plenamente satisfechos con este pájaro en su naturaleza sencilla y maternal. Es su esposo el poeta, el que canta las nobles odas al salir el sol. Ella es la inteligente, la eminente, la *mère de famille*, que conoce el mundo, pese a que La Fontaine no. Cuando el granjero habla de buscar primero a sus vecinos y luego a sus parientes para segar el cereal, la alondra no le da ningún tipo de importancia. ¿Y por qué habría de hacerlo? Pero cuando el buen hombre llega junto a su hijo y ambos deciden empezar el trabajo por su cuenta, se decide la cuestión, y la familia de alondras ha de alzar el vuelo:

C'est à ce coup, qu'il faut décamper, mes enfants,
et les petits en même temps
voletants, se culebutants
délogèrent tous, sans trompette.[75]

En esta parte del mundo, La Fontaine se habría visto forzado a elegir alguna otra ave más humilde para enseñarnos de ese modo tan inteligente la útil lección de la independencia. Sin embargo, de haber elegido hacer amistades con el pradero, la yerbera, el tordo charlatán, o incluso el modesto y pequeño gorrión melódico, les habría enseñado a cualquiera de ellos, en un santiamén, a cantar con más que todo *l'esprit des Mortemars*.

Estas líneas podrían traducirse como: «Las alondras hacen su nido / en el trigo que empieza a nacer». *(N. de la T.)*

75 Segunda cita de la obra anterior de La Fontaine, que dice: «Es la hora, hijos míos, hay que marchar, / y todos a una los pequeños, / entre volteretas y revoloteos, / a cencerros tapados desalojaron el lugar». *(N. de la T.)*

En este territorio, existe una alondra que ambos continentes tienen en común. Se trata de la alondra cornuda, un ave ártica muy hermosa, que en invierno llega hasta Georgia al sur, aunque nunca hemos tenido noticias de ella en estas tierras altas. En la costa de Long Island sí abunda bastante. Cuentan que también cría en las praderas occidentales.

Martes, 31 de julio.

Esta mañana ha caído una lluvia refrescante, un aguacero suave, sin rayos ni truenos. Es muy llamativa la poca electricidad que hemos tenido este verano. Con frecuencia, en temporadas normales, llueve con fuerza, con rayos muy intensos y truenos que resuenan enormemente entre nuestros montes. Hemos tenido noticias de unos rayos que impactaron siete veces en el transcurso de una hora, en el pueblo y en las inmediaciones, dos veces en el lago y cinco en tierra; pero por suerte, no ocurrió ningún accidente serio en esas ocasiones, aunque una o dos personas quedaron aturdidas. Este verano, apenas hemos visto un resplandor.

Hoy nos han llegado las primeras sandías.

Miércoles, 1 de agosto.

Día agradable. Hemos dado un paseo cruzando el puente de Mill por la tarde. Hemos recogido un bonito ramo de lobelias color carmesí junto al río. ¡Qué tono tan exquisito de rojo lucen los pétalos de esta luminosa planta! Uno se acuerda entonces de que la palabra rusa para «belleza» es la misma que para «rojo»: *krasnoi*, según apunta *monsieur* de Ségur.[76] La mayoría de nosotros proba-

---

76 Parece que se refiere a Philippe-Paul, conde de Ségur, general e historiador francés de entre finales del siglo XVIII y principios del XIX que combatió en

blemente considere el color rosa o el azul más bonitos, pero sin duda, el matiz inimitable y vívido, y aun así delicado, de la lobelia puede afirmar ser idéntico al *krasnoi*, o a la belleza. La lobelia azul, también muy hermosa a su manera, no se ve por aquí, aunque sí es muy común en el Mohawk.

Paseando por un bosque, hemos visto vellosillas y asteres en flor, y también una hermosa orquídea *Goodyera*, que aquí llamamos «serpiente de cascabel», con sus hojas veteadas y su espiga olorosa de flores blancas; se trata de una de las plantas que antes se creía que curaban la mordedura de la serpiente de cascabel, aunque ahora mismo se da poco crédito a esa convicción.

Jueves, 2 de agosto.

Hemos dado un largo paseo en coche, valle abajo.

No existe una sola localidad de ningún tamaño considerable en una distancia de sesenta y cinco kilómetros, y aun así la población rural de este condado es ya bastante amplia. El territorio entero, si se describe un amplio circuito al norte, sur, este y oeste, comparte un mismo carácter general: crestas montañosas cubiertas en parte por sembrados y en parte por bosques, valles cribados y cultivados, salpicados por granjas y aldeas, entre los que por lo general se abre camino alguna hermosa corriente de agua. Las aguas de nuestra región más cercana siguen todas rumbo al sur, aunque solo unos kilómetros al norte de nuestro pueblo los arroyos avanzan en un curso opuesto, ya que este valle descansa dentro de los límites de la cordillera divisoria. El río en sí, pese a que más al sur se convierte en una de las grandes corrientes del país,

---

la invasión napoleónica de Rusia en 1812 (en cuya etapa final destaca precisamente la batalla de Krasnoi) y que escribió varios relatos históricos. *(N. de la T.)*

no puede presumir de alcanzar mucha anchura tan cerca de su nacimiento, y avanza en silencio entre los prados, medio cubierto por arboledas y arbustos, apenas expuesto a la vista general.

La superficie entera del territorio es arable. En las tierras bajas hay muy pocas ciénagas o pantanos, y no existen tramos infértiles en los montes. Raras veces las rocas quiebran la superficie, salvo aquí y allá donde un acantilado bajo recorre las laderas, y por lo general esas tierras están ensombrecidas por el bosque. Tal fertilidad generalizada, esa combinación de los cultivos del hombre y su labranza con los bosques, la gran labor agrícola de la Providencia, dan un exquisito carácter al territorio con el que no contaba cuando el salvaje solitario merodeaba por valles boscosos, y que se perderá sin remedio si alguna vez la avaricia y las ansias de enriquecimiento destruyen los bosques por completo, dejando para la posteridad estas colinas desnudas y vacías, como las de muchas otras tierras. Ninguna perfección en la labranza, ninguna opulencia productiva puede compensar en un territorio la pérdida de sus bosques. El suelo bien se puede convertir en una huerta repleta de las cosechas más ricas cuando está desprovisto de bosques, cual Sansón desprovisto de sus bucles, y lucir quizá un aspecto florido, pero los frutos más nobles de la tierra, esos que son la mayor prueba de su fortaleza, faltarán para siempre.

Con frecuencia, se ven cruces de caminos, mucho más numerosos a la distancia, serpenteando por los montes en dirección a otros valles y otros pueblos. A decir verdad, el número de caminos que cortan el país en todas direcciones y se cruzan entre ellos a intervalos cortos, de acá para allá, solo podría llevar a un forastero a suponer que este es un lugar mucho más veterano en cuanto a civilización. Y cuando se recuerdan la gran extensión de este territorio y las fechas de sus asentamientos, dichos caminos dan un testimonio muy impresionante del espíritu y de la actividad de su gente. Es cierto que muchas de esas carreteras muestran un trabajo muy imperfecto, aunque en verano y en invierno permanecen

todas en condiciones respetables, y gran parte de ellas son todo lo buenas que se requiere; a decir verdad, estos nuevos caminos de maderos que están empezando a aparecer prometen ser admirables, y la habilidosa labor de rellenar hondonadas y nivelar colinas suele resultar bastante imponente. Cabe recordar asimismo que el clima está en gran medida en nuestra contra en este sentido, por las intensas heladas del invierno y los repentinos deshielos de la primavera, suficientes para dañar considerablemente las carreteras mejor hechas del mundo.

El suelo, sin ser tan rico como más al oeste, es muy bueno, y la escuela de agricultura prueba ser respetable, si bien no muy científica. Una parte de los granjeros son ganaderos y lecheros, y se ven grandes rebaños alimentándose en algunos pastos. La lana es también un producto básico del condado, y no se llegará muy lejos sin toparse con un rebaño de ovejas mordisqueando tranquilamente la hierba por su cuenta, sin la vigilancia de perro ni pastor. Durante los meses de verano, el ganado en estos valles por lo general tiene una buena causa para estar satisfecho con su suerte: raras veces escasea el pasto, y ese calor excesivo que va acompañado de sequías prolongadas —cosa casi dada por sentada en condados más bajos— raras veces se deja notar por aquí. El clima permanentemente cálido de este último verano ha sido algo poco común. Pero, pese a estar más secos de lo usual, nuestros prados siguen mostrándose más verdes que los de otras partes del estado. Nos acaba de llegar la noticia de doscientas cabezas de ganado y dos mil de ovejas que han traído a nuestro condado desde St. Lawrence a pastar aquí durante la sequía. Por lo general, nuestra hierba y nuestro follaje se ven refrescados por las lluvias transitorias, durante las épocas más calurosas, y la belleza del verdor es fuente de gran placer para quienes proceden de los campos marrones que rodean Nueva York y Filadelfia.

Las cosechas son las que corresponden naturalmente a un territorio templado y montañoso: trigo, avena, trigo sarraceno, maíz,

patata y cebada son las más comunes, aparte de algunos nabos y zanahorias para forraje. El centeno es bastante raro. Los campos de lúpulo son frecuentes, pues, pese a no ser una comunidad muy bebedora de cerveza, aun así una gran cantidad del lúpulo se lleva hasta los puertos marítimos para transportarla a los mercados europeos. Dicen que estos cultivos les resultan muy rentables a sus propietarios, pero en ningún modo son tan agradables en un paisaje como el cereal o las tierras de pastoreo. Las matas enredaderas del lúpulo y de la vid, tan exuberantes y bonitas como son en su estado natural, pierden mucha de su gracia peculiar cuando se las cultiva al modo común. A cierta distancia, un campo de lúpulo y un viñedo se asemejan mucho entre sí, aunque el lúpulo crece a mucha mayor altura que la vid; las varas y postes en cada caso contribuyen en gran medida a arruinar la belleza de las plantas. Ambas enredaderas, por cierto, la vid y el lúpulo, son nativas de esta parte del país.

La nueva enfermedad de las patatas, que ya ha hecho tanto mal en años pasados, solo se ha dejado ver esta temporada en unos pocos campos de cultivo. En general, la cosecha pinta bastante bien en nuestra región. Dicha enfermedad parecer ser una de las más singulares registradas en el mundo vegetal, de origen indeterminado, e igual de generalizada en los dos hemisferios. ¿No es acaso el único ejemplo de una plaga tan extendida y prolongada? Probablemente, con el tiempo, este mal quedará eliminado, gracias a Dios, pues apenas se corresponde con la naturaleza de los productos vegetales perecer enteramente y extinguirse, como sí ocurre con las tribus de animales.

A unos tres kilómetros del pueblo hay una charca muy hermosa, en un campo de cultivo próximo al camino, que cubre quizá media hectárea o más de terreno. Antiguamente, se contaban unas historias maravillosas de esta masa de agua, y durante largo tiempo la gente trató de creer que era inconmensurable. Pero, por desgracia, la medición real ha roto las ilusiones, ¡y se ha descu-

bierto que solo tiene metro y medio o dos metros de profundidad! No obstante, todos están de acuerdo en que se ha hecho mucho menos profunda desde que se desbrozó el territorio y se talaron los bosques:

Antes de que talaran y araran estos campos,
corrían nuestros ríos hasta los bordes repletos;
la melodía de las aguas llenaba por completo
el bosque fresco, el bosque infinito.
Y los torrentes se precipitaban, y los riachuelos jugaban,
y las fuentes a la sombra borboteaban.

Sin embargo, ahora, como canta el viejo indio, las cosas han cambiado:

Al sol, los manantiales brotan silenciosos,
junto a la ennegrecida orilla van los ríos,
avanzan en corrientes que menguan.[77]

Este lago menudo, la charca Pappose, así se llama, es muy hermoso cuando se contempla al ir y venir por el camino, con el borde de árboles perennes de diversos tipos que lo rodean a la mitad y crean una bonita imagen de fondo para el agua, coloreándola con sus ramas oscuras.

De inmediato, tras pasar la charquita, se llega a una fábrica a la orilla de un bonito arroyo de tamaño considerable, que recibió su nombre de la cantidad de robles que se alzaban en sus orillas tiempo atrás. La mayoría de esos árboles los talaron hace ya años,

77 Ambos fragmentos se extraen de un poema del escritor y crítico estadounidense del siglo XIX William Cullen Bryant, *An Indian At The Burial Place Of His Fathers* (Un indio en el lugar de enterramiento de sus padres). Como curiosidad, James Fenimore Cooper, padre de Susan, recoge también algunos de estos versos en su libro *El último mohicano*. *(N. de la T.)*

y el río ahora corre entre campos de cultivo abiertos; no obstante, pasada la fábrica se ven unos cuantos troncos envejecidos que se alzan muy por encima de los árboles más jóvenes y los arbustos, aunque se trata de sicómoros, que con su corteza blanca y sus escasas ramas parecen fantasmas merodeadores del bosque talado. Las orillas de esta corriente son las únicas tierras de la región, creo, en las que pueden verse sicómoros, y solo hay unos pocos, esparcidos aquí y allá, en su recorrido.

La fábrica, un edificio de piedra de cierto tamaño acompañado por sus típicos vecinos —un molino y un almacén—, conforma una pequeña aldea, con un cúmulo de casas de madera rojas y una casa amarilla para el administrador. Un par de arces florecientes, árboles de buen tamaño, ha quedado en pie en el espacio abierto atravesado por el camino, lo que da gran crédito a quienes los hayan salvado de la tala, «¡que sus sombras nunca se hagan pequeñas!».[78] Es una pena que no se salvaran unos pocos más, con un banco o dos a la sombra, y así el lugar habría sido un prolijo burgo verde.

Alguna gente cree que los asientos públicos no resultarían satisfactorios en nuestra parte del mundo. Según afirman, si estuviesen hechos de piedra se quebrarían y romperían, y los de madera se astillarían y quedarían marcados por las navajas de hombres y muchachos inconscientes de alguna vecindad del campo. Pero, con toda certeza, es hora de que empecemos a aprender una lección de civilización en este sentido. Dar a las cosas su uso adecuado es uno de los primeros preceptos del buen juicio y de las buenas maneras. Los bancos no se han hecho para que se astillen, ni para mutilarlos o marcarlos con navajas. Estaría bien que se hiciese con todas las de la ley un experimento de este tipo. De fracasar, habría tiempo suficiente para la queja. Y en caso de que saliese bien, sería muy en-

78 Fenimore cita aquí una frase de un texto del escritor estadounidense de finales del siglo XVIII y principios del XIX Washington Irving, en el que habla sobre Communipaw. *(N. de la T.)*

comiable para la comunidad rural que lo llevase a cabo. Los viajeros que pasan por Suiza recuerdan con placer los asientos colocados a intervalos a lo largo de los caminos en ese país, para los cansados y los transeúntes. A decir verdad, cerca de Berna esos asientos son muy comunes, y pese a hallarse normalmente en lugares tranquilos y aislados, el temor de que sufran algún daño a manos de la gente no parece haberse sugerido nunca. ¿No podemos nosotros en este país, donde escuelas, libros e iglesias son tan comunes, seguir en este sentido la agradable y sencilla costumbre ofrecida por el ejemplo de nuestros compañeros republicanos de Berna? Esos bancos públicos conforman, en realidad, solo una parte de un sistema más general: el primer paso hacia el parque abierto del pueblo, los paseos públicos de los municipios más grandes y los nobles jardines de las grandes ciudades, tan felizmente dispuestos en muchos países de Europa para la salud y el disfrute inocente de la población. Con total certeza, sería de lo más deseable introducir todo ello en nuestro país, y aquí, donde la tierra es más barata, debería ser más fácil de llevar a cabo que en el Viejo Mundo. Un banco o dos, como los antes descritos, bajo un grupo de árboles en un pequeño prado de cualquier aldea causarían un buen efecto en muchas madres, que saldrían al aire libre con sus bebés en momentos casuales, cuando les viniese bien a los dos estar allí. Una zona de juego así sería mejor que las calles polvorientas para los niños, y si padres y esposos estuviesen conformes con hablar de política bajo los árboles, más que en los salones a los que acuden a beber y a fumar, sin duda alguna no les haría ningún daño.

Además de esta fábrica de algodón en Twin Maples, hay otra en el lado opuesto del valle, por encima de la corriente de agua principal. Existen algunas más en diferentes partes del condado, pero todas tienen una escala moderada.

Al atravesar el valle se ve otro edificio grande de piedra, en la cima de una ladera abrupta, que a la distancia parece una vieja *auberge* francesa. Se trata del asilo para pobres del condado que,

alzándose en mitad de un territorio próspero, atestigua cómo, incluso en las circunstancias más favorables, en el seno de una sociedad joven y vigorosa, hay sin remedio pobres entre nosotros, algunos de ellos víctimas de sus propios disparates o vicios, y otros víctimas de los de los demás.

El valle gana en anchura y nivelación a unos seis u ocho kilómetros del pueblo. Allí, se ha levantado una aldea en torno a una academia, fundada a principios de la historia del condado por un clérigo luterano que ha dejado su nombre al lugar. Granjas y casas de campo surgen a lo largo del camino por todo el lugar, en sus inmediaciones, durante unos dos kilómetros. Muchas de estas edificaciones, pintadas de blanco, con persianas verdes y agradables patios delanteros, además de una huerta contigua, lucen muy pulcras y alegres. Las plantas de invernáculo, geranios, calas, cactus, etcétera, se ven en esta época en los porches de casas así; son muy apreciadas durante el largo invierno, y en muchas casas las hay. A un lado de la carretera se extiende un campo de cultivo muy amplio, notablemente parejo para esta parte del mundo. En ese lugar, el camino está bordeado por arces azucareros que llevan marcas de haberlos pinchado para sacarles la savia, con lo que sirven así al doble propósito de facilitar una avenida agradable y en sombra, y ser un campito de azúcar que permite tener los árboles muy a mano. En una esquina de ese extenso campo, hay una zona de enterramiento y una casita de culto en la parte más alejada. No obstante, el edificio más grande de la aldea es, por supuesto, la academia: una construcción de ladrillo de color gris, flanqueada por alas, con un césped ante la entrada y una hilera doble de arces plantados en semicírculo, que arrojan sus sombras académicas. La institución la donó el clérigo luterano, alemán de nacimiento, que era dueño original de un pequeño título de propiedad sobre este lugar. Cuentan que ese respetable hombre era una persona excéntrica, aunque se trataba de uno de los primeros predicadores del Santo Evangelio en este valle, quizá el primero de ellos, y sus

sermones desde un carro son una de las leyendas comunes de la zona. Hay una pequeña casa parroquial muy cerca que ocupa el director de la academia; con su huerta, sus flores, su cenador y sus colmenas, parece un lugar agradable desde la carretera. Hace algunos años, era un clérigo sueco quien oficiaba ahí.

Desde la cima de un monte a la izquierda, atravesado por una carretera de campo, se tienen unas vistas preciosas del valle, con el lago a la distancia. Entre esos montes se reparten además varias masas de agua pequeñas, lagos montañosos y límpidos; la corriente que sale desde uno de ellos crea una modesta y pequeña cascada. Cabe destacar que tenemos muy pocas cascadas en este condado, muy abundante en arroyos y ríos, y en lagos menores que residen a diferentes niveles. Sin embargo, las aguas por lo general bajan muy pausadamente por los montes, sin dar ningún salto atrevido.

En el lado opuesto del valle, a dos o tres kilómetros bajando por el río, hay una singular fisura en las rocas, una suerte de desfiladero conocido como Las Jambas, donde un geólogo podría encontrar elementos de su interés, si es que alguno llegase a aparecer por aquí. En esa parte del valle se observa también un montículo bajo que algunas personas creen que es artificial; tiene un aspecto muy similar a los túmulos indios de otras partes de este territorio, con un perfil muy regular, no mucho más grande que otros que sabemos bien que son obra del piel roja. En ocasiones se ha propuesto su apertura, aunque aún no se ha dado ningún paso en ese sentido. No obstante, hay muchas otras lomas bajas por nuestro valle, cerca de las orillas del río, y a veces resulta complicado determinar a partir de un análisis parcial si son obra del hombre o si las formaron las inundaciones.

Viernes, 3 de agosto.

Hemos dado un paseo por el bosque. Nuestro helecho dulce es una planta agradable: siempre hay algo de afable en un arbusto o

árbol que tiene un follaje fragrante. El perfume raras veces resulta mareante. Tal y como ocurre en ocasiones con las flores, casi siempre es gratificante y refrescante. Estas hojas aromáticas del helecho dulce con frecuencia se utilizan en el campo para detener hemorragias. Nunca hemos visto este remedio llevado a la práctica, pero sí hemos oído a menudo su recomendación. Algunas de nuestras amas de casa hacen además té con sus hojas, que, según dicen, es muy fortificante y bueno para la hemorragia de pulmón. La planta se utiliza asimismo para la cerveza de fabricación casera.

Estrictamente hablando, los botánicos no se refieren a esta planta como a un helecho, pero sí parece probable que Adán le hubiese puesto tal nombre. Se trata de la única planta de su tipo, en climas atemperados, que tiene un tallo leñoso. El nombre botánico de *Comptonia* se le dio por un obispo de Londres del siglo pasado que era un gran botánico.

En algunos de los condados del norte de Nueva York, Herkimer y Warren, por ejemplo, hay hectáreas de tierras silvestres, laderas enteras de montañas, cubiertas por esta planta, incluso hasta llegar a excluir en muchos lugares al arándano negro. En esa parte del territorio, crece además como mala hierba junto a los caminos, al igual que cardos y verbascos. En nuestra región, queda principalmente confinada a los bosques.

Sábado, 4 de agosto.

Un día agradable. A las nueve de la noche hemos salido a dar un paseo a la luz de la luna por el monte X. Ha hecho una noche preciosa. La luna, que iba saliendo, brillaba entre las ramas de los árboles, llenando los bosques, por así decirlo, de formas fantásticas y silvestres nunca vistas durante el día. En momentos así, uno parece estar moviéndose por un mundo nuevo, entre árboles y plantas de otra creación. El helecho hembra tenía un aspecto muy peculiar, con una luz leve y plateada que cubría las frondas inclu-

so a la sombra, lo que daba la idea de que a la luz del sol habría de ser mucho más pálido de color que sus vecinos, cosa que no es así. El mismo tipo de luz pálida y fosforescente brillaba en torno a otras plantas, y sobre las esquirlas y piedras del sendero.

Las vistas, tras abandonar el bosque, eran preciosas: despejadas y nítidas. Los reflejos en el lago, abajo, lucían extrañamente perfectos para una escena nocturna: pueblo, bosques y montes se repetían con suavidad en el seno de las aguas, como si fuese un sueño nocturno con elementos queridos y familiares del día. Se podrían haber contado los árboles y los cultivos; incluso el color amarillo del cereal junto a las praderas verdes se ofrecía con claridad.

Conforme los vientos nocturnos se levantaban y caían en un susurro dulce y murmurante, el tono grave y profundo de las ranas y las notas más elevadas del montón de insectos continuaban en su cántico ininterrumpido. ¡Qué miríada de criaturitas han de estar despiertas y estimuladas en una bonita noche de verano! De todos modos, la parte de la gran familia que habita la faz de la Tierra y permanece en movimiento por las noches es mayor de lo que somos capaces de recordar, y es que como nosotros estamos dormidos suponemos que otras criaturas también permanecen inactivas. Una serie de aves vuela de noche junto a la lechuza, al añapero yanqui y al chotacabras cuerporruín; muchas de las que van y vienen entre nuestro clima más fresco y los trópicos hacen sus largos viajes iluminadas por la luna o las estrellas. Los animales de presa, como se los llama, por lo general se mueven de noche. De los cuadrúpedos más grandes que pertenecen a este continente, los osos, lobos y zorros suelen estar en movimiento bajo las estrellas; el alce y el ciervo se alimentan con frecuencia bajo los cielos oscuros; el puma es casi totalmente nocturno; el cauteloso y diligente castor también trabaja de noche; una criatura singular, la zarigüeya, duerme en su árbol durante el día y baja por la noche. La preciosa ardillita voladora se levanta cuando avanza el ocaso; nuestro conejo americano también rehúye el día; esa alimaña que frecuenta los patios de las granjas,

la mofeta, junto a la comadreja, deambulan por las noches en sus maliciosas salidas. Algunos de los animales cuyas pieles son las más preciadas, como el armiño y la marta, son también nocturnos, al igual que el puma y el raro glotón. Incluso nuestro ganado doméstico, las vacas y los caballos, se verá con frecuencia pastando en las agradables noches de verano.

Lunes, 6 de agosto.

Día luminoso y caluroso. El termómetro marcaba veintinueve grados.

Hemos oído esta mañana un turpial entre los olmos a las afueras del pueblo. Es algo tarde para estas aves. Por lo general, vemos pocas de ellas pasado julio. Cuando ya han criado su familia y los polluelos han alcanzado la edad de la madurez, estos brillantes pájaros parecen hacerse más tímidos; son muy propensos a marcharse de los pueblos en ese momento hacia los bosques. No obstante, algunos pocos se quedan en ocasiones hasta más tarde, pero hacia finales de este mes, ya habrán alzado el vuelo al sur.

Se ha producido también un cambio en los tordos charlatanes: en julio pierden esas notas animadas y agradables con las que dan vida a los campos más temprano, en la misma estación. Es cierto que aún se los ve revoloteando por los prados de cuando en cuando, con un grito peculiar suyo, y los machos jóvenes adquieren una nota hermosa que los caracteriza y que cantan por la mañana, pero ya están pensando en trasladarse. Se trata de aves muy alegres, y uno las echa de menos cuando desaparecen. Raras veces las vemos por aquí en las grandes bandadas comunes en otros sitios. Los ejemplares que tenemos a nuestro alrededor probablemente sean todos nativos de nuestros prados. Viajan al sur muy poco a poco; primero visitan en grandes grupos los salvajes arrozales de Pensilvania y de Maryland, donde se quedan varias semanas; en octubre, abundan en las plantaciones cultivadas de arroz de Carolina, donde también se quedan un tiempo, pero al

final se retiran hasta las islas tropicales. En su conjunto, pocas aves tardan tanto en su avance al sur.

Martes, 7 de agosto.

Hemos dado un paseo por la gran pradera. Los árboles viejos que bordeaban este hermoso campo de cultivo en años pasados están cayendo rápidamente a golpe de hacha. Hace unos pocos veranos, este era uno de los prados más bonitos del valle: una extensión ancha y herbosa de unas ocho hectáreas, apartada del mundo por un cinturón de árboles que abarcaba todo el derredor en un amplio círculo; era el terreno predilecto de algunos de nosotros, uno de esos sitios en los que se aúnan la dulce quietud de los campos de cultivo y la calma más profunda del bosque. Por un lado, los árboles eran de un crecimiento más joven, exuberantes y con aspecto de arboleda, pero más allá, el bosque se alzaba en la ribera del río con columnas altas y grandiosas de tonalidades grises más claras y más oscuras. No hay nada que deje ver más diferencias que el filo arbolado y emparrado de un bosque común, en el que apenas se distinguen los troncos y las lindes que marcan una ruptura en el bosque antiguo. Los tallos sin ramas de esos robles, pinos, castaños, tuyas y fresnos viejos son elementos muy impresionantes, en una posición tal que forman un noble zaguán boscoso. Con frecuencia, nos colocamos en la carretera, a menos de un kilómetro de distancia quizá, para admirar esos grandes troncos iluminados por el sol, con el que hace bien poco que se han familiarizado; quedan pocas columnatas boscosas de este tipo en nuestra región, y esta está cayendo rápidamente frente al hachero.

Los troncos canos de los fresnos lucen particularmente hermosos en situaciones así. Son los de color más claro entre nuestros árboles más grandes, mientras que el tallo de las tuyas es el más oscuro. Los fresnos de este territorio crecen con mucha frecuencia en tierras bajas, en las riberas de los ríos. Tenemos muchas varie-

dades de este exquisito árbol en los Estados Unidos: el blanco, el rojo americano, el verde, el azul y el negro, además de la variedad pequeña y muy rara llamada fresno de flor, con solo seis metros de altura. De estos tipos distintos, solo el blanco y el negro se entienden como pertenecientes a nuestro condado de tierras altas; ambos abundan por aquí, y ambos son árboles apuestos y valiosos, utilizados para muchos fines mecánicos. A decir verdad, y según dicen, el fresno blanco es tan deseable como la pacana; nuestro árbol americano se considera superior para obtener madera al europeo, con el que guarda grandes semejanzas. Cuando se utiliza para leña, tiene la peculiaridad de prender casi igual de bien estando verde que cuando está seco, y la madera apenas requiere ningún secado. El fresno negro, un árbol más del norte, abunda por aquí; es más pequeño que el blanco y lo usan mucho los cesteros indios, ya que se considera preferible al blanco para este fin. Resulta gracioso recordar que los pequeños arcos y flechas fabricados ahora por los indios ambulantes como juguetes para nuestros niños se hacen con la misma madera utilizada para el armamento de los héroes en el mundo antiguo; más de un gran guerrero, aparte de Aquiles, recibió su herida de muerte por una lanza de fresno, lanzas que se blandían en los torneos de los tiempos de la caballería a cargo de los robustos caballeros de la Edad Media, los Ricardos y Bertrands, Oliviers y Eduardos. En la actualidad, el fresno se sigue usando, junto con el haya, para armar a los regimientos de lanceros modernos. También los arcos se hacían a partir del fresno, así como del tejo, en tiempos antiguos. Por lo que sabemos, el arco de Guillermo Tell podía ser de madera de fresno. Existe una asociación muy destacable ligada al fresno europeo, un árbol recio que se aferra a las montañas rocosas del norte de Europa. Figura ampliamente en la mitología escandinava; el árbol del fresno, Yggdrasil, era su árbol de la vida, o un emblema del mundo. Resulta singular que un árbol sagrado se encuentre en la mitología de varias naciones distintas del este: la India, Persia, Egipto y Asiria. No ha llegado a nuestros

oídos que ningún tipo de árbol en especial se especifique en la mitología oriental. No obstante, las sagas escandinavas sí son muy concretas al señalar el fresno como su árbol sagrado: Yggdrasil. El mayor Frye, en sus traducciones al inglés de Oehlenschlaeger, cita el siguiente pasaje de la Edda, en el que describe ese gran fresno:

> Este fresno es el primero y el más grande de todos los árboles, que esparce sus ramas sobre la tierra entera. Brota desde tres raíces. Cerca de una de esas raíces, que impulsa el tronco y las ramas hacia Asgard,[79] emana la fuente de Urda, que contiene el agua de la sabiduría, y de la que Mímir[80] es el guardián. Los dioses, a menudo, descienden a este lugar para enjuiciar las acciones de los humanos, y las suyas propias. Interrogan a Urda.[81] La segunda raíz de Yggdrasil se extiende hacia la región de los gigantes de hielo Hrimthusser[82] en Utgard.[83] La tercera raíz va hacia abajo y llega a Niffelheim,[84] y continuamente la está royendo el dragón Nighòg.[85]
>
> En las ramas de este fresno mora un águila, plena de conocimiento, y entre sus ojos se posa un gavilán llamado Váderfalner. Una ardilla, Ratatosk, sube y baja por el tronco del fresno, correteando, y trata de crear la discordia entre el águila y el dragón Nid-

---

79 Nombre del país de los dioses.

80 Dios de la elocuencia y la sabiduría.

81 Una de las *nornas*, o el destino del pasado.

82 Los *hrimthusser* son demonios de las heladas. *Hrim* significa «helada» y es el término del que deriva la palabra inglesa *rime* («escarcha»). *Thus*, o «demonio», se supone, según el mayor Frye, que es el origen del término inglés *deuce* («diablo»), aunque los diccionarios de este idioma apuntan a otra derivación.

83 La tierra de los gigantes.

84 La tierra de la niebla.

85 Nidhòg es un dragón monstruoso.
El texto está sacado de las traducciones de William Edward Frye al inglés publicadas bajo el título *Gods of the North* (Dioses del norte).

hòg, que mora en su raíz. Cuatro venados van dando saltos por en torno al fresno y mordisquean sus ramas: sus nombres son Dainn, Dvalen, Dunneyr y Durathzor.

Diferentes escritores del norte han dado muchas versiones de esta alegoría, y cualquiera que así lo desee puede aplicar su ingenuidad en creerla, sentado a la sombra del fresno. Todo ello está conectado con el bien y el mal en el hombre, con el bien y el mal de arriba, y de su alrededor: leves destellos de grandes verdades.

Miércoles 8 de agosto.

Día muy caluroso, con el termómetro en treinta grados. Es triste ver cuántos de nuestros manantiales se están desvaneciendo por la sequía. En algunos lugares en los que estábamos acostumbrados a encontrarnos con aguas límpidas corriendo alegres por cultivos y bosques, vemos ahora una parcela reseca y sedienta. En otros puntos, no del todo secos, una amplia fuente ha menguado hasta un riachuelo que cae exiguo. La lluvia se hace muy necesaria.

Jueves, 9 de agosto.

Mucho calor: el termómetro marcaba treinta y dos grados. Hemos pasado la tarde en el lago, hasta la noche. Tanto la tierra como el agua lucían preciosas. El lago se encontraba en ese dulce estado en el que parece disfrutar reflejando todos los elementos hermosos: los distintos cultivos, edificios y árboles se repetían con fidelidad, mientras que las pocas nubes blancas que flotaban encima también aparecían claramente más abajo. Las aguas de nuestro estrecho lago reflejan el pueblo, los montes y los bosques con más frecuencia que las nubes. Cuando el tiempo está calmo, reciben gran parte de su color de las orillas. Sin embargo, esta tarde sí hemos distinguido varias de esas islas quiméricas en su seno, y siempre

que las vemos por aquí nos resultan de lo más agradables, ya que no tenemos nada más sustancial en este sentido. Nuestras islas son todas de ese carácter impreciso.

En los lagos más grandes situados más al oeste, y con buen tiempo, estas islas de nubes suelen ser muy bonitas. En esa región mucho más nivelada, la amplia extensión del Cayuga y del Seneca se ve en gran medida coloreada por los cielos. Alguna gente le encuentra faltas al gran tamaño de esos lagos sin islas, pero es por seguro que las aguas vivas nunca han de ser objeto de trifulca en un paisaje: sin duda, cuencas más pequeñas con orillas más elevadas resultan más pintorescas, pero esos lagos amplios y límpidos son muy hermosos, a su manera. Existe una noble simplicidad en su aspecto cotidiano que, a esa gran escala, resulta en sí misma imponente. Los fuertes vientos tan frecuentes en esa parte del territorio, y que afectan plenamente sus amplios extensiones, a menudo favorecen bonitas vistas de las tormentas, mientras que, por otra parte, los preciosos atardeceres en esa región plana colorean las aguas de un modo exquisito.

Desembarcamos en la punta que llaman Roble de Señas. Hay un manantial ahí que estaba bastante lleno, aunque tantos otros se hayan ido secando. Mientras permanecíamos cerca de la fuentecita, una persona de nuestro grupo tuvo la suerte de descubrir una reliquia india entre la grava: una punta de flecha de sílex. Estaba tallada con todo el esmero, aunque no era de las de mayor tamaño. A cualquiera le encantaría conocer su breve historia: quizá se le cayese a algún cazador que había llegado hasta el manantial, o la disparase alguien desde el bosque contra alguna criatura salvaje que estuviese bebiendo ahí en el momento. Otra punta de flecha similar se encontró hace un tiempo entre la grava de nuestros paseos. En ocasiones, aparecen en el pueblo, pero ya son más raras de lo que podría suponerse.

Hemos recogido algunas flores de agosto en las orillas del arroyo: la raíz de piedra amarilla, o *Collinsonia,* con su flor de trompeta;

el nometoques, también amarillo, más raro entre nosotros que el tipo anaranjado; el aster morado, y un precioso puñado de bayas rojas del árbol del arándano. Con frecuencia, por aquí también se encuentra la genciana azul, pero aún no está en flor, y se han ido recogiendo tantas plantas que, en comparación, quedan pocas.

En la playa de esta punta hay un esqueleto de un viejo roble tumbado en la gravilla, un lugar muy conocido en los primeros años de esta pequeña colonia. En aquella época, los ciervos eran muy comunes aquí, y por supuesto, se los cazaba mucho. Estas pobres criaturas, cuando se las persigue, siempre buscan refugio en el agua si tienen un lago o un río a mano. Cuando salía una partida de caza a los montes, era una práctica común que alguien se apostase en el viejo roble de este lugar, que colgaba sobre el agua, para tener así una vista dominante del lago en toda su extensión; de antemano, la partida había acordado una serie de señas y el explorador situado en el árbol indicaba a los cazadores, de este modo, la dirección tomada por el animal. Hace unos pocos años, este roble de las señas cayó al suelo, y ahora queda un fragmento de él en la orilla. Toda esta arboleda era antiguamente preciosa, compuesta sobre todo de robles nobles primarios, muchos de ellos con parras enganchadas, mientras que una bonita mata de rosas silvestres crecía a sus pies. Algunas de las parras y muchos de esos rosales siguen ahí, pero los árboles están cayendo con rapidez. Los han maltratado incesantemente encendiendo fuegos cerca de los troncos para usarlos como fustes de chimeneas, cosa que, por supuesto, no puede más que destrozarlos. De este modo, robles que podrían haber seguido en pie durante siglos, cada vez más hermosos, se han visto destruidos impúdicamente. No pasa ni una estación sin que caiga alguno de ellos, y en los últimos años su número se ha visto notablemente reducido. El lugar no es más que un despojo de lo que era.

Ha pasado largo tiempo desde que los cazadores necesitaran el roble de las señas, ya que el ciervo desapareció de estos bosques

con una rapidez pasmosa. A los veinte años de la fundación del pueblo, ya se habían convertido en un animal raro de ver, y al poco tiempo habían huido del territorio. Una de las últimas de estas hermosas criaturas que se vio en las aguas de nuestro lago provocó una persecución de gran interés, aunque por circunstancias muy distintas a las de una cacería normal. Habían traído un precioso cervatillo del bosque siendo muy pequeño, y una dama lo había criado y cuidado en el pueblo hasta domesticarlo en lo posible. Se trataba de un animal grácil, como siempre ocurre con estas pequeñas criaturas, y tan dulce y juguetón que se convirtió en uno de los favoritos del lugar: seguía a los distintos miembros de la familia en sus paseos, los vecinos lo acariciaban y en todas partes lo recibían bien. Una mañana, después de estar retozando por ahí hasta agotarse, como normalmente, el cervatillo se echó al sol a los pies de uno de sus amigos, sobre los escalones de una tienda. Allí se presentó un hombre de campo, que durante varios años había sido cazador de ocupación y que aún tenía varios perros, uno de los cuales lo acompañó hasta el pueblo en esa ocasión. El perro, al acercarse al lugar en el que reposaba el cervatillo, se detuvo de pronto; el animalillo lo vio y se puso en pie. Había vivido más de la mitad de su vida entre los perros del pueblo, y aparentemente les había perdido todo el miedo, pero en ese momento pareció saber por instinto que tenía cerca a un enemigo. En un instante, se produjo un cambio en él, y el caballero que relató el incidente, y que se encontraba allí en ese momento, comentaba que nunca antes en su vida había visto algo más bonito que el repentino instinto que se despertó en esa preciosa criatura. En un segundo, todo su carácter y su aspecto parecieron cambiar, todos sus hábitos pasados quedaron en el olvido y su impulso salvaje al completo despertó: alzó la cabeza, se le dilataron las fosas nasales y le refulgieron los ojos. Otro instante más y, antes de que los espectadores se hubiesen percatado del peligro, antes de que sus amigos pudieran ponerlo a salvo, el cervatillo empezó a saltar como un loco por la calle, mientras el perro lo perseguía a todo

correr. Los testigos estaban ansiosos por salvar al cervatillo: varias personas siguieron sus pasos de inmediato, los amigos que desde hacía tanto lo estaban alimentando y mimando se pusieron a gritar el nombre por el que hasta entonces se lo conocía, pero en vano. El cazador se esforzó por llamar a su perro con silbidos, aunque con el mismo éxito. En cuestión de medio minuto, el cervatillo había doblado la primera esquina, había bajado corriendo hacia el lago y se había tirado al agua. Pero, si por algún momento la sobresaltada criatura se creyó a salvo en el interior fresco del lago, pronto se desengañó. El perro continuó en una persecución acalorada y ansiosa, mientras una docena de los perros del pueblo se le unía ciegamente en la cacería. Una multitud considerable se congregó en la orilla, hombres, mujeres y niños, desesperados por la suerte que correría el animalillo que todos conocían. Algunos se lanzaron en barcas con la esperanza de interceptar al perro antes de que este alcanzara a su presa, pero el chapoteo de los remos, las voces impacientes de hombres y niños y el ladrido de los perros debieron llenar de terror y angustia el corazón palpitante del pobre cervatillo, como si todas las criaturas del lugar en el que otrora lo habían acariciado y mimado se hubiesen convertido de repente en enemigos mortales. Pronto se vio que el animalillo dirigía su rumbo a través de una bahía hacia los bordes más cercanos del bosque, e inmediatamente el dueño del perro cruzó el puente, corriendo a toda velocidad en la misma dirección, con la esperanza de detener a su perro en cuanto tomase tierra. El cervatillo siguió nadando como nunca había nadado antes, con la delicada cabeza apenas asomada sobre el agua, pero dejando un rastro revuelto que traicionaba su rumbo ante sus ansiosos amigos y sus fieros enemigos por igual. Conforme se acercaba a tierra, el apasionante interés se intensificó. El cazador ya estaba en la misma orilla, llamando airado y en voz alta a su perro, pero el animal parecía haber olvidado más bien la voz de su amo en aquella persecución inmisericorde. El cervatillo tocó tierra y, de un salto, cruzó la estrecha franja de playa; en otro

instante, llegaría hasta la cubierta del bosque. El perro lo siguió, ciñéndose a su olor, dirigiéndose al mismo lugar en la orilla. Su amo, ansioso por darle alcance, había corrido a toda velocidad y ya estaba llegando, en el momento más crítico. ¿Atendería el perro a su voz o podría el cazador llegar hasta él a tiempo, cogerlo y controlarlo? Desde la orilla del pueblo, un grito proclamó que el cervatillo había pasado al interior del bosque y se había perdido de vista. En ese mismo instante, el perro, en cuanto tocó tierra, sintió el fuerte brazo del cazador aferrándose en torno a su cuello. Se creía que lo peor había pasado. El cervatillo iba subiendo a saltos la ladera de la montaña y su enemigo estaba bajo control. Los otros perros, al ver que su líder se echaba atrás, fueron fáciles de dominar. Una serie de personas, hombres y niños, se dispersó por los bosques en busca de la criaturilla, pero sin éxito. Todos regresaron al pueblo para informar de que no habían visto el animal por ningún sitio. Algunas personas pensaron que después de que se le hubiese pasado el susto regresaría por cuenta propia. Llevaba un collar precioso, con el nombre de su dueña grabado, así que se le podía distinguir fácilmente de cualquier otro cervatillo que anduviera suelto por el bosque. Antes de que hubiesen pasado muchas horas, un cazador se presentó ante la dama que había tenido a la criatura como mascota y, tras mostrarle un collar con su nombre, le dijo que había estado en los bosques y había visto un cervatillo a lo lejos, y que el animalillo, en vez de apartarse a saltos como el cazador había esperado, empezó a acercársele. El hombre apuntó, disparó y le dio en el corazón. Cuando descubrió el collar que llevaba al cuello, sintió mucho haberlo matado. Y así fue como el pobre animal murió. Cualquiera habría pensado que la terrible persecución lo habría hecho temeroso del hombre, pero no: se olvidó del mal y recordó solo la bondad, y fue a recibir como amigo al cazador que le disparó. Su mejor amiga lo lloró durante largo tiempo.

Esta fue una de las últimas cacerías que se produjeron en nuestras aguas, si no la última del todo. La bahía que cruzó la

atemorizada criatura ha recibido el nombre de bahía Cervatillo, y el bonito manantial que hay en el campo, más arriba, lleva el mismo nombre.

Viernes, 11 de agosto.

Día muy caluroso, con el termómetro en casi treinta y dos grados. El pueblo llevaba años sin estar cubierto por tanto polvo. Por supuesto, caminar y pasear en coche es menos agradable de lo usual, y aun así el campo luce tan bonito que no apetece permanecer mucho tiempo dentro de las casas.

Esta tarde, tras toparnos con un cruce de caminos estrecho que nos llevaba por los montes, hemos dado un paseo muy agradable en el coche. Por el carril había bastante hierba en algunos puntos, las ramas sombreadas de un bosque sin vallar cubrían el carruaje y preciosas estampas del lago y las laderas se abrían ante nosotros conforme ascendíamos lentamente. A veces está bien encontrarse de repente ante unas vistas hermosas: la emoción de la sorpresa intensifica en muchos casos el disfrute. Allí donde el terreno es llano y conocido, la sorpresa se convierte en un elemento importante, al ser menos fácil de conseguir. Después de conducir por un territorio monótono y poco interesante, si de pronto nos topamos con un rincón salvaje, con sus campos, un arroyo y unas rocas, sin duda lo disfrutamos más por el encanto del contraste. Cuando el mérito de un paisaje depende de un elemento principal, como una cascada, un laguito, unas ruinas, etcétera, el efecto es el mismo, y por lo general lo deseable es encontrarse con las mejores vistas de un modo repentino. Pero en lo que respecta a montes y montañas, el caso es bien distinto, ya que el ascenso gradual es en sí mismo una fuente plena de disfrute. A cada giro que hacemos por el camino ascendente, a cada palmo que ganamos en altitud, se nos abre algún elemento nuevo de admiración, o se arroja una nueva luz sobre algo que ya habíamos visto. El bosque, las granjas, las aldeas, los valles

enteros, sí, los grandes montes, los ríos anchos, elementos todos con los que ya quizá estemos familiarizados, no dejan de adoptar sin cesar aspectos novedosos. Incluso las bellezas más mínimas que vamos observando una a una a lo largo del ascenso, como la flor de montaña, el ave solitaria, la extraña planta, todo ello contribuye con su parte al placer. Los obstáculos mismos del camino, la grieta, el precipicio, el torrente, producen también su impresión, y suman a la exultación con la que al cabo llegamos a la cima de la montaña, llevando con nosotros una cosecha entera de relucientes sensaciones que hemos ido recogiendo por el camino, todas ellas exquisitos accesorios para la perspectiva mayor y más exaltada que nos espera en nuestro destino. Entre una vista aislada, pese a ser bonita a su modo, y el ascenso gradual a una altura dominante reside la misma gran diferencia que encontramos entre el disfrute de una única oda y el que obtenemos de un gran poema: es el *Lycidas* de Milton frente al *Otelo* o el *Lear* de Shakespeare, es un soneto de Petrarca comparado con *Jerusalén* de Torquato. Al menos, eso fue lo que pensamos esta tarde mientras ascendíamos lentamente por nuestros modestos montes y recordábamos las nobles montañas de otras tierras.

El aspecto del terreno es de lo más fértil: el carácter florido del verano aún no se ha difuminado. El trigo sarraceno, con sus flores blancas y olorosas, brota en la mitad de las granjas; las largas hojas del maíz siguen luciendo un verde brillante, y sus flores amarillas aún no se han marchitado; los cultivos tardíos de avena aquí y allá muestran su verde pálido junto a los rastrojos recién cortados, que aún conservan el color dorado del trigo maduro. En varios prados del valle, andaban afanados los segadores, se veían almiares por los campos de cultivo y carretas cargadas iban y venían, de vuelta a las labores del pleno verano, aunque esas eran sin duda cosechas de pasto sembrado, fleo y trébol, y no de heno para forraje. El sol reluciente de agosto se mostraba como la luz perfecta para esta escena, dorando los árboles y llenando los valles

de calidez, mientras una neblina suave confería distancia e importancia a todas las alturas.

Desde el punto más elevado que atravesaba la carretera observamos dos valles distintos, cada uno con varios grupos de montes amplios y más de una loma protuberante. Al mirar hacia abajo desde una posición dominante sobre un terreno montañoso la mente recibe impresiones muy distintas que al mirar hacia arriba para contemplar esos mismos elementos. Desde abajo, vemos un grupo de montañas como imágenes de un solo aspecto, pero al contemplar desde arriba sus formas gigantes, desde una altura contigua, las asimilamos de un modo más justo. Sentimos con más inmediatez cuánto añaden a la grandeza de la tierra en la que vivimos, cuánto aumentan su extensión, con qué magnitud varían su carácter, su clima y su producción. Quizá la calma noble de estos grupos montañosos sea más impresionante desde abajo, pero cuando las contemplamos desde un punto más elevado, mezcladas con esta quietud majestuosa, se observan restos de obras y movimientos del pasado, y lo que ahora contemplamos parece ser el reposo del poder y de la fortaleza tras un gran conflicto. La montaña más desprovista de vida y más estéril sobre la faz de la Tierra, con el sueño ininterrumpido de años y años cubriendo su soledad, sigue conservando en su cabeza callada la emoción de una pasión poderosa. Es en la frente de un hombre donde están estampadas las líneas abiertas por la preocupación y la pena de toda una vida, y en las ancestrales montañas contemplamos, con un sentimiento de admiración, el registro de la tormentosa historia de la tierra. Hay cicatrices y arrugas en los gigantes Alpes que los rayos del sol de cinco mil veranos no han suavizado, sobre las que los cielos han llorado en vano durante años, que todas las influencias a las órdenes del Tiempo no han podido borrar. Este aspecto dejado por las obras de antaño aumenta de un modo inconcebible la grandeza de las montañas, uniéndolas al misterio del pasado. En un terreno llano tendemos más a ver solo el presente, la visión mental pare-

ce confinada a la uniformidad plana del lugar, necesitamos cierto trabajo antiguo del hombre, cierta historia vetusta y sombría, para que nuestra mente mire atrás. Es esta una razón por la que un monumento siempre nos impacta con más contundencia en un terreno llano, o en una tierra plana; en una posición así, el monumento llena la mente más por sí mismo y por sus propias asociaciones. Pero sin historias ni monumentos, la faz de las montañas albergan ese algo que, desde los primeros tiempos, ha llevado al hombre a saludarlas como los «montes eternos».

En tiempos antiguos, dicha expresión de una acción individual presente en las montañas la reconocían tanto adivinos como poetas. Las guerras fabuladas de los titanes, con los montes arrancados de raíz que arrojaron en su batalla con los dioses, probablemente puedan remontarse hasta este origen, y fábulas similares en la forma que les han dado las sagas escandinavas no son más que una repetición de la misma idea. Nosotros, que tenemos la Sagrada Biblia en nuestras manos, podemos leer con absoluta reverencia también en ella imaginería de un carácter similar. Quienes están familiarizados con las lenguas antiguas del este nos cuentan que, en los primeros tiempos del mundo, las grandes montañas se llamaban todas las «montañas del Señor». Esa fórmula aparece repetidas veces en el Pentateuco. Pero después de los terrores sobrenaturales que acompañaron a la proclamación de la Ley en plena travesía, la misma idea de las montañas como homenaje especial al poder del Creador parece haberse mezclado entre los hebreos con los recuerdos del sismo del Sinaí. En el salmo número sesenta y ocho, escrito por el rey David, cuando transportaban el Arca al monte Sión, se leen dos pasajes diferentes en los que se presenta esta grandiosa imagen:

> Tembló la tierra y cayeron los cielos ante la presencia de Dios. El propio Sinaí se estremeció ante la presencia de Dios, ante la presencia del Dios de Israel.

¿Por qué brincáis, altas montañas? Esta es la montaña en la que Dios deseaba morar. Sí, el Señor vivirá allí por siempre.

El salmo número ciento catorce, supuestamente compuesto por un escritor profético distinto, es una sublime oda, expresiva toda ella del poder de Dios, en una lengua breve y noble, tal y como muestra la salvación de los israelitas, y el milagroso ministro de la tierra en sí, sus inundaciones y sus montañas, en nombre de estos:

El mar vio aquello y se apartó; el Jordán se retiró.

Las montañas saltaron como carneros y los montes lo hicieron como corderos.

¿Qué te aflige, oh, mar, por qué has huido? Tú, Jordán, ¿por qué te retiras?

¿Y a vosotras, montañas, que saltáis como carneros, y a vosotros montes, como corderos?

¡Tiembla, tierra, ante la presencia de Dios, ante la presencia del Dios del Sinaí!

Los modestos montes que nos rodean no son más que las últimas olas de un mar ondulante de colinas que se extienden cientos de kilómetros al sur, donde se alzan hasta una altitud mucho más dominante y alcanzan la dignidad de montañas. Pero incluso al levantarnos sobre los humildes montes de nuestro condado —todos de menos de trescientos metros de altura—, vemos algunas de las estampas, oímos algunos de los sonidos, respiramos el aire, sentimos el espíritu que son propios de una tierra montañosa. Hemos dejado las tierras bajas, las llanuras descansan por debajo de nosotros: rozamos al menos los bordes de los «montes eternos».

Sábado, 12 de agosto.

El termómetro marcaba treinta grados. Parece que a los pájaros les importa poco el calor. Es cierto que el torrente pleno de cantos del verano ha acabado, y el cambio es determinante entre mayo y junio, pero muchas de estas criaturitas siguen cantando con toda dulzura. Esta mañana, un chochín nos ha regalado la tonada más exquisita que uno podría desear, y toda su familia aún canta. Los gorriones melódicos también conservan la voz, al igual que los verdillos. Los jilgueros son otros que continúan cantando; hemos oído uno esta tarde igual de musical que en mayo, aunque por lo general sus notas difieren ahora mismo de como eran más temprano en esta época. Las crías están en su mayoría ahora independizadas, y se ven los pájaros moviéndose distraídos como si ya no echasen cuentas a sus nidos. En este momento, el vuelo es más irregular que al principio; suben y bajan despreocupados con las alas plegadas, moviéndose aquí y allá, cambiando a menudo de rumbo por capricho, y mientras se desplazan, repiten una y otra vez una serie de cuatro notas, dando énfasis a la primera. En resumen, muchos de nuestros amiguitos pueden verse por los campos de cultivo y las huertas todavía, y el campo no está en absoluto en silencio, aunque la temporada más musical ha acabado. Quizá se disfrute más de estos cantos ocasionales por poder oírlos individualmente, convertidos en un favor mayor al que ya es en junio. En cualquier caso, agosto no es el mes desprovisto de voces que alguna gente parece suponer.

Lunes, 14 de agosto.

Día muy caluroso. El termómetro marcaba veintiocho grados a la sombra. No ocurre a menudo que este valle sufra tanto por la sequía. El mes pasado fue inusualmente seco. Esta mañana, en torno al amanecer, se vieron algunas nubes ligeras, y las observamos ansiosos con la esperanza de que diesen lluvia, pero cuando el sol salió se desvanecieron.

No se puede pasear si no es por los bosques, e incluso a la sombra de los árboles el ambiente es sofocante y bochornoso. Muchos de los árboles del bosque están adquiriendo aspecto de resecos, e incluso las pequeñas plantas en torno a los árboles, protegidas de la influencia directa del sol, parecían sedientas y debilitadas esta tarde.

Pero, si bien la vegetación sufre, el mundo de los insectos se regocija en este clima seco y cálido. Día y noche, bajo el caluroso sol de mediodía y la brillante luz de la luna, hay un murmullo incesante en campos y bosques, mucho más denso en su tono de lo usual. Resulta muy agradable a su modo, y más siendo como es, al igual que los cantos de los pájaros, una prueba de que las criaturillas están felices con el paso de las horas. Se nos dice que, en realidad, los insectos no tienen voz, y que el sonido que oímos de ellos viene producido en general por la fricción o por el roce entre sustancias duras de diferentes partes de sus cuerpos. Pero el carácter del sonido sigue siendo el mismo, sea cual sea su génesis. Sin duda, la mosca disfruta del ocioso zumbido de sus alas; la abeja, del murmullo que acompaña su boyante vuelo; y el elevado chirrío de la cigarra probablemente sea una expresión de alivio y placer, igual que lo es el torrente pleno del canto que sale del pecho de su vecino, el alegre chochín.

Según se afirma, existen muchas variedades de cigarras en este territorio. En nuestra región misma tenemos solo unas pocas en comparación con los grandes números que se encuentran en otros condados de este estado. La cigarra grande solo la oímos entre nosotros en los momentos de más calor.

También el que llaman grillo de matorral o falsa langosta, un insecto muy común en otros sitios, es raro por aquí. Tenemos solo unos pocos, y su agradable canto raras veces se oye salvo en las noches muy calurosas. La semana pasada, sin embargo, la cigarra[86] nos vino a saludar, y también el grillo de matorral.

---

86 La *Cicada*, aquí conocida como mosca grande de las cosechas.

Martes, 15 de agosto.

Día de mucho bochorno. El termómetro marcaba treinta y cinco grados a la sombra.[87] El sol salió claro y brillante, pero poco después se reunieron unas cuantas nubes en los montes y de nuevo se avivaron las esperanzas de lluvia. Muchos ojos ansiosos miraban hacia arriba, aunque las nubes se dispersaron y el calor continuó implacable.

Las arañas de jardín están tejiendo sus redes pulcras y simétricas en torno a huertas y cobertizos, decorando así los matorrales de guisantes y las varas de habichuelas. La tierra también está cubierta por telas de araña, cosa muy usual en esta época. En Francia, dado que están esparcidas sobre el pasto, los campesinos las llaman *fils de Marie* («hilos de María»), por alguna leyenda medio religiosa de tiempos antiguos.

Esta tarde, sentados a la sombra, hemos observado una feroz escaramuza entre una avispa negra y una araña grande, que había tejido su red entre los bucles de una parra virgen. La avispa se arriesgó a posarse en las afueras de los dominios de la araña, donde se le quedaron enganchadas en parte las patas. Apenas había tocado la hoja cuando la criatura vigilante hizo un rápido movimiento en persecución de la avispa. Los oponentes se colocaron frente a frente. Era imposible saber si la avispa había herido a su enemiga, pero después del primer embiste, la araña se retiró de inmediato unos centímetros, aunque manteniendo aún una posición atrevida y nada disimulada, con los ojos grandes mirando fijamente y con ferocidad a la intrusa. La avispa estaba cada vez

87 En el pueblo hemos conocido los treinta y seis grados. Cuentan que treinta y nueve grados y medio ha sido la temperatura más alta registrada nunca en el estado, y fue en el condado de Orange.

más enganchada en la tela; se fue enfureciendo, movía las alas y las patas rápidamente, pero sin ningún fin. Al ver su situación tan claramente como cualquier espectador, o quizá más, la araña hizo otro ataque, y los adversarios se enzarzaron en una lucha feroz. La avispa parecía ansiosa por colocar su aguijón sobre su enemiga. La araña estaba igual de decidida a herir a su enemiga de patas largas en la cabeza, probablemente con un mordisco de sus dientes venenosos. En un momento, la avispa parecía ser la que sufría, y al siguiente, otra vez la araña relajaba un poco su cerco. Un nuevo asalto de la araña estuvo seguido por una lucha violenta de la avispa cuando, de repente, bien por buena suerte o por buena mañana —no se pudo distinguir—, la tela se rompió, las alas de la avispa se liberaron y el animal alzó el vuelo de la hoja, llevándose la araña consigo, como cautiva o como enemiga pertinaz, imposible decirlo. Al poco, se perdieron de vista. Quizá la avispa, antes de alzar el vuelo, descubriese que había «capturado un pez gordo». Unos cinco minutos después de que desapareciesen los combatientes, una avispa se posó en el mismo lugar en el que había tenido lugar la justa, y revoloteó algo agitada y ansiosa por aquel sitio. O bien se trataba del mismo ejemplar que se había visto enfrascado en la refriega, o bien era un ajeno que, por el olor o de otra manera, había descubierto rastros del torneo. Si era el héroe de la contienda, tomar posesión del campo de batalla y del territorio del enemigo confirmaba su proclamación como victorioso. Si solo era un aliado, la fortuna del día seguía estando a oscuras y, como ocurre con muchas otras grandes batallas, la victoria la podrían reclamar las dos partes.

Algunas de nuestras avispas americanas se dice que son cazadoras de arañas, a las que luego encierran en la celdilla con sus crías, que se alimentan de ellas. Sin embargo, en la batalla de esta tarde, la araña era claramente la agresora. Estas contiendas entre dos razas son frecuentes, aunque las abejas y las arañas parecen mantener la paz entre ellas.

Por aquí tenemos pocas avispas. El tipo más común es esta variedad negra. Las avispas grandes y marrones, tan abundantes en otros sitios, se desconocen en el pueblo. Una variedad más pequeña, a la que aquí llaman avispón, no es poco común. No obstante, por suerte para nosotros, las agradables y prósperas abejas superan con mucho en número a los otros miembros de su familia en torno a nuestro lago.

Miércoles, 16 de agosto.

El termómetro marcaba los treinta y tres grados. Todo el territorio añora la lluvia. No ha caído ni una sola gota aquí desde finales de julio.

Durante estos tiempos de calor prolongado, el ganado sufre más, probablemente, que el hombre. En verano, le encantan la sombra fresca y las aguas refrescantes, pero ahora los pastos dulces, a los que el ganado está tan acostumbrado, aparecen echados a perder y resecos, mientras que más de una charca y un manantial en torno a los campos de cultivo, que los animales conocen bien y donde acuden por cuenta propia a beber, ahora se los encuentran enteramente consumidos. Conmueve ver su paciencia y aun así, pobres criaturas, al contrario que el hombre, no saben nada de la esperanza y de la misericordia de su Creador.

Jueves, 17 de agosto.

Por fin ha llovido, para nuestro gran regocijo. Esta mañana, el sol se levantó despejado, pero unas nubes ligeras se empezaron a reunir pronto poco a poco en torno a los montes, y luego se extendieron gradualmente por todo el cielo, velando el valle bajo una agradecida sombra. Hacia el mediodía, cayeron las primeras gotas. El murmullo de los insectos, tan intenso en la última quincena, de repente cesó y estuvo seguido por el refrescante sonido de las gotas

de lluvia que golpeaban entre las hojas. La mayoría de la gente pensó que a la larga sequía y al enorme calor los seguirían unas ráfagas fuertes y tormentas, como suele ocurrir, pero la bendición cayó suave y leve sobre nosotros esta mañana. Más o menos un cuarto de hora después de que hubiese comenzado a llover, la luz del sol se coló entre las nubes y temimos que el cielo fuese a clarear. Por suerte, llegó lentamente otra nube, más densa, que se cernió sobre el lago, dejando caer agua de sobra encima de nosotros, y continuó lloviendo todo el día.

Viernes, 18 de agosto.

Desde luego, hace más fresco. La lluvia lo ha refrescado todo. Esta mañana ha seguido lloviendo.

Sábado, 19 de agosto.

Ha habido sin duda un cambio en el clima. El termómetro marcaba dieciséis grados y medio, con un viento fresco del norte. Este tipo de atmósfera es muy poco favorable para el paisaje. Hace que los montes parezcan más bajos, el lago, más estrecho y, en general, que los elementos conocidos del paisaje no luzcan ni la mitad de bien que cuando una neblina suave se cierne sobre las montañas. Las particularidades naturales del territorio no tienen una escala lo bastante grande como para alzarse por encima de esos accidentes de luces y sombras. La mayoría de los veranos, nos llega un toque de este tipo de clima, a veces en julio, otras veces en agosto: esa atmósfera fresca y prosaica, cuando las cosas parecen no poder disfrutarse fuera, y la gente se molesta por tener que cerrar puertas y ventanas y, a veces, recurrir a prender luces y fuego.

Hemos visto una gran bandada de golondrinas comunes posadas en grupos sobre tallos de verbasco en un campo baldío. Están pensando en su traslado.

Lunes, 21 de agosto.

De nuevo, un día muy agradable. Hemos dado un paseo de cierta distancia. La cosecha del cereal ya ha acabado, en general, y el ganado puede verse comiendo entre los rastrojos de muchas granjas.

En esta parte del mundo, pese a que una vez vimos a una mujer arando, otra vez nos encontramos un grupo de muchachas haciendo heno con los hombres de la familia, y en ocasiones hemos observado a mujeres usar la azada con las patatas o el maíz, nunca nos hemos encontrado con una estampa muy común en los campos de cultivo del Viejo Mundo: no hemos visto jamás un solo espigador. Probablemente, no se deba solo a la próspera situación del territorio, ya que entre nosotros hay muchos pobres. «Pobres siempre tenéis, y cuando quiera que se os plazca podéis hacerles bien».[88] En las ciudades grandes, ¿quién no ha visto a esas desgraciadas criaturas que cogen los harapos sucios de la basura y la mugre de las calles? Allí donde los seres humanos pueden buscarse de este modo el sustento en las ciudades, espigar los cultivos del campo no debería sorprender a nadie. Incluso en torno a nuestros pueblos, hay no solo muchas personas necesitadas, una cantidad de la que se ocupa el erario, sino que normalmente existen otras más a las que se podría calificar de mendigos normales: hombres, mujeres y niños que, en vez de trabajar, mendigan. Que no se tome este comentario como una acusación severa. Incluso en nuestras pequeñas comunidades rurales, hay padres y madres que enseñan a sus hijos a mendigar, ¡ay! Gente que deliberadamente anima a sus hijos a robar y a mentir, y vicios de los más infames. Allí donde existen este tipo de cosas, no puede ser la gran prosperidad del territorio la que evite que los espigadores sigan los pasos de los

88 Marcos 14:7. *(N. de la T.)*

segadores. Probablemente, existan varias razones para que aquí nadie espigue. La comida, en comparación, es barata. Nuestros pobres están bien alimentados, y los que piden comida reciben un suministro libre de la caridad privada. El pan de trigo, la carne, la mantequilla, el azúcar, el té y el café se consideran necesarios, así que el solicitante los pide abiertamente, y el donante los cede con libertad. Lo que durante los primeros tiempos de las diversas colonias fueron, en comparación, una abundancia de alimentos y una demanda absoluta de trabajo quizá radiquen en los motivos para que se perdiese en este lado del Atlántico la costumbre de espigar; y el hecho de que no se considere cosa habitual será razón para que actualmente nadie piense en ello. A ello se añade además que nuestra gente, por lo general, no es nada paciente y se contenta con poco. Espigar no se ajustaría a sus hábitos. Muchas de esas personas, probablemente, preferirían mendigar a espigar.

Sin embargo, aunque la práctica se haya abandonado por completo a este lado del océano —al menos, en nuestra parte del continente—, sí prevalece de forma muy generalizada en el Viejo Mundo. En algunos países, la han regularizado por ley. En otros, se rige por el uso tradicionalmente establecido. En ciertos pueblos de Francia y de Alemania, se fija un día en concreto en la *commune* para comenzar a espigar. En ocasiones, tocan las campanas de las iglesias, y en otros pueblos se oye el retumbar de un tambor para llamar a los espigadores a los campos. Madres campesinas, con sus críos pequeños, niños y niñas, hombres y mujeres viejos y enfermizos, a todos se los ve en grupitos desplazándose hacia los campos de cultivo sin vallar, esparciéndose entre el rastrojo amarillo. En Suiza, grupos de muy pobres, viejos y pequeños que no pueden ganar mucho, bajan desde los pueblos de montaña donde no se cultiva el cereal hasta las granjas más llanas de las tierras inferiores expresamente para espigar. Uno nunca puede observar a esas pobres criaturas sin gran interés: madres, hijos y gente de edad conforman el mayor número de esos grupos, y por muy humilde que sea la

ocupación, es del todo honrada y, de hecho, meritoria, en tanto que muestra una voluntad por asumir la tarea más modesta de procurarse un sustento, en vez de permanecer en la ociosidad pura.

No existe un solo país en Europa, creo, en el que espigar no sea una costumbre generalizada, desde los valles más al norte donde se cultivan cereales hasta las llanuras exuberantes de Sicilia. Incluso en la fértil Asia, y en los tiempos más antiguos, espigar era una práctica común. El signo del zodiaco que llaman Virgo se dice que representa a un espigador, y eso se remonta muy atrás. La ley mosaica contiene instrucciones minuciosas para espigar. Mientras que los hijos de Israel seguían en su travesía, antes de que hubiesen conquistado un solo campo de cultivo en la Tierra Prometida, recibieron los siguientes mandatos:

> Y cuando seguéis la cosecha de vuestras tierras, no deberéis segar del todo los rincones de vuestros campos, ni tampoco recoger las espigas de la siega. Y no deberéis espigar vuestras viñas, ni tampoco recoger todos los frutos de ellas. Deberéis dejarlos a los pobres y a los extranjeros: yo soy el Señor, vuestro Dios. (Levítico XIX)

> Cuando seguéis las cosechas en vuestros campos, y olvidéis allí un manojo, no deberéis regresar a buscarlo: dejadlo al extranjero, al huérfano, a la viuda. Que el Señor vuestro Dios os bendiga por todas las obras de vuestras manos. (Deuteronomio XXIV)

No es posible determinar si una costumbre de este tipo prevalecía ya en el mundo antiguo, antes de los días de Moisés, dado que el Pentateuco es la autoridad vigente más antigua. Los libros anteriores de las Sagradas Escrituras, el Génesis y el Éxodo, no contienen nada al respecto. Sin embargo, algunos de los preceptos del código de Moisés se sabe que no son más que una confirmación y repetición de los ofrecidos aún antes, como los que imponen el sacrificio, la circuncisión, etcétera. Muchos otros, sin duda, salieron primero, en la época del Éxodo, de la sabiduría y la misericordia del Todopoderoso, como el levantamiento del tabernáculo,

el establecimiento del sacerdocio levítico, etcétera. La protección del espigador puede haber pertenecido a cualquiera de esas clases de preceptos, aunque su menudencia tiene mucho del carácter de la ley hebrea, y es muy posible que se inculcase por vez primera en boca de Moisés, en plena travesía. Cualquiera que sea el origen de esta costumbre, desde entonces se ha extendido a lo largo y a lo ancho. Era una simple forma de caridad, natural en una era primitiva, y durante tres mil trescientos años al menos ha prevalecido en el mundo. Creo que no existe ni una parte en el Viejo Mundo en la que no se practique en mayor o menor medida, ya sea en Asia, África o Europa, y es posible que en algunas zonas de este continente mismo también sea costumbre, aunque nunca hayamos sido testigos de ninguna alusión a ella por parte de los viajeros, ni en el norte ni en el sur de América. Dentro de las lindes de nuestro territorio, se cree que es una práctica por completo desconocida.

No se puede pensar en espigar sin recordar a Ruth. ¡Qué hermosura la narración de la historia sagrada que nos la presenta! Una de las imágenes más agradables del mundo antiguo que conservamos en nuestros días es al mismo tiempo una composición literaria exquisita. Al compararla brevemente con el célebre episodio de Las estaciones, se ve cuán por encima del poeta moderno permanece el escritor hebreo. Sin duda, la imitación que hace Thomson es un poema elegante, grácil, bucólico y refinado, que fluye de un modo encantador, pero, tal y como lo expresa el propio Palemón, la historia es más bien «romántica». Lavinia, pese a ser «la belleza en sí» y encantadoramente humilde, resulta, ay, más parecida a una muñeca. Uno duda de si de verdad ha sufrido tanto, con esa «paciencia sonriente» que luce y esos «miembros refinados», «velados por una sencilla túnica». Y sobre Palemón, «orgullo de zagales», «que llevaba la vida rural en todo su disfrute y elegancia», «divirtiendo su imaginación con estampas otoñales», siempre hemos albergado ciertos recelos de que fuese un joven escudero demasiado común. No resulta sensato mostrarse muy

críticos en la lectura, ya que uno se pierde mucho placer y enseñanzas cuando es melindroso y crítico en este y otros asuntos, pero Thomson dio desde luego un paso tan atrevido rememorando a Ruth que él mismo tiene la culpa de que surja inevitablemente la comparación, y de que inevitablemente su hermosa muchacha inglesa salga perjudicada. Nunca leemos Las estaciones sin desear que Crabbe hubiese escrito los pasajes sobre el hábito de espigar.[89]

Con respecto a Ruth, la auténtica Ruth, su historia es todo pura sencillez, naturaleza y verdad, en todos y cada uno de los versículos. Deleitémonos parándonos en ello un momento. Veamos a Noemí, con su esposo y sus hijos, obligada por la hambruna a marcharse al territorio de los moabitas. Oigamos cómo los dos muchachos jóvenes se casaron allí y cómo, al término de diez años, la madre y sus nueras habían enviudado. Noemí decide entonces regresar a su tierra, y ambas nueras quieren marchar con ella. Orpa y Ruth habían sido las dos fieles a la familia judía: «Que el Señor se muestre amable con vosotras, como habéis hecho vosotras con los muertos, y conmigo», dice Noemí, y las insta entonces a abandonarla y a volver junto a sus amigos. Ambas jóvenes rompen a llorar y las dos responden: «Regresaremos junto a usted y a vuestro pueblo». De nuevo, Noemí las insta a abandonarla: «Daos la vuelta, hijas mías, ¿por qué marchar conmigo?». «Y Orpa besó a su suegra, pero Ruth permaneció aferrada a ella». Esta es la primera frase que desvela la diferencia entre las jóvenes: las dos han sido amables y diligentes con sus esposos y su suegra, pero ahora vemos como una se da la vuelta y la otra «se aferra» a la pobre, anciana y solitaria viuda. A Orpa no se le impone ninguna culpa real, y sin embargo desde ese instante le cogemos cariño a Ruth. He

89 En este párrafo, además de las referencias al libro bíblico de Ruth, Fenimore menciona la obra *The Seasons* (Las estaciones) de James Thompson (poeta y dramaturgo escocés del siglo XVIII). Al final, recuerda a George Crabbe, poeta inglés de finales del siglo XVIII y principios del XIX. *(N. de la T.)*

aquí la apasionada réplica que da esta a su suegra: «Vuestro pueblo será mi pueblo; vuestro Dios, mi Dios. Allí donde usted muera, moriré yo, y allí me enterrarán». Seguimos pues a las dos mujeres hasta Belén, la ciudad natal de la familia: «Y toda la ciudad se conmovió al verlas, y dijeron: "¿Es esa Noemí?"». «Y ella respondió: "No me llaméis Noemí, llamadme Mara, pues el Todopoderoso ha obrado amargamente conmigo: me marché plena, y el Señor me ha devuelto a casa vacía"». Fue al principio de la cosecha de la cebada cuando llegaron las dos a Belén, y entonces nos encontramos a Ruth preparándose para espigar. Probablemente, en esa época espigar fuese una costumbre entre las naciones vecinas también, pues la propuesta sale de la propia Ruth y no de su suegra judía, que se limita a expresar su consentimiento: «Ve, hija mía». La joven viuda obedece y «el azaroso sino hizo que fuese a dar con una parte del campo que pertenecía a Boaz». Unos términos algo anticuados, «azaroso sino», para hablar del destino. De inmediato, vemos como el dueño del campo llega de Belén y lo oímos saludar a los segadores: «El Señor esté con vosotros. Y ellos responden: "El Señor le bendiga"».

Sin duda ninguna, en esos tiempos antiguos, la gente vivía toda junta en pueblos y ciudades en pos de la protección mutua, como hacían en Europa en la Edad Media, y como, a decir verdad, aún hacen en el presente en muchos países en los que raras veces se encuentran casas o granjas aisladas, y donde la gente acude todas las mañanas a los campos a trabajar, para regresar de noche a los pueblos. Mientras observa a sus segadores, Boaz se percata de que hay una espigadora, una joven a la que no había visto antes. Probablemente, las otras caras le resultasen conocidas al benévolo hombre, los pobres de su ciudad natal, pero esa era una extraña. En ningún sitio se dice, eso sí, que Ruth fuese hermosa. Muy probablemente no lo fuese. Siempre hemos sido dados más bien a pensar que, de las dos, Orpa podía ser la guapa. La belleza de muchas mujeres del Antiguo Testamento la mencionan con elogio los diferen-

tes escritores de los libros sagrados, como ocurre con Sara, Rebeca o Raquel, y con muchas más. Sin embargo, en ninguna parte dicen que Ruth fuese «bien parecida». Leemos sobre su devoción hacia Noemí, sobre su gentileza y su humildad, sobre su modestia, pues no iba «detrás de los jóvenes», y toda la gente sabía que era «una mujer virtuosa», pero no se vierte ni una palabra sobre que tuviese un aspecto agradable. Tal omisión destaca aún más al ser ella el personaje principal en una narración de cuatro capítulos. A excepción de Sara y Esther, no hay otra mujer en el Antiguo Testamento que ocupe tanto espacio. Y cabe recordar que la belleza tanto de Sara como de Esther se menciona claramente. No. En el caso de Ruth, la atención se centra por completo en sus cualidades morales, y la historia sagrada le ha asignado pues un lugar junto a las mujeres cristianas del Nuevo Testamento, donde no se hace alusión alguna a la apariencia personal. ¿No podríamos contentamos entonces con creer que Ruth no era hermosa, que tenía simplemente uno de esos rostros que van y vienen sin que nadie repare en ellos, salvo quienes los conocen y los aman? En cuanto Boaz se entera de quién es, le da la más cálida de las bienvenidas: «¿Es que no has oído, hija mía? No vayas a espigar a otro campo, ni tampoco te marches de aquí: quédate entre mis criadas. ¿Acaso no he encargado a los jóvenes que no te toquen? Y cuando tengas sed, ve a las jarras y bebe de lo que hayan sacado ellos». No se nos dice que Boaz fuese un hombre mayor, aunque queda implícito en varios puntos. Llama a Ruth «hija mía» y se menciona que es pariente del esposo de Noemí. Le ordena a Ruth no ir «detrás de los jóvenes, ya sean ricos o pobres» y sus modos y maneras en toda la narración transmiten una calma y una dignidad de las que se vinculan de manera natural con la idea de un anciano. La generosa bondad y la honesta sencillez de su comportamiento con Ruth resultan hermosas. Cuando la joven viuda, «cayendo hacia adelante», pregunta humildemente: «¿Por qué he encontrado la gracia en vuestros ojos, como si me conociese usted, viendo que soy una extraña?». Y él responde: «Me han instrui-

do sobre todo lo que has hecho con tu suegra desde la muerte de tu esposo. [...] que el Dios de Israel bajo cuyas alas has ido a confiar te recompense plenamente». Ruth era pobre, y sin duda había conocido el abandono y la crueldad. Era un mujer generosa y bondadosa, y sabía valorar justamente la bondad de otros. Así, le agradece al dueño del campo «haberme consolado, y haber hablado amablemente a vuestra criada». La palabra usada para «amablemente» va anotada al margen como «al corazón». Quizá esa frase fuese una expresión común en hebreo, pero tiene la fuerza de parecer característica de quien habla. ¡Benditos los labios, verdaderamente, de quien «habla al corazón» del afligido, y bendita el alma pesarosa que los escucha! Boaz le pide a la joven viuda que coma con su gente en el almuerzo: «Come de este pan y moja tu bocado en el vinagre». «Y ella se sentó junto a los segadores, y él le acercó maíz seco». El vinagre aquí mencionado supuestamente era una especie de vino ácido al que con frecuencia hacen referencia los escritores antiguos, mientras que el maíz seco debían ser espigas medio maduras de trigo o de cebada y tostadas de alguna manera, un alimento común en oriente a lo largo de los años. «Y cuando se levantó para espigar, Boaz ordenó a sus jóvenes, diciéndoles: "Dejadla espigar incluso entre los fardos, y no reprochadle nada. Y dejad caer algunos puñados a propósito para ella, y dejad que ella los espigue, y no la reprendáis". Y así Ruth espigó en el campo hasta la tarde, y desgranó luego lo que había espigado, y había como un *efa* de cebada». Un *efa* correspondía más o menos a una fanega de nuestras medidas, y la cebada era un grano muy valorado en Judea, donde se utilizaba mucho para la alimentación. Una fanega parece una cantidad considerable; de todos modos, sorprenden los fardos enteros que algunos espigadores se llevan a casa actualmente, y en campos donde no les tiran manojos a propósito. Fue solo cuando Ruth le habló a su madre de su buena fortuna cuando la joven se enteró de que Boaz era casi pariente de su anterior marido y, en consecuencia, de acuerdo con la ley judía, alguien a quien podía reclamar.

Noemí manda a Ruth seguir a los segadores de Boaz, según los deseos de este, y ella lo hace «durante la cosecha de la cebada, durante la cosecha del trigo, viviendo mientras tanto junto a su suegra». Fue al final de la cosecha cuando Ruth, siguiendo las instrucciones de Noemí, se echó una noche a los pies de Boaz mientras este dormía en el terreno trillado, como modo de recordarle a él la ley según la cual el pariente más cercano ha de casarse con la viuda sin hijos. Esta acción ha recibido numerosos comentarios severos. Solo por este motivo, *monsieur* de Voltaire no ha mostrado ningún escrúpulo a la hora de dedicar a Ruth una de las palabras más justamente oprobiosas en la lengua humana, y varios notables escépticos de la escuela inglesa han incluido esta entre sus objeciones contra a las Sagradas Escrituras.[90] Como en un estado social en extremo sencillo y primitivo, íbamos a juzgar a Ruth de acuerdo con las normas de la propiedad que prevalecían en las cortes de Carlos II y Luis XV. A decir verdad, Ruth y Boaz vivieron entre una raza, y en una época, que se caracterizaban no solo en su discurso diario, sino también en su vida cotidiana, por ser altamente figurativas; en un tiempo en el que el objeto principal del lenguaje y de las acciones era dar fuerza y expresión a las intenciones de la mente, en vez de aplicar, como se hacía después en una sociedad degenerada, todos los poderes del habla y de la acción para ocultar el verdadero objeto a la vista. La sencillez con la que se ofrece esta parte de la narración, especialmente judía, debería parecer más bien meritoria al juez imparcial. Sin embargo, el cristiano tiene doble motivo para recibir este hecho con el mismo espíritu con el que se registró, y según esos mismos motivos debemos estar seguros de que, de haber sido Ruth una mujer culpable, o de haberse comportado Boaz con la joven viuda de un modo alejado de la rectitud, ninguno de los dos se habría librado de la vergüenza pública por tales malas conductas. El

90 Véanse las cartas de los judíos a Voltaire.

Libro de Ruth siempre se ha recibido en el seno de la Iglesia, tanto la judía como la cristiana, como una parte de las inspiradas Escrituras. Por tanto, debe ser cierto en su esencia, y ninguna mala palabra ni acto maligno encuentra sitio en la narración. Asimismo, la imparcialidad de los sagrados biógrafos, desde el primero hasta el último de los libros de las Sagradas Escrituras, es tan llamativa, tan peculiar de ellos, tan diferente de las elegías o apologías de hombres nada inspirados en circunstancias similares, que solo la razón nos es necesaria para recibir todas estas narraciones sencillamente tal y como se nos ofrecen. Leemos con sentimiento de asombro las ocasionales faltas y pecados de hombres como Noé, Abraham, Aarón y David. La naturaleza plena del hombre se nos muestra humillada, ¡mientras la misericordia de nuestro Dios se alza exaltada sobre los cielos! Sentimos que esos pasajes se abren ante nosotros a manos del mismo Espíritu Omnisciente que busca en nuestros corazones, la misma mano justa que sopesa nuestras palabras, pensamientos y obras. Y si hombres como Abraham, Aarón y David no se salvaron de la pluma inspirada, ¿por qué iba a proteger esta a la viuda moebita, y a Boaz, alguien sin ninguna importancia en comparación? El escritor de esta narración no imputó a ninguno de ellos ningún pecado con una sola palabra. ¿Cómo se atreve la mente del lector a hacer tal cosa? Podría añadirse algo más destinado a los escépticos, dado que este pasaje ha sido objeto de objeciones por parte de hombres de esa escuela. Solo hay tres posiciones que pueda adoptar el infiel ante esta cuestión: puede, junto al cristiano, creer que el Libro de Ruth es cierto, en cuyo caso está obligado a recibir esos hechos tal y como se ofrecen; puede considerar que la narración es un compendio de ficción y verdad, y entonces corresponde a la simple justicia que los puntos sobre los que los autores de las Escrituras siempre han mostrado una marcada imparcialidad, como la de este caso, se coloquen del lado de la verdad, y queda a libertad del infiel dudar de cualquier otro pasaje del libro, más que de este en particular; puede, por último, declarar que el libro, en su

opinión, es totalmente ficticio, y en ese caso estará obligado, por el sentido común, a recibir la narración tal y como está escrita, dado que supone una absurdez plena juzgar a personajes ficticios de otro modo que según estén representados. Si el infiel supone que un acto o una opinión van más allá de lo que expone o deja ver el escritor, entonces bien podrá sentarse a componer una fabricación propia por completo nueva, y el mundo tendrá un Libro de Ruth en la Santa Biblia y otro entre las obras del señor A., B. o C.

Cuando Boaz encontró a Ruth tumbada a sus pies, de inmediato comprendió aquel acto como algo figurativo. «Y había pasado la medianoche cuando el hombre se asustó, se dio la vuelta y contempló a una mujer tumbada a sus pies». «Y el hombre dijo: "¿Quién eres?". Y ella respondió: "Soy Ruth, tu criada. Extiende pues tu faldón —o tu ala— sobre tu criada, pues eres un pariente cercano"». La respuesta entera de Ruth es figurativa, igual que su acto. Extender el faldón, o el ala, era una frase común hebrea que implicaba protección, y cuentan que, actualmente, forma parte de la ceremonia judía del matrimonio. Boaz sabía bien que aquel acto y aquellas palabras pretendían recordarle la ley según la cual el «pariente cercano» debía casarse con la viuda. «Ahora, hija mía, no temas: haré todo lo que me pides, pues la ciudad entera de mi pueblo sabe bien que eres una mujer virtuosa. Es cierto que soy tu pariente cercano, y sin embargo hay un pariente más cercano que yo. Aguarda esta noche, y veremos en la mañana si él cumple contigo. Dejemos que cumpla él su parte. Pero si no cumple contigo su parte como pariente, entonces lo haré yo, vive Dios. Quédate ahí tumbada hasta la mañana». «Y ella se tumbó a sus pies hasta la mañana». Cuando, al amanecer, Ruth va a marcharse, Boaz le ordena que le lleve su velo, y mide seis medidas de cebada en él, y le dice: «No te vayas de vacío con tu suegra». Los hechos acaecidos en el capítulo final, a las puertas de la ciudad, impresionan por su carácter antiguo, oriental y judío. El pariente más cercano rechaza cumplir los deberes que le asigna la ley, pues no desea comprar «la

parcela de tierra» ni casarse con Ruth, «para no arruinar su propia herencia». Le cede ese deber a Boaz y le da como prueba de ello su zapato, una costumbre singular y muy primitiva; y es que estamos leyendo cosas de tiempos anteriores a la fecha de la guerra de Troya, ya que la cronología ha situado esos incidentes en el siglo XIV antes de Cristo. Boaz llama entonces a todos los presentes a ser testigos del contrato por el cual se comprometía a comprar la tierra y a casarse con la viuda. «Y toda la gente que estaba a las puertas, los ancianos también, dijeron: "Somos testigos. Que el Señor haga que la mujer que llega a tu casa sea como Raquel, y como Lía, las dos que construyeron la casa de Israel: y que te haga digno en Efratah, y famoso en Belén"». Probablemente, antes de que se agotasen las seis medidas de cebada, Ruth entró en la casa de Boaz como su esposa. Noemí fue con ella, y con el tiempo Ruth le dio un nieto a la provecta viuda: «Y Noemí cogió al niño y se lo colocó en el regazo, y se convirtió en su niñera». «Y las mujeres le dijeron: "Él será quien te devuelva tu vida, y quien nutra tu avanzada edad, pues tu nuera *que te quiere, que es mejor para ti que siete hijos varones,* lo ha engendrado"». Con el paso de los años, ese niño terminó siendo el abuelo de David. Ruth recibió el honor codiciado por todas las mujeres judías: pertenecer al linaje de Sara y la Santa Virgen, la madre de nuestro Señor. Sin duda, fue para registrar su lugar en la genealogía sagrada, o más bien por mor de esa genealogía, que se escribió este libro, y que ha recibido un sitio en las Sagradas Escrituras.

Entretanto, nos hemos desviado bastante de nuestros campos sin espigar, pero la historia de Ruth es tan hermosa, está tan llena de interés, por su vinculación con una antigüedad remota, más allá del alcance de la literatura griega más antigua, que nunca se llega a ella sin sentir placer. Mientras estamos afanados en las arduas tareas de la vida diaria, si la mirada se topa por azar con la imagen de algún gran maestro antiguo, con gusto nos detenemos un momento a disfrutar de su belleza y su excelencia, y asimismo la noble devoción de Ruth, vista en el antiguo marco de la histo-

ria sagrada, nunca deja de deleitar la imaginación, de refrescar la mente, de fortalecer el corazón, siempre que nos dirigimos a ella apartándonos de las preocupaciones de nuestro camino en la vida.

Martes, 22 de agosto.

Un día agradable. Hemos dado un paseo por el bosque. Hemos recogido un buen ramillete de helechos. Todas las plantas de este tipo que crecen en nuestra región pertenecen, creo, a los tipos comunes. No tenemos por aquí ninguno de los hermosos helechos trepadores, con sus hojas palmadas. Se los puede encontrar en regiones tan al norte como la nuestra, pero más cerca de la costa, y en tierras más bajas. También el helecho *Asplenium* que aquí llamamos caminante, otra variedad singular que enraíza como el baniano desde los extremos de sus hojas largas y enteras, es un extraño aquí, pese a que sí crece en el estado. El culantrillo de pozo, con su delicadísimo follaje y su refinado tallo marrón, es la variedad más bonita que tenemos cerca.

Miércoles, 23 de agosto.

Los vencejos se han ido de las chimeneas. Esta tarde noche estaban volando sobre los campos en grupos, como preparándose para marcharse. Había algo peculiar en sus movimientos: volaban bastante bajo, por entre el follaje de los árboles, y sobre el tejado de la casa, regresando una y otra vez sobre su camino previo. Los estuvimos observando más de una hora, y mantenían los mismos avances con mucha mayor regularidad de la usual. A lo mejor, estaban probando las alas para su viaje al sur.

Es gracioso volver a leer las discusiones de los naturalistas del siglo pasado sobre el asunto de la migración de las golondrinas: algunos de ellos aseguraban que estas aves tan activas permanecían en estado de aletargamiento durante la temporada de frío en

cuevas y árboles huecos, mientras que otros, de teorías aún más disparatadas, suponían que las golondrinas se sumergían bajo el agua y pasaban el invierno en el fango, ¡en el lecho de ríos y charcas! Serios e instruidos eran los hombres que tomaron parte en este asunto, a favor y en contra de la teoría del aletargamiento. Se podría suponer que sería necesario disponer de una gran cantidad de evidencias clarísimas para apoyar una idea tan opuesta a los hábitos generales de estos vivaces pájaros; sin embargo, los hechos de que, entre los miles de golondrinas que revolotean por Europa, en ocasiones se viese alguna gélida y aletargada, que las golondrinas se avistasen con frecuencia cerca del agua y que durante los días templados del otoño volviesen a aparecer unas cuantas rezagadas, cuando se suponía que debían revivir, conformaron la principal base de lo que se arguyó a favor de estas ideas. Resultaría complicado entender cómo una gente sensata pudo llegar a defender tales opiniones, de no ser porque los hombres, instruidos y no, a menudo muestran una suerte de antipatía hacia las verdades más simples. Thomson, en *The Seasons*, alude a esta extraña concepción, cuando dice, hablando sobre las golondrinas:

> Advertidas del invierno que se acerca, reunidas, juegan
> las golondrinas, y bien revueltas se lanzan
> por el cielo calmo, en veloces remolinos,
> flota el torbellino emplumado; así disfrutan
> antes de retirarse a su sueño de invierno;
> posadas en grupos, bajo la orilla que se desmorona,
> y allí donde, libre de las heladas, exuda la caverna.
> O seguramente se dirijan a climas más cálidos
> junto a otros pájaros de la estación, amigos,
> para trinar todas plenas de alegría.

Pareció inclinarse más bien por la mejor opinión.[91]

91 Según cuentan, Linneo creía firmemente que las golondrinas se sumergían

En tiempos antiguos, las golondrinas se incluían de manera natural entre otras aves migratorias; se dice que existe una antigua oda griega en la que se menciona el regreso de las golondrinas. El profeta Jeremías recoge una alusión al deambular de la golondrina, a la que incluye entre otras aves migratorias: «Sí, la cigüeña en los cielos sabe cuál es su hora acordada, y la tórtola, la grulla y la golondrina cumplen el momento de su llegada; pero mi pueblo no conoce el juicio del Señor» (Jeremías, 8:7). A decir verdad, es de justicia sin más para el sentido común del hombre decir que el hecho obvio de la migración de estas aves de vuelo rápido solo parece haberse puesto en duda durante un siglo o así, y entre los logros de nuestra época podría contarse el de regresar a la sencilla verdad en este aspecto de la ornitología. Actualmente, no se oye nada sobre las teorías del fango ni de las cuevas.

Jueves, 24 de agosto.

Un día luminoso. Hemos pasado la tarde en el lago. Las vistas eran hermosísimas. Semillas aterciopeladas de varios tipos —cardo, diente de león, etcétera— se veían amontonadas por el seno del lago; nunca antes habíamos observado tal cantidad de estas semillas en el agua.

Hemos visto una grulla de las de mayor tamaño sobrevolando el lago, un kilómetro y medio o dos al norte de nuestra barca. Un par de ellas ha permanecido por el lago todo el verano; dicen que son de las grullas canadienses grandes. Nos hemos encontrado uno de sus pollos esta tarde muerto en la orilla de un arroyo, al que le hemos dado el nombre de arroyo Grulla en honor de ese

---

bajo el agua en el invierno; incluso *monsieur* Cuvier declaró que el avión zapador tenía este hábito. Ahora mismo, la idea ha quedado bastante abandonada por falta de pruebas.

momento. Era un ave de tamaño considerable, y parecía haber muerto en una pelea con algún enemigo alado, ya que no le habían disparado. Con respecto al atrevimiento de ponerle su nombre al arroyo, de todos modos este hermoso riachuelo no tenía ninguna denominación anterior, ¿por qué no darle una?

El verano pasado, un par de águilas anidó en uno de los montes del oeste, que nos aventuramos a llamar monte Águila, siguiendo el mismo principio. A veces, se ven estas nobles aves cerniéndose sobre el valle, aunque no ocurre a menudo.

Hemos medido una vieja parra en el valle, cerca del arroyo Grulla, y demostró tener casi dieciocho centímetros de circunferencia.

Viernes, 25 de agosto.

Hemos observado de nuevo los vencejos de chimenea esta tarde volando en círculos bajos sobre el tejado y entre el follaje de los árboles. Parecía como si estuviesen empezando a abandonarnos. Se han marchado ya de las chimeneas, pero no hemos descubierto dónde pasan la noche. Quizá, en los árboles huecos de los bosques, ya que hay muchos así a mano. El señor Wilson dice que ocurre con frecuencia que estas aves tienen su encuentro general cuando llegan, y justo antes de marcharse, en las chimeneas de los juzgados, allí donde los hay; parece que adivinan que esas chimeneas se utilizan poco. Sin embargo, nunca hemos oído que las golondrinas honren nuestros juzgados con su presencia de tal modo.

Sábado, 26 de agosto.

De nuevo, hemos vuelto a ver los vencejos volando por encima de la casa y entre los árboles, como llevan haciendo estas cuatro o cinco tardes noche. Quizá haya algún insecto en concreto revoloteando por las hojas que los atraiga ahora mismo.

También nos hemos encontrado algunas golondrinas comunes esta tarde, aunque la mayoría parece que ya nos ha abandonado.

Lunes, 28 de agosto.

En torno al anochecer, esta tarde, hemos observado muchos añaperos sobrevolando el pueblo.

Por casualidad, una vez, vimos una gran bandada de estas aves. Íbamos viajando en un trayecto corto al norte del Mohawk, este mismo día, un 28 de agosto, cuando, más o menos una hora antes del anochecer, vimos una serie de aves grandes alzándose desde un bosque al este, todas moviéndose lentamente hacia el sur en una bandada suelta de ejemplares rezagados. Terminamos comprobando que eran añaperos, y siguieron pasando a intervalos hasta una hora después del anochecer. Parecían prestarse muy poco caso unos a otros, y en raros momentos se juntaban, pero todos avanzaban en la misma dirección. Debimos ver varios cientos de ellos en el transcurso de las dos horas que permanecieron a la vista.

Martes, 29 de agosto.

Las golondrinas han cambiado de escenario esta tarde noche. Las hemos echado de menos por la casa, pero las hemos encontrado dando vueltas por la carretera, cerca del puente, en el mismo lugar en el que las vimos por primera vez en primavera.

Miércoles, 30 de agosto.

Hemos dado un paseo por los bosques. Hemos observado un tronco viejo sin ramas de un tamaño enorme, en una posición llamativa, con aspecto de ser una columna rota, y nos hemos acercado a examinarlo. El tronco se alzaba sin describir ni una curva

ni mostrar una sola rama hasta una altura de quizá doce metros, donde estaba de repente hecho añicos, probablemente por alguna tormenta. El árbol era un castaño, y la corteza tenía un tono gris claro, inmaculado. Al rodearlo, hemos visto una abertura cerca del suelo, y para nuestra sorpresa hemos advertido que el tronco estaba hueco, totalmente chamuscado por dentro, negro como una chimenea, desde la raíz hasta el lugar en el que se había quebrado. Con frecuencia ocurre que el fuego se cuela con sigilo en el interior de un árbol viejo, de este modo, por alguna abertura cercana a las raíces, y lo quema por dentro, dejando sin más una cáscara exterior gris. Nadie esperaría que en casos así la corteza se mantuviese aferrada al árbol, pero la madera del interior parece más inflamable que el exterior de la planta. Sea cual sea la causa, esos troncos no son extraños en nuestros montes, grises por fuera, chamuscados por dentro.

A decir verdad, hay mucha madera quemada en nuestros bosques. Los incendios que se extienden por los montes son frecuentes en la zona, y a veces causan mucho mal. Si las llamas prenden bien en algún momento cuando el clima es seco, se esparcen en todas direcciones con las variaciones del viento y permanecen encendidas durante semanas seguidas, hasta que arrasan kilómetros de bosque, marchitando el verdor, destruyendo la madera ya cortada y dañando considerablemente muchos árboles que no terminan de consumir. Hace varios años, en el mes de junio, se produjo un incendio bastante extendido en la cordillera oriental de los montes. Duró diez o quince días y se esparció varios kilómetros en diferentes direcciones. Era el primer incendio importante de ese tipo que presenciábamos, y por supuesto contemplamos su avance con gran interés. No obstante, se trató de un espectáculo muy distinto a lo que habíamos supuesto. Fue mucho menos terrible que la conflagración de los edificios en una ciudad. Al avanzar aquí y allá por las laderas de los montes, las llamas mostraban menos poder y menos grandeza fiera, pero más belleza traicionera. La primera

noche después de que estallase el incendio, estuvimos mirándolo con admiración. Cualquiera habría pensado que se trataba de luces colocadas para iluminar el bosque, ya que las llamas se extendían en líneas largas y sinuosas, ganándole terreno a la madera oscura a cada minuto, arriba y abajo, atravesando el monte, acumulándose aquí y allá con un brillo enorme, en torno a un viejo árbol alto, al que prendían fuego como un candelabro gigante. Sin embargo, al siguiente día la estampa era desde luego triste: el engañoso brillo de las llamas ya no agradaba la vista; guirnaldas de opaco humo y vapores calientes se cernían sobre los árboles echados a perder, y allí por donde había pasado el fuego el follaje fresco de junio estaba del todo condenado. Esa noche, ya no pudimos disfrutar del espectáculo, ya no logramos imaginar que se tratase de alegres luces. Parecía más bien que estábamos contemplando los remolinos sinuosos de una fiera serpiente que se deslizase cada vez más y más lejos en su ruta del mal: un sonido sibilante, un tamborileo, acompañaba sus movimientos, mientras los árboles jóvenes temblaban y se estremecían agitados en la corriente de calor que proclamaba su cercanía. Las flores frescas quedaban todas marchitas con su aliento abrasador, y a través de su lengua bífida se alimentaba del orgullo del bosque, secando la vida de árboles grandiosos, para luego, sin esperar a que se consumiesen, apresurarse a echar a perder otras arboledas, dejando un rastro ennegrecido de ruinas a su paso.

Hace unos cincuenta años, cuentan que se extendió un incendio de este mismo tipo hasta llegar a cercar el lago y el valle, allí donde alcanzaba la vista, rodeando el pueblo con una red de llamas que de noche mostraba un aspecto espantoso. Sin embargo, el peligro no fue tan grande como podía parecer, ya que por todas partes había espacios desbrozados que separaban el bosque en llamas de esta pequeña localidad. No obstante, a veces se producen incidentes graves a resultas de estos fuegos. Hemos sabido que, en cuestión de varios días, un pueblo pequeño en la parte

norte del estado, en el condado de St. Lawrence, quedó totalmente destruido de este modo, pues las llamas ganaron terreno tan rápidamente que la pobre gente se vio obligada a reunir a sus familias y el ganado en barcas y balsas en las charcas y ríos más cercanos.

Desde luego, siempre se producen daños, en mayor o menor medida. La madera ya cortada queda destruida, se queman vallas, muchos árboles mueren, otros quedan muy dañados, el follaje se echa a perder más o menos para el resto de la temporada, mueren las plantas jóvenes y la tierra adquiere un aspecto negro y sombrío. No obstante, en general, sorprende que el perjuicio no sea aún mayor. En la ocasión del incendio sufrido por estos bosques que se ha referido antes, vimos como las huellas de las llamas desparecían mucho antes de lo que habíamos creído posible. Al llegar la siguiente estación del año, las plantas más pequeñas quedaron todas sustituidas por otras, muchos de los árboles más jóvenes parecieron revivir y cualquier forastero que pasara hoy por el lugar apenas creería que un incendio hubiese estado alimentándose de estos árboles durante quince días hace solo unas cuantas temporadas. Un grupo de tuyas altas y marchitas que hay al borde del bosque es el monumento más llamativo del incidente. Los árboles de hoja perenne por lo general sufren más que otros, y por algún motivo u otro el fuego permaneció afanado en ese lugar varios días. Pasamos repetidas veces por la carretera en aquel entonces, con las llamas activas a ambos lados. Por supuesto, no había ningún peligro, aunque resultaba extraño conducir en calma entre el fuego. El crujido de las llamas se oía en el pueblo, y el olor del humo a veces resultaba bastante desagradable.

Una oportuna lluvia suele poner fin a estos males, pero también se envían partidas de hombres a los bosques a «combatir el fuego». Extinguen las llamas entre las ramas secas a pisotones, y rastrillan el material combustible para crear montones y confinar al enemigo a su viejo territorio, donde pronto se agota por sí solo.

Las llamas se extienden con más frecuencia por la tierra que de árbol a árbol.

Jueves, 31 de agosto.

Los nenúfares siguen en flor. Se abren muy pronto en la temporada y continúan floreciendo hasta que las heladas acaban con ellos. Hemos encontrado varios de ellos esta tarde noche en la bahía de Blackbird.

Los nenúfares que tenemos en este lago son todos de los amarillos. El nenúfar blanco americano no se conoce en el lago ni en ninguna de las charquitas ni zonas pantanosas que tenemos cerca. Sin embargo, sí crece a poca distancia al norte de nuestras aguas.[92] La variedad amarilla es bastante común en nuestra región.

Las raíces de este nenúfar amarillo eran de las comidas preferidas del alce, y sin duda estos animales grandes y difíciles de manejar a menudo debían aparecer por las aguas poco profundas de la pequeña bahía que llamamos ahora Blackbird para alimentarse de nenúfares, que habrán crecido por aquí siempre.[93] El castor es otro animal que gusta mucho de estas plantas, y dado que no era ningún extraño por la zona en tiempos de indios, probablemente con frecuencia pasara por este lugar para llevarse su ración de nenúfares. Sin embargo, ahora hace más de cincuenta años que estas plantas solo florecen para el hombre, las abejas y los tordos. Estos últimos, probablemente, les prestarán poca atención, aunque sean casi vecinos, ya que por lo general frecuentan la punta baja que forma la bahía siempre que visitan nuestra zona.

---

92 Hace poco, hemos sabido que unos dos años atrás recogieron un nenúfar blanco en el lago, pero nunca lo hemos visto con nuestros ojos. Antiguamente, parece que eran más comunes por aquí.

93 El ciervo también es muy dado a los nenúfares.

Una de las plantas más nobles de nuestro territorio pertenece a esta tribu de los nenúfares: el Nelumbio, o loto americano, como se lo llama comúnmente. Tiene unas hojas grandes de entre treinta y sesenta centímetros de ancho, y una flor amarilla clara de unos quince centímetros de diámetro. Se encuentra principalmente en nuestras aguas occidentales; en esta parte del territorio es mucho más raro. No obstante, hay una localidad en nuestro estado en la que sí crece, y que está en la frontera norte, en la bahía de Sodus del lago Ontario. También se puede hallar en una punta del río Connecticut, y en el río Delaware, por debajo de Filadelfia. Allí donde se lo ve, atrae toda la atención, por el gran tamaño de las hojas y de la flor.

Esta noble flor pertenece a una familia muy célebre y tiene como primos hermanos al famoso loto indio y al loto de Egipto, ya que es una de las variedades de esa tribu. En la mitología hindú y en la egipcia, estas plantas se consideraban muy sagradas, emblemas de la creación. En el Indostán, el loto era un atributo de Ganga, la diosa del Ganges, y se suponía que era obra de Visnú, anterior a la creación de la Tierra, y que cuando sus pétalos se desplegaron por vez primera, descubrieron en su interior a la deidad Brahmá. En Egipto, la flor era sagrada para Isis, a quien se creía que se la había dado Osiris, y estaba asociada a su propio río sagrado, el Nilo; era además el emblema del Alto Egipto, como el papiro lo era del Bajo Egipto. Muchos rastros de estas antiguas supersticiones se siguen viendo entremezclados con la arquitectura, los bajorrelieves, las pinturas, etcétera, y todo lo que nos ha quedado de esas naciones. Parece que en los monumentos del antiguo Egipto se representaron varios tipos de loto. Uno era blanco, con un fruto similar al de la amapola; otro lucía flores azules, con el mismo fruto; el tercero, y más loado, que Heródoto menciona como loto rojo y al que también llamaron la flor de Antínoo, tenía una flor de un color rojo hermoso y un fruto similar a la roseta de una regadera, con semillas grandes como avellanas. Supuestamente, todos ellos pueden

encontrarse ahora mismo en la India, pero lo que resulta singular es que la variedad más exquisita, el loto rojo, haya desaparecido en Egipto, donde antiguamente se la tenía en tal alta consideración. La variedad azul aún se encuentra por allí.

Actualmente, el loto recibe más honores en Asia que en Egipto. Los hindúes lo siguen considerando una flor sagrada. En Ceilán, tienen una variedad a la que llaman Nelumbio, de ahí el nombre que nosotros usamos. Dicen que hay diferentes variedades en China, donde también es una planta sagrada, aunque eso no evita que los chinos se la coman y que la cultiven mucho como producto alimentario. Las semillas del *lián huá*, como ellos llaman al loto, tienen la forma y el tamaño de una bellota, y las consideran más delicadas que las almendras. También hierven la raíz, o la cortan cruda y la sirven con hielo en verano, o bien la almacenan con sal y vinagre para su consumo en invierno.

Estas hermosas plantas parecen sentir aversión por el suelo o el clima de Europa. Cuentan que los antiguos romanos trataron de cultivarlas en Italia, sin éxito, y que los modernos horticultores europeos también han fracasado en sus intentos por cultivarlas en invernáculos. Y aun así, en esta parte del mundo, el Nelumbio sí crece en las aguas heladas del lago Ontario. Tanto las semillas grandes como la raíz de nuestra variedad americana son, según se dice, muy agradables al gusto; la raíz, en concreto, no es muy distinta a la batata.

Índice

Próximamente:

Susan Fenimore Cooper
Diario rural
Otoño
Invierno





Otros títulos publicados:

Paco Cerdà

Los últimos

Voces de la Laponia española

cuarta edición | isbn: 978-84-15862-76-5 | 2017 | 176 págs. | 14,5 x 21 cm

«Hay libros que a uno le gustaría haber escrito y este es uno de ellos. *Los últimos* es un viaje al corazón de las tinieblas, solo que a las tinieblas del corazón de España».— Julio Llamazares

«Vine a Motos porque me dijeron que acá vivía un solo habitante, un tal Matías López. Vine a buscar la zona cero de la despoblación, el punto justo donde el tumor de la soledad se transmuta en metástasis extrema de la desolación. Vine un domingo a mediodía buscando a un pastor soltero llamado Matías. Pero no hallé más que silencio y soledad. No encontré otra cosa que un no-lugar en un no-tiempo, una encrucijada geográfica y mental alejada de toda coordenada conocida».

Así comienza este viaje de 2.500 kilómetros por la España despoblada, la llamada Laponia del sur o Serranía Celtibérica: un territorio montañoso y frío con 1.355 pueblos que se extiende por las provincias de Guadalajara, Teruel, La Rioja, Burgos, Valencia, Cuenca, Zaragoza, Soria, Segovia y Castelló. En su interior viven menos de ocho habitantes por kilómetro cuadrado. No hay un lugar tan extremo y vacío en toda Europa.

Este periplo invernal por una Nada demográfica da voz a los últimos pobladores de un mundo en extinción. Paco Cerdà ha escrito la crónica de los otros, los que se quedaron descolgados de un país urbanizado a gran velocidad que ha olvidado su origen rural.

•

Marc Badal

Vidas a la intemperie

Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino

ISBN: 978-84-15862-98-7 | 2017 | 224 págs. | 14,5 x 21 cm

Vidas a la intemperie nos habla de la pérdida de un mundo, el campesino, compuesto por muchos pequeños mundos que, como Marc Badal advierte, se han ido alejando de nuestras latitudes en silencio, víctimas de un «etnocidio con rostro amable». El texto defiende la necesidad de recuperar las «ruinas que explican nuestro tiempo», cuestionando la mirada sobre el mundo rural que se produce desde los grupos normativos, aquellos que pueden generar normas y representaciones colectivas con mayor eficacia. Se propone ampliar la perspectiva «urbana desde la que se ha escrito la historia» y que ha definido «lo relevante y lo memorable». En este sentido, nos invita a un viaje al pasado que nos permite comprender un presente en el que nos hemos quedado huérfanas.

Mediante una recopilación de citas e historias, el autor va tejiendo cuidadosamente multitud de voces que nos ayudan a entender los diversos mundos campesinos, haciéndonos transitar durante la lectura entre los «prejuicios y las buenas intenciones», entre *barros* y *edenes*. [...]

(Del prólogo de Irene García Roces)

[...] Somos los descendientes del campesinado. En sentido figurado y literal. Provenimos de un mundo que no hemos conocido y serán otros quienes nos cuenten cómo era. Los campesinos no pueden hacerlo. Han desaparecido y nunca escribieron su historia.

Vivimos en el mundo que crearon. No podemos dar un solo paso sin pisar el resultado de su trabajo. Tampoco abrir los ojos sin ver el trazo de su huella. Una obra que es todo lo que nos rodea. Todo aquello que pensamos que es tan nuestro por el hecho de estar ahí. De toda la vida. [...]

Elvira Valgañón

Invierno

segunda edición | isbn: 978-84-15862-94-9 | 2017 | 136 págs. | 14,5 x 21 cm

A las puertas del invierno de 1809, un soldado escapa de las filas del ejército napoleónico porque no fue a la guerra para matar civiles. El desertor, moribundo, es acogido en un pequeño pueblo de la sierra hasta que... Vidas y secretos, pasiones calladas y esperanzas ciegas se cruzan durante más de un siglo y medio en las calles y los prados de ese pequeño pueblo sin otra magia (a pesar de la casa encantada o de un espantapájaros que trata de comprender el mundo) que la vida; un lugar, casas, plazas, bosques, cielo, cuevas, donde el aire huele a nieve y a cristales de escarcha, donde siempre son largos los inviernos.

Niños que sueñan, ancianos que no quieren olvidar, hombres y mujeres que soportan unos días en los que todo parece invierno. Pero no todo es lo que parece, porque en esta novela, suma de historias que se mezclan como las hojas de las hayas caídas sobre un sendero, Elvira Valgañón deja entrever que la belleza y piedad son los mejores recursos para hacer de la vida y de la literatura un lugar habitable.

Una obra emocionante de una escritora detallista y esencial, atenta a los sonidos y los silencios de las palabras. Una escritora, Elvira Valgañón, que está aún por descubrir por el gran público, y cuya novela nos sentimos particularmente orgullosos de publicar.

[...] Le decían cuéntenos lo del francés, tío; o cuéntenos lo de los lobos, tío; o cuéntenos lo de cuando tuvo que comer culebra. Y él liaba un cigarro. Por no oíros..., decía. Y les contaba que allá siempre hacía calor, mucho más calor que en el pueblo y que cuando llovía tampoco era la misma lluvia de aquí, porque allí la lluvia era como una manta de agua que empezaba de repente y no paraba nunca. Les contaba que allí no se conocía la nieve. Les contaba que para ir a aquella guerra había que ir en barco y que el mar nunca dejaba de moverse. Les contaba que una vez tuvieron que comer culebra. Los sobrinos le escuchaban con los ojos como platos y luego iban a la escuela diciendo que su tío Lamperna, el pastor, sabía matar lobos y comer culebra y que había estado en una guerra muy antigua a la que solo se podía ir en barco. [...]

Timothy O'Grady · Steve Pyke

Sabía leer el cielo

Prólogo de John Berger
Traducción de Enrique Alda

ISBN: 978-84-15862-53-6 | 2016 | 176 págs. | 14,5 x 21 cm

[...] Sabemos los platos en los que comeremos, los vasos en los que beberemos y los cuadros a los que miraremos en las paredes. Sabemos qué vista habrá a través de la ventana del dormitorio en una mañana despejada. Sabemos qué aspecto tendrá el espino blanco en mayo y las bayas de serbal en septiembre. Conocemos el olor y la luz y la caricia del aire. Cuando era joven no tenía ni futuro ni pasado. Después trabajé. Pavimenté carreteras, rompí cemento, excavé bajo viviendas y retiré barro. Conté paladas, conté patatas y conté ladrillos. Fue el tiempo en el que tuve un pasado. Era pesado como los bloques que lastran una barca. Sin pasado me habría hundido. Creía que tenía futuro también, pero no podía verlo. Estaba en las cosas que levantaba y acarreaba y en lo que me daban por hacerlo. Era un futuro que parpadeaba y se oscurecía cuando intentaba mirarlo. [...]

«Me sentí totalmente abrumado y entusiasmado con este hermoso libro, uno de los más bonitos que he leído en muchos años».

Studs Terkel, National Public Radio.

«Es un libro que rezuma pasión y belleza».

David Horspool, *Daily Telegraph*

Este inclasificable y hermoso libro narra la experiencia de los emigrantes irlandeses de la segunda mitad del siglo xx en Inglaterra. Un éxodo que nunca antes se había descrito con tanto lirismo como en esta novela. Evocadora tanto por sus palabras como por sus imágenes, cuenta la historia del viaje de un hombre del oeste de Irlanda a los campos, a las barracas de boxeo, a las obras de Inglaterra. Hasta que, después, a finales de siglo se encuentra solo con sus recuerdos y se esfuerza por encontrar sentido a una vida de lejanía, pérdida y soledad.

Muy laureado, desde su misma aparición —como atestigua la película *I Could Read The Sky*, o la canción de Mark Knopfler *Mighty Man*, ambas basadas en el libro—, esta es la primera vez que se edita en castellano.

[pepitas ed.]

Una editorial con menos proyección que un cinexín

«Hablando de libros, ando en mitad de uno que me está encantando: *Diario rural*, de la señorita Cooper. ¿Quién puede ser? Parece una mujer muy inteligente, y ofrece un relato magistral de la batalla entre nuestras malas hierbas y las de ustedes».

CHARLES DARWIN
En una carta dirigida a Asa Gray

El cielo y los caminos, el bosque y las flores, los mamíferos, los insectos... la vida silvestre. Y como fondo, la actividad humana que, a mediados del siglo XIX, en esa parte del este de Norteamérica conocida como Nueva Inglaterra, comienza a modificar la faz de la tierra y la forma de pensar de sus habitantes. En ese marco se desarrolla el *Diario rural* de Susan Fenimore Cooper, a quien puede considerarse como la primera escritora sobre la naturaleza.

Diario rural es a la vez una invitación a lo pequeño y a lo colectivo, una contemplación y una reflexión: el libro de una mujer que vivió en un pueblo sin progreso, que se alejó de romanticismos, idealismos y trascendentalismos, y que cultivó la lectura, la observación y la escritura para dar cuenta de lo que hoy apenas queda huella: la vida salvaje.



ISBN: 978-84-17386-14-6



Pepitas (198) · No ficción, 45

IBIC: BJ · HP · DSB · JFFK · 1KBB · 2ABM
22 €